
IMPEDIMENTA
PRESENTA
Hermanas raras
Cuentos fantásticos y pulp de las reinas del escalofrío

Hermanas raras

Cuentos fantásticos y pulp de las reinas del escalofrío



Traducción del inglés a cargo de

Carmen Torres y Laura Naranjo, Núria Molines, Paula Álvarez, Soledad Cortés, Isabel Márquez, Julia Velasco, María Aragón y Violeta Marcos

IMPEDIMENTA

Introducción

La revista pulp estadounidense *Weird Tales,* que empezó a publicarse en 1923, fue la primera en lengua inglesa que se especializó en cuentos sobrenaturales, extraños y de fantasía. Ya se habían dado antes proyectos similares, pero no alcanzaron una fama comparable. Entre ellos cabe destacar *Black Cat,* que publicaba los denominados «relatos ingeniosos», tanto de misterio, aventura y romance como relatos extraños, y *The Thrill Book,* cuyo principal foco eran las historias de aventuras. También había existido entre 1919 y 1921 una revista alemana, *Der Orchideengarten,* con multitud de relatos extraños, surrealistas y eróticos, pero no llegó a dejar huella fuera de Europa central.

Weird Tales, sin embargo, se consolidó como un importante mercado para la literatura de lo extraño, y aunque sus ventas siempre fueron moderadas, ejerció una enorme influencia; los nombres de tres célebres colaboradores de la revista sirven para hacerse una idea. Fue en *Weird Tales* donde H. P. Lovecraft consolidó su reputación y pudo desarrollar sus cuentos de terror cósmico, conocidos como los Mitos de Cthulhu. A este ciclo también contribuyeron otros escritores, lo cual sirvió para impulsar sus respectivas carreras. Entre ellos se contaban Robert Bloch, el famoso autor de *Psicosis,* que dio sus primeros pasos en *Weird Tales,* y Robert E. Howard, que se había forjado un nombre gracias a sus

historias de héroes bárbaros, caracterizados por su fuerza y su astucia (destacó por encima de todos el legendario Conan de Cimmeria).

Aunque casi se vio obligada a cerrar tras su primer año, *Weird Tales* salió adelante y ayudó a desarrollar un mercado para las historias extrañas y fuera de lo común. Su mera existencia llevó a otros editores a lanzar sus propias revistas, entre las que se encontraron *Strange Tales, Strange Stories, Unknown* y *Famous Fantastic Mysteries,* pero *Weird Tales* las sobrevivió a todas. Sacó 279 números hasta septiembre de 1954, y desde entonces ha resucitado cuatro veces con otros más de cien números, y sigue viva hasta hoy. Sus primeros números son objetos de coleccionista y, según el estado en que se encuentren, pueden ser muy valiosos. La revista se ha convertido en una auténtica leyenda entre los devotos del *pulp.*

Menciono todo esto porque gracias a *Weird Tales,* y posteriormente a sus rivales, se desarrolló un mercado en las revistas *pulp* donde las mujeres eran tan bien recibidas como los hombres. La mayoría de los géneros de este tipo de publicaciones, especializadas en *westerns,* relato negro, ciencia ficción y ficción deportiva, estaban copados por los hombres. Las revistas románticas eran un mercado más accesible para las mujeres, pero solían responder a fórmulas muy cerradas. No así *Weird Tales.* Su segundo editor, Farnsworth Wright —que sucedió al editor original, Edwin Baird, tras el primer año—, era bastante cauto y no perdía de vista las ventas, pero también le gustaban las historias que se salieran de la norma, y no pocas de ellas las firmaban mujeres. Además, cuando se jubiló, la nueva editora fue una mujer, Dorothy McIlwraith, que estuvo al frente de la revista desde 1940 hasta el final, en 1954. Bajo su mando se publicaron algunas de las historias más originales

y poco comunes, muchas de ellas escritas por mujeres.

En esta colección se celebra a esas colaboradoras de *Weird Tales.* Es difícil decir a ciencia cierta cuántas fueron, dado que los registros de compra han sido destruidos y es posible que muchas de ellas firmaran con seudónimos masculinos o con sus iniciales. Por lo que yo he podido saber, hubo 123 colaboradoras, con 356 relatos, lo cual supone aproximadamente una séptima parte de las historias de ficción de la revista original. También se publicaron muchos poemas, artículos e ilustraciones de mujeres, entre ellas las obras de la ahora legendaria artista Margaret Brundage, que ilustró 68 cubiertas, casi un cuarto de los números de la primera *Weird Tales.* Estas eran famosas por sus imágenes, a menudo eróticas, de voluptuosas jóvenes desnudas, y está claro que contribuyeron a las ventas, aunque también provocaron que la revista fuese prohibida durante un tiempo en Canadá. ¡En algunos casos, había que «ajustar» las cubiertas antes de publicarlas!

He seleccionado cuentos de catorce de esas 123 escritoras, así como un relato extra de Tanith Lee, que fue una de las principales colaboradoras de las resurrecciones de *Weird Tales.* Las autoras seleccionadas son de las colaboradoras más prolíficas de la revista y entre ellas se encuentran Mary Elizabeth Counselman, Catherine Lucille Moore, Margaret St. Clair, Everil Worrell y la misteriosa Allison V. Harding, que fue la que más cuentos publicó. He incluido un relato de Lucy M. Montgomery, la famosa autora de *Ana de las Tejas Verdes;* su aparición en una revista *pulp* de historias extrañas puede resultar sorprendente, pero lo cierto es que le gustaban mucho los cuentos de fantasmas. Otra colaboradora puntual digna de mención es Signe Toksvig, la tía abuela de la humorista y presentadora de televisión Sandi Toksvig. No he incluido aquí su cuento, «The Devil's Martyr», del número de junio de 1928, porque ya se publicó en el

volumen *The Horned Dog* de la colección *Tales of the Weird,* editado por Michael Wheatley. Siempre ha existido también cierto misterio en torno a la autora Dorothea Gibbons, de la que hablaré con más detalle en la introducción a su relato.

Tres de los cuentos que he seleccionado vieron la luz fuera de *Weird Tales.* Las contribuciones de C. L. Moore, que la convirtieron en una de sus autoras más populares, se incluían en una de dos categorías: las del equivalente femenino de Conan, Jirel de Joiry, o las del explorador espacial Northwest Smith, ambas fáciles de conseguir hoy en día. En lugar de seleccionar alguna de ellas, he optado por un cuento menos conocido que publicó en la gloriosa revista *Fantastic Mysteries* en 1946, y que no habría desentonado en *Weird Tales.* Leah Bodine Drake era, ante todo, poeta, y aunque publicó un puñado de relatos en *Weird Tales,* me he decantado por uno de su efímera rival *Fantasy Fiction.* El cuento de Evangeline Walton, «Seres alados», fue rechazado por *Weird Tales* por ser demasiado sangriento, pero sobrevivió entre sus papeles y salió a la luz en 2011 gracias a las incansables pesquisas de Douglas Anderson.

Los relatos aparecen ordenados en función de la primera aparición de sus autoras en *Weird Tales.* Dejaré que los lectores saquen sus propias conclusiones sobre si las colaboradoras de esta revista mostraban especial predilección por determinados temas. Después de leer tantos de sus cuentos, a mí me ha parecido detectar un énfasis especial en las relaciones personales y, sobre todo, en los personajes infantiles, que aparecen en varias de estas historias. Pero, en realidad, su modo de abordar cada tema y cada concepto es tan original como el de sus colegas varones, y a menudo más memorable. Compruébenlo ustedes mismos.

Hermanas raras



El señor de las ratas

Greye La Spina



· 1942 ·

Traducido por

Carmen Torres y Laura Naranjo

Greye La Spina

· 1880-1969 ·

Greye La Spina, de soltera Fanny Greye Bragg, nació en Wakefield, Massachusetts. Apenas conoció a su padre, que rondaba entonces los setenta y murió cuatro años después. Era un pastor metodista retirado y, al parecer, ella fue una «hija de la oración».[1] Se casó tres veces; la primera en 1898, cuando tenía tan solo dieciocho años. Tuvo una hija, Celia. Su marido murió en un accidente laboral cuando llevaban menos de dos años casados. En 1905 volvió a casarse, esta vez con un farmacéutico con el que tuvo un hijo, pero parece ser que el matrimonio no fue feliz y se divorciaron en 1910. Poco después se casó con Robert La Spina, barón de Savuto, y adquirió el título de baronesa. Por desgracia, este no vino acompañado de dinero.

Fanny tuvo la suerte de quedar finalista en un concurso de relatos organizado por Photoplay en 1921, lo que le hizo ganar 2500 dólares, el equivalente hoy día a unos 40 000 euros, que invirtieron en una granja avícola en Windy Knoll, Pensilvania. Sin embargo, el barón enfermó y quedó inválido, y tanto sus negocios privados como la granja fueron víctimas de la Gran Depresión. Fanny tuvo que conseguir varios empleos para ganarse el sustento e incluso llegó a trabajar como maestra tejedora, diseñando tapices.

Sus primeros relatos sobrenaturales fueron para la legendaria

Thrill Book, que acogió en 1919 su relato sobre un hombre lobo, «The Wolf of the Steppes». Publicó en otras revistas *pulp* antes de debutar en *Weird Tales* con «The Tortoise Shell Cat», en noviembre de 1924. En muchas de sus historias aparecen cambiaformas: hombres lobo, vampiros, hombres gato… En su primera serie, «Invaders from the Dark», de abril a junio de ١٩٢٥, aparece una seductora cambiaformas rusa. Podría decirse que su mejor historia sobre hombres lobo es la novela corta *The Devil's Pool,* de junio de 1932. Su última aparición en la revista fue con un sencillo relato de fantasmas, «Old Mr. Wiley», de marzo de 1951. «The Rat Master» lo escribió bien avanzada su carrera: apareció en el número de marzo de ١٩٤٢. Al parecer, la autora se inspiró para escribirlo en las numerosas ratas que poblaban los alrededores de su casa de Pensilvania.

El señor de las ratas

La noche era negra como boca de lobo; el cielo, añil. Oscuros penachos de nubes vaporosas atravesaban la luna, que se atisbaba aquí y allá por entre las ramas de los cuantiosos árboles. La calzada irregular había dado paso a una tosca vereda por la que yo apremiaba a Carry cada vez con más urgencia, aunque no sabía muy bien de dónde venía mi aprensión.

De vez en cuando encendía la linterna, aunque, por raro que parezca, no para asegurar nuestros pasos jadeantes por aquel sendero apenas transitado, sino para iluminar mis miradas furtivas a las sombras sigilosas que nos pisaban los talones al galope y nos constreñían por ambos flancos, mientras que cedían con sospechosa prontitud por el frente.

La pobre Carry se apoyaba cada vez más en mi brazo. Sus zapatos de tacón alto (más propios para ir en coche que para aquella carrera trepidante por senderos abruptos y escarpados) la hacían tropezar continuamente, y más de una vez se torció los finos tobillos, aunque tan solo se quejaba a media voz. Yo sabía que estaba al borde de la extenuación, pero no quise que se percatara, por lo que, de vez en cuando, le lanzaba palabras de ánimo que la hicieran creer que su frágil cuerpecillo podía dar mucho más de sí.

Ella era consciente de que debíamos continuar nuestro arduo y

tortuoso camino. Lo que fuera menos pasar la noche en aquel bosque tupido y desangelado. Sin embargo, mientras los dos jadeábamos casi sin aliento, obligando a nuestros músculos a repetir sin cesar las mismas extensiones y contracciones que derivaban en nuestro lento avance, nos enfrentábamos al hecho de que la noche había caído de súbito al amparo del lúgubre dosel atronador que la inminente tormenta había tendido en el cielo plomizo.

No habríamos podido dar marcha atrás aunque hubiésemos querido, pues yo habría sido incapaz de encontrar el camino de vuelta hasta el lugar donde habíamos abandonado el coche cuando este se había negado a continuar. Ya me habría gustado que se nos planteara esa posibilidad: con las ventanillas cerradas, al menos habríamos tenido cierta sensación de refugio. Ahora, en cambio, no sabíamos cuánto tiempo tendríamos que seguir avanzando a trompicones en la oscuridad creciente ni qué nos aguardaba por mucho que huyéramos de lo que, por instinto, sentíamos que nos perseguía con intenciones hostiles.

La mayoría de las cosas que aterrorizan al alma humana son intangibles. No se trata de esa súbita aparición que te hiela la sangre en las venas, sino de ese pomo que gira lentamente en la puerta del dormitorio en la quietud de las espeluznantes horas que preceden al alba, cuando uno sabe que está solo en casa y que ningún otro ser humano puede invadir su precavida soledad. Y ahora aquellas sombras sigilosas nos acechaban a Carry y a mí mientras nos aferrábamos el uno al otro y resbalábamos y tropezábamos por el estrecho sendero, apenas iluminado por las centelleantes luciérnagas que parpadeaban cada vez con más fuerza a medida que avanzábamos.

—Jack…, no… puedo… más.

Carry se desplomó sobre mí mientras las débiles palabras

escapaban de sus labios jadeantes. Traté de impedir que se cayera, asiendo su cuerpo medio desmayado para auparla en un intento desesperado por instarla a continuar, pero mis esfuerzos fueron en vano.

—No te rindas, mi amor. No puedes quedarte aquí toda la noche. Está empezando a llover. Si paramos ahora, vas a terminar empapada. Seguro que hay una casa o algo en las inmediaciones; si no, ¿para qué iba a existir este camino, por malo que sea?

Hasta entonces apenas habíamos reparado en el débil golpeteo de los goterones sobre la alfombra de hojas muertas que pisábamos. Fue en ese momento en que nos detuvimos cuando los oímos con claridad, aunque cesaron al instante. De la oscuridad que nos rodeaba surgió, en su lugar, un suave susurro, un tenue movimiento, y entonces me di cuenta de algo que había pasado por alto: las luciérnagas que titilaban a ambos lados del camino emitían sus luces de dos en dos, por así decir, y todas estaban a ras del suelo. Vaya si eran raras. Había en ellas algo extraño y perturbador.

—¡Jack! ¿Las luciérnagas…?

Carry también se había dado cuenta. Su frágil cuerpo temblaba en mis brazos de una manera que no era producto del mero cansancio físico. De repente me apartó con una violencia inesperada.

—¡Hay que seguir, Jack! ¡Venga, vámonos ya! Las luciérnagas emiten una luz amarilla, y estas son de un verde intenso. *¡No son luciérnagas!* Pero ¿qué son? —Su voz se redujo a un débil susurro amedrentado—. Jack…, la lluvia… *¡tampoco era lluvia, Jack!*

¡Santo cielo! Tenía razón. Lo que habíamos tomado por el repiqueteo de la lluvia era en realidad el delicado tamborileo de unas patitas, las de una innumerable horda de pequeños animales, tan diminutos que sus ojos, de un extraño verde centelleante, apenas se elevaban de la alfombra de hojas muertas por la que corrían. ¿Qué

serían? ¿Qué sería aquello que avanzaba y se detenía a la vez que nosotros? Un escalofrío involuntario de puro horror me recorrió el cuerpo. Los dientes me castañetearon y se me puso la piel de gallina.

—¡Ánimo, querida! Debe de haber un refugio cerca. Venga, apóyate en mí y vuelve a intentarlo.

Carry se soltó de mis brazos y volvió a entregarse a los arduos esfuerzos que el agotamiento le había hecho abandonar hacía tan solo un momento. El miedo le espoleó los nervios y sus músculos pasaron a la acción. Mientras avanzaba trastabillando a mi lado, gimoteó en un susurro:

—Jack…, estoy… muy… asustada.

—No pasa nada, mi amor, no hay de qué asustarse —mentí sin reparos, aunque yo mismo lo estaba escuchando, atento a cada uno de los sonidos de la noche.

Oía perfectamente aquel suave repiqueteo que nos rodeaba y que, por supuesto, no era lluvia, y mis ojos se entrecerraban por el destello de aquellas innumerables chispitas verdes que tampoco eran luciérnagas. Sentí náuseas y un involuntario estremecimiento de pavor que tuve que acallar para no contagiárselo sin querer a Carry.

Algo estaba sucediendo en otro plano que, de algún modo, había afectado al nuestro: esto lo supe de manera instintiva. En aquellas oscuras arboledas había criaturas que mostraban un secreto interés en nosotros. Solo el tiempo diría si su voluntad era benigna o malévola. Sentí un malestar que me impelía a permanecer sobre aviso, que me decía que el interés que nuestros extraños acompañantes habían mostrado por nuestros movimientos era un mal presagio.

Noté que el cuerpo de mi amada cedía bajo su peso. La sujeté

más fuerte y oí que me susurraba desesperada:

—Jack, cariño, te dije que él nunca… me dejaría escapar.

Su tono de desesperanza me infundió una furia que, por un momento, renovó mis fuerzas. Dwight Harkness no volvería a disponer de su cuerpo para utilizarlo en sus viles conjuros; no volvería a chupar la sangre de sus delicadas arterias.

—Puede que él no tenga nada que ver con esto, cielo. Le sacamos una enorme ventaja. Seguramente ni se ha enterado de que has huido. Apóyate en mí, amor mío. Seré fuerte por los dos.

—No… puedo… dar… ni… un… paso… más.

Carry se derrumbó hecha un ovillo a mis pies y no me quedó más remedio que pararme a recoger su cuerpo menudo y rodearlo con mis brazos. Al detenerme y agacharme, el tamborileo de pies cesó y pareció hacerse el silencio a nuestro alrededor. Entonces, poco a poco, todo se fue acallando, como si las criaturas que nos acompañaban en las sombras fueran en realidad un ejército que se extendía por los bosques hasta muy muy lejos.

—Es inútil…, querido Jack. Déjame. ¡Sálvate… tú!

(¡Pero qué cosas decía mi lucero del alba!)

—¿Y qué iba a hacer yo sin ti, amor mío? Si no vienes, me quedaré aquí contigo.

—Jack…, mi vida…, eres… un sol. Lo… intentaré… de nuevo… por ti.

Aunque estaba exhausta, la ayudé a incorporarse. El eco del suave frufrú que produjo al levantarse se propagó a nuestro alrededor. Mientras intentaba tenerse en pie, alumbré con la linterna rápidamente a izquierda y derecha. Sombras. Negras sombras. Sombras densas, oscuras y feas. No se veía nada más. Nada se movía, salvo aquellas portentosas sombras nocturnas que nos acechaban y nos miraban maliciosamente por cada lado. ¿O no eran

ellas las que se movían? ¿Y si eran los dueños de los ojos…?

—No hables, cariño. Ahorra tu aliento para un último esfuerzo. Seguro que encontramos refugio por aquí, ya verás.

Y entonces, como si la necesidad que encubrían mis palabras arrancara una respuesta a mi plegaria interior, el camino describió de repente una curva inesperada. La rodeamos y, ¡oh!, ¡había unas luces tenues más adelante! ¡Gracias a Dios!

—¡Mira, mi amor! ¡Una casa! ¡Aguanta! Un poco más y estaremos a salvo.

Llegamos a la casucha. Era demasiado cochambrosa como para considerarla una casa o un *cottage,* pero al menos era un refugio: tenía tejado y cuatro paredes, y dos ventanas opacas y sucias por las que se filtraba un hilillo de luz en la oscuridad de la noche. Llamé a la puerta con ímpetu. Al sonido de mis golpes, los susurros que nos rodeaban cesaron y se hizo un silencio tan sepulcral que casi deseé volver a escuchar el tamborileo de aquellos miles de piececillos invisibles, el murmullo y la agitación de las miríadas de criaturas que poblaban la noche.

Como si mi llamada hubiera sido una señal, se nos abrió la puerta de par en par; a la vez, las ventanas se oscurecieron todavía más y la luz que parecía emanar del interior se apagó. Carry tiró de mí en vano.

—¡No…, no…, no! —sollozó aterrorizada—. Es una trampa. Te lo digo: él no me dejará escapar. ¡Vendrá a por los dos!

Sus exclamaciones cesaron de súbito. Tomé en brazos su ligero cuerpo inconsciente y crucé el umbral iluminando con la linterna el interior de la cabaña, pues era apenas eso. Estaba vacía. Cerré la puerta con el pie y estreché a Carry contra mi corazón mientras aguzaba el oído.

Silencio. Un silencio lúgubre cargado de presagios. Una especie de pánico se apoderó de mí. Volví a apuntar a mi alrededor con el brillante haz de la linterna, pero lo único que encontré fue una puerta en el lado opuesto de la habitación. La lógica me decía que solo podía conducir al exterior, pues a simple vista resultaba evidente que aquello no era más que un cobertizo. Por un momento me atreví a olvidarme del murmullo que se estaba levantando poco a poco fuera, como si millones de animales diminutos silbaran, gorjearan y chirriaran juntos en un coro maligno que no paraba de aumentar.

Dejé con cuidado el cuerpo de Carry en el basto entarimado, me quité el abrigo y lo coloqué a modo de almohada bajo su bonita cabeza castaña. A continuación, puse la linterna de pie a su lado y le froté los fríos dedos con mis palmas calientes. Había tomado la precaución de arrodillarme en una posición que impedía que alguien abriera la puerta por la que habíamos entrado, pues la bloqueaba con mi cuerpo. En cuanto a la puerta trasera, aún no podía comprobar si tenía el pestillo echado o no; primero debía devolverle la consciencia a mi pobre amada, que yacía blanca e inmóvil en el suelo.

Cuando abrió los ojos con un pestañeo, me levanté de un salto y blandí la linterna, pues era la única arma de la que disponía. Recordé que había dejado la pistola automática en el compartimento de la puerta del coche cuando lo abandonamos, por lo que ya era demasiado tarde para recuperarla. Me puse delante de Carry, de cara a la puerta contraria; la alumbré con la linterna hecho un manojo de nervios, presa de una horrible expectación, pues había percibido el leve crujido de las bisagras oxidadas. Y vi que el pomo giraba y la puerta se abría poco a poco para dejar entrar… ¡¿qué?!

A mi espalda, Carry chilló y se levantó a duras penas para poder

enfrentarse con valentía a lo que quiera que estuviera por llegar. ¡Mi pequeña Carry! ¡Cuánto sufría por ella!

La puerta se abrió un poco más entre chirridos y luego se detuvo; el hueco sería de un palmo. Mis nervios (que ya tenía de punta tras la ardua carrera por aquel bosque encantado en el intento de alejar a mi dulce amada del hombre que se hacía llamar su guardián, pero de cuyos tratos con el Maligno ella llevaba mucho tiempo siendo plenamente consciente) no podían soportar aquella espera silente y fatídica.

—¡Entra, quienquiera que seas! —grité, furioso—. ¡Entra o vete de aquí!

La puerta, obediente, se abrió un poco más. Casi se me para el corazón. Mi amada se apoyó en mi hombro izquierdo con la respiración entrecortada.

—¿Me pides que entre? —dijo entonces una voz incrédula—. No me esperaba una bienvenida.

—¡Que entres o que te vayas! —espeté—. Y que sea rápido.

—Acepto tu amable invitación —dijo la voz en un curioso tono agudo que, de algún modo, me recordó a los chillidos de los ratones bajo el entarimado.

—¡Has hecho mal, Jack! —me susurró Carry al oído—. ¡No deberías haberlo invitado a entrar! Es algo malo. Lo presiento. De haber sido bueno, no habría esperado a que lo invitaras.

La voz se apresuró a repetir:

—Acepto tu invitación.

El dueño de aquella voz aguda y chillona apareció tan de súbito por el hueco de la puerta que estuve a punto de dar un brinco. Cuando entró, la estancia se vio invadida por un olor nauseabundo.

—Cierra la puerta —le ordené, sintiendo que la voz me fallaba más

de lo que habría querido—. Hay algo desagradable ahí fuera esta noche y no quiero que entre también.

Aquella criatura enana, ataviada con un manto raído, soltó una risita estridente a modo de respuesta. Al oírla, Carry se estremeció, y una de sus delicadas manitas me agarró el brazo con tanta fuerza que sus uñas me atravesaron la camisa y se me hincaron de tal modo que me encogí de dolor.

Me quedé mirando al extraño visitante, apuntándolo con la linterna. El manto gris que cubría su cuerpo torcido y achaparrado le ocultaba la cara como para proteger sus ojos de la deslumbrante luz y me impedía descubrir qué tipo de hombre sería. Poco atractivo, sin duda, a juzgar por aquella voz deplorable y aguda, tan parecida…, santo cielo…, tan parecida a los chillidos de las ratas en sus sucios agujeros. En cuanto aquel pensamiento abominable se apoderó de mi cerebro, desvié la vista lentamente sin mover la cabeza y me enfrenté a la mirada petrificada de Carry, que seguía apoyada sin fuerzas en mi hombro.

—¿Quién y qué eres? —le pregunté al intruso elevando el tono mientras volvía a enfocar mi mirada en él.

—Un pobre vagabundo que busca abrigo de la tormenta y de la noche —chirrió el recién llegado, soltando de nuevo aquella risita aguda e irritante que se asemejaba tanto a la de los roedores tras los revestimientos de madera.

—¡Jack! ¡Vámonos! Cualquier cosa será mejor que esto —empezó a protestar Carry, encogiéndose detrás de mí.

—Calla, querida. Sería de locos intentar continuar en la oscuridad, con ese ejército de criaturas ahí fuera. Siéntate en tu parte de la habitación, forastero. Carry, tesoro, quédate descansando en el suelo sobre mi abrigo. Yo vigilaré mientras tanto. La tormenta y la

noche pasarán. Y seguro que esos bichos se marcharán y podremos continuar.

Carry me obedeció, aunque a regañadientes, y se dejó caer detrás de mí en un rincón.

El manto gris de aquel otro viajero parecía haberse agrandado de pronto, pues, cuando él también se sentó en el suelo contra la pared opuesta, este lo envolvió por completo de tal modo que, a simple vista, tan solo se percibía un oscuro batiburrillo de tela amontonada. Cuando alumbré con la linterna el bulto de ropa oscura, poco más se distinguía, aparte del débil movimiento causado por la respiración, y durante las siguientes horas interminables seguí alumbrándolo de vez en cuando, aunque la mayor parte del tiempo mantuve la linterna apuntando al techo para que iluminara todo el interior del cobertizo.

Carry estaba tan exhausta que se quedó profundamente dormida. Yo, en cambio, me sentía más despierto que nunca, pues mucho dependía de mi vigilia. Había mirado el reloj y a punto estaba de guardármelo en el bolsillo tras comprobar que eran casi las cuatro de la madrugada cuando oí un ruido fuera que me puso en guardia e hizo que me levantara de un salto. Alumbré al tercero en discordia, pero el montón de tela oscura no dio señales de vida. El sonido del exterior era el de unos pasos humanos que andaban de forma irregular, como si el caminante, en medio de la noche turbia, no tuviera claro por dónde avanzar.

Ningún otro sonido había interrumpido el silencio de la larga noche, salvo el ulular de las fuertes ráfagas de viento en las copas de los árboles y los aguaceros que caían de vez en cuando sobre nuestro tosco refugio. En un momento dado, de hecho, cuando por casualidad eché un vistazo al bulto de ropa del rincón, me pareció ver, casi con toda seguridad, que un ojo brillante me observaba

fijamente de un modo que me hizo apretar los dientes de la impresión. La mirada penetrante y ladina de aquel ser deforme desplomado contra la pared no solo realzaba lo desagradablemente extraño que era; su carácter furtivo daba a entender que se trataba de un habitante de otro plano que jamás debería haberse aventurado a cruzar al de la existencia material.

Se volvieron a oír aquellos pasos irregulares e indecisos. A mis oídos atentos no les costó reconocerlos entre los latigazos de la tormenta contra la frágil cabaña, que se bamboleaba y se remecía con cada nuevo impacto. Mi rauda mirada cayó de nuevo en el tercer ocupante de nuestro refugio y volví a distinguir el brillo de un ojo semioculto, que centelleaba como el verde orbe reptiliano de una criatura salvaje salida de la noche más cerrada.

El vagabundo que compartía la casucha con Carry y conmigo estaba alerta, a pesar de su aspecto acurrucado e informe. Su disposición ostentaba para mí algún significado oculto que traté de descifrar en vano. Supe en el acto que suponía una amenaza. Me pareció que emitía una especie de risa obscena y callada por la impotencia de esas criaturas que consideraba inferiores. Aquel desconocido que había entrado en el cobertizo gracias a mi fortuita invitación era más de lo que aparentaba. Pese a su cuerpo retorcido y deforme, sentí que irradiaba un poder consciente y certero, un poder que podía utilizar según su voluntad, para bien o para mal.

Puede que lo hubiera planeado el propio guardián de Carry al permitir que escapara conmigo: nos habíamos visto obligados a huir en la única dirección posible, por aquel bosque embrujado, dado que su salvaje morada estaba situada en un saliente rocoso y solo se podía regresar a la civilización atravesando aquella espesura.

Así se había ocultado el viejo Harkness de la humanidad, a sí mismo y a sus viles prácticas mágicas. Mientras escuchaba aquellas

pisadas vacilantes en el exterior, me dije con amargura que Carry tenía razón, ¡qué ciego había estado! Aquel viejo rencoroso y vengativo no la dejaría escapar. Le había hecho creer que había conseguido huir para, al final, volver a capturarla y esclavizarla sin remedio, matando así las últimas esperanzas que le había infundido su amor por mí, su fe en mí. Al atraparme a mí también, la aniquilaría con todo su diabólico poder.

Maldije en mi mente la soberana estupidez que había cometido al tomar el desvío equivocado debido a mi estado nervioso, y también me maldije a mí mismo por haber dado por hecho que el indicador del nivel de gasolina funcionaba correctamente. De haber sido un poco más precavido, al menos podríamos haber regresado al cruce y, desde allí, haber tomado la desviación por la que se salía de aquel denso bosque y se accedía a la carretera principal, que nos habría alejado de aquella zona tan extraña y aciaga. La gasolina nos habría bastado para llegar al pueblo más cercano. Yo era el único culpable, pues Carry se había aferrado a mí con tal fe en mi capacidad para sacarla de su terrible situación que ni siquiera había pensado en los detalles de su huida.

Sin embargo (miré con ternura su cuerpo sereno, su cabecita castaña apoyada en mi abrigo), prefería enfrentarse a cualquiera que fuera la muerte que nos aguardaba a los dos a perecer en el transcurso de algún vil encantamiento que afectara al alma además de al cuerpo, perpetrado por aquel villano que le había estado absorbiendo la vida y la voluntad con su magia maligna. Se movió mientras la miraba; sus párpados se abrieron.

Tenía el rostro sonrosado por el rato de sueño. Su confianza en mí era tan ciega que no había dudado en dormirse profundamente. Me miró y me lanzó una sonrisa de ánimo que me oprimió el corazón,

pues sabía que aquella batalla contra poderes y fuerzas sobre los que solo podía hacer débiles conjeturas no había hecho más que empezar.

—Jack, querido, ¿ya es de día?

Pero entonces aparté la vista de ella porque el haz de luz de la linterna reflejó una sombra, deslizante y metálica, procedente del bulto de ropa oscura en el otro extremo de la habitación, y supe que el extraño se había movido al oír su voz. Sin quitarle los ojos de encima al ser que compartía nuestro refugio, respondí con cautela en voz baja:

—Querida, hay alguien ahí fuera. Llevo un rato oyendo leves pisadas en las pausas de la tormenta.

Carry se levantó deprisa y, sin verla, me imaginé la expresión de consternación que debía de haber adoptado su dulce rostro.

—¡Jack! ¡Ay, Dios mío! ¡Es él!

—¡Tonterías! Solo es alguien que busca refugio de la tormenta, o que se ha perdido, como nosotros y nuestro amigo.

—No…, no… Siento que él está cerca.

Su inquietud me afectó. Al menos sacaría al extraño de allí.

—¡Eh, despierta, hombre, que ya es hora de que te vayas! —exclamé—. La tormenta está amainando y no hace falta que te quedes más tiempo.

El amasijo de ropa oscura reaccionó. El ser que había en su interior se levantó con agilidad, pero con tal descoordinación muscular que arrugué la nariz de puro desagrado, pues el movimiento se parecía más al de una criatura salvaje que a la gracia equilibrada de un cuerpo humano atlético. Por un instante, se quedó a cuatro patas como un animal, y algo en aquella postura momentánea me resultó especialmente repugnante, aunque cambiara a una posición erguida casi en el acto. El gris pizarra del

andrajoso manto seguía ocultando sus rasgos, pero dos ojos penetrantes y luminosos nos miraban a Carry y a mí desde aquel refugio que guardaba con tanto celo.

—Que me vaya, ¿eh? ¿Y por qué? Si tú mismo me invitaste a entrar.

Qué voz tan aborrecible tenía; una voz que terminaba en un chirrido ocasional, un agudo sonido animal incontrolado.

—Me parece que fuera ya es de día —dije sin darle importancia, y le tendí la mano a Carry para ayudarla a levantarse—. Esas ventanas están tan llenas de polvo y telarañas que entra muy poca luz, pero, según mi reloj, son casi las cinco. Ya debe de estar amaneciendo.

Detrás de la capa gris se oyó una aguda risita nerviosa.

—No sabía que fueras el gerifalte —dijo el extraño, cuyos hombros temblaban como si se estuviera riendo por lo bajo.

—Nosotros llegamos primero —le espeté.

—¡Ja, ja, ja! No me digas…, ¡pero resulta que es mi casa! —replicó él, y sus penetrantes ojillos centellearon de un modo muy desagradable.

Al principio no respondí; seguía atento a aquellas pisadas vacilantes que tanto desasosiego me habían causado hacía apenas unos minutos. Aunque el viento se había calmado con la llegada inminente del amanecer, ya no las oía.

Carry me dio un toquecito en el brazo.

—¡Vámonos, Jack! Me… me da miedo estar aquí.

Nuestro anfitrión se echó a reír como para sí, o quizá por aquel reconocimiento inocente, y de pronto dijo:

—Ahí fuera están todas mis hijas. Están esperando a que les dé de comer.

Se nos quedó mirando con ojos crueles y destellantes.

Dios sabe que no había nada en aquellas parcas palabras como

para hacer que se me pusiera la piel de gallina y que retrajera los labios de puro odio, pero el apretón de Carry en el brazo me dijo que a ella le había dado la misma horrible impresión.

—Abrid la puerta si lo deseáis, mis queridos huéspedes. ¿O tal vez preferís quedaros aquí?

Froté el sucio panel de una de las ventanas con la manga del abrigo, que había recuperado para tal fin, pero no sirvió de mucho, pues el cristal estaba rayado y dañado, además de mugriento, y no se veía nada. No había más remedio. A pesar de la velada amenaza de aquel ser oculto, debía arriesgarme a abrir la puerta para ver cuál era el peligro que nos acechaba fuera.

Me acerqué de puntillas a la puerta por donde habíamos entrado la noche anterior, levanté el pestillo muy despacio, con mucho cuidado, e hice presión con el pie para que una repentina acometida desde el exterior no pudiera abrirla de par en par. Cuando hube abierto una rendija, puse un ojo en aquel pequeño punto de visión y miré. Luego la cerré de golpe, con las manos temblorosas por el frío glacial de aquel impacto nervioso, y me quedé con la espalda apoyada en ella, respirando con dificultad.

—¡Jack! ¡Jack! ¿Qué había?

—Carry, me temo que te he arrastrado hasta algo tan horrible como aquello de lo que escapabas. Mi imaginación no es capaz de decirme de qué se trata exactamente, pero tenías razón sobre tu guardián, mi amor. Es un mago muy poderoso, ¡además de un vampiro y un diablo! —exclamé con amargura.

Carry se aferró a mí llena de espanto.

—Pero ¿qué has visto ahí fuera? ¿Qué has visto? ¿Era… él?

—No, no era él. Al menos yo no lo he visto.

—Entonces, ¿qué… qué es lo que te ha impresionado tanto, Jack?

Pareces otro.

—Mi querida Carry, fuera de esta casucha miserable hay, hasta donde alcanza la vista, miles de ratas al acecho. ¡Dios!

Se me pusieron los pelos de punta mientras mi mente analizaba todas nuestras posibilidades dadas las circunstancias. ¡Pero qué tonto había sido, tonto de remate, al dejarme la pistola en la puerta del coche! Al menos nos habría ofrecido una oportunidad contra cualquiera que fuera el horror que nos aguardaba. Ay, ¿alguna vez hubo un candidato a caballero andante más necio y criminal que yo? Había alejado a mi amada de su aciago destino bajo el techo de su «guardián» para exponerla a la muerte más horrible y repugnante que la mente pueda concebir sin perder la cordura.

Al otro lado de la habitación, aquel ser misterioso susurraba y se reía, se burlaba y se sacudía, presa de un repulsivo regocijo.

—Ah, se quedan…, se quedan mis invitados. Y se quedarán… mientras yo se lo permita. ¡Ja, ja, ja!

—Pero no se nos obligará a soportar tu presencia —grité, reaccionando de repente, pues ya no soportaba seguir respirando el aire contaminado por aquella criatura.

Tras deshacerme de la manita de Carry, que me sujetaba, crucé la estancia y me abalancé sobre el asqueroso montón de harapos malolientes que envolvían a aquel ser burlón. Cuando mis manos impactaron en su garganta, sentí que sus músculos se tensaban hasta alcanzar la firmeza del hierro, y me di cuenta en el acto de que mi fuerza era insignificante en comparación con la de la criatura a la que había osado desafiar. Esta no contratacó con ningún gesto de violencia, sino que permaneció clavada en el sitio con una firme inmovilidad que resistió el envite de mi propia condición atlética, similar al de una ola que rompe y se desintegra al chocar con un acantilado.

El grito de angustia y desesperación de Carry acabó por disparar mi creciente terror. Me maldije a mí mismo por ser un insensato redomado y sentí que mis dedos se soltaban del acero que habían estado asiendo bajo los harapos del enano. Mis ojos se desviaron de los orbes brillantes de la criatura, endiablados y voraces, y se fijaron en que la otra puerta se abría con un rápido movimiento y un cuarto ser humano entraba en la cabaña. Era el viejo Harkness en persona y, mientras hacía su aparición, mis atentos oídos captaron el murmullo de los miles de ratas que esperaban… esperaban… esperaban… en el exterior con una paciencia infinita.

Al entrar Harkness, el ser al que había agarrado por la garganta dio una breve sacudida y aproveché para quitarle las manos de encima. Era como si hubiera aumentado su fuerza y como si el poder que emanaba lo hiciera parecer más recto y erguido. Se volvió hacia Harkness, con sus ojos centelleantes ocultos por el manto e ignorándonos por completo, como si Carry y yo no pintásemos nada en aquel asunto.

—Así que has convocado a mis hijas… —afirmó, más que preguntó, con un tono chillón que tenía un deje acusatorio.

Dwight Harkness apenas se dignó a lanzarnos una mirada desdeñosa a Carry y a mí. Se irguió cuan alto era, como el hombre noble e imponente que había sido en otro tiempo, antes de degradar su mente y su cuerpo con viles artes mágicas.

—¿Te atreves a reprochar mis actos? —dijo, frunciendo el ceño, hasta que su nariz larga y ganchuda estuvo a punto de encontrarse con su barba, que revestía su mentón de un exuberante blanco níveo y le otorgaba el engañoso aspecto de un noble patriarca.

—¿Reprochar? —Nuestro anfitrión soltó una carcajada estridente y nerviosa—. ¿Yo? ¡Ja, ja, ja! No soy *yo,* son *ellas* quienes reprochan tu llamada. Mis hijas están hambrientas. Esperan ahí fuera. Tú las

has llamado con tus propias intenciones, para someter a estos dos… —nos señaló con indiferencia— a tu voluntad y volver a apoderarte de esa alma y de ese cuerpo que te son tan útiles para tus fines.

—¿Y qué si es así? —replicó el otro, muy digno.

—¡Ja, ja, ja! Pues que se te ha olvidado darles de comer después de convocarlas. Mis hijas esperan y están hambrientas…, *muy* hambrientas —chilló aquella voz con un suave énfasis.

El liviano cuerpo de Carry se desplomó contra mi brazo. La zarandeé un poco para que volviera en sí, pobrecita, pues no era el momento de perder el sentido, precisamente cuando nuestro destino dependía de aquellos dos seres, tan aborrecibles como fresco y dulce era el aire que Dios había insuflado en sus contaminantes pulmones.

Dwight Harkness extendió una mano en un gesto impaciente, aunque curiosamente apaciguador.

—Ahora las despacho —dijo con desprecio—. Ya no me hacen falta.

—¿Y crees que vas a poder? ¿Crees que se irán?

Los penetrantes orbes de aquella criatura enana se iluminaron de pronto y me miraron con una especie de alegría danzarina y diabólica.

—Tú, joven, que has hecho que tu amada tenga que pasar por esto, pagarás por tu imprudencia. La muchacha vivirá. Regresará bajo el ala de su guardián. Pero, para que mis hijas la dejen pasar, hay que alimentarlas.

Se hizo un silencio espantoso en la grisácea oscuridad de la mañana en la que estaba sumida la casucha. Quedaba claro lo que implicaban aquellas palabras. A Carry se le permitiría volver al laboratorio de su guardián a cambio de que yo alimentara a las criaturas hambrientas que esperaban fuera con una paciencia

endiablada. Dios santo, ¿qué hombre podía contemplar semejante futuro y no echarse a temblar?

Dejé escapar un quejido involuntario, pues, si yo me sacrificaba, a Carry se la privaría de toda amistad humana, de toda posibilidad de socorro. Y juro que fue aquello lo que me llenó de resentimiento y pavor.

—¡Jack! ¡No! ¡Enfrentémonos los dos a las ratas!

¡Mi valiente niña! ¡Mi gran amor! La tomé de la mano con firmeza y ambos miramos a aquel ser maligno a los ojos.

—No puedo irme y dejarla en manos de ese diablo con forma humana —protesté, para sorpresa del enano—. Prefiero que se la coman las ratas a que pierda su alma inmortal por las viles prácticas de ese hombre. ¡Abre la puerta! Saldremos juntos.

Sentí escalofríos, pero sabía que el suplicio no duraría mucho, pues eran demasiadas. Carry me miró a los ojos, y la curiosa sonrisa de resignación que reinaba en su pálido rostro apaciguó mi corazón.

—¿Será rápido, Jack? —me preguntó con voz queda.

La sentía temblar contra mí. Los horribles pensamientos que me asaltaban me partían el alma: su tierno cuerpo a merced de aquellos dientes afilados, el enjambre de alimañas derribándola mientras ella chillaba de agonía… Hasta que ya no pude soportarlo más.

—Iré yo solo —dije con rudeza, zafándome de ella—. Dios no dejará que le arrebaten su alma. Al menos él la salvará de las ruinas en que dejes su delicado cuerpo. Voy yo. ¡Protégela todo lo que puedas! —le grité a Dwight Harkness, e hice ademán de levantar el pestillo.

—Vaya, vaya. Esto sí que no me lo esperaba —murmuró el enano con su voz chillona y penetrante desde debajo de su manto, casi con aprobación; sus ojos verdosos y brillantes se posaron en mí para evaluarme—. Pero mis hijas tienen hambre. Mucha hambre. Y este

joven es demasiado atlético para poder saborearlo…, le falta carne.

Al otro lado de la habitación, Harkness dio un fuerte pisotón triunfal y sus ojos, bajo sus pobladas cejas, se desviaron hacia la pobre Carry, que había elevado su carita al cielo en solo Dios sabe qué tipo de oración agónica y desesperada. El brujo soltó una carcajada sardónica mientras agarraba la frágil muñeca de mi pequeña amada y la atraía hacia sí.

—Deja que ese idiota alimente a las crías —ordenó con brutal alegría—. No puedo atravesarlas cargando con la muchacha si no están… «entretenidas» —remató con ironía.

—¿Acaso se te han olvidado los hechizos? Ja, ja, ja. Menudo hechicero estás hecho.

Había una sutileza en la voz del enano que me hizo detenerme en el acto, aun cuando mis dedos, sin vida pero resueltos, ya levantaban el pestillo que me permitiría salir hacia mi condena. Me giré despacio y vi en aquellos ojos algo que no era venenoso ni vengativo, y dudé.

Dwight Harkness, de cuyo brazo izquierdo colgaba el cuerpo, ahora flácido, de mi pobre amada, también se giró, con el semblante ensombrecido y estupefacto.

—¿Cuestionas mi autoridad? —preguntó con voz rotunda.

—¿No has vendido tu alma por la adquisición de tus secretos ocultos? —contratacó el enano.

—Pues manda a ese necio a alimentar a las crías para que yo pueda pasar sin más dilación y sin tener que recurrir a hechizos. No he traído ninguno para esta ramera.

Levanté el pestillo con un traqueteo intencionado, pero sin apartar la vista del rostro precavido de nuestro anfitrión.

—No puedo mandarlo, eso ya tendrías que saberlo. Debe ir por voluntad propia, empujado por el miedo, el odio… o el amor. Estás

listo, hechicero de pacotilla. —Soltó una insultante risita nerviosa.

—¡Eres un insolente! —bufó el viejo Harkness, enfurecido.

—¿Insolente yo? ¡Ja, ja, ja!

En un arrebato de rabia y resentimiento, el viejo mago se dio la vuelta y golpeó al enano. En ese mismo instante, como si aquel acto hubiera sido percibido, si no presenciado, por las terroríficas hordas que se encontraban fuera, un clamor ensordecedor de chillidos y chirridos se propagó por toda la cabaña, y solo se acalló cuando el enano, que no se había inmutado por el ataque y que había esquivado el golpe sin el menor esfuerzo, levantó la mano.

—¡Esta es la gota que colma el vaso, mago insensato! Juraste servirme con lealtad si yo te prestaba mi ayuda y te dejaba llamar a mis hijas a tu antojo. Pero olvidaste que, cuando vienen, están hambrientas y expectantes. ¡Ja, ja, ja! Abre la puerta, joven amante, y apártate. ¡Ábrela de par en par!

Solo Dios sabe cómo intuí que aquello era para bien y no para mal. El caso es que algo en su voz, en la chispa que irradiaban sus ojos semiocultos y en el modo en que centellearon cuando se posaron en aquel viejo mago malvado, me hizo obedecer. Abrí la puerta con un gesto de gran ostentación y le di la espalda a la inevitable acometida, pues estaba seguro de que ninguno de nosotros sobreviviría al asalto de aquellos miles de criaturas voraces.

No sé cómo, pero de repente me vi con Carry en los brazos, ambos cubiertos por el manto harapiento de aquel ser extraño a cuyo hogar habíamos ido a parar. Él también estaba allí: una criatura encorvada y horrenda cuya cara descubierta desvelaba que no era más que una parodia de la divina forma humana. Cielos, era tan horrible, tan brutal, que le di las gracias al Creador por que Carry estuviera inconsciente.

Si había algún ser humano parecido a una bestia, sin duda era

aquel que saltaba y reía, que agitaba sus brazos cortos y regordetes mientras ejecutaba su horrible danza de la muerte alrededor de aquel mago pávido que no paraba de gritar, despojado ahora de su antiguo poder. Se asemejaba a una rata enorme y sin forma, erguida sobre las patas traseras, que clamaba venganza sobre aquel hombre miserable cuyo orgullo por sus artes mágicas lo había llevado a rebelarse contra aquel ser cuyos poderes malignos debían de superar los suyos.

Por la puerta entraba ahora un torrente de ratas chillonas que enseñaban los dientes mientras luchaban y se abalanzaban sobre su presa, amontonándose en oleadas.

—¡Sálvame! ¡Sálvame! ¡No pretendía hacer ningún daño! —chilló el viejo Harkness, presa del pánico.

Yo no podía hacer nada, pues los animales me habían arrinconado y luchaba por mantenerme en pie, envuelto como estaba junto a Carry en el manto gris del enano rata, que la horda salvaje olisqueaba sin llegar a tocar. Fue increíble, sin embargo, que aparecieran y atacaran en torno a nuestro rincón, y que lo dejaran tan despejado como el espacio que rodeaba a aquel ser que me había ordenado que los dejara entrar.

—¡He esperado, necio, como mis hijas! ¡He esperado! —bramó la horrenda criatura descubierta, que bailó y brincó con cruel regocijo —. ¡Sabía que algún día te pasarías de listo, oh, gran señor de los secretos olvidados! ¡A él, pequeñinas! ¡A él, hijas mías! No volverá a llamaros, a dejaros hambrientas. Ha olvidado sus hechizos. No puede haceros daño. ¡A él, hijitas, a él!

—Pero si el señor soy yo…, ¡el señor de las ratas! —dijo Harkness entre jadeos, devastado por el reconocimiento de que su perdición era inminente, un reconocimiento que se instaló en sus rasgos agonizantes mientras se quitaba de encima a las ratas que se le

abalanzaban y trepaban por él desde el torrente que seguía entrando por la puerta.

—¿Tú? ¿El señor de las ratas? ¡Ja, ja, ja! ¡Solo has mandado porque yo te lo he permitido, idiota! ¡Yo…, yo… y solo yo soy el señor de las ratas!

Gracias a Dios, Carry seguía inerte contra mi pecho, y yo apreté los dientes en un vano esfuerzo por controlar mis agónicos nervios, para evitar ponerme a soltar alaridos como los que salían de los labios enrojecidos de aquel brujo maligno. Cerré los ojos, pero mi imaginación hizo una reconstrucción tan terrible de la escena que mis trémulos nervios no me dieron tregua, ni aun cuando todo acabó tan de repente como había empezado. Y, allí donde un momento antes se habían oído los sonidos más espantosos, se hizo el silencio.

Solo entonces me atreví a abrir los ojos. En el suelo había unos huesos limpios, blancos y relucientes. Unos jirones de lo que una vez fueron prendas de vestir yacían desperdigados por el entarimado de madera. No había ni rastro de las ratas ni del señor de las ratas. Tan solo estábamos nosotros, como cuando habíamos entrado en la choza. Podría haber sido un sueño, de no ser por el blanco recordatorio que aludía al final de un hombre malvado. Ya no estábamos cubiertos por aquel manto gris que desprendía un hedor animal. Carry seguía colgando de mi brazo, pegada a mí, parpadeando, y supe que, al recuperar la consciencia, no debía ver que aún seguíamos en aquel lugar, donde sus ojos buscarían y encontrarían la confirmación de la espantosa realidad que habíamos vivido.

Crucé el umbral.

El sol había salido. El bosque que la noche anterior nos había parecido tan denso había quedado reducido a una maleza rala que

apenas ocultaba la carretera, que quedaba al frente, no muy lejos. En el arcén había un coche que me resultaba familiar. Era el del difunto Dwight Harkness, a quien nadie iba a echar de menos.

Estreché a mi amada contra mi pecho y enfilé a toda prisa el sendero en pos de la luz, la paz y la libertad.

El corazón marchito

G. G. Pendarves



· 1939 ·

(PUBLICADO PÓSTUMAMENTE)

TRADUCIDO POR

Núria Molines Galarza

G. G. Pendarves

1885-1938

La tercera autora más prolífica de *Weird Tales* fue la escritora británica Gladys Gordon Trenery, que firmaba como G. G. Pendarves. Nacida en Liverpool, pero de una familia de Cornualles, pasó mucho tiempo en su tierra natal, escenario de varios de sus relatos. Fue profesora de música, pero dio un viraje profesional hacia el periodismo y empezó a escribir narrativa en 1923, con «The Kabbalist», en una revista que acababa de empezar su andadura, la *Hutchinson's Mystery-Story Magazine.* Publicó diez cuentos en dicha revista; el sexto, «The Devil's Graveyard» (diciembre de 1924), fue el primero que apareció en *Weird Tales* (agosto de 1926). Probablemente, la venta de derechos se formalizó a través de *Hutchinson's,* pues los acuerdos entre revistas británicas y estadounidenses eran frecuentes, pero también es posible que fuese la propia Trenery la que cerrase el trato. La escritora visitó Estados Unidos a finales de los años veinte y es probable que buscara abrirse mercado allí, ya que, si bien regresó al Reino Unido, la mayoría de las ventas de derechos que hizo desde entonces fueron para revistas estadounidenses.

De los diecinueve relatos que publicó en *Weird Tales,* cuatro se reimprimieron en la revista, dos de ellos en más de una ocasión: «The Eighth Green Man» (marzo de 1928) y «The Sin Eater»

(diciembre de 1938). «The Eighth Green Man» trata de una sociedad secreta, los Hijos de Enoch, y del destino que sufren quienes no siguen sus normas. «The Sin Eater» habla de una tradición inglesa en la que un hombre o una mujer lleva a cabo una comida ritual justo antes de la muerte de alguien para «tragarse» sus pecados y permitir que el moribundo se marche de este mundo purificado. Varios de sus relatos versaban sobre posesiones, aunque introdujo los suficientes cambios para que todos fueran originales e interesantes. «El corazón marchito», publicado en el número de noviembre de 1939, explora uno de esos registros. Fue la última aparición de Gladys en *Weird Tales,* ya que falleció en agosto de 1938, a la temprana edad de 53 años.

El corazón marchito

Querido John:

Si quince años de amistad significan algo para ti, ven de inmediato. Siento apremiarte de este modo, porque sé que eres una vieja tortuga, pero hay que ponerse manos a la obra con este asunto antes de que acabe el mes. Los idus de marzo son el martes que viene; este año caen el 31 de mayo.

Mi futuro pende de un hilo, tienes que venir y ayudarme. Es algo raro, rarísimo, y Jonquil y yo no nos ponemos de acuerdo de ninguna manera. Ojalá hubiésemos encontrado el alhajero antes y hubiésemos tenido más tiempo para hablarlo todo. Entiendo el parecer de Jonquil, por supuesto, y, en cierto sentido, me siento en la obligación de seguir adelante por ella, pero… Bueno, ya sabes lo que pienso de andar jugueteando con cosas de magia o de nigromancia. Jonquil dice que soy un aguafiestas… ¡En fin! Ven y lo vemos.

Rafe
27 de mayo de 1938

Intenté convencerme de que no podía ir, ¡no iría! Pero mientras protestaba para mis adentros, ya le estaba dando instrucciones al muchacho, a Joe, que a diario y concienzudamente frustra mis

incansables esfuerzos por cultivar flores, frutas y hortalizas. Así, durante más o menos un cuarto de hora, mi lucha interna, abocada al fracaso de antemano, siguió su curso.

—¡… y Joe! ¡El galón de insecticida es para todo el campo! ¡No se lo vayas a echar a una sola raíz de diente de león!

No es más que su última ocurrencia; le vienen como ventoleras. Pero no me va a engatusar para que salga corriendo y deje mi jardín justo ahora.

—Joe, si dejas que ese perro entierre sus huesos en el sembrado, cuando vuelva te mato y te entierro ahí mismo.

¡Vaya sarta de patrañas sobre su futuro! ¡Unas semanas más aquí lo cambiarían todo! ¿Por qué el martes que viene?

—Joe, ¡no te olvides de la *Quassia* para la frutilla de la pasión!

¿… y qué diablos tendrá que ver la magia con su futuro? ¡No, no pienso ir! No voy a perder…

A esas alturas ya estaba en el cobertizo, quitándome las botas de jardinería y calzándome unas limpias a toda prisa. Como el metal al imán, me sentía atraído hacia la casa, donde mi mente siguió con sus cáusticos debates mientras mi cuerpo, mucho más listo, hacía caso omiso de mis tribulaciones y obedecía mi voluntad.

Preparé la bolsa de viaje, departí con mi ama de llaves, que expresó su desacuerdo con respecto a mis planes sirviéndome un café aguado y una tortilla que parecía la suela de un zapato, y me marché al cabo de una hora, diciendo que volvería pronto si Dios quería.

Habría sido más pertinente decir si el Diablo quería. Hasta el momento, no obstante, ni una pizca de la malicia saturnina que había empezado a manifestarse después de doscientos años empañó las ganas que tenía de ver a mi amigo, Rafe Dewle.

Me encaramé a mi viejo Austin 12 y puse rumbo al norte con mi

carraca. ¡Ay, qué horas aquellas en la carretera, por campo abierto, cuando la vida todavía era libre y pura! Nunca, jamás, volveré a experimentar algo así. El saber ha mermado mi imaginación desde entonces; el mal ha contaminado todos los manantiales de la felicidad.

Hice una parada en Shap Fells para que se enfriara el motor. A mi alrededor, la amarilla aulaga desprendía su aroma meloso; las abejas revoloteaban mientras yo permanecía echado sobre el brezal y observaba las blancas nubes plumosas alejarse por el cielo azul. Me quedé dormido un momento sobre la tierra de cálido aliento, con el solitario trino de los zarapitos en los oídos y sintiendo la presencia de las canosas montañas guardianas en derredor.

Allí dormido, me rozó la primera pincelada del mal. Soñé que proseguía mi viaje, que me adentraba en un oscuro valle en el que, entre la neblina y la oscuridad y la confusión, percibí que se me acercaban unos moradores invisibles y amenazantes. Pero yo debía seguir, a toda prisa, ¡a toda prisa! Alguien me esperaba. Alguien corría peligro. ¡Había de darme prisa, prisa, prisa!

Me desperté y hallé mi soleado hemisferio todo oscuro y airado. Las grandes montañas, rampantes, se erigían amenazadoras, inmersas en bancos de nubes tormentosas. Fuertes ráfagas de viento esparcían la dorada aulaga y anunciaban, silbando, la inminente tormenta que se iba a descargar sobre el páramo y sus temblorosas hierbas.

Con la sensación de terror apremiante que me había dejado el sueño, arranqué el coche y descendí por largas curvas serpenteantes hasta llegar al valle y, mientras seguía avanzando veloz hacia Keswick por las verdes pistas forestales, el miedo no me abandonó. Pasado el pueblo, proseguí todavía más rápido, atravesé la cabeza del valle de Borrowdale bajo la oscura sombra del monte Helvellyn,

por la carretera poco frecuentada que llevaba a Braunfel.

La laberíntica y antigua casona estaba a unas doce millas del pueblo. Yo la conocía bien, de cuando Rafe y yo éramos críos. Mi amigo provenía de una familia de terratenientes, que fueron ricos antes de 1914. La guerra se llevó a sus hombres. Los austeros años que siguieron se llevaron su dinero y sus tierras. En términos económicos, Braunfel pendía de un hilo, y me preguntaba por qué Rafe no la había vendido antes de casarse. Por mucho que lo intentase, no me cuadraba lo poco que sabía de Jonquil French con la austera vida que le ofrecía la herencia de Rafe. Su enamoramiento y la boda, que tan rápido le siguió, habían sido románticos y apasionados, una historia al más puro estilo Lochinvar,[2] pues Rafe se la había arrebatado a otro pretendiente —muy adinerado— casi a las puertas de la iglesia.

¡Tan propio de él y de la sangre caliente magiar que corría por sus venas! Hasta la adorable y consentida Jonquil había sucumbido a sus encantos. Pero ¿por cuánto tiempo?

Su carta me había dado a entender que había surgido cierta discordia entre ellos. Yo ya había conocido a su esposa en Londres y no había sido muy de mi agrado; no era, en modo alguno, la adecuada para Rafe. Huelga decir que yo no tenía ni idea de qué era eso tan misterioso por lo que discutía la pareja, y deseaba que mi amigo hubiese sido más explícito. Sin duda, me tendría preparado un historión sensacional. Le encantaba ponerse melodramático.

Por fin divisé la mole de Braunfel, gris, iluminada con astillas de luz que atravesaban una cortina de lluvia. En los alrededores, amplias praderas descuidadas. Detrás, la cara desnuda del páramo, donde solo quedaban tocones de un gran bosque de abetos que antaño había sido el hermoso telón de fondo de la antigua casa. ¡Más víctimas de la guerra, aquellos hermosos y protectores árboles!

No había plantaciones a la vista que mostraran la verde promesa del futuro. ¡Qué sombría se erigía Braunfel! Y no solo eso: me pareció definitivamente siniestra. Intenté, en vano, disipar aquella idea. Sobre aquella gigantesca construcción pendía algo tan sombrío que ni siquiera las tierras descuidadas y las laderas peladas podían explicarlo del todo.

Mi viejo coche recorrió la última milla salpicando barro entre altos setos asilvestrados. La carretera zigzagueaba y se retorcía cual serpiente marina. Atribulado y abatido, tomé una curva cerrada y frené entre maldiciones. Una figura alta y muy ágil pareció saltar justo de debajo del capó del Austin.

—¡Rafe! ¿Qué diantres…?

—¡Hola! ¡Hola! ¡Vieja tortuga! Te perdono…, ¡no te preocupes!

Abrió la puerta del coche, deslizó las piernas bajo el salpicadero, me pasó un brazo sobre los hombros y esbozó una de sus sonrisillas, como en los viejos tiempos.

—¡Eres un portento, John! Lo cierto es que no contaba contigo hasta mañana, pero estaba tan inquieto de pensar que igual aparecías que llevo por lo menos una hora rondando por aquí. ¡Nunca en mi vida me he alegrado tanto de ver esa carota tuya tan solemne!

Se me tranquilizó el corazón al verlo y oírlo. El matrimonio no lo había cambiado, al menos en cuanto a la amistad y el afecto se refería; todo seguía igual entre nosotros, conservaba el vínculo más cálido y fuerte que tenía en el mundo.

Gruñí y lo fulminé con la mirada, clavando los ojos en ese rostro oscuro como el de un gitano, iluminado con ese fuego que ardía con tanta fuerza en su interior. Nunca he conocido a un hombre, mujer o criatura con un fuego tan potente, tan intenso.

—¡La misma liebre de marzo de siempre! —farfullé—. Tenía la

esperanza de que el matrimonio te hubiese dado un poquito de sesera. Supongo que sabrás que prácticamente has arruinado mi jardín durante los próximos seis meses obligándome a venir, ¿no?

—¡Espléndido! ¡Te he convertido en un héroe!

Prorrumpió en una desaforada canción barbárica y gritó y cacareó hasta que ahogué sus cánticos con la bocina del coche. El ruido era infernal. Al final rompimos a reír como hienas, y seguí conduciendo, sintiéndome más joven de lo que jamás había esperado sentirme; mis veintiocho años me habían pesado mucho desde que Rafe se había casado.

Sábado 28 de mayo. Bajo los apuntados tejados de Braunfel, mi burbuja de felicidad estalló. La imagen de Jonquil French —Jonquil Dewle, debería decir— me trajo de nuevo ese miedo informe del extraño sueño que había tenido en Shap Fells. No comprendo por qué ver a una muchacha que parecía una princesa de cuento de hadas habría de dejar a un hombre tan abatido. ¿Celos? No, ni de Rafe ni de su exquisita esposa.

Hubo un tiempo en que sí sentí celos, temor de que ella se interpusiera en nuestra amistad, pero no me cabía duda de que no había sido así. Tampoco lo envidiaba. Todavía no ha habido mujer que encienda la apasionada chispa de alegría que siento al ver una flor perfecta. De nada vale discutir conmigo, no puedo evitarlo; soy así.

—Señor Fowler, bueno, qué digo, ¡John! ¡Es *perfecto* que hayas venido! ¡Qué alivio! ¡No te imaginas por lo que he pasado últimamente! ¡Qué encantador y grande y tímido se te ve! ¿No te parece demasiado perfecto, Rafe?

—Para nada. Me niego a vivir con dos seres perfectos. John es un simple mortal como yo.

Ella le lanzó un beso, se puso a girar haciendo piruetas por la estancia de paneles oscuros, cual llamita roja mecida por el viento, hincó una rodilla en el suelo y levantó las manos en actitud de plegaria.

—¡Querido, queridísimo John! ¡Eres per-fec-to! Ay, ¡ojalá te vieses! Eres como un pino majestuoso en medio de nuestra biblioteca. Por favor, por favor, déjame que te dé un beso… Es necesario.

En un abrir y cerrar de ojos, se había puesto de pie con su aire danzarín y me estaba abrazando con la cara inclinada, suplicante, hacia arriba. Agaché la cabeza, reacio, y recibí un roce como el de una polilla en los labios, y luego los vi abrazarse con extasiada alegría.

—Lo retiro, querida. —Rafe se enjugó los ojos—. Sin duda es… perfecto.

—Bueno, ahora que ya estáis de acuerdo en eso, quizá podríais empezar a explicarme las cosas. No me habréis traído hasta aquí simplemente para señalar la singular belleza de mi carácter, ¿verdad?

—No —dijo Jonquil entre risas—. Pero no nos servirías de nada si no tuvieras ese perfecto aire de sabiduría.

Su sonrisa resplandeció como el sol sobre un arroyo.

—No hay tiempo para explicaciones antes de la cena. Es una historia larga y triste. Rafe te llevará a una habitación grande y fría, y cuando oigas un ruido como el de un toro al ser sacrificado, baja a cenar. Rafe ha inventado una especie de bocina que utiliza cuando llego tarde a las comidas; es demasiado holgazán para subir la media milla de escaleras.

Ya solo en un dormitorio cuyo tamaño y dignidad me hicieron sentir como un bocadillito seco de jamón sobre una bandeja pensada para

servir la tradicional cabeza de jabalí, abrí una ventana de celosía adiamantada, me dejé caer sobre el ancho banquito desnudo que había bajo el ventanal y clavé los ojos en el patio adoquinado de abajo. Las palomas entonaban un quejido burbujeante desde los tejados de los establos y los edificios anejos, construcciones ruinosas, sin puertas ni ventanas, con tablitas y piedras que habían soportado siglos de lluvia, con la madera ya gris y agrietada, hierbajos, musgo y liquen, señal verde y áurea de la derrota.

No fue el patio ni las múltiples señales de pobreza que se veían por doquier lo que me preocupó, sin embargo, mientras escuchaba el arrullo de las palomas. Fue pensar en Jonquil.

Las meras palabras se quedaban cortas para expresar su reseñable belleza, pues ¿qué son las palabras cuando se trata de una criatura joven, vivaracha y de porte exquisito como el suyo? Sus definidos rizos eran de un dorado cobrizo; los ojos, de un pardo cálido de tonos cambiantes que me recordaban a la hiedra a la luz del sol; la piel, de un blanco lechoso, y tenía un cuerpo tan ligero y de movimientos tan veloces, con tanto aplomo, tan extraordinariamente expresivo en todos sus estados de ánimo, que parecía un ser alado, una colorida ave tropical que recorría el cielo a toda velocidad, aleteando de un sitio a otro.

Pero lo que me asustaba era la determinación que se adivinaba tras sus ojos risueños. Su determinación era ciega, ignorante, imbatible, ¡un arma terrible en sus irreflexivas manos!

De pronto, mi sueño volvió a poseerme… Iba corriendo por aquel valle tenebroso, atravesando la neblina y la oscuridad y la confusión; alguien necesitaba mi ayuda, tenía que darme prisa, prisa, prisa. Y entonces Jonquil aparecía a mi lado, me tomaba del brazo, su voz se reía, me persuadía, me decía que volviera, que volviera, que volviera; me retenía; no podía deshacerme de su mano, que me

frenaba. Su risa nítida evitaba que oyera lo que mis oídos se afanaban por oír. Solo sabía que debía darme prisa, prisa, prisa… En la oscuridad que se arremolinaba ante mí, alguien me necesitaba…

No fue hasta levantarme de la mesa tras la cena, en la que no quedaba rastro de la plata de la reina Ana y el cristal de Waterford, cuando me di cuenta del significado de la aparición de Jonquil en mi perturbador sueño recurrente.

La lluvia y el viento tornaron aquella noche de mayo en una incómoda velada de frío. Rafe encendió la gran chimenea de la biblioteca; apiló piñas y troncos hasta que un reconfortante fuego caldeó una franja considerable de aquella diáfana estancia, con sus libros mohosos, sus alfombras ajadas y su roble carcomido.

Animado por el tabaco, el whisky y la compañía de Rafe, empecé a deshacerme de mis temerosos augurios…, pero no por mucho tiempo. Jonquil parecía tener tantas ganas de iluminarme como pocas tenía Rafe. Al final, él cedió a su deseo inoportuno, bajó un joyero de hierro de una estantería alta y lo dejó sobre una robusta mesa junto a la lumbre.

—Aquí lo tenemos, ¡dama y caballero! —Hizo un exagerado ademán teatral—. He aquí la Suerte de Braunfel, que garantiza concederles sus mayores deseos. Para obrar su magia, es necesario que haya luna llena, creer firmemente en fantasmas y demonios, y beberse una botella de mi mejor whisky. Así estarán ustedes en disposición de departir con un Caballero Benevolente que murió hace doscientos años con la esperanza de ser objeto de una extraordinaria resurrección de entre los muertos.

Su charlatanería no fue bien recibida. Al contemplar aquel joyero, de palmo y medio por un palmo, me invadió una desagradable y reptante sensación de terror. Dejé mi vaso y lo observé en silencio.

Jonquil se acercó corriendo a la mesa y trató de arrancar el joyero

de los largos y morenos dedos de Rafe.

—¡No es justo…! ¡No es justo decírselo así! Estás intentando predisponerlo en contra. ¡Deja que *yo* se lo enseñe! ¡Deja que *yo* se lo cuente!

En un abrir y cerrar de ojos, Rafe se convirtió en un niñero permisivo e irritante con una niña mimada, le dio unas palmaditas en la reluciente cabellera cobriza y, con la otra mano, le aprisionó los impacientes dedos.

—¡Bueno, bueno, bueno! Queridita, recuerda que tenemos visita. ¿Qué ha sido de tus buenos modales?

Le dio un beso y la volvió a colocar en una silla con una admonitoria palmadita en la cabeza.

—¡Es mi ancestro! Mi Caballero Benevolente, en adelante conocido como C. B. ¡Y no pienso dejarme intimidar por una pelirroja!

Yo conocía bien a Rafe. Estaba posponiendo lo inevitable. Abordar todo aquello que le desagradara profundamente con chanzas bobas era una costumbre suya de toda la vida. A Jonquil tal vez la engañara, pero a mí no. Así que esperé sentado. Se me enfriaron las manos y los pies, a pesar del alegre y cálido fuego. Estaba completamente alerta, con los ojos clavados en el rostro de Rafe, pero entonces volvió el maldito sueño… Un largo y oscuro valle se extendía entre nosotros… Rafe se fue difuminando, se esfumó en la distancia, y en la oscura y neblinosa confusión…

—¡John! ¿Qué sucede?

Estaba de pie, parpadeando como un pazguato ante el rostro alarmado de Jonquil. Rafe me miraba fijamente desde el otro extremo de la mesa, boquiabierto.

—¿Te ha dado un tirón? —me preguntó—. Debe de haber sido de los fuertes. Nunca te he oído gritar así.

—¡Un tirón! —repetí débilmente, y luego me recompuse—. No… Es una muela… Me la tienen que quitar.

Farfullé unas disculpas, me llené el vaso, bebí y me sentí bastante mejor. Se me aclaró la mente.

—Bueno, manos a la obra. —Señalé con la pipa el joyero de la mesa—. Me gustaría saber qué pinto yo aquí. A ver si aclaramos la historia, ¿entendido?

—¡Ay, John, eres un cielo! Cuando me miras así, con esos anteojos tan enormes, me siento como una criminal ante el juez.

Jonquil estaba sentada, muy recta, y levantó la mano como si fuera a hacer un juramento:

—Prometo no interrumpir… A menos que no me quede otra.

Guardó las pantuflitas verdes bajo el asiento, se ovilló en un rincón de un sofá y asumió un aire de inocente paciencia infantil. La observé con una punzada de dolor. Se sentía muy segura de sí misma. Sabía exactamente qué quería… y pretendía conseguirlo a toda costa.

—¿Y bien? —Mi voz sonó brusca y ansiosa al dirigirme a Rafe—. Saca el esqueleto del armario.

Torció los labios; se le dibujó una sonrisa más bien dudosa.

—Es extraño que digas eso. No es exactamente un esqueleto, pero sí parte de un cadáver.

—¿Cómo? ¿A tu ancestro… lo embalsamaron?

—Le embalsamaron el corazón.

Levantó la recia tapa del joyero mientras hablaba. Al inclinarme para echar un vistazo, una brisa fría me recorrió la cara y el cuello. Aborrecí verlo allí, junto a aquel horrible joyero; había algo tan repulsivo y ominoso en todo aquello que se me erizó el vello cuando sus dedos tocaron la herrumbrada tapa. La intuición me dijo que había hecho algo más que abrir un simple joyero: le había abierto la

puerta a algo más mortífero que una plaga.

Fue un alivio para mis tensos nervios ver que sacaba dos objetos tangibles y que los dejaba sobre la mesa. Uno era un librito bien grueso, con anchos cierres metálicos y encuadernado en recio cuero. El otro… Me levanté para acercarme y examinarlo más de cerca.

Casi me atraganto al ver la cosa negra y reseca que había allí dentro. He visto momias, algunas absolutamente horripilantes. He merodeado por laboratorios y he examinado especímenes científicos conservados en fluidos, y muchos de ellos eran de lo más repugnantes para una mente y una imaginación como la mía. Pero, ay, ¡aquel horror diminuto, negro y marchito, con un extraño resplandor metálico! Fascinado, me acerqué todavía más, incapaz de dar crédito a lo que veían mis ojos. Luego me tensé, sobresaltado; miré a Rafe.

—¡Está vivo! ¡Late…, esa cosa late!

Asintió.

—Desde 1738, según la fecha de la lápida.

Advertí que le repugnaba tanto como a mí. Me obligué a tocar el corazón y me aparté horrorizado al darme cuenta de que aquel pedazo de músculo marchito estaba caliente.

Jonquil dio una única palmada.

—¡Ves! ¡Ves! Quizá ahora convenzas a Rafe para que lo haga. ¡Tiene que hacerlo, ay, tiene que hacerlo!

La muchacha no pudo contenerse más y vino hacia nosotros como una exhalación. No quedaba ni rastro de miedo en su entusiasmado rostro mientras acercaba la delicada y tentativa mano para tocar el corazón marchito. Su fe en aquel corazón, su ferviente voluntad de ponerlo a prueba, le confería poder a aquella cosa temible, y vi que el corazón se henchía con el contacto de sus dedos; vi que el pulso latía cada vez más fuerte.

—¡No! ¡Quieta!

La voz de Rafe la reprendió tajantemente. Le apartó la mano. Ella alternó la mirada entre nosotros y se echó a reír, pero sus ojos castaño rojizo relucían con una rabia impaciente.

—¡Mira que sois desesperantes los hombres! ¡Parecéis dos gallinas cluecas con su pollito! John, no pensaba que a ti te fuese a dar miedo.

Me echó una mirada de tormentosa socarronería. Enseguida volvió a ovillarse en su rincón, tan repentinamente como un soplo de aire.

—¡John, querido! —dijo con un tono de voz meloso—. Eso de ahí es un corazón de oro. Así te lo digo. Un corazón de oro para Rafe y para mí…, ¡si él quiere! Ah, ya veo lo que estás pensando. Eres un sentimental, como Rafe. Yo no. Su buen corazón no pintará de otro color los números rojos, ya me entiendes. Pero *eso* —dijo, haciendo una floritura con la mano y señalando hacia la mesa—, ese corazón, sí.

Cacé la mirada que Rafe le lanzó a su esposa y percibí con meridiana claridad su infelicidad cuidadosamente disimulada. El reluciente torreón del romance se estaba transformando a toda velocidad en una casa destartalada a la que le hacían falta reparaciones. La soledad del campo en la que él y ella habían soñado con pasear se estaba viendo reducida a una finca en la que cada seto y cada puerta y cada prado pedían dinero a gritos —dinero, ¡dinero!—. Nunca había sentido el aguijón de la estrechez de mis circunstancias hasta ese momento, pero entonces me odié; habría dado lo que fuera para arreglar los asuntos de mi amigo. Y también odié a Jonquil, de un modo fiero e irracional, por hacerlo infeliz.

No le contesté. Estaba observando a Rafe, que agarró aquel repulsivo corazoncito con un movimiento brusco y veloz, lo volvió a

meter en el joyero de metal y dejó caer la tapa con un golpe seco.

Luego cogió el grueso librito y lo seguí junto a la lumbre.

Estaba convencido de que mi amigo estaba tan aliviado como yo de haber perdido de vista aquel horripilante corazón.

—¡No te preocupes, viejo gruñón! No voy a leer entero el tocho este. Está lleno de historias y de experimentos extraños que no tienen nada que ver con nuestro problema. Este es el fragmento interesante que sí nos incumbe.

Sacó una hoja tiesa, amarillenta y quebradiza de un bolsillo de la cubierta del libro y la desplegó con parsimonia.

—¡Esta es la manzana de la discordia en el hogar de los Dewle! ¡Esto es lo que Jonquil no se quita de la cabeza! ¡Esto es lo que está agitando el avispero! *Un trozo de papel…* Algo capaz de causar cualquier cosa en el mundo: guerras, duelos, asesinatos… Todos los problemas que hay y que habrá.

—Un cheque de un millón de libras es un trozo de papel que me encantaría ver; con tu nombre escrito, queridísimo.

—¡Esta mañana solo eran cien mil! —le recordó mi amigo a Jonquil—. Hasta C. B. tiene sus límites, no lo olvides.

—El que no arriesga no gana —replicó ella, sacudiendo los rizos rojizos.

—Bueno, veamos qué piensa John de mi antepasado, del *billet-doux*[3] del conde Dul. —Me lanzó una mirada rápida—. Hay un prolegómeno, pero te ahorro lo de su lápida. Llevaba generaciones perdida, pero Jonquil la encontró tras leer esto.

Veía la caligrafía gruesa y negra a través del papel semitransparente que Rafe sostenía. Parecía sabérselo de memoria, a juzgar por la manera en la que sus ojos galopaban por aquellas líneas de letra apretada:

Este documento solo concierne a aquellas personas por cuyas venas corra mi sangre y que porten el antiguo apellido Dul. A esas personas, cuando lean estas palabras con fe para creer y valentía para obedecer, les concederé el deseo más profundo de su corazón, ya sea la vida más allá de la muerte, la riqueza, la fama o las dulces mieles del amor. Quien busque mi ayuda, que la pida, a sabiendas de que yo, el conde Dul, tengo el poder de concederle su deseo.

Por su parte, dicha persona habrá de observar de forma rigurosa las instrucciones que se consignan a continuación, sin omitir detalle alguno. Por ende, que se cuide bien de obedecer.

EL ACTO HA DE LLEVARSE A CABO UNA NOCHE CONCRETA, a saber, la primera noche de un mes de junio, cuando haya luna llena entre cuarto creciente y cuarto menguante.

HABRÁ DE CONVOCARME ALGUIEN QUE SE HALLE JUNTO A MI TUMBA y con las palabras exactas que están grabadas en el interior del Joyero en el que se descubrirá este documento, junto con el Libro y mi Corazón.

AL PRONUNCIAR EL PRIMER VERSO DEL CONJURO DE INVOCACIÓN, MI PARIENTE HABRÁ DE ENCENDER UNA LLAMA y esta habrá de ser de aceite, vertido en un cuenco negro. Déjese entonces a los pies de la tumba.

AL PRONUNCIAR EL SEGUNDO VERSO, HABRÁ DE ESPARCIR TIERRA SOBRE LA LÁPIDA, y será tierra que el fuego haya amargado, la lluvia haya lavado y los vientos hayan aireado.

AL PRONUNCIAR EL TERCER VERSO, COLOCARÁ MI CORAZÓN A LA CABEZA DE LA TUMBA, se arrodillará junto a ella y se hará un corte en la mano izquierda hasta que caiga sangre sobre el corazón.

POR ÚLTIMO, HABRÁ DE INVOCARME EN VOZ ALTA Y PRONUNCIAR SU DESEO. Yo lo oiré. Y acudiré a su lado. Y sea lo que fuere que haya pedido,

se lo concederé.

Rafe dejó de leer tan súbitamente como había empezado y me tendió el papel.

—Si quieres, lee tú el conjuro. Es un poco melodramático para declamarlo a estas horas.

Lo leí en silencio y luego me quedé con la mirada fija en el fuego. El roce del papel, su retorcida y maliciosa caligrafía y las propias palabras me repugnaron muchísimo.

—¿Y bien? —continuó Rafe—. ¿Qué te parece mi antepasado? Jonquil está convencida de que, si canto la cancioncita y hago el bailecito, regresará corriendo desde…, bueno este libro no deja dudas del lugar desde el que regresará… con un regalo para un buen chico bajo su fantasmal brazo.

—Sí, en efecto, así será.

—¡Ay, John! ¡Querido mío! ¡Queridísimo mío! —exclamó Jonquil—. ¿De verdad crees que hay algo de cierto en todo esto? ¿A que sí? Ay, estoy emocionada. Rafe ha sido un pelmazo con este asunto, pero ahora no le quedará otra que ceder.

—No he dicho que esté de acuerdo contigo —interrumpí.

Se incorporó de un brinco, y la ceniza del cigarro se esparció sobre las iridiscencias satinadas de su vestido. Una rabia fría y negra me invadió, mente y cuerpo. Sabía que no la haría entrar en razón jamás, con lo mimada que estaba; era una materialista encantadora. La superstición la empujaba a hacerse con esa riqueza prometida. La ignorancia la cegaba ante el terrible riesgo.

—¿No estás de acuerdo conmigo? ¡Si acabas de decir que creías que el conde podía regresar y que lo haría!

—Sí. Y lo creo.

—¿Entonces? —Se le volvió a iluminar la cara—. ¡Entonces era

broma! Al fin y al cabo, estás de mi parte.

—No. Te lo repito, de una vez por todas, estoy totalmente en tu contra. El hombre que escribió aquella promesa y dejó esa cosa aborrecible —dije, señalando el joyero— debió de ser el mismísimo hermano del diablo.

—¡Baaaaah! —lloriqueó Jonquil—. ¡No te pondrás tú también ahora a hablar de demonios y peligros y poderes profanos! Rafe lleva graznando cual cuervo tres días con el temita… ¡y ahora tú igual!

—Venga, viejo amigo —me apremió Rafe—. A mí no me hace caso, pero quizá tú consigas que entre en razón y se dé cuenta de que esto no es dinero fácil.

Sabía que no la haría cambiar de parecer, pero lo intenté: se lo expliqué, razoné, argumenté, pero en vano.

—De nada sirve intentar asustarme. Tú crees que se puede hacer regresar al conde Dul —repitió por enésima vez— y que podría hacer rico a Rafe. Con eso a mí me basta. No es más que un fantasma, ¡pobrecito! Puede que simplemente fuera un anciano excéntrico e inofensivo. Igual no quiso hacer testamento. Quiso dar la herencia en persona a sus descendientes.

—¡Inofensivo, dice! ¿Y ese corazón… que lleva latiendo doscientos años después de su muerte? ¿Tú crees que una mente humana, sin ayuda, sería capaz de dejar *eso* para la posteridad? El conde Dul volverá si se le abre la puerta, seguro. Pero está prohibido. Los muertos no deberían… No pueden regresar.

—No veo por qué no. No sabes más que yo. Te has leído demasiados mamotretos antiguos y te has creído todo lo que dicen. Pero yo no. No tengo prejuicios. Estoy dispuesta a correr riesgos.

—Bueno, a que Rafe los corra, dirás.

Rafe, que escuchaba con una extraña sonrisa torcida, se echó a

reír al oírme.

—¡Eso! ¡Eso! Exacto. ¿Será ella la que haga la pantomima a medianoche, junto a la tumba de un antiguo noble de dudosa fama? ¡No! ¿Será ella quien charlará con un adorador del diablo de doscientos años a la luz de la luna? ¡No! ¿Será ella la que vierta su sangre roja sobre una cosa que parece un trozo de carne de gato? ¡No!

—¡Ay, Rafe, querido! Mira, seguro que es todo una patochada y estoy cansada de discutir sobre el asunto. Aun así…

Se levantó de un brinco del sofá y se quedó junto al fuego, mirándonos.

—A fin de cuentas, John me ha ayudado. —Me hizo una genuflexión socarrona—. ¡Sí, sí, viejo Salomón! Me has ayudado muchísimo. Ahora estoy absolutamente segura de que hay algo de verdad en todo este asunto. Si no, no estarías tan preocupado. Mira, querido —le dijo a Rafe—, prometiste dejarte guiar por el parecer de John. Ahí lo tienes. Cree completamente en tu antepasado. ¡Y yo ahora… también! Nunca te lo perdonaré si no pruebas suerte y lo intentas.

—¡Jonquil! —Me puse en pie, balbuciendo de ira—. En lo que creo es en el riesgo… En el fatídico riesgo de probar algo así. Tú solo crees en el dinero que quieres y cierras los ojos ante todo lo demás. ¿De verdad crees por un momento que esa cosa muerta ha aguardado dos siglos para darte una fortuna?

Se echó a reír.

—¡Ay, John, estás para verte! ¡Pareces uno de los profetas menores en acción! Hay un cuadro en la Galería Nacional que es exactamente…

—¡Rafe! —exclamé casi gritando—. Tú tienes dos dedos de frente, aunque ella no, para darte cuenta de la pérfida locura de hacer algo

así. ¿Te acuerdas de Harland y de su trágico final? ¿Y de Browning, que vive farfullando en un manicomio? Ellos son hombres a los que conocemos personalmente, pero piensa en los otros cientos que han sido lo bastante insensatos como para pensar que la nigromancia era un simple juego de salón, ¡que han entrado por voluntad propia en el infierno! Se silencia…, siempre pasa. La gente dice que se volvieron locos o que murieron de un ataque al corazón, etcétera. La verdad es demasiado terrible para hacerla pública.

—Es muy cierto lo que dices. —Rafe había asumido un aire de desafección entretenida—. Yo no he profundizado en los saberes ocultos como tú, viejo amigo. No obstante, me disgusta lo que sé. Aun así, la actitud de Jonquil de «el que no arriesga no gana» es un buen argumento a favor de intentarlo.

Ella voló a su lado y aferró su mano entre las suyas.

—¡Ay! ¡Lo sabía! ¡Sabía que serías un bendito! ¿De verdad quieres intentarlo?

Su mirada decidida ante el entusiasmado y encantador rostro de Jonquil, el gesto que hizo mientras le despeinaba la aureola de pelo flamígero, me bastó. Ella había ganado. Mi ferviente y airada oposición lo había ayudado a decidirse, lo había empujado a hacerlo. Me maldije por ser un turulato pomposo. Había inclinado la balanza… del lado del infierno. Si hubiese mantenido la calma y me hubiese reído ante la historia del conde Dul, si le hubiese quitado hierro al asunto, tal vez la convicción de Jonquil se habría esfumado. Había perdido los papeles con ella… Había perdido mi mejor baza al obligar a Rafe a ponerse de su lado…

Mi sueño me envolvió en sus turbulentos vapores… Iba conduciendo furibundo por aquel largo y desolado valle… En la nubosa y asfixiante oscuridad, oí una voz… ¡Conde Dul! ¡Conde Dul! ¡Conde Dul! Aquel grito penetrante vino acompañado de risotadas a

través de las turbulentas neblinas… Seguí adelante… Seguí adelante… Alguien me necesitaba… Alguien a quien quería me necesitaba…

Domingo 29 de mayo. Pasé una noche de furibunda desdicha, lleno de tristeza y reproches, todo ello mezclado con intervalos en los que me sumía en el terror acechante de mi sueño.

Rafe me encontró a las ocho de la mañana con la pipa vacía entre los dientes, sentado en el parapeto de piedra de un puente, con pensamientos oscuros y fríos como el agua que tan lúgubremente observaba.

—Ya veo que no vale la pena preguntarte qué te ronda por la cabeza.

Se sentó a mi lado.

—De todos modos, no me extraña. ¡Esta mansión deja taciturno a cualquiera! Me recuerda al himno aquel: «Cambio y decadencia es todo cuanto veo a mi alrededor».[4]

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—¡Arriba esos ánimos! Y no te preocupes por cómo han acabado las cosas. Así… ¡o de otra manera! ¿Qué más da? Estoy contentísimo de tenerte por aquí y estoy decidido a disfrutarlo mientras pueda. Olvida la noche del martes, ¡olvídala! Al fin y al cabo, quién sabe.

Su mirada, su voz y sus palmadas amistosas me alegraron. Al fin y al cabo, como había dicho, ¡quién sabe! Fue un alivio dejarme embaucar por su absurdo buen ánimo. El abatimiento se fue levantando como una capa mojada a medida que regresábamos a casa para el desayuno, tan despreocupados como si no tuviéramos nada más en la cabeza que una regata o una disertación que terminar.

Jonquil vino a la mesa del desayuno de muy buen ánimo:

encantadora con Rafe, burlonamente dulce conmigo. Y, por descontado, apenas habló de otra cosa que no fuera el conde Dul; cómo y cuándo y dónde y qué iba a pasar con las riquezas con las que se iba a recuperar la fortuna familiar.

Rafe se negó a ponerse serio ni siquiera un momento sobre el asunto de C. B., como llamaba al conde. Estaba con ese ánimo místico irracional que siempre lo poseía antes de algún examen importante en nuestros días de estudiantes.

—Creo que la fecha es un error —comentó—. El anciano quiso decir el 1 de abril.

No le recordé que la última noche de mayo de ese año era particularmente idónea para el regreso del conde Dul. Rafe sabía de magia ceremonial mucho más de lo que daba a entender. Era poco probable que se le hubiera escapado la importancia del próximo martes. Juntos, de estudiantes, habíamos leído el Cuarto Libro de la *Philosophia Occulta,* las obras de Pico della Mirandola y el *Grimorio* del papa Honorio.

Y, por encima de todo, había leído el libro que le había dejado el conde Dul. Yo lo había tomado prestado y también lo había leído, de principio a fin, y estaba claro que el ancestro de Rafe había seguido, tras muchos experimentos, las enseñanzas y prácticas del infame lord de Corasse.[5] Entre ellas se contaba la observancia de la astronomía y, según ellas, un propósito como el retorno de un muerto solo podía llevarse a cabo en ciertas conjunciones astrales, planetarias y lunares que sucedían con poca frecuencia. Seguro que Rafe lo sabía.

—Tal vez —el rostro de Jonquil relucía de emoción—, tal vez lo que trajo de Hungría sea una joya antigua de valor incalculable. El conde Dul fue el primero de tu familia que se instaló en Inglaterra, ¿verdad, Rafe?

—Vino porque lo echaron —contestó Rafe—. Descubrieron que había hecho contrabando con esmeraldas de las minas de las montañas del Alto Tatra. Escapó de una muerte espectacular: lo iban a desmembrar atado a cuatro caballos. Un milagro, según dice la leyenda, con ayuda de los demonios a los que sirvió.

—¡Esmeraldas! —exhaló Jonquil, cuyos ojos eran como dos profundos estanques de éxtasis—. ¡Adoro las esmeraldas! Me quedaré la más hermosa para mí, Rafe. El resto las puedes vender, pero yo me quedo una que sea perfecta.

—Sin duda, *madame.*

Sacó libreta y lápiz, y adoptó un porte de empresario.

—Veamos. ¿Cuántos quilates? ¿De qué color la prefiere, *madame?* No me gustaría pedir algo inadecuado. ¿Ovalada, redonda o cuadrada? ¿Verde o rosa rojizo?

—Rosa rojizo —respondió ella de inmediato—. Una piedra muy muy muy grande, de talla cuadrada, engarzada en un colgante, con diamantes.

Rafe lamió el lápiz y escribió el pedido minuciosamente.

—Vete quitando esa sonrisilla de suficiencia, querida niña. Las esmeraldas rosa rojizo existen —le aseguró.

Su discusión siguió hasta que terminamos de desayunar. Y entonces ella decidió que todos subiéramos al Hawes Fell.

—He encontrado un cuenco negro para el aceite. Lo único que nos falta es la tierra.

—¡Tierra! ¡Y subir quinientos pies un *sabbat* de descanso! Se te ha subido el desayuno a la cabeza, niña. Piénsalo bien… ¿Y mis terrenos sin cultivar?

—¿No dice claramente que hay que amargar la tierra con fuego, que hay que lavarla con lluvia y que tiene que estar aireada por los cuatro vientos? Muy bien. ¿Y no hubo un incendio de matorrales en

el Hawes Fell el mes pasado? Está negro como el tizón y empapado por la lluvia, y allí arriba sopla todo el viento del mundo.

Estaba decidida. Iba a ser con la tierra del Hawes Fell, y nos pasamos el resto del día consiguiéndola.

Martes noche, 31 de mayo. Martes por la mañana… Por la tarde… Por la noche. Por fin, martes por la noche.

Rafe y yo esperamos a Jonquil en la biblioteca. Eran pasadas las once. Al cabo de pocos minutos emprenderíamos nuestro camino por los campos hasta llegar a la tumba del conde Dul. A juzgar por el libro que había dejado, estaba claro que, tanto en Inglaterra como en su país natal, aquel hombre había sido excomulgado y, por ende, su cuerpo había sido enterrado en tierra sin consagrar. La infatigable curiosidad de Jonquil había descubierto la tumba, con la lápida quebrada, en uno de los prados más alejados de Rafe. Fue aquel descubrimiento inicial lo que hizo que se decidiera a seguir el resto de las instrucciones del libro.

—¿Y quién encontró el joyero? —pregunté.

La tensión entre mi amigo y yo ese último día me había desesperado. Hasta ese momento, él había evitado constantemente quedarse a solas conmigo, aunque yo había buscado la oportunidad de estar con él una y otra vez, pues ese día, por primera vez, Jonquil había flaqueado en su afán.

Demasiado orgullosa como para reconocer abiertamente que tenía miedo, intentó subrepticiamente que Rafe cambiase de parecer. Él se negó a morder el anzuelo y desestimó cada tentativa de cancelar la cita que había fijado con su C. B.

Pero verla dudar fue un atisbo de esperanza. Tal vez pudiera convencer a mi amigo para que abandonara aquel encuentro irracionalmente peligroso. Estaba seguro de que Jonquil me había

brindado una última oportunidad para intentarlo.

—¿Encontraste tú el joyero? —repetí.

Me miró por el rabillo del ojo, una mirada extraña, medio especulativa, medio triste.

—El joyero me encontró a mí —se rio—. Cayó desde lo alto de una estantería. No recuerdo haberlo visto nunca en casa. Jamás oí a mi padre hablar de él. Alguien debió de quitarlo de la vista… Aterrizó a mis pies, y el libro y el corazón de C. B. rodaron por el suelo.

—¡Rafe! No sigas adelante. Ni siquiera Jonquil quiere seguir. Ya conoces… ya conoces los riesgos. ¿Por qué…?

Me miró a los ojos y cambió de color. Vi que estaba tratando de contestarme y esperé. Empezó a hablar rápido, casi tartamudeando.

—Sí, conozco los riesgos. Lo sé, viejo amigo, pero… tengo que seguir adelante. Los últimos seis meses con Jonquil han sido el paraíso…, ¡el paraíso! Pero no durará. Nos casamos rápido, y ya se sabe que quien mucho corre pronto para, pero maldito sea si permito que se arrepienta. Tengo una posibilidad entre un millón de conseguirlo… Con dinero o sin dinero, esta noche, pero… Recordará que lo he intentado.

—¡Rafe! No puedes, no podrás…

—Claro que sí. Es más fácil morir que perderla. Soy capaz de enfrentarme a cualquier infierno, salvo a ese.

—Pero… te va a perder. Y ahora tiene miedo. Estará encantada…, agradecida, si lo dejas correr.

Me sonrió igual que me había sonreído mil veces cuando yo no captaba algo evidente.

—¡Ay, querido y viejo amigo! No conoces a Jonquil. Tiene mucho carácter. Solo está reuniendo el espeluznante estado de ánimo necesario para el jolgorio de esta noche. ¡Es inútil, John! Jamás superaría la vergüenza si le fallase. Es una niña, una niña adorable.

He tenido más que la mayoría de los hombres… Y estoy eligiendo la salida más sencilla.

Se oyeron los pasos ligeros de Jonquil en la desnuda escalera.

—¿Listos? —Sus relucientes rizos aparecieron por la puerta—. Son las once pasadas. Deberíamos ponernos en marcha.

Salimos al gran patio, se oía el eco; los pies, sobre anticuadas baldosas rojas, repiqueteaban lúgubres.

—¿Esta es la cesta de pícnic? —Rafe sacó el alhajero del conde Dul de un cofre de roble—. Cariño, ¿llevas el champán y las ostras? ¡Bien! ¡En marcha!

La noche era fresca, casi fría. El viento mecía las copas de los árboles. Olmos altos y solemnes flanqueaban la senda y susurraban siniestramente a nuestro paso. En lo alto del cielo, un firmamento reluciente de estrellas y una luna orgullosa en todo su esplendor.

Me pregunté si allí arriba habría un mundo remoto como el que yo recorría; si habría otros seres que conocieran tales amarguras y horrores y males como los de la tierra. Me pregunté si podría seguir viviendo aquí, solo, cuando Rafe… Cuando Rafe…

De repente, mi sueño emborronó la luna, las estrellas y la tierra… Había llegado al final de aquel terrible valle, sin aliento, agotado tras una larga búsqueda; ante mí, un camino quebrado descendía hasta la boca de un abismo. Y por ese camino, avanzando con paso firme y decidido, se cernía la figura de un hombre alto. Rafe…, ¡era Rafe! Agonizando, tambaleándome, fui hacia él…

Mi sueño se disipó como la neblina ante mis ojos. Volvía a estar en un sendero campestre con Rafe y Jonquil, bajo la amenaza de la luna llena; la luna que pronto iluminaría al conde Dul, salido del infierno.

—Aquí está nuestro camino. —Jonquil se volvió hacia unos

antiguos escaloncitos de piedras planas con huecos, colocadas de modo que el ganado no pudiese cruzar.

La seguimos, atravesamos un campo hasta llegar a otros escalones y pasamos al desolado páramo rocoso, lleno de hierbajos, donde estaba nuestro destino. Al cabo de un minuto, Jonquil se detuvo y señaló.

—¡Ahí! ¡Ahí es!

La blanca y despiadada luna iluminaba cada brizna de hierba, cada flor, cada piedra de la colina que teníamos ante nosotros. La naturaleza había arrojado una ponzoñosa mortaja sobre los muertos, y ni siquiera el resplandor de la luna podía blanquear la pérfida mancha de beleño negro, viborera y belladona, o los hongos de motitas escarlata de la tumba del conde Dul. A la cabeza, una lápida quebrada y hundida se inclinaba, aviesa. La desgastada inscripción solo mostraba unas pocas palabras de lo que se había tallado doscientos años atrás… CONDE DUL... MURIÓ EN 1738... AVISO A TODO AQUEL QUE LO LEA...

Rafe miró el reloj y echó un vistazo a la luna, que trepaba por su fatídico meridiano. Se había quitado la armadura una vez más. Con una sonrisa burlona y reluciente, bajó la mirada hacia la horrenda tumba y se dio un fugaz beso en la mano.

—¡Rafe! —Jonquil enarcó las cejas, angustiada—. Tienes que hacerlo *en serio.*

—¡Querida! Estoy seguro de que a C. B. no le gustaría. Piensa que, en su época, era un perro parrandero. Piensa en lo bien que se lo debió de pasar en vida para llevar dos siglos intentando regresar. ¡Tendrá que hacerse agradable el viaje! Ya es hora de que vaya a la puerta principal a recibirlo. Supongo que no sirve de nada seguir discutiendo… ¿Por qué no te vas a casa?

—Por enésima vez, ¡no, queridísimo! Igual coges mi esmeralda

rosa y te escapas con otra hermosa damisela.

Lo miró fijamente y, pese a mis prejuicios, aquella imagen era capaz de avivarle la sangre a cualquier hombre. Por un instante, la máscara de temerario de Rafe cayó, y sus ojos, oscuros y flamígeros, y sus rasgos cincelados mostraron tanta angustia que solté un grito y di un paso adelante. Era mi sueño… Su alta figura… Tan querido, tan terco, tan trágico, moviéndose sin parar hacia el borde de un abismo…

Enseguida se recompuso. Detrás de la reluciente sonrisa que me dirigió leí un ruego. Quería que me llevara a Jonquil. Lo aterrorizaba lo que pudiese ver y oír su esposa, tenía miedo de que ella pudiese correr peligro. Pero también sabía, y ese fue el único y pobre consuelo que me quedaba, que me quería cerca, que me necesitaba igual que yo siempre lo había necesitado a él.

Nadie en la faz de la tierra —ni en el infierno— iba a moverme de aquella tumba, y he de confesar que me alegré de que Jonquil también estuviera allí. No quería ahorrarle nada.

Yo albergaba la esperanza de que, si Rafe no sobrevivía, ella también acabaría destruida.

No sé cuántos de mis pensamientos leyó mi amigo, pero, en todo caso, ella no se habría ido conmigo. Rafe nos dio la espalda, abrió el joyero de metal, levantó el corazón marchito y latiente y lo dejó en la cabeza de la tumba, bajo la hundidísima lápida.

Aquella cosa terrible retenía mi mirada fascinada. Vi que latía y se estremecía al ritmo… al ritmo… al ritmo del poder infernal que le inyectaba vida, fuese cual fuese. Vi que sus oscuras y marchitas paredes musculares refulgían a la luz de la luna como cobre bruñido.

En el otro extremo de la tumba, Rafe arrancó un manojo de beleño negro, colocó un cuenco también negro y vertió aceite dentro.

Jonquil juntó las manitas, emocionada. Observaba la escena con ojos saltarines, con los rizos alborotados enmarcándole su entusiasmada cara de flor.

Rafe volvió a echar un vistazo al reloj y sonrió una vez más a Jonquil. No me miró, y di gracias.

—Bueno, vayamos a por C. B. ¡Atrás! ¡Atrás, ahí! —dijo, haciendo un ademán imperioso—. Dejad espacio para el conde Dul… Dejad espacio…

Sacó del bolsillo el papelito quebradizo en el que estaba escrito el conjuro; la caligrafía negra se apreciaba perfectamente a la luz de la luna, y recorrió con los ojos aquellas palabras por última vez, aunque yo estaba seguro de que las tenía grabadas a fuego en la memoria.

Su voz resonó potente, igual que cuando jugábamos de pequeños:

Para tus ojos que no ven, ¡esta Llama!

Se inclinó para prender el aceite en el cuenco negro.

Para tus huesos sin carne, ¡esta Tierra!

Esparció la tierra seca y oscura que llevaba en la cesta.

Para tu corazón marchito, ¡esta Sangre!

Se arrodilló, levantó la mano izquierda y se hizo un corte con un cuchillo, hasta que las gotas de sangre cayeron sobre el corazón. Luego se puso enseguida de pie. Su vozarrón desafió a los muertos:

¡Despierta de tu sueño, conde Dul!
¡Levántate de la tumba, conde Dul!
¡Regresa de entre los muertos, conde Dul!
Dame riqueza, ¡que tu regalo sea la riqueza!

Mi cuerpo era un témpano de hielo, mis pies echaban raíces en el suelo, todo mi ser estaba concentrado en la alta y rígida figura de Rafe, junto a la tumba, en la boca del infierno.

Su última palabra resonó y reverberó como la nota de un órgano; más fuerte, más fuerte, henchida y retumbante, hasta que la serena noche trinó y se estremeció, y las ponzoñosas hierbas de la tumba se marchitaron poco a poco, se ennegrecieron, se convirtieron en polvo, hasta que la tierra que había bajo ellas se abrió y el aceite hirviendo se convirtió en un fuego rugiente y frío como el viento de un glaciar que parecía lamer las estrellas.

Congeló las lágrimas que me resbalaban por las mejillas. Hasta enfrió la insoportable angustia de mi corazón.

El corazón, ante el nombre del maléfico, relució incandescente, poderosamente vivo, y luego se volatilizó.

En aquel momento, la llama volvió a hacerse pequeña, el sonido del fuego cesó; un silencio mucho más ominoso se instaló allí, mientras, en el cielo, la luna lo escrutaba todo con mirada desapasionada.

La tumba abrió sus fauces; del vacío ascendió una voluta de humo negro que empezó a girar y a caracolear y a enroscarse, cada vez más densa, a medida que crecía y volaba y flotaba de un lado para otro sobre las fauces de la tumba, ciega, sin rumbo, incierta. Entonces se formó un núcleo en aquel mal vaporoso, un núcleo reluciente de un apagado rojo purpúreo, con forma de corazón, alrededor del cual aquella neblina oscura fue formando y reformando un alto y tambaleante pilar, una imperceptible silueta que fue creciendo, un cuerpo humano reconocible cuyo rostro blanco y maldito clavó su mirada en la de Rafe, y cuyas terribles manos podridas se extendieron para tocarlo, sostenerlo, amarrarlo.

Ya no pude distinguir a Rafe de aquella cosa infernal que lo

asfixiaba. Se enroscó en torno a él. Le cubrió cabeza y manos y pies. Cuando mi amigo se movía, lo hacía con aquella oscuridad que lo envolvía. Cuando se volvió para mirarme, solo vi el terrorífico rostro lívido de los muertos.

Yo seguía petrificado, incapaz de hablar, de moverme o de hacer nada más que ver y oír aquella cosa que ahora avanzaba con los ojos fijos y pálidos y con los labios oscuros y fofos, gesticulando y riendo y susurrando mientras se acercaba.

Fui incapaz de volverme para mirar a Jonquil. Sentí que sus brazos me rodeaban con fuerza; su cuerpo suave y cálido apretado junto al mío, su cara contra mi corazón frío y vacío. Oí el eco de sus largos chillidos, que se sobreponían al susurro fino y seco de aquella Cosa que no dejaba de acercarse, cada vez más cerca, más cerca.

Se detuvo a nuestro lado. Entonces vi los ojos torturados de Rafe, su cara y su silueta tras aquel engendro nebuloso que lo envolvía; estaba encerrado dentro de aquello como una crisálida en un capullo oscuro. Era el conde Dul… ¡Rafe era el conde Dul!

Al cabo de un instante, algo arrancó a Jonquil de mi lado. Su cuerpo salió volando y aterrizó en la tierra húmeda por el rocío; sus rizos relucieron mientras dos manos se acercaban a su garganta y ahogaban un último y débil grito…

La Cosa que la había matado se levantó y volvió hacia la tumba. Entonces vi a Rafe con más claridad bajo aquella turbia nube de maldad. Su terrorífico atavío se volvió más fino, clareó, se alejó de él, perdió densidad y nitidez mientras flotaba sobre la tumba abierta.

La oscuridad de la tumba engulló aquella nube y la devolvió al infierno del que había salido.

El agujero se cerró. Los hierbajos volvieron a crecer, fétidos, en la colina. En lo alto, una lápida hundida se inclinaba, aviesa.

En aquel mismo momento, fui liberado y corrí, tambaleándome, a

la larga franja de hierba donde Rafe se había ovillado.

Un mes más tarde. Rafe no estaba muerto. Pero habría muerto… ¡Habría muerto si aquel demonio no lo hubiese impedido!

Por algún infernal milagro, tras guardar cama una semana, inconsciente, se despertó en plena posesión de sus facultades. Recordaba la fatal resurrección y la impensable muerte de Jonquil.

Ahora vive para recordarla, hora tras hora, día tras día, semana tras semana.

Soportará su tortura dos meses más. Luego lo colgarán. Así será. Confesó el asesinato de su mujer; el juicio será la semana que viene. Se declaró culpable y prácticamente no habrá defensa. Ni él ni yo tenemos intención de decir una sola palabra de lo que verdaderamente sucedió. Lo condenaría a años y años de vida como un maníaco criminal, a recordar… a recordar…

Asesino… ¡y millonario! ¡Ah, sí! El conde Dul cumplió con su promesa. Apareció un testamento cuando el inspector jefe de la Policía revisó los papeles de Rafe en la biblioteca; aquel papel cayó de una estantería a los pies del inspector. El documento decía que el conde había enterrado todo un legado en los sótanos de Braunfel.

La policía lo ha encontrado. ¡Esmeraldas! Una asombrosa colección que ha sido fotografiada y ha aparecido en reportajes de todas las revistillas del país.

La gema más fina era una esmeralda rosa rojiza, de corte cuadrado, engarzada con diamantes en un colgante.

Yo quemé el libro y el conjuro. Arrojé el joyero de metal al lago Derwentwater. Pero no hubo manera de encontrar el corazón. Revisé cada rincón de la tumba y de los alrededores.

Rafe lo interpreta como una señal de que el poder del conde Dul se ha agotado. Yo agradezco que no lo entienda.

Sé que el mal volverá, de algún modo, en alguna parte. La muerte de Jonquil supone la vida para él. La voluntad de vivir de la joven se suma a la del conde.

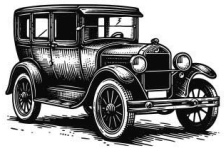
Cuando Rafe muera, la buscará, pero jamás la encontrará. Jamás. Ahora es una con el conde, parte de su pensamiento, de su voluntad, de su perenne maldad.

Si yo lograré descubrir su secreto, si conseguiré saber lo suficiente para desenmascararlo —y destruirlo—, todavía no lo sé.

Cuando me quede solo, será lo único que valga la pena hacer en un mundo de miedo y de tinieblas.

Leonora

Everil Worrell



· 1927 ·

Traducido por

Paula Álvarez López

Everil Worrell

· 1893-1969 ·

Everil Worrell publicó diecinueve relatos en *Weird Tales,* con los que firmó una de las carreras más longevas de la revista, desde «The Bird of Space» (septiembre de 1926) hasta «Call Not Their Names» (marzo de 1954). Probablemente su relato más célebre —y sin duda el más reeditado— sea el cuento vampírico «The Canal» (diciembre de 1927), que fue adaptado en 1973 para la serie *Night Gallery,* de Rod Serling, bajo la dirección del mismísimo Leonard Nimoy. Worrell sentía un orgullo especial por «The Hollow Moon» (mayo de 1939), un relato disparatado sobre vampiros que habitan la Luna y descienden a la Tierra en busca de presas. La historia está llena de imágenes tan evocadoras que servirían de inspiración para una ilustración de gran fuerza visual a cargo de Harold DeLay. Con gran entusiasmo, la autora quiso compartir con los lectores de *Weird Tales* que esa historia había sido seleccionada como lectura recomendada para los estudiantes de ciencias en varios institutos de Washington D. C. y Norfolk, Virginia. «Leonora» fue uno de sus primeros relatos, publicado en el número de enero de 1927 e inspirado en una leyenda alemana que cuenta cómo un soldado regresa desde el más allá para reunirse con su prometida. Esta misma leyenda dio origen al poema «Lenore» (1774), de Gottfried Bürger. La versión de Worrell transforma esta leyenda en una

inquietante advertencia sobre los peligros que acechan a quienes se aventuran a deambular a solas en la oscuridad de la noche.

Leonora

Escribo esto porque no podré hacerlo por mucho más tiempo. ¿Por qué una anhela la comprensión y la compasión de sus semejantes…? ¿Por qué las desea incluso después de que haya sucedido lo peor y de haber partido de esta vida hacia lo que le aguarda más allá? ¿Cuántas botellas cargadas con mensajes póstumos flotan sobre las olas solitarias de océanos ignotos o se hunden hasta el fondo del mar?

Así ocurrirá también con este, mi último mensaje. No se le dará importancia, ni se creerá, ni será comprendido, aunque, sin duda alguna, alguien llegará a leerlo. Pero he contado mi historia muchas veces y he oído cómo decían que estoy loca. Sé que también dirán eso cuando yo no esté…, cuando haya salido de entre estos barrotes hacia los horrores del destino que aguarda a mi espíritu, en algún punto de los espacios abiertos y la negrura de la noche hacia la que habré de marcharme. *Él* estará allí, como una de esas sombras que acechan en los cementerios antiguos y cruzan veloces los caminos solitarios en los que se puede escuchar gemir a los vientos, errantes, sin hogar ni esperanza, a través de los páramos de la tierra, desde el atardecer hasta el amanecer. ¡El amanecer!

Pero contaré mi historia por última vez.

Incluso ahora, soy joven. Apenas tengo diecisiete, y dicen que

llevo más de un año enloquecida. Cuando tenía dieciséis, mis ojos brillaban y mis mejillas se encendían con un rubor que no desaparecía al lavarme la cara. Vivía en el campo y era una chica bastante anticuada en muchos aspectos. Recorría libremente los alrededores, acompañada a veces por mi única amiga íntima, y otras, tan solo por el silencio. Margaret era el nombre de mi amiga. El mío, Leonora.

Vivíamos a tan solo un cuarto de milla la una de la otra. Nos separaba una pequeña y solitaria carretera, que se cruzaba con otra similar. Nuestros padres no consideraban que atravesar aquella carretera, solas y a cualquier hora, supusiera ningún peligro para nosotras. De hecho, les parecía bastante seguro, y era algo que hacíamos desde pequeñas. Debería haberlo sido, puesto que vivíamos apartados de la ciudad y no se conocía la presencia de ningún malhechor en nuestro rincón del país.

Es cierto que vivir tan aislados presentaba ciertos inconvenientes, pero también tenía sus ventajas. La familia de Margaret estaba conformada por trabajadores del campo, granjeros, gente humilde de una humanidad intachable. Mi padre contaba con ciertos recursos económicos y pudo estudiar, lo que nos permitía vivir con holgura.

Durante las noches oscuras o de tormenta, yo me quedaba siempre en casa, segura, pasando el temporal al amor de la lumbre. Adoraba la luz de luna, y las noches en las que brillaba con fuerza solía quedarme en casa de Margaret, aprovechando mi libertad de volver a medianoche, deambulando sola. A veces Margaret hacía lo mismo, se quedaba hasta tarde conmigo y volvía a casa sin miedo; pero yo era la más atrevida y me encantaba estar fuera, a la luz de la luna.

¿Será que los horrores, como el que llegó hasta mí, caminan hacia una desde el día de su nacimiento, de modo que cada detalle, cada

aspecto de nuestro carácter, los inclina poco a poco hacia nosotros, hasta que al fin nos encuentran?

Hasta que cumplí dieciséis años, mi vida había sido como un plácido sueño: sin emociones ni agitaciones. Y sin apenas incidentes. Quizá fuera esa misma calma la que me preparó para la aventura.

El día de mi decimosexto cumpleaños, Margaret cenó en mi casa y, más tarde, yo cené en la suya. Era nuestra forma de celebrarlo. Era octubre y noche de luna llena. Después, salimos a pasear y a charlar, lejos de los oídos de mi padre.

No inicié el camino a casa hasta medianoche. No llegaría hasta poco después, pero no importaba, pues mi padre ya se habría ido a dormir y, de todos modos, no le preocupaba ni tenía ningún interés en mi hora de llegada. Los colores brillantes de las hojas otoñales, extrañamente suavizados y apagados por la luz de la luna, se alzaban a mi alrededor. Las hojas sueltas flotaban por el aire inmóvil y caían sobre mis pies. La luna había alcanzado el «mediocielo», su punto álgido, y el firmamento parecía estar hecho de un terciopelo púrpura.

Qué felicidad. Era una noche demasiado bonita como para irse a casa. Era una noche para disfrutar al máximo, para vagar por caminos desconocidos, más lejos de lo que había ido nunca. Extendí los brazos bajo la luz de la luna, posando como la bailarina que aparecía en un cuadro de mi padre —¡yo nunca había visto a una bailarina de verdad!—, y me eché a andar, danzando por el camino. Al llegar al cruce, el sonido de nuestro reloj dando las campanadas de medianoche llegó hasta mis oídos, y me detuve.

Un lujoso coche se encontraba justo en la entrada del camino que llevaba a casa, con los faros apagados y las luces de posición apenas apreciables bajo el brillo de la luna.

Sabía que era un coche magnífico, pues mi padre tenía uno y solo se decidía a conducirlo en contadas ocasiones. Cuando lo hacía, yo lo acompañaba y me iba fijando en los otros coches, porque me encantaban. Me encantaban su fuerza, su velocidad y sus líneas elegantes y refinadas. Me encantaba sentir el aire al viajar en el coche de mi padre, y nada me hacía más feliz que lograr convencerlo de conducir esas veinte millas que llevaban hasta la carretera estatal, donde podía ir rápido sobre aquel pavimento impecable. Pero, salvo el coche de mi padre, nunca había visto uno tan bueno en estos apartados caminos rurales.

Me detuve. Sabía que debía continuar, pero me detuve. Y, en cuanto lo hice, a poca distancia del cruce, el gran coche se deslizó con suavidad unos pocos pies hasta detenerse, bloqueando el camino hacia la casa de mi padre. El motor del coche de mi padre era muy silencioso, pero este no hacía el menor ruido.

Hasta ese momento, no había visto al conductor. Entonces dirigí la mirada hacia él.

No podía vislumbrar su rostro entre las sombras. Quizá por la tenue luz de luna. Pero podía intuir unas facciones fuertes, muy marcadas y definidas, una sonrisa y una mirada intensa y profunda…

Me tiembla tanto la mano que apenas puedo continuar con estas palabras. Pero hoy he escuchado al doctor decir que casi he llegado al límite de mis fuerzas y que cualquier noche, con sus horrores, podría ser la última. Debo controlarme y concentrarme en escribir lo que viví tal y como sucedió.

Acababa de cumplir dieciséis años y aquel era un encuentro romántico. Así que me detuve a hablar con él, aunque apenas intercambiamos unas pocas palabras. Esa noche no me pidió que lo acompañara, y eso me hizo sentir menos miedo. Porque de la mano del romance… iba el miedo. Pero respondí a sus preguntas.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Leonora —respondí.

—Música para mis oídos. —Lo dijo suavemente, y de nuevo me sentí envuelta por el romanticismo. El sentimiento fue a más cuando añadió—: Llevo mucho tiempo buscándote.

Por supuesto, no era tan ingenua como para pensar que lo decía en serio. Había leído novelas e historias de amor y sabía que solo se trataba de un cumplido.

—¿Sueles pasar por aquí tan tarde?

Dudé por un instante. Pero había algo en él, algo en nuestro encuentro a solas, bajo la luz de la luna, que me fascinaba. Si respondía que no, quizá nunca volvería a verlo.

—Muy a menudo, cuando hay luna llena —dije, y me moví para rodear el coche.

En tan solo un instante, la mano que descansaba sobre el volante se hallaba sobre el ala ancha de su sombrero. Otro movimiento fugaz y el coche había desaparecido, rápido y silencioso.

Corrí a casa con el corazón desbocado. Mis últimas palabras parecían haber concertado una cita para la siguiente noche de luna llena. Nos veríamos de nuevo, si así lo deseaba.

Sin embargo, pasaron dos meses hasta que volvimos a encontrarnos. La siguiente noche de luna llena fue clara, despejada y gélida: una encantadora noche de noviembre. Pero tuve miedo. Tanto que incluso evité la luz directa de la luna cuando crucé nuestro jardín para recoger un libro que había olvidado fuera. Al pensar en recorrer el camino hacia la casa de Margaret, cada instinto de mi ser se rebelaba. A medianoche, tumbada sobre mi cama y envuelta entre las sábanas, con los ojos bien abiertos, evitaba deliberadamente cruzarme con el resplandor blanco y mortecino de

la luna que entraba por mi ventana. Yo, que no sabía lo que eran los nervios, me sentía al borde de un colapso nervioso.

Pero al segundo mes fue diferente.

Después de todo, era maravilloso poder vivir el misterio y el romance. Un misterio y un romance que estaban al alcance de mi mano. Que eran míos si así lo deseaba. ¿O acaso no? Quizás el hombre que vino en aquel coche bajo y alargado no regresaría nunca. Pero su voz había prometido algo distinto. ¿Estaría allí esta noche? ¿Estuvo allí hace un mes? La curiosidad comenzó a apoderarse de mí. Después de todo, aquel hombre no había intentado hacerme daño. Y había algo en él… que me atraía profundamente. Seguro que mis miedos infantiles eran la mayor de las tonterías, fruto de mi soledad.

Fui a casa de Margaret y me quedé hasta tarde, casi como aquella otra vez, hasta que el reloj marcó las doce. Finalmente, con un desasosiego del que solo yo era consciente, me envolví en mi pesado abrigo y me adentré sola en la oscuridad de la noche.

Algo había cambiado. Esta vez, un terrible frío reinaba en el ambiente, y una niebla densa y gélida impregnaba el aire y se espesaba en las hondonadas del paisaje. Las sombras de los árboles desnudos atravesaban la lúgubre niebla como si de huesudos esqueletos se tratara.

¿Qué estoy escribiendo? ¿En qué estoy pensando? En aquel grito que desgarró la noche. Aquel grito que no pude contener. Debo controlarme o vendrán para hacerme callar. Y debo terminar esto hoy. Debo terminarlo antes del amanecer. Esa es la hora que temo, más aún que la medianoche. La hora en la que Aquellos que se encuentran ahí fuera deben regresar a sus espantosos refugios, la hora en la que no les parecerá suficiente con arañar mi ventana con sus descarnados y huesudos dedos; esa será la hora, la hora en la

que vendrán para llevarme con Ellos… ¡adonde ni yo ni ningún otro ser viviente ha estado antes! Y de donde jamás podré escapar.

Bajé lentamente hacia el cruce. No tenía intención de quedarme. De hecho, me hubiera alegrado verlo vacío. Pero no.

Allí estaba aquel coche bajo y negro —no había reparado en su color hasta entonces—, con unos dedos espectrales de luz blanca que salían de los faros del capó y se hundían en la niebla. El cruce quedaba en una hondonada y la bruma se acumulaba allí con tal densidad que apenas podía respirar.

Él estaba en el coche. Su rostro, me pareció, resultaba aún más difuso bajo la sombra del sombrero de ala ancha que la vez anterior. Su mano enguantada descansaba, como aquella otra vez, sobre el volante. Y, de nuevo, además de un terrible estremecimiento causado por el miedo, me invadió un intenso estremecimiento… de fascinación. ¡Era distinto!, distinto de todos los demás, podía sentirlo. Esa rareza enigmática, ese romanticismo… Y su porte era el de un amante. A pesar de mi inexperiencia, lo sabía.

—¿Vendrás a pasear esta noche, Leonora?

Había llegado el siguiente paso, ¡la invitación!

Pero no iba a ir con él. Había conseguido la emoción que buscaba. Me lo había pedido y bastaba con eso. Bastaba aunque no volviera a verlo nunca. Este era el mejor punto final (recuerden que tan solo tenía dieciséis años).

Un completo desconocido había aparecido en medio de la noche, se había sentido misteriosamente atraído por mí y yo por él. Me había invitado a acompañarlo.

No recuerdo cuál fue mi respuesta. De algún modo, debí de transmitirle lo que sentía: mi satisfacción por haber sido invitada y, al mismo tiempo, mi negativa.

Su guante rozó el ala del sombrero con el gesto de despedida que

recordaba.

—Otra noche, Leonora. ¡Leonora!

Con gran sigilo, el coche se deslizó de nuevo hasta desaparecer. Pero el eco de su voz siguió resonando en mis oídos. Su voz: profunda, extraña, *distinta,* pero la voz de un amante. Mi inexperiencia lo aseguraba. Y ahora dudaba de que, después de todo, esto me bastara si no volvía a verlo. En otra ocasión sería igual de cortés, igual de paciente. Pero diría algo como… ¿Qué diría?

Casi no vimos la luna de enero. Tan violentos fueron los temporales de aquel invierno, y tan impenetrables las densas nubes, que apenas pudimos divisar el cielo.

La luna llena de febrero, en cambio, brillaba con una nitidez cristalina en un cielo de luz helada. El suelo cubierto de nieve relucía, y las ramas de los árboles, revestidas de hielo, ardían con un fuego blanco. Pero yo me aferraba al calor del hogar y, de nuevo, me acosté temprano y me cubrí la cabeza con las mantas, como si pudiera ocultarme del miedo. De aquel miedo que me atrapaba y que ya me había visitado antes. Parecía estar dominada por una fobia —como la que afirman que padezco ahora—, pues evitaba la luz de la luna y el aire libre.

Llegó marzo.

El mes siguiente nos traería la primavera, a la que seguiría el verano. El mundo volvería a ser un lugar dulce y apacible, en el que el miedo no tendría cabida. Y, sin embargo, empecé a desear que los encuentros en el cruce de caminos se repitieran, que se repitieran tal y como habían sucedido: con los rigores del invierno, y no en medio de ese entorno tan distinto que trae consigo la estación de los nuevos brotes y la nueva vida. Mi último ataque de terror irracional había desaparecido una vez más y parecía dejar tras de sí una

reacción que me impulsaba, con más fuerza que nunca, hacia la aventura.

Y él… ¿Habría estado en el cruce durante las inclementes tormentas de enero? ¿Y aquella noche blanca y reluciente que yo pasé refugiada en casa? ¿Estaría allí la noche de la próxima luna llena, la luna de marzo?

Aún no se podía percibir ni un soplo de primavera en el aire de aquella noche. La nieve invernal permanecía en las hondonadas, ya sin su brillo níveo, estropeada por las frías lluvias que cayeron después. La noche mostraba un cielo revuelto, con nubes desgarradas por ráfagas de viento, donde la luna brillaba con claridad y luego se apagaba con una luz inquietante, para ser engullida por unas sombras negras que se extendían como un manto. La atmósfera estaba impregnada de un olor a tierra húmeda y hojas podridas.

No fui a casa de Margaret. Me quedé junto al fuego, absorta en mis extrañas fantasías, mientras el reloj marcaba las horas lentamente y el fuego se consumía. A las once, mi padre bostezó y subió a su habitación. A las doce menos cuarto, me envolví en mi pesado abrigo. Poco después, salí de casa.

Estaba segura de que él estaría allí esperándome. Esa noche no había lugar a dudas. No era la curiosidad lo que me movía, sino un deseo más profundo, un impulso para el que no conozco nombre. Me sentía como un nadador atrapado en un violento remolino, en una poderosa corriente que me arrastraba mar adentro.

El coche se encontraba en el cruce, con su perfil bajo envuelto entre las sombras. Aunque se trataba de un modelo sofisticado —de eso podía estar segura—, por primera vez apreció en él algo que era, de algún modo, *peculiar.* Pero, justo en ese momento, una nube cubrió la luna y mi interés se desvaneció, con el último y vago

pensamiento de que debía de ser de origen extranjero.

Entonces, de repente, me di cuenta de que por primera vez aquel desconocido me había abierto la puerta del coche. De hecho, también era la primera vez que me acercaba por el lado del asiento vacío junto al conductor.

—Esta noche daremos un paseo juntos, Leonora. ¿Por qué no? ¿Por qué no? ¿Por qué habrías venido si no?

Era cierto. Por primera vez, me encontraba con él sin ir de camino a casa, sin ir de camino a ningún sitio. Había venido solo para encontrarme con él. Y esta vez él esperaba que lo acompañara. Nunca me había presionado ni había insistido, pero esta noche daba por sentado que iría con él. ¿No parecería ridículo haber salido solo para intercambiar un par de palabras y regresar a casa? ¿No sería mejor acompañarlo? Cualquier chica menos ingenua no se habría molestado en salir de casa una tormentosa noche de marzo si no fuera en busca de una auténtica aventura. Solo una chica joven e inexperta como yo saldría por menos. Así que iría.

Subí al coche. Me senté a su lado y, cuando la luna volvió a brillar con fuerza entre las nubes, traté de ver bien su rostro mientras iniciaba la marcha por el angosto camino. No logré distinguir nada nuevo. Empecé a tomar conciencia de aquel deseo intenso y creciente, casi desesperado, de ver con claridad la verdadera naturaleza de aquel hombre que había sido el origen de tantas conjeturas y el protagonista silencioso de tantos de mis sueños. Pero, una vez a su lado, no podía verlo con mayor claridad que desde la carretera. El perfil del rostro que se volvía hacia mí, y lo que se adivinaba entre el sombrero de ala ancha y el cuello alzado de su capa, seguía sumido en las sombras que se proyectaban en el interior del coche. La imagen volvía a escaparse, con una impresión vaga y esquiva: facciones marcadas y definidas, una mirada

profunda, casi hundida, y una leve sonrisa.

Íbamos deprisa, por carreteras en las que jamás había estado. Mi atención se centraba hasta tal punto sobre mi acompañante que al principio no me preocupó la distancia que recorríamos. Cuando empecé a sentir cierta inquietud, él me tranquilizó, asegurándome que íbamos de camino a casa, que estábamos a punto de llegar. Claro que pensaba que se refería a la casa de mi padre, a mi casa. Y aunque no lo hubiera pensado, ni en el más oscuro de mis sueños podría haber imaginado a qué se refería.

Aquel hombre guardaba un profundo silencio. Yo apenas decía nada y, cuando lo hacía, rara vez me respondía, lo cual no me alarmó como debería haberlo hecho, debido a una permanente convicción sobre mi inmadurez e ingenuidad. Me culpaba a mí misma: reprochaba mis propias palabras, creyéndolas tan insulsas que no merecían respuesta. Pero aquel silencio, aquella actitud taciturna que tanto me intimidaba, a su vez alimentaba mi fascinación y me hacía permanecer inmóvil durante horas, deseando, más que nada en el mundo, poder contemplar su rostro con claridad y despertar en mi acompañante algo más de interés.

Solo una vez habló por iniciativa propia. Fue para preguntarme por qué me llamaba Leonora.

Le pregunté si le gustaba mi nombre, haciendo referencia a las palabras de nuestro primer encuentro, a aquella «música para sus oídos». Pero, para mi decepción, de su boca no volvió a salir ningún halago.

—Hay quien dice que es un nombre maldito. Aunque, por suerte, la gente ya no es tan supersticiosa como antes.

—Así que… por suerte, no es un nombre maldito.

Quería provocarlo, hacerle hablar. Deseaba profundamente llamar

su atención. Pero no respondió.

No puedo seguir. No podré terminar mi relato como pensaba, contando los hechos en su debido orden. Hay cosas que debo aclarar, calumnias que debo desmentir. Y la noche avanza sin piedad, y los golpes y arañazos que llevo escuchando todas estas horas en mi ventana, entre los barrotes tras los que me hallo encerrada, pero que pronto dejarán de protegerme, son cada vez más intensos. El dolor que siento en mi corazón, y que, según el doctor, será el causante de mi muerte, se hace cada vez más insoportable. Y, cuando llegue al final de mi historia, *al final que dejaré por escrito,* no sé qué sucederá. Pero aquello sobre lo que voy a escribir es tan espantoso que jamás me habría atrevido a imaginarlo. No el hecho en sí, sino el terrible desenlace de esta historia.

Debo terminarla antes del amanecer, porque al amanecer Ellos vendrán, vendrán para llevarme junto a Ellos, allí donde él me espera. Siempre al amanecer.

Pero, para poder explicarlo, primero deben saber que dicen que estoy loca. Y ustedes, que leen esto, sin duda los creerán. Pero díganme:

¿Dónde estuve? ¿Dónde estuve desde que desaparecí de la casa de mi padre hasta que me encontraron, «enloquecida», como dicen, y aferrada al dedo de un esqueleto? ¿En qué espantosa lucha arranqué aquel dedo, de qué espantosa mano? Y aunque yo, una mujer viva, no pude permanecer en la morada de la muerte; si la propia muerte no me ha tocado con su dedo, díganme entonces:

¿Por qué mi piel es como la de los cadáveres, hasta el punto de que los médicos la comparan con la de un leproso? ¡Ojalá se tratara de lepra!

Pues bien, prosigo.

Nuestro trayecto en coche continuó en silencio y las horas volaban, fugaces. Fugaces, sí, volaban, pues yo no era consciente del paso del tiempo, salvo en una ocasión: me asaltó de pronto un vago desasosiego por la duración de aquel paseo, que empezaba a parecerme excesiva. Tan solo unas pocas palabras bastaron para serenarme. Si aquel que se encontraba al volante se hubiese negado a contestar, el pánico me habría devorado. Pero su voz, profunda y apacible, me envolvió de nuevo como en un hechizo, y en su respuesta creí percibir una preocupación verdadera que logró calmarme. Me aseguró que pronto llegaríamos a casa, que lograría entrar antes de que mi padre se hubiera despertado y así evitaría cualquier interrogatorio.

A medida que la noche avanzaba, se volvía más lúgubre. La luna, que se alzaba en lo alto del cielo, proyectaba largas sombras que parecían escurrirse, huyendo veloces de cada árbol, arbusto, colina y montículo que dejábamos atrás a toda velocidad. El viento había amainado, pero aún soplaba lo bastante fuerte como para emitir un gemido lastimero, un lamento que parecía perseguirnos entre las sombras y la oscuridad de la noche. Las nubes, que antes surcaban el cielo en densos cúmulos, parecían haberse quebrado, deshilachado, arrastrando oscuros jirones como banderas raídas, desgarradas por el viento. Un espeso olor a podredumbre, el hedor de la tierra mojada, de las hojas en descomposición, del moho, se había vuelto más intenso con el cese del viento. De pronto me invadió una desesperada necesidad de consuelo. Sentí que mi corazón iba a romperse en pedazos de pura soledad, y me hallé sumida en la más absoluta desolación.

Me volví hacia aquella figura silenciosa sentada a mi lado. Y me pareció que era él quien desprendía ese hedor estanco a descomposición que impregnaba el aire nocturno, como si ese olor y

esa angustia insoportables se intensificaran al acercarme a él.

Miré —de una forma más directa de lo que me había atrevido hasta entonces— no hacia su rostro, esquivo y desconcertante, sino al brazo que se encontraba junto al mío, bajo la manga de una capa de gruesa tela negra. Porque algo llamó mi atención, algo que se movía. Dios mío, ¿qué era aquel espanto y por qué era tan atroz? ¿Era un *gusano* aquello que reptaba lentamente sobre su manga?

Me estremecí de tal manera que me castañetearon los dientes. Pero debía controlarme.

Y entonces, como si mi pavor fuera una señal, el coche empezó a frenar lentamente hasta detenerse por completo. Aparté la mirada de aquel brazo enfundado en negro y, llena de horror, lo comprendí: ¡nos adentrábamos en un cementerio!

—Por favor, ¡no! Por lo que más quieras, ¡aquí no! —supliqué, como en la peor de mis pesadillas.

—Sí. Aquí sí.

Aquella voz profunda resonó aún con mayor gravedad. Sonaba hueca, vacía, como un eco. Sin mostrar consuelo alguno.

Mi miedo, al menos, ya no debía esconderse tras una máscara. Me encontraba cara a cara frente a él, aunque no podía ver su rostro.

Salté del coche y me desvanecí. Pero podía atisbar una forma… oscura, estrecha y alargada. Solo había asistido a un funeral en mi vida, pero lo supe al instante: ¡era un ataúd!

En ese momento perdí toda esperanza. Me encontraba a merced de un demente y…

Aquellos guantes que ocultaban unos huesudos dedos, descarnados, largos y rígidos, me arrastraron entre tumbas y lápidas y estatuas de mármol y ángeles de piedra. Yo, inmóvil, incapaz de reaccionar, presa de la parálisis más profunda, no sentía nada. Entre las sepulturas, o al menos eso me pareció, vislumbré —oh, sí, vi

cosas extrañas, no he dejado de verlas desde aquella fatídica noche —, pero no sentía nada.

Me arrastró hacia una tumba vieja, muy vieja, hundida y olvidada, cubierta por una losa desgastada por el paso del tiempo y ladeada, que parecía rendirse, testigo de siglos de abandono. De repente, el sueño febril que me había nublado los sentidos se desvaneció, y una aguda lucidez me golpeó. Forcejeé con todas mis fuerzas, hasta arrancarle el guante de la mano derecha, y sentí cómo uno de sus dedos crujía y se quebraba en mi mano, que lo agarraba con fuerza.

Con los primeros destellos del amanecer, luché, sintiendo como aquel suelo hundido y viejo se derrumbaba bajo mis pies. El sol se alzó en el horizonte, incendiando con su rojo fuego mis ojos llenos de terror. Me giré por última vez hacia aquel rostro indescifrable y, bajo aquella luz de color sangre que teñía el amanecer, por fin vislumbré la terrible verdad: aquella mandíbula huesuda y descarnada de la que asomaba una macabra sonrisa, las órbitas vacías de…

Declaración del director del Sanatorio St. Margaret

Encontramos este documento en la habitación de Leonora, quien, según el informe del médico residente, falleció a causa de un paro cardíaco. El personal que acudió corriendo a su habitación al oír sus desgarradores gritos —y que la encontró ya sin vida— atribuye su muerte a la intensa agitación que debió de ocasionarle escribir su insólito relato.

El médico que la había tratado la consideraba víctima de una extraña forma de autohipnosis. Lo cierto es que desapareció de su casa la noche del dieciocho de marzo y fue encontrada dos días después en un antiguo cementerio, a unas trescientas millas.

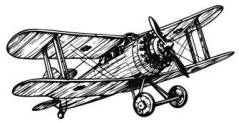
Cuando la hallaron, estaba fuera de sí, presa de la histeria, incapaz de comunicarse de forma lógica y comprensible, y *sostenía en la mano el dedo de un esqueleto.* Cómo y dónde pudo haberlo conseguido es algo que, entonces y ahora, resulta imposible de explicar.

Parece ser, sin embargo, que algún desconocido logró atraerla fuera de su casa y que escapó o fue abandonada cerca del cementerio; que probablemente leyera la leyenda de Leonora, lo cual parece haberle causado una profunda y perturbadora impresión, y que, más tarde, tras el *shock* que la llevó a perder la razón, condicionó la forma en que se manifestaría su locura.

Es cierto que su piel, desde el momento en que fue hallada en el cementerio, presentaba un aspecto extraño, semejante al de un leproso, o incluso más, al de un cadáver (y, aunque ella no lo menciona, también desprendía un olor peculiar). El médico atribuyó estos fenómenos a los efectos de la autohipnosis. Según su teoría, al igual que alguien que ha sido hipnotizado puede desarrollar una quemadura sin aplicarse calor, solo mediante sugestión, Leonora se habría sugestionado a sí misma con la idea de haber sido contaminada por el contacto con la muerte, y la fuerza de esa sugestión habría logrado afectar a su naturaleza física.

Oda a Pegaso

Maria Moravsky



· 1926 ·

Traducido por

Julia Velasco Espejo

Maria Moravsky

· 1890-1947 ·

Maria Moravsky —o, para deleitarnos con su nombre completo, Maria Magdalena Frederica Ludvigovna Moravskaya— nació en Varsovia en 1890, aunque en ese momento Polonia formaba parte del Imperio ruso, que aún no había adoptado el calendario gregoriano, por lo que para ella era todavía 1889. Comenzó una prometedora carrera como poeta y publicó en Rusia tres colecciones de versos antes de la Revolución de 1917. Huyendo de la persecución, escapó a los Estados Unidos, país que veía como un lugar de libertad, aunque pronto le pareció un desierto cultural en comparación con su tierra natal. Aunque aprendió inglés de forma autodidacta, le resultaba difícil escribir poesía en otro idioma, por lo que se dedicó al periodismo. Uno de sus primeros ensayos, «The Greenhorn in America», publicado en el número de noviembre de 1918 del *Atlantic Monthly,* revela su frustración inicial con Estados Unidos, donde todo el mundo tiene prisa y no se toma el tiempo necesario para apreciar la vida. Moravsky comenzó a vender sus textos a varias de las principales revistas, incluyendo el *Harper's,* y pronto empezó a ganar dinero mientras, como ella recordaba, sus amigos y familiares se morían de hambre en Rusia. Se casó en 1920 con Ted Coughlan, que en ese momento era vendedor de aves de corral, pero que más tarde se convertiría en un escritor de ficción detectivesca con quien

colaboró en varias ocasiones.

Su primera publicación en *Weird Tales* fue el siguiente relato, en el número de noviembre de 1926. El texto revela su estilo lírico, pese a haber sido escrito en una lengua extranjera. También se aprecia en él una alegoría de sus recuerdos de la huida de Rusia. Moravsky solo publicó cinco relatos en *Weird Tales* a lo largo de veinte años; el último, «La victoria de los hermanos verdes», apareció en el número de enero de 1948, seis meses después de su muerte. Moravsky publicó, entre 1939 y 1940, otros seis relatos en la efímera revista rival *Strange Stories,* por lo que existe un amplio material para compilar una colección representativa de su obra. También contribuyó con un breve poema al número de noviembre de 1942 de *Weird Tales,* y cabe preguntarse si sería un reflejo de su estado de ánimo en ese momento. Titulado «Into Fantasy», decía así:

En la medianoche un búho ulula,
estoy harta de esperanzas vacías.
Con raíz de mandrágora mi poción estimula
el aburrimiento de mis lentos días.

Hay quien dice que Moravsky no murió en 1947, sino que se mudó a Chile, se casó con un cartero local y falleció allí hacia el año 1958. Pero todo indica que murió de un derrame cerebral en un hospital de Miami en junio de 1947 y que fue incinerada. ¡A menos que, quizá, tratara de emular a Ambrose Bierce!

Oda a Pegaso

Eric no podía dormir. Había mosquitos en su habitación, que cantaban alabanzas a la vigilia con voces bajas y monótonas. El brillo de la pálida luna le daba directamente en los ojos, y a su luz menguante el niño vio cómo la veleta del tejado del garaje giraba sin cesar al compás del voluble viento.

La veleta tenía forma de caballo alado porque, antes de la llegada de los automóviles, el garaje había sido un establo. Una célebre familia de amantes de los caballos había alojado allí a sus purasangre. Eso había sido mucho tiempo atrás, le dijeron a Eric, quizá cincuenta años, puede que más… Eric tenía todavía esa edad a la que cincuenta años y la eternidad son prácticamente lo mismo. La vieja veleta plateada por la luna le parecía antigua, tan antigua como Pegaso, el caballo del que le habían hablado hacía poco en la escuela. ¡Un caballo maravilloso!

El viento arreció, aún indeciso. Eric ya tenía sueño y la cabeza le daba cada vez más vueltas al ritmo del caballo plateado. Pronto el zumbido de los mosquitos comenzó a remitir, pero lo sobresaltó otro inquietante sonido: el relincho de un caballo.

Nadie tenía caballos en aquella calle adaptada a los tiempos modernos, en aquel barrio residencial donde ya no quedaba nada antiguo, en el que sus padres adoptivos poseían su casa

ultramoderna. Incluso el lechero rompía la paz de la madrugada con el traqueteo de su camión. Eric miró con curiosidad la calle desierta, blanquecina entre la bruma del amanecer. Parecía vacía. Entonces, una irresistible sensación de curiosidad mal dirigida lo llevó a mirar hacia arriba.

La palidez de la luna era tal que la hacía parecer un delgado trozo de hielo a medio derretir. Entre la lechosa bruma no se podía distinguir el lejano tejado gris del antiguo establo. Solo la veleta brillaba intensamente, y en la punta de sus alas metálicas se reflejaba la salida del sol invisible.

Ahora parecía dar vueltas cada vez más amplias. Le dio la impresión de que el caballo se desprendía de su alambre de acero, se hacía cada vez más grande, volaba cada vez más despacio alrededor de la punta del tejado. Eric se frotó los ojos y saltó de la cama. Entonces comenzó a suceder algo extraño.

El enorme caballo voló más bajo, llegó a la ventana de Eric y aterrizó en el amplio tejado de la veranda sobre la cual la pequeña ventana abuhardillada se asomaba al mundo. Entonces, antes de que Eric pudiera formular el repentino y hermoso deseo, lo vio cumplido. Se encontró subido al lomo plateado del caballo, entre las poderosas alas que batían el aire con un suave y armonioso aleteo.

El enorme caballo salió galopando sobre una pista ovalada de nubes rosas. Pero el éxtasis indescriptible que envolvía a Eric comenzó a desvanecerse tan súbitamente como había llegado cuando el muchacho oyó la voz de su madre adoptiva, que lo llamaba:

—¡Eric, son las siete! ¿Estás despierto?

Ella no sabía cuán alto volaba, pensó Eric. No respondería, por miedo a preocuparla. Quizá esta nueva diversión que había descubierto le resultara inquietante. Su madre siempre era

extremadamente solícita, se preocupaba por su seguridad con una intensidad casi dolorosa. No, no la llamaría desde aquel lugar brillante entre las nubes; pero quizá ella oyera el roce de las grandes alas y mirara hacia arriba, y entonces se acabaría todo. Debía evitarlo. Dando palmaditas sobre el reluciente flanco del caballo, el niño susurró al oído tembloroso del animal:

—¡Más alto! ¡Llévame más alto!

El caballo soltó tal relincho que los edificios temblaron de asombro allá abajo. Elevó las alas con una velocidad sobrenatural. Eric nunca se había movido tan rápido en su vida, ni siquiera aquel día inolvidable en que su padre adoptivo lo llevó al estadio y lo dejó volar en avión.

—¡Eric!

Oyó la voz de su madre, cada vez más débil, pero más penetrante que antes. Sonaba preocupada, y eso Eric no podía soportarlo. Atravesaba su éxtasis, persistente, suplicante… Miró con un suspiro hacia las distantes estrellas que había esperado alcanzar y luego volvió a acercar la boca a la oreja de Pegaso:

—Debo bajar a tierra.

Cerró los ojos para no ver el odioso descenso. Las alturas solían darle vértigo y temía caerse durante el rápido vuelo descendente. Abrió los ojos solo cuando sus pies tocaron el alféizar de la ventana de su habitación.

—Es un niño muy nervioso; pasa demasiado tiempo soñando despierto. El otro día, cuando la maestra le preguntó qué le gustaría hacer de mayor, respondió: «Volar por el cielo».

El señor Torrence sonrió con paciencia ante la preocupación que delataba la voz de su esposa.

—Bueno, no es un sueño tan poco práctico, al fin y al cabo. Hoy

en día, muchos hombres sensatos se hacen pilotos. De hecho, hay que ser muy sensato para conseguirlo. No me opondría si Eric…

—¡Edwin Torrence! ¡Una profesión tan peligrosa! Dudo que lo permitieras si fuera tu propio hijo.

La señora Torrence sintió inmediatamente que el reproche hacia su marido había sido injusto, con lo que él había querido al niño, y enmendó sus palabras con una cariñosa palmada en el hombro. Admitió que se preocupaba demasiado por el muchacho. ¡Cosas de mujeres, tonterías, nada más! Sí, intentaría olvidarlo. Si el niño decidía hacerse piloto, sería egoísta oponerse, aunque, en secreto, esperaba que no lo hiciera.

—En cuanto a su nerviosismo, debemos consultar a un especialista —concluyó el señor Torrence con optimismo—. Es natural a su edad; ese peligroso periodo entre la niñez y la adolescencia.

El señor Torrence creía saberlo todo sobre lo que él llamaba el «mecanismo humano».

Con el paso de los años, varios especialistas de los nervios revisaron al detalle la mente consciente y subconsciente de Eric. En el círculo interno de su alma no parecía faltar nada. Al parecer, dejó de soñar despierto y se entregó gustoso a la arriesgada pero sensata carrera de piloto, que el señor Torrence le sugirió, pensando que era lo que el chico deseaba.

Eric ya no montaba el gran caballo blanco. En cambio, domó muchos caballos sintéticos y feos, con alas muertas e inmóviles que dependían de ruidosos motores para elevarse al cielo. Una vez allí, parecía recuperar las ilusiones que los especialistas de los nervios le habían quitado. Las nubes rosadas del amanecer le parecían casi tan hermosas y emocionantes como durante ese primer vuelo en que las vio a lomos de Pegaso.

Pero los viajes en avión no le provocaban el mismo entusiasmo

que aquel primer deslumbrante vuelo. Por fuera, era un piloto cuidadoso, perseverante y sensato, siempre pendiente de los pronósticos del tiempo, que jamás aceptaba apuestas insensatas. No hacía piruetas ni participaba en la peligrosa actividad de lanzarse en picado. Antes de subirse, comprobaba minuciosamente cada nuevo avión que le era confiado. Fue por estas cualidades por lo que lo eligieron para participar en la gran carrera de aviones sobre la pista invisible que unía Nueva York y San Francisco.

Su anciana madre adoptiva ya había muerto, por lo que su amable preocupación no pudo impedirle a Eric aceptar el honor de competir. Su padre, más sensato aún que su hijo adoptivo, no vio ningún obstáculo. Estaba bastante orgulloso del chico, que, según él, había pasado de ser un nervioso soñador a un pragmático piloto de primera. Se habría sentido consternado y quizá su orgullo habría vacilado de haber sabido que, justo el día de la carrera, su sensato hijo adoptivo se dedicó a una tarea muy poco práctica.

Mientras llevaba a cabo los últimos preparativos y ajustes en el avión, Eric se quitó los guantes antigrasa, sacó la delgada navaja que le había regalado su madre adoptiva cuando era niño y se pasó una media hora grabando algo con la hoja en la parte superior del ala izquierda. Cuando terminó, tenía una mirada distante y soñadora, como en aquellos días de su más tierna infancia.

Era la última hora de la carrera. La inmensidad del Pacífico se desplegaba ante los ojos de Eric, cansados del insistente viento del que las gafas no podían protegerlo del todo. Tenía el rostro macilento y manchado de sudor, y un leve dolor de cabeza. Le parecía que llevaba días volando. Estaba tan cansado que ya no le importaba ganar. Aunque iba muy por delante de todos sus competidores, no le causaba ninguna emoción. Su agotado cerebro

solo quería sumirse en la inconsciencia. La inconsciencia del sueño o incluso de la muerte.

Los numerosos golpes de las volubles corrientes, las caídas en bolsas de aire, el azote de la lluvia, el repentino e inesperado granizo que el informe meteorológico no había previsto y, además de estos retos físicos, el gran reto de la ambición que lo empujaba a ir cada vez más rápido, una ambición impuesta por el orgullo de su padre: todo esto lo iba desgastando por dentro. Mientras su cuerpo seguía adelante a duras penas, el verdadero Eric era casi inconsciente de sus esfuerzos. Estaba tan agotado que parecía que nada más podría sorprenderlo.

Pero, mientras vislumbraba con sus cansados ojos la extensa superficie azul verdosa del brumoso océano y las alas de las gaviotas que atrapaban los destellos del sol, oculto tras grandes nubes bajas de extrañas formas que se extendían a sus pies, experimentó una fuerte impresión, similar a la de la primera vez que montó… ¿La primera vez que montó en avión, en coche o… en otra cosa? Eric estaba tan cansado que no se acordaba. Aun así, todo su ser se tensó como un sabueso atado a una correa, preparándose para una gran experiencia que estaba a punto de caer sobre él. Por encima de su cabeza, las grandes nubes bajaban cada vez más, se volvían pesadas, como si en su interior guardaran alguna presencia invisible… Comenzaron a suceder cosas extrañas.

Un gran caballo blanco emergió de la nube más lejana y comenzó a acercarse al tembloroso avión, ahogando el quejido inarmónico del motor con el musical susurro de sus alas.

—¡Pegaso! —gritó Eric.

—Algo le pasa a ese motor —le advirtió la primera capa de su mente consciente.

—¡Pegaso! —gritó el verdadero Eric.

El enorme caballo estaba ahora cerca, al alcance de su mano. Pero las manos del aviador se aferraban al despreciado aparato sintético que pilotaba. Sus ojos miraban hacia arriba mientras sus oídos trataban de detectar la premonitoria arritmia del latido del motor. Estaba sumido en esta división interior cuando sintió que un poderoso pensamiento le llegaba en extrañas oleadas.

Los luminosos ojos del enorme caballo estaban ahora muy cerca. De ellos irradiaban los pensamientos. Esos orbes de luz de luna concentrada le transmitieron a su asombrada alma el siguiente mensaje:

—¡Me has olvidado! Cambiaste a Pegaso por este trasto de metal y gasolina.

—¡Nunca te olvidé! —gritó Eric—. ¡Mira en el exterior del ala izquierda! He escrito una oda en tu honor. Está grabada con tal claridad en el aluminio que hasta una gaviota podría leerla.

—Entonces deja esta máquina y súbete a mi lomo —fue la seductora orden.

Las manos de Eric, mortalmente cansadas, dejaron de aferrarse a la palanca de control. La cabeza le daba vueltas. Se inclinó hacia adelante y saltó. De pronto, se encontró a lomos del gran caballo, volando hacia la eternidad.

El amasijo informe que encontraron entre los restos humeantes del avión ganador no era Eric. Solo era su cuerpo, desgastado hasta la muerte por las tediosas realidades de la vida.

Mami

Mary Elizabeth Counselman



· 1939 ·

Traducido por

Soledad Cortés González

Mary Elizabeth Counselman

· 1911-1995 ·

Mary Elizabeth Counselman fue colaboradora habitual de *Weird Tales* durante veinte años, con treinta relatos, desde «The House of Shadows» (abril de 1933) hasta «Way Station» (noviembre de 1953), aunque también contribuyó con varios poemas, el más temprano en abril de 1932.

«The House of Shadows» es una historia de terror sencilla sobre una mansión que sus antiguos habitantes se niegan a abandonar. Con «Way Station» volvió prácticamente a sus inicios: se trata de un relato divertido sobre una casa que hace las veces de parada en el camino para los fantasmas de aquellos que acaban de morir.

Counselman continuó colaborando con *Weird Tales* cuando esta volvió a publicarse, con cuentos en los dos ejemplares de bolsillo editados por Lin Carter en 1980 y 1981, así que podría decirse que contribuyó a la revista durante casi cincuenta años.

Sus obras aparecieron en muchas otras revistas, incluyendo varios poemas que fueron publicados en el *Saturday Evening Post,* pero fueron sus historias para *Weird Tales* las que le granjearon su reputación.

Uno de sus relatos más populares fue «The Three Marked Pennies» (agosto de 1934), que escribió con quince años. La historia aparece en el volumen *Doorway to Dilemma* de la colección *Tales of*

the Weird publicada por la British Library. Otro relato muy conocido es «Parasite Mansion» (enero de 1942), en el que, después de un accidente de coche, una mujer se encuentra en una casa llena de gente extraña. Esta se convirtió en una de sus historias más populares después de ser adaptada a televisión para la serie americana *Boris Karloff's Thriller* en 1961.

Counselman se casó en 1941 y vivía con su hijo y con un marido que abusaba de ella en una casa-barco (que era, de hecho, un barco de vapor reformado) en el río Coosa en Gadsden, Alabama. Muchas de sus historias se sitúan en Alabama u otros estados del sur. Varias de ellas fueron recogidas en el volumen *Half in Shadow,* que fue editado en dos versiones: la edición británica de bolsillo en 1964 y la americana de tapa dura de Arkham House en 1978.

Son muchas las historias de Counselman que tratan los temas de la infancia y la maternidad. Nosotros reeditamos «The Unwanted» (enero de 1951) en la colección de relatos *Reinas del Abismo*. La que presentamos a continuación, igualmente misteriosa e impactante, procede del número de abril de 1939.

Mami

Quiero adoptar a una niña de unos siete años —le había explicado la señora Ellison a la gobernanta hacía tan solo unas horas.

Ahora, de pie en el amplio patio del Orfanato Municipal de Acipco, estudiaba a cada una de las muchachas que pasaban a su lado. La señora Ellison se fijó en una pequeña de rizos oscuros y cara redonda que jugaba en el balancín junto al portón de hierro. Pensó que un angelito semejante sería una hija maravillosa para una viuda sin niños como ella. Otra criatura risueña de ojos marrones, como ella había sido a esa edad, se balanceaba alegremente en uno de los columpios.

Tantos niños sin madre, agrupados como ganado y por fuerza tratados casi igual… ¿Cómo tomar la decisión que cambiaría, desde aquel momento y para siempre, su vida y la de la criatura?

«¡Por Dios! Estoy ojeando un catálogo de hijas», pensó aquella mujer alta de ojos amables. «¡Es inhumano! Debería… debería ser al contrario; ojalá los niños supieran ver quién les conviene más…»

Su pensamiento fue interrumpido abruptamente. Algo le estaba tirando de la falda con tímida insistencia y, cuando miró hacia abajo, se sorprendió al descubrir a una niña pequeña, delgadita y feúcha, que le devolvía la mirada. Sus ojos eran enormes y azules, demasiado grandes para aquel rostro amarillento y frágil. Dos

trenzas de color ratón colgaban sobre sus hombros estrechos contra el cuello almidonado del uniforme, y el brazo que agarraba la falda de la señora Ellison era flaco como una cerilla y plagado de pecas, igual que la cara y el cuello.

Lo primero que pensó la mujer fue que nunca había visto a una niña menos agraciada. Entonces la pequeña sonrió y su cara se iluminó lentamente, como una vela en una habitación oscura. Era una sonrisa dulce y extraña, llena de nostalgia, pero cargada de una paradójica y silenciosa certeza.

—¿Eres la señora que me ha enviado mi mami? —preguntó con una voz tan pequeña como ella. Era una voz tímida, suave como sus ojos azules, pero, a la vez, extrañamente asertiva.

La señora Ellison se arrodilló, sonriendo. Sus manos se apresuraron a alisarle las desgreñadas trenzas. Tal vez, con la debida atención, aquella niña no tendría un aspecto tan desaliñado, pensó, y murmuró en voz alta:

—No lo sé, cariño. ¿Tu mami está en el cielo?

La niña la miró con seriedad durante un instante. Luego negó con la cabeza.

—No, señora. Mami viene a verme siempre que yo quiero. Habla conmigo todas las noches, y…

En ese momento apareció la gobernanta, almidonada y jadeante, frunciendo ligeramente el ceño ante la imagen de la señora arrodillada junto a la pequeña.

—Señora Ellison, siento mucho el retraso… Ve a jugar, Martha, cariño —ordenó con premura—. La gobernanta quiere hablar con esta señora tan amable. Venga, vamos, buena chica.

La visitante se levantó, sorprendida ante el tono impaciente. Pero la niña de rostro delgado solo dudó un segundo, durante el cual sus profundos ojos azules buscaron con una intensidad solemne algo en

la expresión de la señora Ellison. Luego se dio la vuelta sin añadir palabra y caminó despacio hacia un grupo de niños que había cerca. Sin embargo, cuando ella llegó, los demás se marcharon y la dejaron sola, apoyada contra el tronco blanco de un roble gigante que la hacía parecer aún más diminuta.

La señora Ellison sintió una curiosa punzada al presenciarlo.

—¿Quién es esa niña? —murmuró —. Se… se nota que es distinta.

—¿Martha? —La risa de exasperación de la gobernanta desinfló su buen ánimo—. ¡Estoy segura de que no querría cargar con semejante responsabilidad! Es la que más problemas nos da. No se lleva bien con los otros niños y siempre está rompiendo las reglas más sencillas. No es que sea mala a propósito, pero…

—¿Es solo que no encaja? —La alta y morena visitante asintió con simpatía—. Quizá sea porque la madre interfiere mucho. Por lo que le he entendido a la pequeña Martha, la visita con frecuencia, y eso siempre es duro para un niño. Es una pena que no pueda llevársela de aquí y cuidarla de la mejor forma que…

—Querida —la directora del orfanato extendió las manos—, esa niña no tiene madre; murió hace más de un año. Me dijeron que fue tuberculosis, agravada por el turno de noche en un molino de algodón. Creo que debo explicarle un poco más sobre nuestra pequeña Martha…

»Esa pobre niña está en *shock;* nunca ha sido capaz de procesarlo. Algunas mentes, cuando sufren más allá de lo que pueden soportar, utilizan la amnesia como mecanismo de escape. Otras, como la de la pobre Martha, construyen un mundo mágico en el que evitan afrontar la cruel realidad. "¿Por qué la veo por las noches? ¿Vosotras no la veis?", nos pregunta una y otra vez. Mantiene largas conversaciones imaginarias en el dormitorio cuando apagamos las luces, y las otras niñas se quejan de que no las deja

dormir. No la detestan, pero creo que le tienen un poco de miedo.

—¿Miedo? —la señora Ellison levantó una ceja ante la absurda afirmación—. ¿Por qué iban a tener miedo de ese pobre ratoncito?

La gobernanta pareció incómoda y soltó una risa nerviosa.

—Bueno —miró hacia otro lado con expresión avergonzada—, verá, es que es bastante extraña. Desde que llegó esa niña, han pasado algunas cosas que no tienen explicación.

»Debo decirle, antes que nada, que la madre de Martha fue una mujer extraordinaria. Estaba destrozada física y moralmente… Bueno, como se puede imaginar, no había padre. Probablemente fuera un marinero borracho, pues parece ser que la mujer había sido camarera en algún tugurio antes de dar a luz a la niña en un hospital de caridad.

»Pero el nacimiento de la pequeña Martha pareció sacar lo mejor de ella, un fuerte instinto maternal. Sucede a menudo, y creo que es prueba de la divinidad que hay en todo ser humano. Sea como fuere, la madre cambió su estilo de vida por completo, consiguió un trabajo en el molino y, literalmente, se mató a trabajar por la niña.

»Peleó contra la muerte con una voluntad de hierro que alargó su vida durante meses, según me dijeron. Pero, al final, su frágil cuerpo sucumbió.

»En sus últimas horas, llamó a la pequeña Martha a su lecho de muerte y le hizo la rocambolesca promesa de que nunca la abandonaría, sin importar lo que nadie le dijera sobre la muerte. Su cuerpo enfermo era solo una capa exterior deteriorada, le dijo a la niña, del que su "mami" *real* se estaba deshaciendo para evitar que siguiera impidiéndole cuidar bien de su pequeña.

»Es natural que dijera algo así, por supuesto, pero tuvo un efecto terrible en la mente impresionable de una niña. Le creó a Martha un complejo…, pero tan extrañamente ligado a ciertas coincidencias

que… ¡a veces me pregunto cosas! La verdad es que… ¡es muy extraño!

La señora Ellison se rio con suavidad. Era una mujer realista, poco dada a la fantasía. Pero, acuciada por su escepticismo, la gobernanta le dio detalles.

—¿Cree que son imaginaciones mías? —preguntó—. ¡Escuche! Una actriz quiso adoptarla. No me explico por qué eligió a la flacuchita de Martha, a menos que fuera para resaltar su propia belleza. Pero todo estaba en orden e íbamos a mandar a Martha para allá, aunque se comportó de muy malos modos y se pasó la noche clamando que aquella no era la señora que su «mami» le había enviado.

»Con la secretaria de aquella mujer esperando en el vestíbulo a que Martha se vistiera, recibimos una llamada del agente de prensa de la actriz para decirnos que el acuerdo no seguiría adelante. Parece ser que solo quería adoptar a Martha como una maniobra publicitaria, para ganarse la opinión del público cuando saliera a la luz un escándalo turbio en el que estaba envuelta. ¡Pero aquella misma mañana se había caído por las escaleras y se había roto la nariz! Si la cirugía plástica no salía bien, me informó el agente, no le renovarían el contrato y "no podría permitirse tener un hijo". Leímos la verdad entre líneas, por supuesto, ya que la actriz tenía millones en su cuenta…

»Pero ahí lo tiene. ¡Martha se libró de esta adopción porque *algo* hizo tropezar a esa horrible mujer y dañó temporalmente su aspecto!

La señora Ellison emitió de nuevo una risa suave.

—Una coincidencia afortunada —murmuró—. ¡Pobre Martha!

—Sí —asintió la gobernanta con sorna—. ¡Pero solidificó su creencia de que su «mami» la cuidaba día y noche! Y los demás

huerfanitos están tan convencidos como ella…, especialmente desde que vino aquel circo a la ciudad y nuestro fondo para actividades no daba para cubrir a los diez últimos niños.

»Martha fue una de las que participó en el sorteo de entradas y perdió. Se quedó destrozada, como los otros nueve. De repente, cuando estaba llamando a los que sí podían ir, la pequeña Martha corrió hacia mí y me tiró del brazo: "¡Señora gobernanta, señora gobernanta!", gritó con los ojos brillantes de ilusión. "¡Mami dice que puedo ir! ¡Mami dice que vayamos todos, que ella pagará las entradas, de alguna manera, para que yo pueda ir!"

»Por supuesto, aquel arrebato afectó mucho a los otros niños y les dio esperanzas, así que no fui capaz de dejarlos atrás. Decidí que tomaría prestado lo que faltaba de nuestra asignación para comidas y que ya haría cuentas más adelante. Un impulso estúpido, pero entenderá cómo me sentía.

»Así que todos fueron al circo. Estaban que no paraban quietos de la emoción mientras yo compraba las entradas, pero me estaba empezando a remorder la conciencia. Aquel gasto extra implicaría mucha menos comida para ellos hasta bien avanzado el mes siguiente, y estaba segura de que la jefatura lo descubriría y yo pagaría las consecuencias.

»Me detuve al momento, reflexionando y deseando francamente darle unos azotes a la pequeña Martha. Pero en ese momento… miré al suelo.

»Allí, bajo mi zapato, había un pequeño montón de billetes enrollados alrededor de unas cuantas monedas. Déjeme que le diga que, cuando lo conté, casi se me paró el corazón… ¡Había la cantidad exacta, hasta el último penique, para pagar esas diez entradas! Más tarde puse un anuncio en el periódico para ver si su dueño lo reclamaba, pero nadie lo hizo. Me… me he preguntado

muchas veces cómo pudo llegar hasta allí.

La sonrisa de la señora Ellison se había disipado, pero volvió a esbozarla, llena de generosa tolerancia.

—Quizá se le cayera a algún borracho —sugirió—. ¡Estará de acuerdo conmigo, querida gobernanta, en que no hay nada sobrenatural en perder dinero en un circo!

—¡Hum! Ya, bueno…, quizá no. —La directora del orfanato parecía descolocada, pero no convencida—. Se han dado más casos —insistió con firmeza—. ¡Aquella vez, por ejemplo, en la que la pequeña Martha se tragó un imperdible abierto, como suelen hacer los niños cuando no los vigilas!

»Fue un día horrible del otoño pasado, cuando hubo aquella tormenta de hielo, se acordará. ¡Se había caído todo el cableado telefónico y no podíamos localizar a ningún médico, con la pobrecita ahogándose y llorando, y el imperdible que se le clavaba en la garganta cada vez que se movía! Yo estaba angustiadísima, y la señorita Peebles, nuestra enfermera, no daba para más…, cuando, de repente, un autobús municipal se averió justo en la puerta de nuestro centro…

Los ojos de la señora Ellison se iluminaron levemente.

—¿Y me va a decir que en ese autobús había un médico para la pequeña Martha? —preguntó con tono burlón.

La gobernanta no le devolvió la sonrisa, sino que se limitó a retirar con decoro una gota de sudor que le había nacido del labio superior al recordar la historia.

—¿Un médico? —respondió sombríamente—. Había *ocho.* ¡Volvían de la convención estatal de medicina! Uno de ellos era otorrinolaringólogo. No tardó ni un segundo en sacarle el imperdible.

»Lo más extraño es que el conductor del autobús dijo que habían tenido un problema con la batería, ¡aunque era nueva y la habían

revisado en la parada anterior! A ver, puede pasar, por supuesto que puede pasar.

A la señora Ellison se le escapó la risa. Aquello pareció molestar a la gobernanta, que explotó de nuevo:

—Ha habido decenas de incidentes así —declaró—. Martha encuentra constantemente cosas que los demás niños no ven. Monedas en el suelo. Medio paquete de chicles. Un camión de bomberos de juguete, roto, que algún niño tiraría por encima del muro del centro. Si le preguntas a Martha dónde las encuentra, siempre responde con esos ojitos de cordero: «Me lo ha dado mami». Si la regaño y le pido que diga que lo ha encontrado ella, solo dice: «Ah, sí…, pero mami me dijo dónde estaba».

»Todo esto ha causado una grave impresión en los otros niños. Por eso se comportan así, porque creen que la cuida y la protege un… un…

La gobernanta dudó y se sonrojó. La señora Ellison levantó una ceja con ironía ante la imagen de la rolliza cuidadora con sus redondas mejillas cubiertas de rubor.

—¿Un fantasma? —terminó la frase con cierta burla—. Mi querida gobernanta, ¡me sorprende que una mujer sensata como usted pueda permitir que una idea tan absurda prospere! ¡Es casi medieval!

La directora del orfanato apretó los labios con delicadeza.

—Bueno —dijo en un tono desafiante—, solo digo que es extraño, ¡y es que lo es! Los niños le tienen miedo a Martha, y se ha convertido en un problema que no sé cómo resolver. Si alguien pudiera encargarse de ella…, alguien en quien supiera que puedo confiar, por el bien de la niña. Pero ¡ahí lo tiene! Nadie quiere a esta flacuchita, aunque a toda la que viene le pregunta si es «la señora que su mami ha enviado» para adoptarla. Es una verdadera lástima,

pero ¿quién querría a una niña loca cuando hay tantas normales?

Siguió la mirada de la visitante con expresión perpleja y observó a la pequeña sentada en el suelo con las piernas cruzadas, jugando sola mientras los otros niños se divertían en grupos a su alrededor.

La señora Ellison estaba doblando sus guantes y guardándolos en su bolso, como un caballero que prepara su cota de malla. Después se dirigió a la gobernanta y anunció:

—¿Quién la querría? ¡Yo la quiero! ¡Y lo antes posible! Llevan alimentando esa fijación absurda demasiado tiempo en la mente de esa niña. Pero un hogar, unos juguetes nuevos y un poco de cariño le harán olvidar esa tontería. Así que… le agradecería mucho que acelerara el proceso.

La gobernanta parpadeó, sorprendida por un instante, con un asomo de duda detrás de sus gafas. Luego se encogió de hombros y suspiró profundamente.

—¡Eso haré! —prometió—. Solo espero que no se arrepienta, señora Ellison. Francamente, no he sido capaz de lidiar con la situación. Es… es un caso extraño, y necesita mucha comprensión. No sea demasiado impaciente con la niña.

—¡Tonterías! —La visitante irguió los hombros con firmeza—. Martha solo necesita una madre.

Caminó con paso decidido hacia la pequeña figura que jugaba sola bajo el roble con un puñado de bellotas.

La gobernanta, que la observaba llena de dudas, sacudió la cabeza mientras la señora Ellison se arrodillaba junto a la niña. Luego se dio la vuelta a regañadientes porque, como cada día, había otros doscientos huérfanos que requerían su atención.

La pequeña Martha levantó la mirada con timidez y seriedad, inquisitivamente. Al observar la dulce y vaga sonrisa que le dirigió, la señora Ellison abrazó a la niña impulsivamente. Pero sintió una

punzada de dolor ante la falta de respuesta. La pequeña Martha, si bien no se mostraba del todo impasible, era como una muñeca huesuda en sus brazos, ni afectuosa ni rebelde. Con una mano agarraba una cáscara de bellota por el tallo, pero la otra colgaba inerte, y no se aferró a su cuello como la señora Ellison había, en cierto modo, esperado. Se lo tomó casi como un reto, y sonrió ante lo absurdo de su idea.

—Martha, querida —susurró—, te vienes a casa conmigo, vas a ser mi niña. Te daré un poni, un carrito y muchas muñecas, y te rizaré el pelo como esa niña de ahí. ¿Te gustaría?

Sus ojos azules se iluminaron y le dieron al rostro cetrino de Martha una curiosa belleza, a pesar de todas sus pecas y de sus ángulos duros.

—¡Ay, sí, señora! —suspiró—. ¡Me… me gustaría! Pero primero tengo que preguntárselo a mami —añadió tímidamente—. Supongo que esta noche me dirá si es usted la elegida.

—¡Bueno! —La señora Ellison se obligó a soltar una risita—. ¡*Yo* voy a ser tu mami, cariño, porque tú vas a ser mi hija a partir de mañana!

—Sí, señora —asintió la niña, seria y obediente—. La llamaré «madre» si mami me deja. Ay, ¡espero que sea usted!

Y la señora Ellison se marchó, desconcertada e insegura sobre su victoria en aquel primer encuentro.

Las interminables gestiones burocráticas se vieron recortadas, tal como había prometido la gobernanta. Unos días después, bajo un tardío sol de otoño que doraba las hojas amarillas, la señora Ellison volvió en su coche al Orfanato Municipal de Acipco.

Le había dado el día libre a su chófer, había comprado un precioso vestido de seda azul y un peludo cachorrito de terrier en una tienda de mascotas, y se había puesto en camino con expresión sombría.

«Estas son mis armas», pensó. «¡Con esto espantaré para siempre al fantasma de la "mami" de Martha y no volverá a perturbarla!»

Una hora más tarde estaban saliendo por la verja del orfanato: una mujer alta de ojos amables al volante y, a su lado, una niña con un vestido azul que abrazaba entusiasmada a su perrito.

Mientras se adentraban en el tráfico vespertino, la señora Ellison sonreía y conversaba alegremente, pero, por dentro, hervía de rabia. ¡Maldita moribunda egoísta e histérica! ¡Había dejado una marca imborrable en aquella niña tan pequeña e ingenua!

Por un momento, mientras miraba de reojo a su hija adoptiva, la segunda madre de Martha odió a aquella primera, que se interponía entre las dos como un muro invisible, sin importar lo que ella hiciera.

¿O tal vez no? La señora Ellison percibió una presencia extraña en el amplio asiento de aquel coche, pero no entre ella y la niña. Más bien parecía que alguien…, *algo…,* iba sentado al otro lado de la pequeña Martha, en alianza con su nueva madre, protegiendo a la niña por un lado mientras ella la protegía por el otro.

La alta mujer negó con la cabeza, enfadada. ¡Valiente estupidez! ¿Estaba ella también sucumbiendo a las alucinaciones de la niña? Tenía que exorcizar a aquel espíritu de inmediato o admitir la derrota a manos de algo que ni siquiera existía.

—¿Quieres a tu nueva mami? —la exhortó mientras se inclinaba hacia la pequeña Martha para rodearla con un brazo.

—¡Oh, sí, madre! Ahora sí que eres mi madre, ¿verdad? Te voy a contar un secreto —La cara de la mujer se iluminó, triunfal—. ¡Mami me dijo anoche que te había elegido para mí hace mucho mucho tiempo! Y dijo…

—¡Martha! —La señora Ellison se apartó como si la hubieran golpeado—. ¡Deja de decir eso! —ordenó de inmediato—. Quiero que te olvides ya de esa tontería sobre tu madre. Por supuesto que

debes recordarla y quererla, pero tu mami se fue al cielo hace más de un año, y tienes que dejar de fingir que…

Un grito de la niña la interrumpió. La señora Ellison se calló, giró la cabeza bruscamente y palideció de terror al ver bajar un enorme camión de gasolina sin conductor por la estrecha y larga colina por la que subían.

El inmenso vehículo ganaba velocidad. Escoraba de bordillo a bordillo como un monstruo borracho, dirigiéndose hacia su coche con una certeza que helaba la sangre, romo y pesado como una locomotora.

El pánico invadió a la señora Ellison y le congeló las manos sobre el volante. Unos metros más y el desastre las golpearía de frente, con un estruendo metálico. A la mujer le pareció que casi podía oírlo…, y no había ningún callejón, ninguna salida por la que pudieran escapar. Como si se hubiera dado cuenta de que de nada servía seguir moviéndose, el coche se paró en seco en medio de la carrera por la que bajaba el camión sin frenos.

—Oh, cielo, ¡salta! —gritó la señora Ellison—. ¡Salta y vete! No… no puedo…

Pero la niña sentada a su lado ni siquiera la había oído. Para alguien que está a punto de enfrentarse a la muerte, parecía muy tranquila. Su rostro cetrino se había vuelto tan pálido que las pecas destacaban vivamente, y estrechó con más fuerza a su perrito. Entonces movió los labios en una plegaria casi inaudible para la mujer.

—¡Mami! ¡Ma-mi! —casi gritaba su suspiro—. ¡Haz que pare, mami! ¡Haz que pare, por favor!

La señora Ellison tiró de la niña con la intención de sacarla del coche en un último intento por salvarla. Pero, antes de que pudiera abrir la puerta…, se escuchó el chirrido metálico de unos frenos.

Entonces llegó la gente: vecinos asustados, un policía y el camionero, pálido de miedo. Se agruparon junto al camión y luego corrieron hacia el coche detenido, donde la señora Ellison yacía débilmente contra el volante. Junto a ella había una niña pequeña y flacucha, con una extraña sonrisa que les llamó la atención.

—¡Por Dios, señora! —El camionero balbució una disculpa incoherente—. ¡Creía que había echado el freno de mano! Caramba, si esa maleta del asiento no se hubiera caído sobre la palanca, usted… usted habría…

La señora Ellison apenas pudo asentir en respuesta. No le salía la voz. Solo pudo mirar el camión, hipnotizada, y observar luego con extrañeza a la niña pequeña sentada a su lado.

—¿Estás… estás bien, Martha, cariño? —susurró después de unos minutos—. Pues vámonos a casa, tú y yo… y mami.

Daimon

C. L. Moore



· 1946 ·

Traducido por

Carmen Torres y Laura Naranjo

C. L. Moore

· 1911-1987 ·

Si hay una escritora que pueda ser considerada la reina de *Weird Tales* en su época de esplendor, esa debe ser, sin duda, C. L. Moore. Su nombre completo era Catherine Lucille Moore y se sentía una narradora nata. Publicó dos relatos en la revista de su universidad antes de su primera venta profesional, «Shambleau», que aparecería en el número de noviembre de 1933 de *Weird Tales* y que se convertiría en un clásico instantáneo. Este relato dio a conocer al personaje de Northwest Smith, el equivalente interplanetario de un forajido del lejano Oeste cansado del mundo. En el texto, ambientado en Marte, Smith rescata a una joven alienígena de una multitud furiosa y la acompaña a casa, donde ella lo seduce con su cautivador encanto extraterrestre.

Diez de los relatos de Moore fueron publicados en *Weird Tales* junto a su otro gran personaje, Jirel de Joiry, que apareció por primera vez en «The Black God's Kiss», publicado en octubre de 1934. Jirel es una espadachina que combate el mal sobrenatural en una Francia medieval mítica. Solo se publicaron seis relatos de Jirel, incluido uno escrito en colaboración con su futuro esposo, Henry Kuttner, que también incluía a Northwest Smith, y ambas series dejaron una profunda huella en los lectores. Las cartas publicadas en la columna de lectores «The Eyrie» se deshacían en elogios.

Farnsworth Wright llevaba la cuenta de las historias favoritas de los lectores, y Moore ocupó el primer puesto durante todo el año en 1933 y 1934. En el cómputo global durante el periodo en que Wright fue director editorial, de 1924 a 1939, «Shambleau» fue la segunda historia más popular, solo superada por «The Woman of the Wood», de A. Merritt. Moore volvió a aparecer en décimo lugar con el segundo relato de Northwest Smith, «Black Thirst», publicado en abril de 1934.

Después de 1939, Moore no volvió a colaborar en *Weird Tales.* Se casó con Henry Kuttner en junio de 1940 y, a partir de entonces, la mayor parte de su trabajo se produjo en colaboración con él y su interés se trasladó a las revistas de ciencia ficción. El binomio Moore-Kuttner produjo algunas de las mejores obras de ciencia ficción de las décadas de 1940 y 1950, la mayoría bajo varios seudónimos, como Lewis Padgett, C. H. Liddell o Lawrence O'Donnell.

Las historias de Jirel y de Northwest Smith se incluyen en el volumen recopilatorio *C. L. Moore* (2014), publicado por SF Gateway, por lo que, en lugar de reimprimir aquí solo parte de una historia de la serie, hemos buscado otro de sus «relatos extraños» en solitario y hemos seleccionado «Daimon», que apareció en el número de octubre de 1946 de *Famous Fantastic Mysteries,* otra revista *pulp* muy querida. Esta historia habría encajado perfectamente en *Weird Tales* y refleja todo el poder imaginativo de Moore.

Daimon

Padre,[6] las palabras han regresado poco a poco a mi mente. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablé en portugués. Durante más de un año, mis compañeros aquí han sido aquellos que no hablan las lenguas de los hombres. Y recordará, *padre,* que en Río, donde nací, me llamaban Luiz *o Bobo,* es decir, Luiz el Simple. Me pasaba algo en la cabeza, de modo que era muy torpe con las manos y me tropezaba con mis propios pies. No recordaba demasiado. Pero veía cosas. Sí, *padre,* veía cosas que otros hombres no ven.

Ahora mismo estoy viendo cosas. ¿Sabe quién está a su lado, *padre,* escuchando mientras hablo? Bueno, no importa. Sigo siendo Luiz *o Bobo,* aunque aquí, en esta isla, he encontrado grandes poderes de sanación, y ahora soy capaz de recordar las cosas que me ocurrieron hace años con mayor facilidad de lo que recuerdo lo que sucedió la semana pasada o la anterior. El año ha transcurrido como un único día, porque el tiempo en esta isla no se comporta como el tiempo allá fuera. Cuando un hombre vive con ellas, el tiempo deja de existir.

Me refiero a las *ninfas.* Y a los demás…

No miento. ¿Por qué habría de mentir? Voy a morir dentro de muy poco. Hizo bien en decírmelo, *padre.* Pero yo lo sabía. Ya lo sabía. Su

crucifijo es muy bonito, *padre.* Me gusta cómo brilla al sol. Pero no está hecho para mí. Verá, yo siempre he sabido de las cosas que caminan junto a los hombres…, junto a otros hombres. No en mi caso. Tal vez sean almas, y yo no tengo alma, siendo simple como soy. O tal vez sean dáimones, como los que solo los hombres sabios tienen. O tal vez sean ambas cosas. No lo sé. Lo que sí sé es que me estoy muriendo. Cuando las *ninfas* se vayan, vivir no tendrá sentido para mí.

Ya que me pregunta cómo llegué a este lugar, se lo contaré si me queda algo de aliento. No me creerá, pero sospecho que este es el único sitio de la tierra donde aún perviven… esas cosas en las que usted no cree.

Sin embargo, antes de hablar de ellas, debo remontarme en el tiempo a cuando era joven y vivía junto a la bahía azul de Río, bajo el Pan de Azúcar. Recuerdo los muelles de Río y a los niños que se burlaban de mí. Era grandote y fuerte, pero era *o Bobo,* pues mi mente no conocía ni el ayer ni el mañana.

Minha avó, mi abuela, era buena conmigo. Era de Ceará, donde las sequías anuales matan la esperanza; estaba medio ciega y siempre le dolía la espalda. Trabajaba para que pudiéramos comer y no me regañaba demasiado. Sé que era buena. Lo veía; siempre he tenido ese poder.

Una mañana, mi abuela no se despertó. Estaba fría cuando le toqué la mano. Aquello no me asustó, porque lo… lo bueno… de ella perduró durante un rato. Le cerré los ojos, la besé y luego me fui. Tenía hambre y, como era *o Bobo,* creí que alguien me daría comida por caridad…

Al final acabé rebuscando en los montones de basura.

No pasé hambre. Pero me sentía perdido y solo. ¿Alguna vez se ha sentido así, *padre*? Es como un viento gélido procedente de las

montañas del que ningún manto de badana puede protegerte. Una noche, vagué hasta una cantina marinera, y recuerdo que había muchas presencias oscuras de ojos brillantes flotando junto a los hombres que allí bebían. Los hombres tenían las caras enrojecidas, quemadas por el viento, y las manos llenas de brea. Me hicieron beber *guardiente* hasta que la estancia comenzó a dar vueltas y se tornó negra.

Desperté en un catre sucio. Oía que las tablas crujían y que el suelo se mecía bajo mi cuerpo.

Sí, *padre,* me habían secuestrado para trabajar como marinero. Subí a cubierta a trompicones, medio cegado por la resplandeciente luz del sol, y allí me topé con un hombre que tenía un daimon extraño y brillante. Se trataba del capitán del barco, aunque entonces no lo sabía. Apenas si me fijé en el hombre. Mi atención estaba puesta por completo en el daimon.

La mayoría de los hombres tienen presencias que caminan a su zaga, *padre.* Tal vez usted también sepa esto. Algunas son oscuras, como las presencias que vi en la cantina. Otras son brillantes, como la que acompañaba a mi abuela. Otras son de colores, colores pálidos como los de la ceniza o los de un arcoíris. Pero aquel hombre tenía un daimon escarlata. Y era un escarlata junto al cual la sangre misma palidecía. El color me cegaba. Y aun así me atraía. No podía apartar la vista ni mirarlo durante mucho rato sin experimentar dolor. Nunca había visto un color más hermoso, ni más aterrador. Hizo que el corazón se me encogiera en el pecho y que temblara como un perro que teme la vara. Si tengo alma, tal vez fue esta la que tembló. Y temía la belleza del color tanto como temía el terror que había despertado en mí. No es bueno ver belleza en lo malvado.

Otros hombres de la cubierta también tenían dáimones. Presencias oscuras o claras que los seguían como sus sombras. Pero advertí que

todos los dáimones se apartaban de aquella cosa roja y bella que pendía sobre el capitán del barco.

Los demás dáimones observaban con ojos llameantes. El daimon rojo no tenía ojos. Su hermosa cara ciega siempre estaba vuelta hacia el capitán, como si solo viera a través de su visión. Veía las líneas que formaban sus párpados cerrados. Y mi terror por su belleza, mi terror por su maldad, palideció en comparación con el terror que me infundía ese momento en el que el daimon rojo levantara aquellos párpados y mirase el mundo.

El capitán se llamaba Jonah Stryker. Era un hombre cruel; resultaba peligroso tenerlo cerca. Los hombres lo odiaban. Estaban a su merced mientras nos halláramos en el mar, y el capitán estaba a merced de su daimon. Por eso yo no podía odiarlo como hacían los demás. Tal vez fuera lástima lo que sentí por Jonah Stryker. Y usted, que conoce a los hombres mejor que yo, entenderá que la lástima que me inspiró el capitán hizo que este me odiara más amargamente incluso de lo que su tripulación lo odiaba a él.

Cuando subí a cubierta aquella primera mañana, cegado por el sol y por el brillo escarlata del daimon, ignorante como era y desconcertado como estaba, rompí una regla del barco. Qué regla fue, lo desconozco. Había muchas, y aquellos días me costaba un poco recordar con claridad. Tal vez me interpuse entre el viento y él. ¿Es que semejante cosa no está permitida en un clíper, *padre?* Nunca he llegado a comprenderlo.

El capitán me gritó palabras cargadas de maldad en su lengua yanqui, cuyo significado yo desconocía. Solo sé que el daimon se enrojeció aún más cuando las pronunció. Y me asestó un puñetazo que me tiró al suelo. El rostro ciego y carmesí que flotaba sobre el del capitán esbozó una expresión de dicha secreta debido a la ira

que se había despertado en este. En ese momento, pensé que los ojos cerrados del daimon me observaban a través de los ojos del capitán.

Lloré. Y, por primera vez, supe lo solo que debe de sentirse un hombre como yo. Pues no tenía daimon. Lo que me había empañado los ojos no era la simple soledad por la falta de mi abuela o de compañía humana. Eso podía soportarlo. Sin embargo, cuando vi la expresión de dicha que la maldad del capitán había provocado en el semblante ciego del daimon, recordé la que a veces adoptaba la presencia luminosa que sigue a un buen hombre. Y supe que ninguno de mis actos traería jamás dicha o pesar a aquello que se mueve detrás de un hombre con alma.

Yací en la cubierta recalentada y brillante y lloré, no por el golpe, sino porque, de repente, caí en la cuenta de que estaba solo. Ningún daimon me seguiría, ni para bien ni para mal. Tal vez porque no tengo alma. Esa soledad, *padre,* es algo que ni siquiera usted llegaría a comprender.

El capitán me agarró del brazo y me levantó de un tirón. Entonces no entendí las palabras que pronunció en su lengua yanqui, aunque más tarde aprendí lo suficiente de aquella forma de hablar como para saber qué decían los hombres a mi alrededor. Puede que le parezca extraño que *o Bobo* fuera capaz de aprender una lengua extranjera, pero me resultó fácil. Más fácil, quizá, que a un hombre más avispado. Descifraba gran parte de sus significados en los rostros de sus dáimones, y había muchas palabras cuyos sonidos reales desconocía, pero cuyo sentido se me revelaba en el bullir de pensamientos en torno a la cabeza de los hombres.

El capitán llamó de una voz a un tal Barton, y el primer oficial subió rápidamente, con cara de susto. El capitán me dio un empujón que me mandó trastabillando a la barandilla, mientras yo lo

vislumbraba a él y a los atentos dáimones que había en cubierta a través del arcoíris que las lágrimas proyectaban ante mis ojos.

Se oyó una acalorada discusión y vi que se hacían muchos gestos en mi dirección y en la de los otros dos hombres que también habían sido secuestrados en el puerto de Río. El primer oficial se dio unos toquecitos en la cabeza cuando me señaló, y el capitán volvió a maldecir en aquella lengua extranjera, de modo que su daimon sonrió muy dulcemente sobre su hombro.

Creo que esa fue la primera vez que permití que el capitán viera en mi rostro la lástima que me inspiraba.

Y, como eso era lo único que él no podía soportar, agarró una cabilla de la baranda y me la estampó en la cara, de tal manera que sentí cómo los dientes se me rompían en la boca. La sangre que escupí en la cubierta era de un color bonito, pero clara como el agua comparada con el color del daimon del capitán. Recuerdo que todos los dáimones, excepto el rojo, se inclinaron un poco hacia delante al ver correr la sangre y olfatearon su olor y su resplandor como si de incienso se tratara. El rojo ni siquiera giró su rostro ciego.

El capitán me golpeó de nuevo por haberle ensuciado la cubierta. Mi primera tarea a bordo del Dancing Martha fue fregar mi propia sangre del entarimado.

Luego me arrastraron hasta la cocina y me arrojaron al estrecho pasillo que había a los pies del cocinero. Me quemé las manos en los fogones. El capitán se rio al verme dar un respingo para apartarme de ellos. Resulta terrible pensar que, aunque oía su risa muchas veces al día, nunca percibí alegría en ella. Aunque sí la había en el semblante de su daimon.

El dolor por la paliza y por las quemaduras me acompañó durante varios días, pero, en cierto modo, estaba contento. El dolor me impedía pensar en la soledad que acababa de descubrir en mí.

Aquellos fueron malos tiempos, *padre.* Los peores de mi vida. Después, cuando ya no me sentía solo, los recordé como un alma en el paraíso recordaría el purgatorio.

No, sigo estando solo. Nada me acompaña como a otros hombres. Pero aquí, en la isla, encontré a las *ninfas* y me conformé con eso.

Las encontré gracias al Shaughnessy. Hoy lo entiendo de un modo que entonces me resultaba imposible. Era un hombre sabio y yo soy *o Bobo,* pero creo que ahora conozco algunos de sus pensamientos, porque hoy yo también sé que voy a morir.

El Shaughnessy convivió muchos días con la muerte. No sé cuánto tiempo. Esta tardó semanas y meses en llegar a él, aunque vivía en sus pulmones y en su corazón como una criatura vive dentro de su madre, esperando la hora de nacer. El Shaughnessy era un pasajero. Tenía mucho dinero, por lo que podía disponer a su antojo de sus últimos días de vida. Descendía de una gran familia originaria de una tierra extranjera llamada Irlanda. El capitán lo odiaba por muchos motivos. Lo menospreciaba por su debilidad y lo temía porque estaba enfermo. Tal vez también lo envidiara, porque su gente había pertenecido en algún momento a la realeza y porque el Shaughnessy no tenía miedo a morir. Sé de buena tinta que el capitán temía a la muerte. La temía terriblemente. Y hacía bien en temerla. No podía saber que un daimon pendía sobre su hombro, con su dulce y secreta sonrisa, pero algún instinto debió de advertirle que estaba allí, esperando su momento, del mismo modo que la muerte esperaba en los pulmones del Shaughnessy.

Vi morir al capitán. Sé que estaba en lo cierto al temer la hora de su daimon…

Aquellos días a bordo del barco fueron aciagos. Y resultaron peores aún por la gran belleza que nos rodeaba. Nunca había estado en el mar, y me maravillaban el movimiento del barco, las nubes de

velas henchidas sobre nuestras cabezas y el mar a nuestro alrededor, veteado por los colores de las corrientes y deslumbrante allá donde el sol dejaba su rastro. Las gaviotas blancas nos seguían con las patas amarillas recogidas bajo el cuerpo mientras planeaban sobre la cubierta, y las marsopas también nos acompañaban, describiendo grandes círculos alrededor del barco mientras jugueteaban y esparcían diamantes a la luz del sol.

Trabajé mucho, sin más salario que el de librarme de los golpes cuando lo hacía bien y recibir las sobras que quedaban en la mesa después de que el cocinero se hubiera saciado. El cocinero no era tan malo como el capitán, pero tampoco era un buen hombre. Nada le importaba un pimiento. Su daimon era ahumado y dormitaba, indiferente al cocinero y al mundo.

Fue el Shaughnessy quien hizo que mi vida valiera la pena. Si no hubiera sido por él, habría aprovechado una noche en que nadie mirara para entregársela al susurrante mar. En mi caso no habría sido un pecado, como sí lo hubiera sido para un hombre con alma.

Pero, gracias al Shaughnessy, no lo hice. Él poseía un extraño tipo de daimon, madreperla a la luz, con destellos de colores más oscuros cuando se cernían las sombras de la noche. Puede que en su día fuera un hombre malo. No lo sé. Tal vez la presencia de la muerte en su interior le abriera los ojos. Solo sé que conmigo fue muy amable. Su daimon fue cobrando más brillo a medida que el hombre se debilitaba con la llegada de la muerte.

Me contó muchas historias. Nunca he visto el país extranjero de Irlanda, pero a menudo he paseado por él en mis sueños gracias a ellas. Las islas extranjeras llamadas Grecia también se me revelaron con claridad, porque el Shaughnessy había vivido allí y las adoraba.

Y me contó cosas que aseguraba que en realidad no eran ciertas, pero creo que lo decía solo a medias, porque yo las veía con total

claridad mientras hablaba. Para mí, el gran Odiseo era un hombre de carne y hueso, con un daimon brillante en el hombro, y el viaje que duró tantos hechizados años lo recordaba yo prácticamente como si hubiera formado parte de la tripulación.

Me contó lo de la ardiente Safo, y supe por qué el poeta[7] había utilizado esa palabra para describirla, y creo que el Shaughnessy también lo sabía, aunque no hablamos de ello. Supe lo deslumbrante que debía de haber sido lo que la seguía por las blancas calles de Lesbos y descansaba en su hombro mientras ella cantaba.

Me habló de las nereidas y de las oceánidas, y una vez creo que vislumbré, a lo lejos, en la resplandeciente estela que el sol formaba en la superficie del mar, una poderosa cabeza que emergía del agua, y oí la música de un cuerno en espiral cuando Tritón llamó a sus muchachas de cola de pez.

El Dancing Martha hizo escala en Jamaica para cargar azúcar y ron. Luego pusimos rumbo hacia un país llamado Inglaterra, al otro lado de las aguas azules. Pero la suerte no nos acompañó. Durante ese viaje, nada salió bien en el barco. Los barriles no habían sido limpiados a conciencia y el agua que contenían se echó a perder. Un hombre puede, llegado el caso, quitarle los gusanos a su carne en salazón, pero el agua corrompida es algo que no tiene remedio.

De modo que el capitán ordenó cambiar de rumbo para dirigirnos hacia una pequeña isla que conocía en aquellas aguas. Era demasiado pequeña para estar habitada: una roca que surgía de las profundidades abismales del mar azul, con un manantial de agua dulce que manaba en lo alto de una oquedad situada entre los riscos cubiertos de bosques.

La divisé elevándose al amanecer como una nube verde en el horizonte. Luego, a medida que nos acercábamos, se fue

convirtiendo en una esmeralda que flotaba sobre el agua azul. Y el corazón se me transformó en una burbuja en el pecho que brillaba con los colores del arcoíris, más liviano que el aire que me rodeaba. Una parte de mi mente creyó que la isla era una de las de la bahía de Río y, de alguna manera, sentí que había vuelto a casa y que encontraría a mi abuela esperándome en la orilla. Aquellos días olvidaba muchas cosas. Olvidé que estaba muerta. Creí que rodearíamos la isla y que entraríamos por la bahía danzarina hasta llegar a los pies de la Rua d'Oporto, desde donde la hermosa ciudad se elevaba por las colinas.

Estaba tan seguro de todo esto que corrí a compartir con el Shaughnessy mi emoción por el regreso a casa. Y, como tenía prisa y no veía más allá de Río, me di de bruces con el mismísimo capitán. Este se tambaleó y me agarró del brazo para no perder el equilibrio, y estuvimos tan cerca que, por un momento, el daimon escarlata se bamboleó sobre mi propia cabeza y bajó su rostro sin ojos hacia el mío.

Alcé la vista hacia aquel hermoso rostro sonriente que tenía tan cerca como para tocarlo y a la vez tan lejos como la estrella más distante. Me lo quedé mirando y grité aterrorizado. Nunca había estado tan cerca de un daimon; sentí su fragante aliento en la cara y me quemó la piel con su frío abrasador.

El capitán enrojeció de rabia y de… ¿envidia? Tal vez era envidia lo que sentía, incluso de mí, *o Bobo,* pues un hombre con un daimon como aquel sobre su hombro bien podría envidiar a un hombre sin alma. Me odiaba profundamente porque sabía que yo lo compadecía, y recibir la compasión de *o Bobo* debe de ser algo muy humillante. Él también era consciente de que no podía mirarlo durante más de un segundo debido al deslumbrante color de su daimon. Creo que él no sabía por qué yo parpadeaba y desviaba la mirada, trémulo por

dentro, cada vez que se cruzaba en mi camino. Pero sabía que no era el miedo rencoroso que otros hombres sentían por él lo que me hacía apartar la vista. Creo que intuyó que, como él estaba condenado, me resultaba imposible contemplarlo durante mucho rato, y eso también le hizo odiarme, temerme y envidiarme a mí, el hombre de más bajo rango de su tripulación.

El color desapareció por completo de su rostro cuando me miró. El daimon que pendía sobre él emitió un escarlata aún más intenso y hermoso, y el capitán alcanzó una cabilla con una mano temblorosa. Lo que miraba a través de sus ojos no era un hombre, sino un daimon, un daimon que se estremecía de gozo mientras yo me estremecía de terror.

Cuando el garrote impactó en mi cráneo, oí el crujido del hueso al partirse. Vi rayos y centellas, y la cabeza se me llenó de luz. Apenas recuerdo algo más de aquel mal trago. Se hizo de noche a mi alrededor y solo alcanzaba a vislumbrar algo en su oscuridad cuando los relámpagos de los mamporros que me propinaba el capitán la iluminaban. Oí reír a su daimon.

Cuando el día volvió a mí, me hallaba tendido en la cubierta y el Shaughnessy se encontraba arrodillado a mi lado limpiándome la cara con algo que escocía. Su daimon me observaba por encima del hombro, con relucientes colores madreperla y un rostro compasivo. No lo miré. La soledad en mi interior era más aguda que el dolor que aquejaba a mi cuerpo, ya que ningún daimon propio pendía resplandeciente sobre mis heridas, y nunca lo haría.

El Shaughnessy me habló en el suave y tranquilizador portugués de Lisboa, que tan extraño me sonaba siempre.

—Quédate tranquilo, Luiz —decía—. No llores. Me aseguraré de que nunca vuelva a tocarte.

Hasta entonces no supe que estaba llorando. No era por el dolor.

Era por cómo me miraba su daimon, y por la soledad.

—Cuando el capitán regrese de la isla, me las veré con él —me aseguró. Y dijo más cosas, pero yo no estaba escuchando. Me debatía con un pensamiento, y a los pensamientos les costaba llegar a mi mente debido al sopor que siempre la nublaba.

El Shaughnessy tenía buenas intenciones, pero yo sabía que el capitán era el amo del barco. Y aún seguía creyendo que habíamos echado el ancla en la bahía de Río y que mi abuela me esperaba en la orilla.

Me incorporé. Al otro lado de la barandilla, la alta isla verde resplandecía rodeada por un sol que rielaba en el agua y parpadeaba en las hojas que cubrían sus laderas. Sabía lo que tenía que hacer.

Cuando el Shaughnessy fue a por más agua, me puse en pie. Me dolía mucho la cabeza, sentía todo el cuerpo magullado por los golpes del capitán, y la cubierta se mecía bajo mis pies con un movimiento que no procedía de las olas. Cuando llegué a la barandilla, me desplomé sobre ella y caí, deslizándome en completo silencio hacia el mar.

Después de eso, solo recuerdo destellos. El agua salada que me quemaba, las enormes olas que se alzaban y se desplomaban a mi alrededor y el aire caliente en mis pulmones cuando el agua no me los quemaba incluso más. Luego sentí arena bajo mis rodillas, salí gateando por una pequeña playa y creo que me quedé dormido al abrigo de un puñado de palmeras.

Más tarde soñé que estaba oscuro, que había estrellas flotando sobre mi cabeza que casi podía tocar, tan brillantes que me quemaban los ojos. Soñé que oía a hombres llamándome por entre los árboles y que yo no respondía. Soñé que oía voces discutiendo: la voz fuerte y enojada del capitán, y la del Shaughnessy, tensa y

fina. Soñé con escálamos que crujían y con el agua que salpicaba cada vez que unos remos se hundían en ella, y con el sonido que se iba alejando hacia el calor y la oscuridad.

Alcé una mano para tocar un cúmulo de estrellas que pendía sobre mi cabeza, y el cúmulo era rutilante y me hizo estremecer al tacto. Entonces vi que se trataba del rostro del Shaughnessy.

—Oh, *s´nhor* —dije en un susurro, porque recordé haber oído hablar al capitán muy cerca.

El Shaughnessy sonrió a la luz de las estrellas.

—No susurres, Luiz. Ahora estamos solos.

En la isla era feliz. El Shaughnessy se portaba bien conmigo, los días eran largos y soleados, y la misma isla resultaba acogedora. Eso se nota en un lugar. Y en aquellos días creí que nunca volvería a ver al capitán ni a su hermoso daimon escarlata esbozando su ciega y secreta sonrisa sobre su hombro. Nos había abandonado en la isla a nuestra suerte para que encontráramos la muerte, y uno de nosotros la encontró.

El Shaughnessy me dijo que cualquier otro hombre habría perecido por los leñazos que el capitán me había propinado. Pero creo que, como mi cerebro es tan simple, se reparó fácilmente, y tal vez el golpe que agrietó mi cráneo permitió que entrara un poco más de ingenio del que antes tenía. O tal vez fue la felicidad, la comida en abundancia y las historias del Shaughnessy sobre las cosas en las que… en las que usted no cree, *meu padre.*

El Shaughnessy se fue debilitando a medida que yo me fortalecía. Se pasaba el día tumbado a la sombra de un gran árbol junto a la orilla y, cuanto más lo abandonaban las fuerzas, más brillante y remoto se volvía su daimon, como si estuviera ya atravesando el velo hacia otro mundo.

Cuando me recuperé del todo, el Shaughnessy me enseñó a construir un cobertizo con techumbre de paja que resistiera la lluvia.

—Puede haber huracanes, Luiz —me dijo—. Esta barraca saldrá volando. ¿Sabrás hacer otra?

—*Sim* —le respondí—. Sabré. Usted me ayudará.

—No, Luiz. Yo no estaré aquí. Debes recordarlo.

Me contó muchas cosas, una y otra vez, armado de paciencia. Cómo encontrar moluscos en las rocas cuando la marea estuviera baja, cómo atrapar peces en el arroyo, qué frutas podía comer y cuáles no debía tocar jamás. No me resultó fácil. Cuando trataba de recordar demasiado, me dolía la cabeza.

Exploré la isla y, cada vez que regresaba, le contaba todo lo que había descubierto. Al principio estaba seguro de que, en cuanto atravesara las altas colinas y coronara sus picos, vería las hermosas laderas de Río destellar al otro lado del mar. El corazón se me hundió en el pecho la primera vez que alcancé las cumbres y no vi más que el océano, vacío, subiendo y bajando entre el horizonte y yo.

Sin embargo, pronto volví a olvidarlo, y Río y el pasado se desvanecieron de mi mente. Encontré la charca en una oquedad entre los riscos, donde el agua clara y dulce burbujeaba a la sombra de los árboles y el riachuelo caía en una serie de pozas y cascadas en dirección a las explanadas allá abajo. Encontré bosques de árboles pálidos con hojas como cabellos al viento que susurraban con el ruido de la cascada. No encontré gente y, aun así, siempre me dio la sensación de que me observaban entre las hojas, y a veces me parecía oír una risa a mi espalda, risa que sofocaban cuando giraba la cabeza.

Cuando se lo conté al Shaughnessy, este sonrió.

—Te he contado demasiadas historias —me dijo—. Pero, si alguien puede verlas, creo que ese eres tú, Luiz.

—*Sim, s'nhor* —repuse—. Cuénteme de nuevo lo de las mujeres del bosque. ¿Cree usted que podrían estar aquí, *s'nhor?*

Él cogió un puñado de arena y se la quedó mirando mientras esta se le escurría entre los dedos como si aquello tuviera algún significado para su mente que la mía era incapaz de comprender.

—Ah, bueno—dijo—, bien podrían estar. Prefieren los olivares de Grecia, y los altos árboles del Olimpo. Pero cada monte tiene su oréade. Tal vez también aquí. La Gente Pequeña abandonó Irlanda hace años y, por lo que sé, las oréades también han huido de la civilización y han encontrado lugares como este a los que llamar hogar…

»Hubo una que se convirtió en fuente en una ocasión, hace mucho. Vi esa fuente en Grecia. Bebí de ella. Sus aguas debieron de obrar una suerte de magia, porque, después de eso, regresé a Grecia una y otra vez. Me iba, pero no podía estar lejos mucho tiempo. —Me sonrió—. Quizás ahora que no puedo volver, las oréades hayan venido a mí.

Me lo quedé mirando fijamente para averiguar si hablaba en serio, pero él negó con la cabeza y volvió a sonreír.

—Creo que no han venido por mí. Tal vez lo hayan hecho por ti, Luiz. Lo que van buscando es que crean en ellas. Si crees, puede que las veas de verdad. Yo sería el último en negar algo así. Necesitarás que te acompañen, amigo mío…, después.

Y volvió a cribar la arena con los dedos, contemplándola con una expresión que no entendí.

En aquella isla se hacía de noche muy rápido. Era un lugar precioso. El Shaughnessy decía que las islas tienen una magia propia, pues son el lugar donde se encuentran la tierra y el mar. Solíamos tumbarnos en la orilla a observar el fuego que ardía en las crestas de las olas que lamían la playa y luego se retiraban con un

susurro, y el Shaughnessy me contaba muchas historias. Su voz se iba debilitando, y ya no se preocupaba tanto por poner a prueba mi memoria en cuanto a las lecciones que me había enseñado. Pero hablaba de magia antigua y, durante aquellos últimos días, su mente fue regresando paulatinamente a las maravillas del país llamado Irlanda.

Me habló de las pequeñas gentes verdes que iban con sus farolillos por entre las frondas. Me habló del *unicórnio,* más raudo que el pájaro más veloz, un ciervo mágico con un cuerno en la frente tan largo como el asta de una lanza y afilado como ninguno. Y me habló de Pan, que, con sus patas de cabra, atravesaba el bosque riendo y sembrando el pánico a su paso, el mismo terror horrible que le debe su nombre tanto en mi idioma como en el del Shaughnessy. *Pânico,* lo llamamos los brasileños.

Una noche me llamó y me enseñó una cruz de madera.

—Luiz, mira esto —me dijo. Me fijé en que había hecho unas profundas muescas con el cuchillo en los brazos de la cruz—. Este es mi nombre —me explicó—. Si alguna vez alguien pregunta por mí, has de enseñarle esta cruz.

La escudriñé. Sabía a qué se refería con lo del nombre: a ese tipo de encantamiento en que las marcas hablan con una voz casi imperceptible para los oídos. Pero como soy *o Bobo* y nunca aprendí a leer, no sé cómo se hace.

—Algún día vendrá alguien —continuó el Shaughnessy—. No creo que mi gente se conforme con lo que quiera que les cuente el capitán Stryker. O con los chismorreos de algún marinero borracho. Si encuentran la isla, Luiz, quiero que esta cruz esté sobre mi tumba para que sepan quién fui. Y por otra razón —continuó pensativo—. También por otra razón. Pero no te preocupes por eso, *meu amigo.*

Me dijo dónde tenía que cavar su tumba. No me dijo que le

pusiera hojas ni flores. Eso ya fue cosa mía cuando, tres días más tarde, le llegó la hora…

Lo enterré tal y como él había querido. No me hizo ninguna gracia, pero, en cierto modo, temía no cumplir sus órdenes, pues su daimon seguía cerniéndose sobre él. Brillaba mucho, muchísimo, tanto que no podía ni mirarlo a la cara. Y me pareció que desprendía una música, pero no estaba seguro.

Le eché las flores por encima y luego la tierra. Como había más de la que había sacado, formé un montículo a lo largo de su cuerpo y clavé la estaca de la cruz en la cabecera, como me había pedido. Luego, por un momento, pegué la oreja a las marcas para ver si escuchaba lo que decían, pues creí que, si las muescas que sus manos habían hecho me susurraban su nombre, aliviarían un poco mi soledad. Pero no oí nada.

Cuando levanté la vista, vi que su daimon brillaba como el sol de mediodía, con una luz cegadora. Me tapé los ojos y, cuando bajé las manos, había desaparecido.

No me creerá usted, *padre,* cuando le diga esto, pero, en ese momento, el… el ambiente de la isla cambió. Las hojas de los árboles, según me pareció, se dieron la vuelta en el acto, produciendo un sonido similar al de una vasta sílaba susurrada una vez y no más.

Creo que sé qué sílaba era. Puede que se la diga más tarde… si me deja usted.

Y la isla exhaló. Como un hombre que hubiera contenido el aliento durante un buen rato por miedo o por dolor y lo soltara de pronto, en cuanto hubiera dejado de sentirlos.

Entonces no supe qué era, pero se me ocurrió trepar por las rocas escarpadas hasta la charca de la montaña en busca de un lugar que

no me recordara al Shaughnessy. Así que subí por los riscos entre los árboles colgantes y me pareció oír risas cuando el viento pasaba susurrando entre ellos. En un momento dado, creí ver una *ninfa,* marrón y verde, en el bosque. Pero era demasiado tímida y, cuando volví la cabeza, el marrón y el verde se habían petrificado en la corteza y el follaje de un árbol.

Cuando llegué a la charca, el unicornio estaba bebiendo de ella. Era precioso, más blanco que la espuma, que las nubes, y la crin le cubría el ancho cuello como si fuera la cresta de una ola. La punta de su largo cuerno en espiral rozaba el agua formando ondas a su alrededor. Al olerme, sacudió la cabeza y vi que los brillantes diamantes del agua centelleaban al caer de su hocico aterciopelado. Tenía unos ojos verdes como un estanque en el que se reflejaran hojas, y una pupila dorada en el centro de cada ojo.

Muy despacio, con una gran majestuosidad, se apartó del agua y se adentró en el bosque. Y sé que oí un canto allá por donde se había ido.

Yo seguía siendo *o Bobo* por aquel entonces. Bebí de donde había bebido y me pareció que el agua sabía rara, dulce, y después bajé hasta la barraca de la playa, pensando, pues ya se me había olvidado, que quizá el Shaughnessy estaría allí…

Llegó la noche y me dormí. Me desperté al alba. Me bañé en el mar. Recogí marisco y fruta y bebí del arroyuelo que caía de la charca de la montaña. Y, mientras estaba allí agachado bebiendo, salieron del agua dos brazos blancos chorreantes que se me engancharon al cuello, y una boca mojada y fría se pegó a la mía y me dio el beso de la aceptación.

Después de eso, las *ninfas* de la isla ya nunca me ocultaron su rostro.

Me crecieron el pelo y la barba. La ropa se me hizo jirones con los

arbustos y se convirtió en estos harapos que ve usted ahora. Pero me dio igual. Qué más daba. No era mi cara lo que veían, sino mi candor. Estaba en armonía con ellas y con los demás.

La oréade de la montaña se me presentaba a menudo junto a la charca a la que acudía a beber el unicornio. Era sabia y extraña, pues era inmortal. Tenía los ojos rasgados y su pelo era una lluvia de hojas verdes que el viento le retiraba de la cara y que se movía a su alrededor aun cuando no soplaban otras brisas. En las tardes calurosas y tranquilas, solía sentarse al borde de la charca a peinar con sus dedos marrones la crin plateada del unicornio, que se echaba junto a ella. Sus sabios ojos rasgados, del color de las sombras del bosque, y los redondos ojos verdes del unicornio, del color de la charca y con motas doradas, me escrutaban mientras charlábamos.

La oréade me contó muchas cosas. Muchas cosas que no le diré, *padre.* Pero era tal y como el Shaughnessy me había dicho: como creía en ellos, se alegraban de que estuviera allí. Mientras el Shaughnessy vivía, no podían acceder al plano de la existencia, por lo que observaban desde el otro lado… Tenían miedo. Pero ya no.

Habían errado durante muchos años, recorriendo el mundo en busca de un rincón de tierra donde no imperase la incredulidad y donde ninguna otra cosa hubiera arraigado… Me hablaron de las islas griegas, con sus lenguas cargadas de amor y añoranza, y me pareció oír hablar de nuevo al Shaughnessy a través de sus palabras.

Me hablaron de Aquel a quien aún no había visto, o a quien apenas había vislumbrado. Fue cuando pasé junto a la tumba del Shaughnessy en la penumbra del crepúsculo y vi que la cruz que llevaba su nombre se había caído. La cogí y me la llevé a la oreja con la esperanza de oír el susurro de las vocecillas de las muescas, pero ese es un misterio que nunca se me reveló.

Lo vi —a Aquel— merodeando junto a la tumba. Sin embargo, cuando alcé la cruz, se marchó a paso tranquilo hacia el oscuro bosque, y el agudo sonido de una flauta me llegó flotando desde el punto por el que se había desvanecido.

Tal vez no le importara mi presencia. Los demás me habían aceptado. No era muy común, me dijeron, que los hombres como yo se movieran entre ellos con libertad. Desde el momento de su destierro, me contaron entre sollozos, muy pocos humanos sabían de su existencia.

Les pregunté por el destierro y me dijeron que había ocurrido hacía muchísimo tiempo. Una gran estrella se había detenido en el cielo sobre un establo de una ciudad cuyo nombre ignoro. Lo supe en su día, pero ya no me acuerdo. Tan solo recuerdo que era bonito.

El cielo se abrió y se oyó un canto en las alturas, tras lo cual los dioses de Grecia tuvieron que huir. Y llevan a la fuga desde entonces.

Les alegraba tenerme entre ellos. Y a mí por partida doble. Por primera vez desde que mi abuela había muerto, supe que no estaba solo. Ni al Shaughnessy había estado tan unido como lo estaba ahora a estas *ninfas.* Pues el Shaughnessy tenía un daimon. Y las *ninfas* son inmortales, pero no tienen alma. Creo que por eso me acogieron con tanto cariño. A los que no tenemos alma nos gusta rodearnos de nuestros semejantes. La soledad que nos asedia tan solo puede aliviarse en compañía. Las *ninfas,* que han de vivir para siempre, lo sabían, y yo, que puedo morir antes de que acabe la noche, lo compartía con ellas.

En fin, era estupendo vivir en la isla. Los días y los meses transcurrían apaciblemente, llenos de nítidos colores, del olor del mar y del brillo de las estrellas, que alumbraban como faroles. Incluso dejé de ser tan *bobo,* pues las ninfas transmitían una

sabiduría que nunca he escuchado de boca de los hombres. Fueron buenos meses.

Hasta el día en que Jonah Stryker regresó a la isla.

Ya sabe usted, *padre,* por qué lo hizo. El Shaughnessy, sagaz donde los haya, había supuesto que, en Irlanda, los hombres de su familia interrogarían al capitán Stryker y este no sabría qué responderles. Lo que no había imaginado era que al capitán se le ocurriría volver a la isla rápidamente, antes de que su gente descubriera la verdad, con el vil propósito de borrar todo rastro de aquellos dos a los que había abandonado a su suerte.

Aquel día estaba sentado en la orilla, escuchando el canto de dos *ninfas* nereidas que se hallaban tumbadas en el rompiente de arena, bañadas por las olas. Su hermoso cuerpo de pez arcoíris se mecía al compás de su canto, y oía el susurro del agua en sus voces y los largos pulsos submarinos.

Pero, de repente, su canto se interrumpió y vi en una de sus caras, que tenía ante mí, y luego en la otra, una mirada de puro terror. Se les fue la sangre verde de las venas y las dos me miraron, palidísimas y curiosamente transparentes, casi como si hubieran dejado de existir. Giraron la cabeza al unísono y contemplaron el mar.

Yo también lo hice. Creo que lo primero que vi fue aquel destello de un intenso carmesí, muy lejos, por encima de las olas. Mi corazón se encogió como un perro que teme un azote. De sobra conocía aquel color, tan bello y terrible.

Y entonces vi el Dancing Martha, anclado tras una cresta escarpada. Entre el navío y la orilla, un pequeño bote cabeceaba sobre las olas; la luz se reflejaba en las palas de sus remos cada vez que el único ocupante se agachaba, se erguía y volvía a agacharse,

entregado a su faena. Sobre él, suspendido en el aire como una nube carmesí, brillaba aquel terrible escarlata.

Cuando volví la vista atrás, las *ninfas* ya no estaban. Nunca sabré si se metieron en el agua o si se desintegraron allí mismo, delante de mí. Pero nunca volví a verlas.

Me metí en el bosque y las busqué entre los árboles. Ninguna dríade me dirigió la palabra, aunque oía sus respiraciones agitadas y las hojas temblaban a mi alrededor. Era incapaz de mirar al daimon escarlata, que se acercaba cada vez más a ras del agua azul, pero tampoco podía quitarle los ojos de encima, tan bello y maligno como era.

El capitán iba solo en el bote. Yo ya no era tan *bobo* por aquel entonces y entendí por qué. Varó la barca y trepó por la pendiente de arena, con el daimon oscilante tras él como una sombra carmesí. Me fijé en sus ojos ciegos y en su cara bella y serena, muda por la dicha de saber lo que el capitán pretendía hacer. Este llevaba en la mano una larga pistola brillante y caminaba con precaución, mirando a izquierda y derecha. Su cara reflejaba inquietud y su boca se había vuelto más cruel durante los meses que habían pasado desde que lo vi por última vez.

Me dio pena, pese a lo asustado que estaba. Sabía que quería matar a quienquiera que hallara vivo en la isla para que no hubiera lengua que pudiera contar sus viles actos a la gente del Shaughnessy.

Encontró mi barraca en la otra punta de la orilla y la destrozó a patadas con sus pesadas botas. Luego continuó andando hasta que vio el largo túmulo del Shaughnessy, con la cruz en la cabecera. Se agachó sobre la cruz y las muescas le hablaron como jamás me hablarían a mí. Yo no oí nada, pero él sí, pues enseguida supo lo que tenía que hacer: alargó la mano y arrancó la cruz de la tumba.

Después se dirigió a lo que quedaba de mi barraca y a los rescoldos del fuego que yo tenía allí encendido. Rompió la cruz sobre su rodilla y echó los trozos a las brasas ardientes. La madera estaba seca. Vi que prendía y ardía. Y también vi el débil soplo de viento que surgió con las llamas y oí el suspiro que recorrió los árboles a mi alrededor. Y nada quedó que pudiera decir a quienquiera que viniera a buscarlo que el Shaughnessy yacía en aquella isla. Nada…, salvo yo mismo.

El capitán atisbó mis huellas en torno a la barraca destrozada. Se agachó a inspeccionarlas. Cuando se levantó de nuevo y escudriñó la orilla y el bosque, vi que le brillaban los ojos y que era el daimon el que miraba en realidad, y no el hombre.

Siguiendo mis huellas, se encaminó despacio hacia el bosque en el que yo me escondía.

Me asusté muchísimo. Me levanté y hui despavorido por entre los árboles, oyendo el lamento de las dríades a mi alrededor. Apartaban las ramas para dejarme pasar y volvían a colocarlas en su sitio para impedir el paso. Corrí y corrí hacia arriba sorteando las rocas hasta llegar a la charca del unicornio, donde me esperaba la oréade de la montaña, con el brazo echado sobre el cuello del animal.

Entonces se levantó una ventolera en la isla. Las hojas murmuraron y a la oréade se le retiró el frondoso pelo de la cara, dejando al descubierto sus sabios ojos rasgados. La crin plateada del unicornio se agitó con el viento y el agua formó ondas en la charca.

—Se avecinan problemas, Luiz —me dijo la oréade.

—El daimon, lo sé. —Asentí y parpadeé varias veces, pues me pareció que tanto ella como el unicornio, tal como les había ocurrido a las *ninfas* del mar, se estaban tornando tan pálidos que era posible ver los árboles a través de sus cuerpos. Aunque tal vez se debiera a que el daimon escarlata me había dañado los ojos.

—Vuelve a haber un hombre con alma en nuestra isla —dijo la oréade—. Un hombre que no cree. Tal vez tengamos que irnos, Luiz.

—El Shaughnessy también tenía un daimon —le dije—. Pero vosotros estabais aquí antes de que su daimon lo dejara en la tierra. ¿Por qué debéis iros ahora?

—Su daimon era bueno. Aun así, no estuvimos presentes del todo mientras él vivía. Acuérdate, Luiz, de aquello que te conté sobre una estrella que se detuvo encima de un pesebre donde yacía un niño y cómo nuestros poderes nos abandonaron. No podemos estar donde moran las almas de los hombres. Y este de ahora se ha traído consigo la suya, y es tan vil que nos asusta. Aunque, como ha quemado la cruz, tal vez el Amo pueda combatir…

—¿El Amo? —pregunté.

—Aquel al que servimos. Aquel al que tú sirves, Luiz. Aquel al que creo que el Shaughnessy servía sin saberlo. El Señor de los ojos abiertos y los lugares remotos. No podía bajar hasta que la Señal fuera derribada. Una vez lo vislumbraste, cuando la Señal se cayó de la tumba por accidente, pero quizá no te acuerdas.

—Claro que me acuerdo. Ya no soy tan *bobo.*

Ella me sonrió y vi el árbol de detrás a través de su sonrisa.

—Entonces quizá puedas ayudar al Amo cuando llegue el momento. Nosotros no podemos ayudarlo. Ya estamos muy debilitados por la presencia del incrédulo, del hombre con el daimon. ¿Lo ves? —Me tocó la mano y no sentí la firmeza del suave roce de sus dedos, sino solo una frialdad parecida a una niebla que soplara sobre mi piel—. Tal vez el Amo pueda combatirlo —continuó la oréade, y su voz sonó muy débil, muy lejana, aunque me hablara desde tan cerca—. No lo sé. Debemos irnos, Luiz. Puede que no volvamos a vernos. Adiós, *caro bobo,* ahora que todavía puedo despedirme…

Esto último lo dijo tan suavemente como el susurro de las hojas y, después, tanto la oréade como el unicornio fueron como el humo de una fogata en el claro.

El saberme solo me supuso más dolor del que sentí cuando vi por primera vez al daimon del capitán. Por fin conocí el alcance de mi propio pesar. Pero no hubo tiempo para lamentaciones, pues, de pronto, se oyó un susurro asustado en la espesura, a mi espalda, y luego el crujido de unas botas, y entonces atisbé un horrible destello carmesí entre los árboles.

Eché a correr. No sabía hacia dónde. Oí llorar a las dríades, de modo que debió de ser entre las frondas. Pero el caso es que llegué de nuevo a la orilla y vi la larga tumba del Shaughnessy sin la cruz. Me detuve en seco y sentí un escalofrío de pavor, pues había Algo inclinado sobre la tumba.

Aquel miedo que sentí era nuevo. Un miedo sutil, monstruoso, que se movía como una nube alrededor del Amo. Sabía que no pretendía hacerme daño, pero el miedo se apoderó de mí e hizo que la cabeza me diera vueltas de puro pánico. *Pânico…*

El Amo se levantó de la tumba, dio dos pisotones con su pezuña de cabra y se llevó la flauta a los labios barbudos. Oí una fina y extraña melodía quejumbrosa que me heló la sangre. Y, con la primera nota, me llegó también aquello que ya había oído una vez en la isla.

Las hojas de los árboles giraron al unísono, susurrando una estruendosa sílaba. Una sílaba que era el nombre del Amo. Hui despavorido, presa del mismo *pânico* que habían sentido todos los hombres que habían oído pronunciar su nombre. Hui hasta la otra punta de la playa, hasta que ya no pude huir más, me agazapé tras un afloramiento de roca en la arena mojada, y desde allí observé lo

que salía del bosque en mi busca.

Era el capitán, con su daimon ondeante como el humo por encima de la cabeza. Empuñaba aquella larga pistola y barría la playa con la mirada a derecha e izquierda, como una bestia salvaje que rastreara a su presa.

Entonces divisó al Amo, de pie junto a la tumba del Shaughnessy.

Vi cómo se detenía y se quedaba rígido como un hombre de piedra. El daimon se adelantó por encima de su cabeza y se paró de repente. Vi cómo lo miraba. Y tal era su incredulidad que, por un instante, me pareció ver que se difuminaba incluso el contorno del Amo. Grande es el poder de los hombres con alma.

Entonces salí de detrás de la roca y grité por encima del ruido de las olas:

—¡Amo, Gran Pan, yo creo!

Él me oyó. Sacudió la testa cornuda y se volvió sólido de nuevo. Se llevó la flauta a los labios.

El capitán Stryker se giró al oírme. Levantó la larga pistola y se produjo un destello y un estruendo, y algo pasó por mi lado con un gemido de ira. No me rozó.

Volvió a sonar la flauta. Una música terrible, fina y aguda, como un pitido en los oídos que no se sabe de dónde viene y que se apoderó del capitán como si unos dedos delgados y fuertes lo hicieran girarse hacia el sonido. Se quedó rígido de nuevo, con la mirada fija, debatiéndose. El daimon se agitaba de un lado a otro, retorciéndose como una serpiente.

El capitán echó a correr. Vi cómo la arena salía despedida bajo sus botas mientras huía despavorido por la orilla, hacia el sur. El daimon lo siguió, una sombra roja con los ojos aún cerrados, y tras ellos fue Pan, moviéndose con delicadeza sobre sus patas de cabra, con la flauta en los labios y los cuernos relucientes y dorados a la luz del

sol.

Y creo que el terror de aquel mediodía fue mucho peor que cualquier otro que pueda acechar a un hombre en la oscuridad.

Esperé junto a la roca. Detrás de mí, en el mar, no había nada salvo el Dancing Martha, que aguardaba anclado las órdenes de su capitán. Pero la espuma de las olas no trajo a ninguna *ninfa* para hacerme compañía; ninguna cabeza envuelta en algas asomó del agua. El mar estaba desierto y la isla también: en ella solo quedaban un hombre con su daimon y el Flautista que los perseguía.

Yo no cuento. No tengo alma.

Casi había anochecido cuando regresaron a la playa. Creo que el Flautista los había hostigado por toda la isla, caminando despacio sobre sus delicadas pezuñas, sin premura, sin desfallecer, metiéndole al capitán en los oídos aquella música aguda y espantosa.

Vi la cara del capitán a la luz del crepúsculo. Era la de un anciano, blanca y demacrada, con profundas arrugas y unos ojos salvajes como los de Pan. Su ropa estaba hecha jirones y le sangraban las manos, aunque seguía empuñando la pistola. El daimon rojo continuaba oscilando sobre él.

Creo que el capitán no sabía que había vuelto al punto de partida. Para entonces, todos los lugares debían de parecerle iguales. Se me acercó a ciegas, vacilante. Yo salí de mi escondite.

Al verme, volvió a blandir la pistola y balbució unas palabras en su lengua yanqui. Era un hombre fuerte el capitán Stryker. Con todo lo que había sufrido en aquella larga persecución, todavía era capaz de recordar que debía matarme. Pero supuse que no había recargado la pistola y me planté frente a él en la arena.

A su espalda, la flauta de Pan le lanzó una estridente amenaza, pero el Amo ni se acercó ni se interpuso entre nosotros. El daimon rojo se meció tras el capitán, y entonces supe por qué Pan no acudía

en mi ayuda. Aquellos que perdieron su poder cuando el Niño nació no pueden ponerles las manos encima a los hombres que poseen alma. Ni a un alma tan vil como la del capitán, que se interponía como una roca entre este y sus manos. Tan solo la flauta podía llegar a oídos humanos, pero había algo en su sonido que hacía todo cuanto Pan necesitaba.

No podía salvarme. Oí reír al capitán, sin aliento, un extraño sonido ronco, y vi el destello cegador que salía de la boca de la pistola. El impacto fue como el de un puñetazo aquí, en el pecho. Casi me caigo. Fue potente, pero apenas me di cuenta entonces. Había mucho que hacer.

El capitán se reía y me acordé del Shaughnessy. Me adelanté a trompicones y cogí la pistola por el cañón caliente. Soy fuerte. Se la arranqué del puño mientras él se me quedaba mirando boquiabierto, sin poder creer lo que veía. Respiraba con unos horribles jadeos, y me di cuenta de que yo también jadeaba, aunque entonces no sabía por qué.

Me miró a los ojos y creo que advirtió que ni siquiera entonces lo odiaba, que tan solo me daba lástima. Y, como me había atrevido a sentir pena por él, el hombre que había tras los ojos desapareció y, en su lugar, asomó el daimon carmesí de su rabia. Lo miré, pues, a aquellos ojos que no eran suyos, sino los ojos de la hermosa cara ciega que había sobre él. Era a él a quien odiaba, no al otro. Y a él fue a quien golpeé. Levanté la pistola y se la estrellé al capitán en la cara.

En aquel momento no tenía las ideas muy claras. Le di al daimon, pero fue el capitán quien retrocedió tres pasos y cayó hacia atrás. Soy muy fuerte. Me bastó con un único golpe.

Por un instante no se oyó nada en la isla. Ni una ola se levantó. El capitán dio una sacudida y suspiró como un hombre que regresara a

la vida a regañadientes. Apoyó las manos en el suelo y se puso en pie, mirándome a través del pelo que le caía sobre la frente. Gruñía como un animal.

No sé qué pretendía hacer entonces. Creo que quería pelear a muerte conmigo. Pero vi que el daimon se sacudía por encima de él. Era la primera vez que lo veía moverse con independencia. Llevaba toda la vida siguiendo al capitán a ciegas, callado: una sombra que imitaba sus andares y sus gestos. Era la primera vez que no lo obedecía.

Se alzó, brillante, hasta una altura imponente, y su color se intensificó muchísimo de súbito, convirtiéndolo en una cosa cegadora a la que era imposible mirar. Su bello rostro ciego había adoptado un gesto triunfal. El éxtasis se había apoderado de él en toda su gloria y su vileza.

Sabía que aquel era su momento.

Un conocimiento más profundo que cualquier saber me advirtió entonces que me tapara los ojos, pues vi que le temblaban los párpados y me pareció que no sería buena idea mirar cuando aquellos ojos horribles se abrieran por primera vez a ese mundo que tan solo había visto a través de los ojos del capitán.

Caí de rodillas y me tapé la cara. Y el capitán, al verlo, debió de saber por fin qué era lo que yo veía detrás de él. Y ahora creo que, cuando a un hombre le llega su hora, lo sabe. Creo que, en ese último momento, lo sabe, se da la vuelta y, por primera y última vez, mira a su daimon a la cara.

A él no lo vi hacerlo. No vi nada. Pero oí un tremendo grito resonante, como la poderosa música que retumba en el paraíso, un grito lleno de agradecimiento y triunfo, y de alegría al final de un camino muy muy largo, lleno de fatigas. Había en él dicha, y belleza, y todo el mal que la mente pueda concebir.

Entonces los dedos, los párpados y el cerebro se me prendieron fuego. No pude impedirlo. No tuve ni que alzar la cabeza para ver, pues aquella visión se me impregnó en los mismísimos huesos.

El daimon se abalanzó sobre su amo.

El capitán se puso en pie de un salto con el aullido de una bestia, sin mente ni alma. Echó la cabeza hacia atrás y levantó los brazos para repeler a aquella cosa hermosa y carmesí que se le echaba encima.

Pero no había cuerpo humano que le pudiera hacer frente. Había llegado su hora. No sé qué es lo que determina esa hora, pero el daimon sí lo sabía y nada podía detenerlo.

Vi cómo aquella cosa llameante descendía sobre el capitán como una estrella fugaz. Se abrió paso a través de sus brazos defensores, y a través de su carne y de sus huesos, hasta el lugar recóndito donde mora el alma.

Se quedó paralizado, inmóvil, durante un instante, recibiendo aquel baño de luz carmesí. Entonces vi cómo el rojo empezaba a brillar a través de él, de modo que las sombras de sus huesos resaltaban en su piel. Hasta que el fuego prendió de súbito y le salió por los ojos, la boca y los agujeros de la nariz. Se convirtió en un farol de carne para el fuego de aquel espíritu ardiente. Pero un farol que se consume por la propia llama que alberga…

Cuando el color se hizo demasiado intenso para poder soportarlo, intenté girarme, pero no pude. Me dolía demasiado el pecho. En aquel momento, me acordé del Shaughnessy, que también había conocido aquel dolor. Creo que fue entonces cuando pensé que iba a morir, como le había ocurrido a él.

Ante mis ojos, el capitán ardía en el fuego de su daimon; ardía y ardía, y sus ojos vivos me miraban a través de aquella gloria carmesí, y la dulce risa del daimon se impuso a los alaridos de

aquella antorcha humana. Yo era a la vez incapaz de mirar y de apartar la vista.

Pero al fin los aullidos se fueron apagando. Entonces la risa se tornó en una estridente risotada triunfal y el precioso color carmesí, más rojo que la sangre, explotó provocando un potente estallido de luz que se convirtió en negrura contra mis ojos.

Cuando recuperé la visión, el cuerpo del capitán yacía sobre la arena. Reconozco la muerte cuando la veo. No presentaba ni una sola quemadura. Tenía el aspecto de cualquier hombre muerto: inmóvil y silente. Era su alma lo que había visto arder, no su cuerpo.

El daimon había regresado a su lugar de origen. Lo supe en el acto, pues volví a sentirme solo en la isla.

Los Otros también se habían ido. La presencia de aquel ardiente daimon había sido más de lo que su poder, a fin de cuentas, podía soportar. Tal vez rehúyan un alma mala con más temor que una buena, desconocedores del bien y del mal, pero recelosos de lo que no comprenden.

Ya sabe usted, *padre,* lo que pasó después. Los hombres del Dancing Martha se llevaron a su capitán a la mañana siguiente. Tenían miedo de la isla. Buscaron lo que quiera que hubiera podido matarlo, pero no fueron muy lejos, y yo me escondí en el bosque solitario hasta que se marcharon.

Tampoco recuerdo su partida. Tenía una quemazón en el pecho y esta sangre que emano corría de vez en cuando, igual que ahora. No me gusta nada verla. La sangre es de un color precioso, pero me recuerda demasiado a otras cosas que también eran preciosas, y mucho más rojas…

Y luego vino usted, *padre.* No sé cuánto tiempo ha pasado. Sé que la gente del Shaughnessy le ha traído en su barco para que dé con

él o con su tumba. Ahora ya lo sabe todo. Me alegro de que haya venido. Es bueno tener a mi lado en este momento a un hombre como usted. Ojalá tuviera a mi propio daimon, para que brillara mucho y desapareciera con mi muerte, pero eso no es para *o Bobo* y yo estoy habituado a ese tipo de soledad.

No viviré ahora que las *ninfas* se han ido, ¿sabe? Me gustó estar con ellas, nos hacíamos compañía, pero, *padre,* le diré una cosa: parco consuelo nos aportábamos en realidad. Aunque *bobo,* soy un hombre y lo sé. Ellas son *ninfas* y nunca sabrán lo cálido y maravilloso que debe de ser poseer un alma. No se lo diría, aunque pudiera. Lo sentía por las *ninfas, padre.* Pues, ya ve, son inmortales.

En cuanto a mí, no tardaré en olvidarme de esta soledad. Me olvidaré de todo. No querría ser una *ninfa* y vivir para siempre.

Hay uno detrás de usted, *padre.* Brilla mucho. Me mira por encima de su hombro, con ojos sabios y tristes. No, daimon, no es momento de lamentaciones. Siéntelo por las *ninfas,* daimon, y por los hombres que, como aquel, ardieron en esta playa. Pero no por mí. Yo soy muy feliz.

Y ya me voy.

Más que una sombra

Dorothy Quick



· 1954 ·

Traducido por

Julia Velasco Espejo

Dorothy Quick

· 1896-1962 ·

A pesar de ser, con sus veinticinco poemas y quince relatos, la más prolífica de las colaboradoras femeninas de *Weird Tales,* Dorothy Quick parece haber caído en un injusto olvido entre los autores de la revista. Ya había vendido tanto relatos como poesía a otras publicaciones antes de debutar en *Weird Tales,* en el número de enero de 1934, con el poema «Candles». El editor Farnsworth Wright la conocía, pues le había comprado relatos para la efímera publicación hermana *Oriental Stories,* empezando por «Scented Gardens» (primavera de 1932).

El interés de Quick por la escritura se vio alentado nada menos que por Mark Twain, a quien conoció en un barco de vapor que regresaba de Inglaterra en 1907, cuando la autora solo tenía diez años. Ambos entablaron una estrecha amistad por correspondencia, aunque Twain murió tres años después. Al final de su carrera, Quick escribió un tributo a Twain, *Enchantment: A Little Girl's Friendship with Mark Twain* (1961). La escritora llegaría a publicar en muchas revistas y a escribir varias novelas de misterio.

Su primer relato en *Weird Tales* fue «The Horror in the Studio» (junio de 1935), que no solo encabezó el número, sino que también protagonizó la portada con una ilustración de Margaret Brundage. Se trata, por desgracia, de una historia bastante intrascendente de

posesión fantasmal en el plató de una película histórica de Hollywood. El interés de la autora por la Edad Media resurgió con «The Lost Door» (octubre de 1936), un relato más atmosférico en el que un hombre hereda un castillo francés donde su presencia conjura antiguas apariciones espectrales. Quick regresó a la Francia del siglo XVII con «Blue and Silver Brocade» (octubre de 1939), el primer relato de una trilogía que escribió para *Unknown,* la nueva revista de John W. Campbell, sobre un edredón con el que es posible viajar al pasado. Bajo la tutela de Campbell, Quick desarrolló sus habilidades literarias y pasó de escribir relatos por encargo a sacar a la poeta que llevaba dentro. En «Edge of the Cliff» (marzo de 1941), una chica víctima de maltrato piensa en suicidarse y un desconocido la ayuda a tomar la decisión. A lo largo de su obra, Quick expone la idea de que es posible alcanzar otra vida, siempre y cuando se encuentre la llave. A la hora de seleccionar un relato para este volumen, había mucho donde elegir, pero nos decidimos por este simple cuento que explora el impacto que las leyendas pueden tener en el presente.

Más que una sombra

La tercera vez que sucedió, Mona fue consciente de lo extraño que era. Hasta entonces no le había dado importancia ni le parecía relevante, pero la tercera vez le hizo darse cuenta de que algo insólito ocurría y de que tenía motivos para alarmarse.

Había terminado de almorzar y pensó que debería regar las plantas situadas a ambos lados de la chimenea. Como se había acostumbrado a ahorrar agua durante la escasez, cogió su vaso, que seguía tan lleno como cuando lo llenó la criada, y se dirigió hacia la chimenea. A mitad de camino, y sin motivo aparente, se le resbaló de la mano.

El agua se derramó sobre la alfombra de color azul de Delft y rápidamente comenzó a crear una silueta mientras el vaso rodaba hacia la chimenea.

Mona observó la forma que el agua había dibujado en la alfombra.

—Es un perrito —susurró.

Casi como si lo hubiera pintado un artista, podía verse el contorno de un perro, un perrito de pelo rizado y esponjoso que, debido a la forma en que el agua se había absorbido, creando zonas húmedas y secas, tenía una expresión cautivadora. Era tan real que Mona tuvo que contener el impulso de inclinarse a por él.

Su aspecto era exactamente el de un perrito que espera que su

dueña lo tome en sus brazos. Tenía dimensión y una personalidad definida. Parecía más que una sombra o una mancha húmeda. Y en ese momento Mona recordó que aquello ya había sucedido antes…, en dos ocasiones.

La primera vez había sido allí, en la mesa del comedor. Su hija pequeña, de tres años, había volcado su vaso. Mona sospechaba que había sido intencionado, pues a su hija no le gustaba la leche. Antes de que pudiera regañarla, Carol, la niña, había exclamado:

—Mira, mamá, es un perrito.

La leche se había extendido por la mesa, como cualquier líquido, y se había asentado frente a la silla de Mona. La húmeda forma visible sobre el mantel de lino era claramente la de un perrito.

El mismo perrito que ahora veía, pensó Mona con un escalofrío.

Aquel día, sentada a la mesa, se había reído. Le había hecho gracia. Como la leche derramada había formado un perrito, Carol se libró de la regañina; Mona limpió aquel curioso perrito de leche a regañadientes.

Pero lo olvidó casi de inmediato.

Tres días después, un domingo lluvioso por la tarde, Mona estaba sentada en el salón con Hal, su marido; los tres niños, Carol, Meg y Harry Jr., jugaban cerca. Ellen, la criada, trajo el té. Mona les dio a sus dos hijos mayores sendas tazas poco cargadas y a Carol su leche. Luego le pasó a Hal su taza, con un té más fuerte. Hal se dirigió hacia su sillón favorito. La taza, que parecía firmemente asentada en su plato, resultó no estarlo tanto, pues salió despedida y derramó el té sobre la alfombra beis.

Por un instante se hizo el silencio. Luego Carol llegó corriendo desde el otro extremo de la habitación.

—Perrito, perrito —exclamó, señalando la mancha.

Mona la miró fijamente. Era cierto. Podía verse el contorno de un perrito, de pelo rizado, con una pata levantada.

Su marido se rio.

—Tienes razón, Carol. Es un perrito, y muy mono. Ya me gustaría a mí tener un perrito así en casa.

Carol empezó a dar palmas.

—Papá, tráele uno a Carol.

—Quizá. —Hal asintió—. Si encontráramos a uno tan bonito como este.

Los otros dos niños se les habían unido, exclamando que a ellos también les gustaría tener un perro.

Hal se sirvió otra taza de té, llegó con ella intacta a su sillón favorito y declaró:

—No podéis tener un perro cada uno. Si os conformáis con compartir uno…

Para cuando terminó la discusión, la alfombra ya se había secado y Mona olvidó el asunto tan rápido como los niños. Pero el perro había vuelto a aparecer, más real que nunca.

Pequeño, de pelo rizado, con una pata delantera levantada como si pidiera algo, una nariz puntiaguda y afilada, completamente cautivador. «Debe de ser un caniche —pensó Mona—, un caniche muy pequeño. Pero ¿por qué aparece una y otra vez? ¿Será una señal? ¿Significa que deberíamos tener un perro?»

Probablemente se debiera a una ilusión provocada por el viento al agitar la alfombra, pero parecía que la pata estaba más extendida y que el contorno de la pequeña criatura temblaba de entusiasmo.

Ellen entró en el comedor. Mona la llamó y le señaló la mancha.

—¿A qué se parece? —preguntó.

La muchacha soltó una risita.

—Pero si parece un perrito como los que cuentan las leyendas que

tienen los duendes. En Irlanda se dice que los duendes cabalgan sobre ellos en las noches de luna.

—¿Adónde van? —preguntó Mona, para su propia sorpresa.

—Eso no se pregunta. —Ellen recuperó el acento irlandés que había traído consigo dos años antes, cuando vino a visitar a su tía Mary, que cocinaba para el señor Hal Devitt y su esposa—. Pero —bajó la voz como si temiera que la oyeran— dicen que los perritos los llevan a la montaña, al país de la juventud.

A Mona le vinieron a la mente unos versos de Yeats.

Donde nadie envejece y se vuelve piadoso y serio,
donde nadie envejece y se vuelve astuto y sabio,
donde nadie envejece y se le amarga la lengua,
y ella sigue allí, ocupada en una danza,
en la umbría profunda de un bosque
o donde las estrellas caminan por la ladera de la montaña.

A Mona siempre le habían gustado estas palabras, desde que había interpretado a aquella joven en la obra que su clase representó el último año de instituto: *El País de los Deseos.* Los versos se le habían quedado grabados en la mente y ahora resonaban una y otra vez: *En la umbría profunda de un bosque o donde las estrellas caminan por la ladera de la montaña.*

Y el perrito podía llevarla allí, sobre la cima de la montaña, al País de los Deseos donde… ¿qué decía la niña en la obra? *Podría hacerte cabalgar sobre los vientos, correr sobre la cima de la marea desaliñada y bailar sobre las montañas como una llamarada.* Volvió a pensar en la obra. El texto seguía. Recordó el monólogo de la niña:

Vendrás conmigo, novia, tras la boda,
a contemplar una multitud más alegre.

Luego aparecían nombres irlandeses: Nuala, Ardoe el Sabio, Feacra y Finvarra.

Y su País de los Deseos,
donde la belleza no merma, decae ni se desborda,
sino que la alegría es sabiduría. El tiempo, un canto sin fin.

¡El perrito podría llevarte allí!

Mona volvió bruscamente a la realidad. La coincidencia de la silueta del perro que había aparecido tres veces y las historias del viejo mundo de Ellen acerca de duendes que cabalgaban sobre perros, todo ello unido a la poesía mágica de Yeats, había tejido un hechizo a su alrededor. Pero no debía entregarse a los sueños, como hacía Maire, el personaje que había interpretado en la obra y que nunca había olvidado. Recordaba ahora cómo había sentido, cuando la niña le robó el alma y Mona cayó al suelo fingiendo estar muerta, que valdría la pena encontrar aquel país donde la gente era eternamente joven, para no envejecer nunca, para «bailar sobre las montañas como una llamarada». Había pensado que valdría la pena perder el alma a cambio.

Entonces cayó el telón y la niña volvió a ser su compañera de clase, Meg, y ella era Mona, viva y con la esperanza de que a Hal le hubiera gustado su actuación.

Le había gustado: esa misma noche le pidió matrimonio.

—No debería pedírtelo aún. Me quedan tres años más de universidad, pero, después de verte tan etérea, tan hermosa y lejana, necesitaba tenerte segura. ¿Te casarás conmigo, Mona, cuando pueda mantenerte?

Ella le dijo que sí y se casaron antes de que él empezara a trabajar en el bufete de su padre. Habían sido muy felices, tenían una vida plena. Se amaban, tenían tres hijos maravillosos; a Mona

no le faltaba nada. Pero, entonces, ¿por qué aquella silueta de perro, poco más que una sombra, le hacía recordar y anhelar el País de los Deseos? Era una tontería. Tenía que quitárselo de la cabeza. Se volvió hacia Ellen.

—Trae un trapo —ordenó, y se avergonzó del tono urgente de su voz— y límpialo.

—Sí, señora —dijo Ellen, y al instante añadió con un agudo tono de sorpresa—: ¡Pero si está todo seco! El perrito ha desaparecido.

Una semana después, llegó el perro. Era un caniche que Carol encontró junto a la verja del jardín. Meg y ella fueron corriendo a buscar a Mona. La mayor de las niñas abrazaba con fuerza a la bolita de pelusa negra.

De entre las exclamaciones y peticiones de «¿podemos quedárnoslo?», Mona sacó en claro que el perro había aparecido junto a la verja, que había saludado a las niñas como un viejo amigo con el que se hubiesen rencontrado y que ya lo adoraban. No tenía collar ni placa de identificación. No le habían cortado el pelo y era adorable. En cuanto lo dejaron en el suelo, el perrito saltó hacia Mona, dio varias vueltas frente a ella y levantó una pata. «Como el perro de la alfombra», pensó Mona. Sentía cierta aprensión hacia él, pero tenía que reconocer que era un encanto. Cuando el animal saltó a sus brazos y apoyó la cabeza en el cuello de Mona, quedó completamente conquistada.

—Sí, os lo podéis quedar si nadie lo reclama —dijo, absurdamente consciente del atractivo de la pequeña criatura; deseaba quedárselo tanto como las niñas, pero el sentido común le advertía que no debía dejar que se hicieran demasiadas ilusiones—. Aunque estoy segura de que tiene dueño. Es un perro tan bonito —añadió mientras acariciaba la cabecita del animal— que debe de pertenecer

a alguien. Probablemente se habrá perdido; quizá se haya escapado. A lo mejor publican un anuncio en el periódico.

—No tenemos por qué leer los periódicos —sugirió Meg con pragmatismo.

—Eso no sería muy honesto —les dijo Mona—. Estaremos atentos. Mientras tanto, podéis jugar con él. ¿Por qué no le traes algo de leche, Harry?

Harry obedeció. Mona dejó al perrito en el suelo a regañadientes. El animal bebió un poco y luego empezó a jugar, brincando junto a los niños y lamiéndoles las manos. Cuando llegó a Carol, saltó sobre su regazo y, posando las patas sobre los hombros de la niña, pareció susurrarle algo al oído.

—¿No es lo más mono que habéis visto en la vida? —preguntó Meg.

Mona sintió una punzada de celos. Había adorado la sensación de tener esa cabecita acurrucada junto a su cara. Decidió ignorar ese sentimiento y coincidió con Meg en que, efectivamente, era un perrito muy mono.

Hal y Ellen también estuvieron de acuerdo. Todos albergaban la esperanza de que nadie reclamara al pequeño caniche. Era tan alegre, tan buena compañía… Parecía saber exactamente cuál era el estado de ánimo de cada uno y adaptarse a él.

—Siempre había oído que los caniches son muy listos —dijo Hal cuando el animal ya llevaba dos días con ellos—, pero juraría que este es casi humano.

Al oírlo, el perrito se le subió a la pierna y le lamió la manaza, como dándole las gracias.

—¿Veis lo que digo? —bramó Hal, acariciando la cabecita—. Espero que nadie venga a buscarlo.

Nadie vino.

Después de una semana, se sintieron seguros. Lo llamaron «Aza», de «azabache», por sus brillantes ojos negros y porque su llegada fue «azarosa», añadió Hal, que luego tuvo que explicarles a los niños lo que significaba esa palabra.

Todos adoraban al caniche, excepto Ellen, que insistía en que había algo extraño en él. El animal parecía quererlos a todos por igual. Para Mona, el perrito tenía un encanto especial. De hecho, llegó a buscar los momentos de quedárselo para ella sola, llevándoselo a su habitación para que le hiciera compañía mientras dormía la siesta; pero, ya fuera casualidad o no, el perrito siempre ladraba o emitía algún ruido que atraía a los niños.

La pequeña Carol levantaba sus manitas de tres años hacia la cama.

—Asha —decía—. Asha.

Su lengua era incapaz de dominar las complejidades de la letra zeta.

Entonces Mona tenía que bajar a la pequeña criatura, que se iba con los niños correteando con el abandono propio de la juventud, en extraño contraste con la mirada sabia de sus ojos negros como los botones de las botas.

«Eso es lo que me hace quererlo tanto», pensó Mona. «Esa extraña mezcla de juventud y sabiduría. Es increíble cómo cambia una casa con un perro.»

Y sí que había cambiado. Los niños ya no necesitaban que los entretuvieran. Tenían a Aza. Si se ponían nerviosos, él traía su pelota y la dejaba caer en el regazo de Meg o Harry para que se la lanzaran. La devolvía cuando se la tiraban sin que nadie le hubiera enseñado. Incluso Hal se veía obligado a participar en el juego y, en cuanto a Mona, por muy ocupados que estuvieran los niños, siempre

había algún momento del día en que el perro se acurrucaba en su cuello como lo había hecho el primer día.

Mona se sorprendió esperando su llegada casi como un ritual.

«Es ridículo —se reprendió—, pero, cuando él está cerca, es como si tuviera visiones de una tierra de ensueño, del País de los Deseos de Yeats. Supongo que será por asociación de ideas, porque pensé en la obra cuando el perro llegó por todas esas tonterías que dijo Ellen. Pero lo cierto es que es extraño.»

Finalmente, se lo contó a Hal.

—Creo que me estoy volviendo loca. No dejo de pensar que ojalá creciera hasta alcanzar un tamaño que me permitiera montar sobre su lomo. Veo visiones en las que yo, la sobria y serena Mona, bailo sobre las montañas como una llamarada. ¿Crees que estoy loca?

Hal miró a su bella esposa.

—Eres cualquier cosa menos serena, Mona. No hace falta que te recuerde que, además, eres muy guapa y que no estás loca. Ese animal tiene algo. Mira, cuando me lame la mano, es como si el agua me tocara la piel. Pienso en las aguas rápidas de un arroyo brillante en el que bailan motas de luz, y me entran ganas de dejar el trabajo e irme a pescar. Mira qué tontería, a finales de abril.

—Bueno, podrías ir a Florida —dijo Mona con seriedad.

—No me animes. ¡No tengo vacaciones hasta agosto! Solo quería explicar el efecto que el perro tiene sobre mí. —Le dio una palmada en el hombro a Mona—. Ya ves, querida, es porque el perrito es tan joven, tan alegre y jovial, que nos libera de nuestras inhibiciones. Nos hace bien.

Mona no estaba muy convencida.

—Los niños son jóvenes, alegres y joviales, y, cuando los veo no me entran ganas de «bailar en la montaña como una llamarada».

Hal soltó una carcajada.

—Eso sería bastante difícil de llevar a cabo. ¿Alguna vez has visto bailar una llamarada en una montaña? Esas imágenes poéticas están bien hasta que las analizas. Y, entonces, ¿qué te queda? Nada, nada en absoluto.

Tenía razón, por supuesto. Una llamarada podía bailar en una chimenea, pero en una montaña sería, como dijo Hal, o nada o un incendio forestal. Mona se rio con su marido y se olvidó del asunto en cuanto él sugirió que salieran a bailar.

Hacía mucho que no iban. Lo pasarían bien.

—Voy a echarme la siesta —le dijo ella— para tener buena cara.

—Tu cara siempre es maravillosa.

Hal la besó como la besaba cuando eran novios.

Mona se olvidó de todo lo demás.

El caniche estaba en su cama, esperándola, moviendo extasiado su cola de pompón, correteando arriba y abajo sin importarle la colcha de satén azul. Mona se preguntó distraídamente cómo se habría subido a la alta cama. Era tan pequeño…

—Aza —dijo con ese tono que comparten todos los amantes de los perros—, buen chico. —Y le acarició la cabecita.

Mientras se quitaba el vestido, el caniche la observaba gravemente. Parecía una viejecita sentada al borde de la cama, o un gnomo. Mona se puso una bata, una prenda vaporosa de encaje y nailon, y se metió en la cama. En dos segundos, el perro estaba a su lado, acurrucado en la curva de su hombro, con la cabeza cerca de su mejilla.

Por una vez, los niños no vinieron y ella yació allí, envuelta en una curiosa paz, acariciando con los dedos la suave lana del tupé de Aza.

Entonces empezó a oír una música extraña, suave y lenta, diferente a cualquier otra que hubiera escuchado antes. Le vino a la mente el

verso de una canción: *Extraña música de las esferas.* «Alguien habrá puesto la radio», pensó, pero ninguna radio había producido nunca una música como aquella; aun así, parecía mezclarse curiosamente con la rítmica respiración del caniche, y Mona volvió a recordar la obra de Yeats: *El País de los Deseos, donde nadie envejece.*

Entonces debió de quedarse dormida, porque el caniche empezó a hablar:

—Puedo llevarte allí, donde todo es maravillosamente extraño y hermoso, donde el agua que corre produce música todo el día, donde no hay edad ni dolor, solo felicidad. ¿Vendrás conmigo? ¿Cabalgarás sobre mi lomo hacia la alegría eterna?

Y, de pronto, increíblemente, el caniche se encontraba de pie junto a la cama, del tamaño de un poni, pequeño pero lo suficientemente grande como para que cabalgara sobre él.

Mona supo de inmediato que, si se subía a su lomo, llegaría al País de los Deseos. Los familiares ojos del caniche la miraban desde su gran cuerpo. En ellos había una juventud eterna y una sabiduría ancestral. Pero había algo más, algo que la llenaba de horror: una mirada fría y calculadora que rezumaba maldad. Mona se estremeció y se abrochó la bata.

En sus oídos, la música crecía y la voz del caniche se mezclaba con ella.

—Ven, ven conmigo hacia la alegría eterna. Solo tienes que subirte a mi lomo.

La música sonó más fuerte. De repente, Mona olvidó la maldad, lo olvidó todo excepto la promesa de alegría eterna. Se volvió y dejó que sus piernas colgaran por un lateral de la cama. Luego se levantó y el caniche echó hacia atrás la cabeza, negra como el carbón, y emitió un sonido mitad humano, mitad animal, pero lleno de triunfo y de la misma maldad que había visto en esos ojos brillantes. Por

primera vez, fue consciente de los dientes blancos y afilados del perro. Cuando el caniche era pequeño, se había fijado en sus incisivos, que le parecieron demasiado grandes. Ahora parecían exactamente lo que eran: colmillos. Imaginó que de ellos goteaba sangre, la sangre de Mona, y dejó de avanzar; se quedó quieta. Sus ojos se encontraron con los del perro, esos ojos negros como botones que le habían dado su nombre.

—No —susurró—. No, no puedo ir contigo.

—Solo un paso. —La voz salió de la garganta del caniche y se mezcló con la música—. Solo un paso y será tuya:, conmigo, la eterna juventud.

El caniche tenía los ojos velados. Levantó una pata, invitándola.

—Ven —insistió, y se acercó a ella.

De nuevo, Mona se empezó a mover hacia el perro, que ahora parecía más grande que nunca.

—No podrás salir por la puerta conmigo a la espalda —dijo ella.

—Para nosotros ya no habrá puertas. Ni ahora ni nunca —respondió el perro.

La miró de nuevo.

Esta vez, Mona vio la maldad en sus ojos, pero no le importó. La música la tenía bajo su hechizo. El caniche también la había cautivado. Ya no lo consideraba malvado ni le parecía extraño que fuera tan grande. Sabía que la llevaría a través de la puerta o de la pared, en caso necesario, a otro mundo, a la alegría eterna o a la condena eterna. No le importaba a cuál, siempre y cuando la música no dejara de sonar.

Dio otro paso. El caniche retozaba como un caballo encabritado, como lo había hecho cuando era un perrito y quería llamar la atención.

—Date prisa —las palabras del animal le resonaron en los oídos—. Date prisa, súbete a mi lomo para que podamos cabalgar.

Mona posó la mano sobre el reluciente tupé de pelo negro, suave como la cachemira.

La música la envolvió como un vibrante manto de sonido encantador.

Colocó la otra mano sobre el lomo del caniche, que estaba completamente afeitado, liso como el astracán y a la altura de su hombro.

Justo cuando estaba a punto de subirse, la puerta se abrió y entraron los niños: la pequeña Carol, Meg y Harry Jr.

—Mamá —le reprochó Meg—, tienes a Aza aquí.

Mona se encontró de nuevo en su cama, con el caniche acurrucado en su cuello, pequeño como siempre, pero con una mirada profunda e inescrutable.

Lo estaba observando cuando advirtió y sintió el hondo suspiro que sacudió su frágil cuerpecito.

Oyó un susurro en sus oídos:

—Demasiado tarde.

La música había desaparecido.

—¡Aza, Aza! —La pequeña Carol empujaba la cama.

«Estaba dormida —se dijo Mona—, y lo he soñado, pero ¡menudo sueño!»

Casi en trance, cogió al caniche y acunó el cuerpecito entre sus manos.

—Vete, pequeño Aza —dijo.

El caniche se inclinó hacia ella y le lamió la mejilla.

Por un instante, a Mona le pareció oír la música de nuevo. Pero solo era una ilusión. Excepto por los niños, la habitación estaba en

silencio.

—¡Aza, Aza! —lo llamaba la pequeña Carol.

Mona le entregó el caniche a Harry Jr.

—Salid, niños —les ordenó—. Mamá tiene que vestirse.

La dejaron y Mona se levantó de la cama. Se sentía inquieta.

—¡Menudo sueño! —dijo casi en voz alta—. Estoy realmente agotada… por un sueño…, no, supongo que fue más que un sueño. Podría considerarse una pesadilla.

Se sacudió el recuerdo y se lavó la cara con agua fría para quitárselo de encima. Se vistió rápidamente. Cuando llegó al salón para encontrarse con Hal, llevaba su traje Dior nuevo de tafetán, con la falda acampanada y un alegre tocado de joyas sobre sus rizos dorados.

—Mona —exclamó su marido—, estás deslumbrante.

La besó.

«Qué tonta he sido —pensó— queriendo dejarlo por la alegría eterna… ¡Aunque fuera en un sueño! ¡Si con él ya tengo la alegría eterna! Y con los niños. Aunque haya hecho falta una pesadilla para que me dé cuenta.»

Suspiró como había suspirado el caniche.

—Vamos —dijo Hal.

—¿No deberíamos despedirnos de los niños? —preguntó ella.

—Los mandé a jugar al jardín… y le dije a Ellen que vamos a salir. Venga, querida, esta noche es solo nuestra.

—Tengo que contarte el sueño tan tonto que he tenido —empezó a decir mientras llamaban a un taxi.

—Después —dijo él—. Ahora mismo quiero hablar de ti y de lo guapa que estás.

Mona nunca llegó a contarle el sueño.

Volvieron tarde a casa.

—Ha sido una velada perfecta —dijo Mona mientras Hal metía la llave en la cerradura.

La puerta se abrió antes de que pudiera girarla. Al otro lado apareció Ellen, pálida y con una mirada ansiosa.

—¿Pasa algo? —preguntó Mona, alarmada por la expresión de su criada.

Ellen los miraba fijamente.

—¿Se llevaron ustedes a la pequeña? —preguntó. Le fallaba la voz.

—No —respondió Hal secamente—. ¿Por qué?

A Ellen le tembló el labio.

—Tenía la esperanza de que se la hubieran llevado, aunque estaba segura de que no. Ha desaparecido. No estaba cuando llamé a los niños para cenar; ni ella ni el perrito. Pregunté a Meg y a Harry dónde estaba y dijeron que la vieron por última vez jugando con Aza en la otra punta del jardín.

—Deberíamos llamar a la policía —empezó a decir Hal.

—Pero sin duda… —lo interrumpió Mona.

—¡Oh, no, señor! —se lamentó Ellen—. De nada sirve. Es la noche de Walpurgis, cuando los duendes tienen poder. Se la han llevado. El perrito era su emisario. Se adelantó para llevarse a alguien de esta casa. Nunca me gustó ese perrito. Creo que lo supe desde el principio…

—Tonterías —interrumpió Hal—. A ese perro no le pasaba nada. Los duendes no existen. Voy a llamar a la policía y a preguntar a los vecinos…

—Ya les he preguntado yo —interrumpió Ellen—. Dos de ellos vieron a Carol. Dijeron que estaba riendo alegremente, montada sobre un caniche del tamaño de un poni.

Mona recordó lo que había creído que era un sueño, una pesadilla. Cuando el caniche se había hecho grande, lo suficiente como para llevarla al País de los Deseos. Recordó su mirada fría y calculadora, su maldad.

Había sido real, no un sueño. En un instante estremecedor, vislumbró otro mundo, otra dimensión, y supo que aquello era más que una sombra y que nunca volvería a ver a su hija.

En Smoky Island

L. M. Montgomery



· 1935 ·

Traducido por

Isabel Márquez Méndez

L. M. Montgomery

· 1874-1942 ·

Puede resultar sorprendente que Lucy Maud Montgomery, autora de la inmortal novela *Ana de las Tejas Verdes* (1908), publicara en *Weird Tales,* aunque solo fuese este relato, que apareció en el número de agosto de 1935. Sin embargo, y pese a su escepticismo, a Montgomery siempre le fascinó lo sobrenatural. Tenía una faceta muy espiritual, desarrollada desde su niñez en Canadá, donde se dedicaba a buscar lugares remotos en los que sentía una conexión con la naturaleza. Pese a que fue una escritora muy prolífica y gozó de un éxito inmenso, su vida no estuvo exenta de problemas: una infancia difícil tras la prematura muerte de su madre, un matrimonio marcado por la turbulencia emocional, e interminables batallas con su vengativo editor por los derechos de autor. Así pues, era de esperar que el desaliento y la depresión que fue desarrollando se plasmaran en algún que otro relato con el que volvía la mirada hacia el lado oscuro de la vida. Le gustaban las historias sobrenaturales y recurría a ellas de vez en cuando, casi en busca de alivio espiritual. Montgomery participó en sesiones de espiritismo, aunque siempre se mantuvo escéptica.

Al parecer, su primer «relato extraño» fue «The Red Room», de 1898, más gótico que sobrenatural, pero muy atmosférico. Cabe preguntarse si Montgomery había leído el cuento de fantasmas de H.

G. Wells que apareció, con el mismo título, dos años antes. En 1990 se publicó una colección de sus cuentos más extraños y oscuros, editada por Rea Wilshurst, bajo el título de *Among the Shadows.*

«Davenport's Story» (1902), un relato de sus primeros años, resulta especialmente interesante y se parece al que leerán a continuación en que ambos presentan a un grupo de personas que cuentan historias de fantasmas. Se trata de un cuento engañosamente sencillo, ya que se desarrolla con una inevitabilidad casi predecible, pero es precisamente esa simplicidad la que lo hace tan efectivo y memorable.

En Smoky Island

Cuando Madeline Stanwyck me invitó a pasar unos días en su casa de Smoky Island, al principio no quise aceptar. Todavía no era la época, y habría mosquitos. Un solo mosquito puede quitarme el sueño con mucha más facilidad que los remordimientos de conciencia, y hay millones de mosquitos en Muskoka.

—No, no, ya no es temporada —me garantizó Madeline.

Madeline dice lo que haga falta con tal de salirse con la suya.

—Siempre es temporada de mosquitos en Muskoka —gruñí yo, en la medida en que era posible gruñirle a Madeline—. Proliferan a la mínima. E incluso si por algún milagro no hubiera mosquitos, tampoco me apetece que me devoren las moscas.

Ni siquiera Madeline se atrevía a decir que no habría moscas, así que recurrió sabiamente a su madelinidad.

—Por favor, ven, hazlo por mí —dijo con voz lastimera—. No será una fiesta de verdad si no viene mi queridísimo Jim.

Soy el primo favorito de Madeline, veinte años mayor que ella, y cualquiera es «su queridísimo» cuando quiere algo de él. Aunque tampoco es que Madeline… Pero esta no es la historia de Madeline. Es la historia de lo que sucedió en Smoky Island. Ninguno de nosotros finge comprenderlo, salvo el juez, que siempre finge comprenderlo todo. Pero en realidad entiende lo mismo que los

demás. Su última explicación es que nos hipnotizaron y que, bajo los efectos de la hipnosis, vimos y recordamos cosas que de otro modo no podríamos haber visto ni recordado. Pero ni siquiera él es capaz de explicar quién o qué nos hipnotizó.

Decidí ceder, pero no de inmediato.

—¿Tu ama de llaves de Smoky Island sigue teniendo ese odioso loro blanco? —pregunté.

—Sí, pero sus modales han mejorado mucho —me garantizó Madeline—. Y siempre te ha gustado su gato.

—¿Quién va a la fiesta? Soy un poco quisquilloso con mis círculos de amistades.

Madeline sonrió.

—Ya sabes que solo invito a gente interesante a mis fiestas. —Agradecí el cumplido implícito con un asentimiento—. Y a algún que otro muermo para que los demás brillemos por contraste. —Esta vez no asentí—. Consuelo Anderson…, la tía Alma…, el profesor Tennant y su mujer…, Dick Lane…, Ted Newman…, el senador Malcolm y su señora…, la Vieja Cotilla…, Min Ingram…, el juez Warden…, Mary Harland… y unos cuantos jovencitos aristócratas para distraerme yo.

Repasé la lista mentalmente, sin desaprobación. Consuelo era una chica muy gorda licenciada en Filosofía y Letras. Me caía bien porque era capaz de quedarse sentada más tiempo que cualquier otra mujer que yo conozca. Tennant era profesor de algo que él llamaba la «Nueva Patología», un hombrecillo insignificante con un intelecto gigantesco. Dick Lane era uno de esos hombres que parecen apuntar muy lejos pero nunca terminan de llegar; en cualquier caso, un tipo honesto, amable y educado. Mary Harland era una solterona acomodada; Ted, un dandi bastante cómico; la tía Alma, una señora dulce de cabellos grises que parecía salida de un cuadro de Whistler. La Vieja Cotilla —cuyo verdadero nombre era miss Alexander y que

no dejaba de recordarle a todo el mundo que no se embarcó en el Lusitania de milagro— y los Malcolm no me suponían ningún problema, aunque el senador llamaba a su mujer «Gatita». Y el juez Warren era un viejo amigo mío. Min Ingram, con su lengua viperina, no me caía bien, pero siempre podía ignorarla, a ella y a los jovencitos.

—¿Nadie más? —pregunté, precavido.

—Bueno…, el doctor Armstrong y Brenda, claro —dijo Madeline, aunque su mirada delataba que no lo tenía nada claro.

—¿Te parece buena idea? —pregunté despacio.

Madeline se vino abajo.

—Claro que no —dijo, abatida—. Probablemente lo arruine todo. Pero John ha insistido… Ya sabes que Anthony Armstrong es su amigo de toda la vida. Y yo siempre me he llevado bien con Brenda. Sería muy raro si no los invitáramos. No sé qué mosca le ha picado. Todos sabemos de sobra que Anthony no envenenó a Susette.

—Brenda no, al parecer.

—¡Pues debería! —replicó Madeline, furiosa—. ¡Como si Anthony fuera capaz de envenenar a nadie! Pero ese es uno de los motivos por los que quiero que vengas.

—Ah, ahora empezamos a hablar claro. Pero ¿por qué yo precisamente?

—Porque tienes más influencia que nadie sobre Brenda… Sí, es así, no empieces. Si consiguieras que se sincerase… Si pudieras hablar con ella…, quizá le ayudaría. Porque… como algo no le ayude pronto, nada lo hará. Y lo sabes.

Lo sabía, sí. El caso de Anthony Armstrong nos tenía a todos preocupados. Veíamos la tragedia desarrollarse ante nuestros ojos y no podíamos mover un dedo para impedirlo. Porque Brenda se

negaba a hablar y Anthony nunca había hablado.

La historia, que ya tenía cinco años, la conocíamos todos, claro. La primera esposa de Anthony había sido Susette Wilder. No hay que hablar mal de los difuntos, así que de Susette solo diré que era muy guapa y muy rica. Por suerte, su fortuna le llegó de forma inesperada con la muerte de una tía y de un primo después de haberse casado con Anthony, de modo que a él no se le podía acusar de ser un cazafortunas. Quiso a Susette con locura al principio, pero después de algunos años de matrimonio creo que ya no le tenía mucho afecto. El resto de nosotros nunca llegamos a tenerle ninguno. Cuando, desde California —adonde Anthony se la había llevado a pasar el invierno para que se curara de los nervios—, nos llegó una carta con la noticia de que había muerto, dudo que ninguno lo sintiera, y no creo que nadie sospechara lo más mínimo al conocer que la causa había sido una sobredosis de cloral. Sin duda era misterioso, porque Susette no era descuidada ni mostraba tendencias suicidas. Hubo rumores desagradables, sobre todo cuando salió a la luz que en su testamento le había dejado a Anthony toda su fortuna, pero nadie se atrevió a decir gran cosa. Nosotros, los que conocíamos y apreciábamos a Anthony, nunca prestamos oídos a las insinuaciones. Y, dos años después, todos nos alegramos de que se casara con Brenda Young. Por fin, dijimos, Anthony podrá gozar de cierta felicidad.

Durante un tiempo, así fue. No cabía duda de que él y Brenda eran muy felices. Brenda era una criatura espiritual, sincera, bellísima de un modo completamente distinto al de Susette. Susette tenía el cabello dorado y ojos de un verde frío como la fluorita. Brenda era delgada y morena, su pelo se fundía con el atardecer y sus ojos estaban teñidos de crepúsculo, de tal suerte que no quedaba claro si eran azules o grises. Quería tantísimo a Anthony

que yo a veces pensaba que estaba tentando a los dioses.

Y entonces —lenta, sutil, irrevocablemente— todo cambió. Empezamos a notar que algo iba mal —muy mal— entre los Armstrong. Ya no eran tan felices como antes… No eran felices en absoluto, de hecho… Eran desgraciados. Ya nunca se oía la deliciosa risa de Brenda, y Anthony desempeñaba su trabajo con un aire abstraído que desagradaba a sus pacientes. Había descuidado su clínica en la época previa a la muerte de Susette, pero después remontó y prosperó maravillosamente. Ahora empezaba a decaer de nuevo. Y lo peor era que a Anthony no parecía importarle. Claro que no la necesitaba desde un punto de vista económico, pero siempre le había apasionado su trabajo.

No sé si fue mera suposición o si Brenda llegó a decir algo, pero todos sabíamos o nos imaginábamos que una horrible sospecha se había apoderado de ella. Se oían rumores de una carta anónima, llena de viles insinuaciones, que había sido la causa de todo. Nunca supe si eso era cierto, pero sí sabía que Brenda estaba como poseída.

¿Le había dado Anthony a Susette esa sobredosis de cloral… a propósito?

Si ella hubiera sido el tipo de persona que habla las cosas, alguno de nosotros podría haberla salvado. Pero no lo era. Estoy seguro de que nunca le dijo una palabra a Anthony de la fría y terrible sospecha que estaba envenenando su vida. Pero él debió de percibir que sospechaba, y entre ellos se alzó la helada sombra de lo innombrable.

En el momento en que Madeline organizó la fiesta en su casa de Smoky Island, la situación entre los Armstrong había llegado a tal extremo que Brenda estaba a punto de explotar. Anthony también tenía los nervios de punta, y su mirada era casi tan trágica como la

de ella. Todos nos esperábamos oír que Brenda lo había dejado o que había hecho algo aún más desesperado. Y nadie podía hacer nada para ayudar, ni siquiera yo, pese a las absurdas esperanzas de Madeline. No podía plantarme delante de Brenda y decirle: «Escúchame, a Anthony nunca se le pasó por la cabeza envenenar a Susette». Después de todo, pese a nuestras suposiciones, cabía la posibilidad de que el problema fuera completamente distinto. Y, si en efecto sospechaba de él, ¿qué prueba podía ofrecerle yo para arrancar de cuajo aquella obsesión?

Yo no creía que los Armstrong fueran a ir a Smoky Island, pero fueron. Cuando Anthony aparcó en el muelle y le tendió la mano a Brenda al bajar de la lancha motora, ella lo ignoró: se apeó rápidamente sin su ayuda y se encaminó a toda prisa a través del jardín de rocalla y de los puntiagudos abetos. Me di cuenta de que Anthony palidecía. Hasta yo tenía el cuerpo cortado. Si las cosas habían llegado al punto en que ella se negaba a tocarlo, el desastre era inminente.

Smoky Island estaba en un pequeño lago azul de Muskoka, y a la casa la llamaban «el Tipi»…, probablemente porque nada en este mundo podía parecerse menos a un tipi. La fortuna de la familia Stanwyck la había convertido en un lugar de ensueño, pero ni siquiera con la fortuna de la familia Stanwyck se podía comprar buen tiempo. La fiesta de Madeline fue un fiasco. Llovió prácticamente la semana entera y, aunque todos hicimos un esfuerzo heroico por poner al mal tiempo buena cara, creo que no lo he pasado peor en mi vida. Pese a las promesas de Madeline, los modales del loro no habían mejorado. Min Ingram se llevó a un perro distraído y desdeñoso al que todo el mundo odiaba porque él nos detestaba a nosotros. La propia Min se dedicó a repartir aguijonazos de insultos

cada vez que veía que alguien corría el riesgo de sentirse a gusto. Me dio la impresión de que los jovencitos parecían culparme a mí del mal tiempo. Todos teníamos los nervios a flor de piel, salvo la tía Alma. Nada alteraba nunca a la tía Alma. Se sentía bastante orgullosa de ello.

El sábado el tiempo empeoró: cayó una auténtica manta de agua, y el viento se abalanzaba contra el Tipi desde los pinos verdinegros y retrocedía a toda prisa como un animal enloquecido. El aire estaba tan lleno de hojas arrancadas como de lluvia, y el lago era un remolino de olas convulsas. Aquel día encantador concluyó con una noche lóbrega y torrencial.

Pese a todo, esa jornada había ido un poco mejor que todas los demás. Anthony había salido. Le había llegado un misterioso telegrama justo después del desayuno y había partido en la lancha motora hacia tierra firme. Yo lo agradecí, porque no podía soportar seguir presenciando semejante tortura del alma de un hombre. Brenda no salió de su habitación en todo el día con la vieja excusa de un dolor de cabeza. He de admitir que fue un alivio. Todos sentíamos la tensión entre ella y Anthony como si fuera tangible.

«Algo va a pasar, no sé qué, pero algo va a pasar», me repetía Madeline sin cesar. Sinceramente, era peor que el loro.

Después de cenar, todos nos reunimos en torno a la chimenea del salón, donde ardía un risueño fuego de abedul blanco. Pese a que ya era junio, hacía frío aquella noche. Yo me recosté con un suspiro de alivio. Al fin y al cabo, todo acaba tarde o temprano, y el lunes aquella infernal excursión quedaría atrás. Además, lo cierto es que reinaba un ambiente acogedor y alegre, pese al repiqueteo de las ventanas y a la lluvia que chorreaba por los cristales. Madeline apagó las luces, y el resplandor del fuego favorecía a las mujeres,

que estaban todas muy hermosas. Algunos jovencitos se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas, abrazándose los unos a los otros sin distinción de sexo…, salvo una criatura lánguida y sofisticada, vestida de terciopelo naranja y con unos largos pendientes de ámbar, que estaba sentada en un taburete bajo con el gato plateado del ama de llaves en el regazo, regalándonos a todos una excelente vista de su columna vertebral. El perro de Min posaba en la alfombra con aire de superioridad y el loro estaba en su jaula, bastante callado para lo que acostumbraba: solo decía de vez en cuando que él o alguno de nosotros era más listo que el hambre. La señora Howey, el ama de llaves, insistía en tenerlo en el salón, y Madeline tuvo que claudicar, pues es muy difícil conseguir ama de llaves en Muskoka, incluso para el Tipi.

El juez estaba muy ufano porque había resuelto un rompecabezas con el que nadie había podido, y el profesor y el senador, que llevaban todo el día discutiendo acaloradamente, se recreaban ahora en su mutuo respeto hacia un enemigo digno. Consuelo estaba sentada sin moverse, como de costumbre. La señora Tennant y la tía Alma tejían jerséis. La Gatita, con sus manos regordetas cruzadas sobre su tripa de raso, observaba al senador con adoración, y la Cotilla lo supervisaba todo. Por el momento, éramos un grupo satisfecho y jovial, y no comprendo por qué Madeline tuvo que proponer que cada uno de nosotros contara una historia de fantasmas. Pero eso hizo. Era la noche perfecta para contar historias de fantasmas, decretó. Hacía siglos que no escuchaba ninguna y daba por hecho que todo el mundo había vivido al menos un suceso sobrenatural en su vida.

—Yo no —gruñó el juez con desdén.

—Imagino —dijo el profesor Tennant con cierta aspereza— que considerará un borrico a cualquiera que crea en los fantasmas.

El juez juntó cuidadosamente las yemas de los dedos antes de responder.

—No, hombre, no. No insultaría de esa manera a los borricos.

—Bueno, claro, si no crees en los fantasmas, no aparecen —dijo Consuelo.

—Hay gente que puede ver fantasmas y gente que no —declaró Dick Lane—. Es un don, sencillamente.

—Un don que no me ha sido concedido —dijo la Gatita con tono satisfecho.

—¡Sería horrible si los muertos pudieran regresar de verdad! —dijo Mary Harland con un escalofrío.

Ted recitó frívolamente:

De espectros, fantasmas, bestias de mil patas
y golpes que quiebran la noche
líbranos, Señor.[8]

Pero Madeline no iba a cambiar de tema. Su pequeño rostro élfico, bajo una corona de cabello rojizo, rebosaba decisión.

—Vamos a pasar un poco de miedo —dijo con firmeza—. Esta es la noche perfecta para que aparezcan fantasmas. Aunque me temo que aquí no pueden aparecer, porque en esta casa no hay. ¿No sería maravilloso vivir en una casa con fantasmas? Venga, todo el mundo tiene que contar una historia. Profesor Tennant, usted primero. Y que dé miedo de verdad, por favor.

Para mi sorpresa, el profesor obedeció, aunque la expresión de la señora Tennant nos dejó muy claro que no le hacía ninguna gracia andar tonteando con fantasmas. Su historia —aderezada con los resoplidos del juez— fue muy buena, además: habló de una casa donde había estado en la que la voz de un niño, amarga y vengativa, se unía a todas las conversaciones. El niño, por supuesto, había sido

maltratado y asesinado, y tiempo después hallaron su cadáver bajo la chimenea de la biblioteca. Después Dick contó un cuento sobre un perro muerto que vengó a su amo, y Consuelo me sorprendió con un relato de lo más grotesco sobre un fantasma que fue a la boda de su amante y su rival… Consuelo dijo que ella los conocía. Ted había estado en una casa en la que se oían voces y pisadas donde no podía haber ni voces ni pisadas, e incluso la tía Alma nos habló de «una señora pálida con una mano helada» que te pedía que bailaras con ella. Si cometías la imprudencia de aceptar, nunca te deshacías de la fría sensación de su mano sobre la tuya. Esa escalofriante aparición siempre iba vestida a la moda de 1870.

—Imagínate, un fantasma con miriñaque —comentó una jovencita entre risas.

Min Ingram, ni más ni menos, había visto un fantasma y se lo tomaba muy en serio.

—Tú enséñame un fantasma y entonces creeré en él —dijo el juez con otro resoplido.

—Es más listo que el hambre —graznó el loro.

En ese preciso instante, Brenda se deslizó escaleras abajo y se sentó detrás de nosotros, con sus ojos trágicos ardiendo en su pálido rostro. Me dio la impresión de que allí, en aquel ambiente tranquilo y apacible, entre todas aquellas personas risueñas, corrientes y razonablemente divertidas, un corazón humano ardía en la hoguera.

La atmósfera cambió con la llegada de Brenda. El perro de Min Ingram gimió de repente y se acurrucó en la alfombra. Caí en la cuenta de que era la primera vez que lo veía comportarse como un perro normal. Me pregunté qué lo habría asustado. El gato del ama de llaves se incorporó con el pelo del lomo erizado, se deslizó del

regazo de terciopelo naranja y se escabulló del salón. Yo tenía una sensación rara en las raíces del poco pelo que me queda, así que me giré rápidamente hacia la chica morena y delgada del asiento de roble a mi derecha.

—Tú todavía no has contado una historia, Christine. Te toca.

Christine sonrió. Vi que el juez estaba admirando sus tobillos, envueltos en unas medias de gasa. El juez siempre está al acecho de un tobillo bonito. Yo, por mi parte, no dejaba de preguntarme por qué no me acordaba del apellido de Christine y por qué sentía que, de un modo extraño, me había visto obligado a hacer aquel comentario banal.

—¿Os acordáis de lo convencida que estaba la tía Elizabeth de que los fantasmas existen? —dijo Christine—. ¿Y lo mucho que se enfadaba cuando yo me reía de ella por eso? Ahora… soy más prudente.

—Sí que me acuerdo —dijo el senador con voz nostálgica.

—¿No fue el dinero de tu tía Elizabeth el que heredó la primera señora Armstrong? —preguntó una de las jovencitas, apodada Pinzas.

Con Brenda allí presente, era un comentario de una impertinencia abominable. Pero nadie parecía horrorizado. Yo volví a tener la extraña sensación de que sencillamente tenía que decirse, y ¿quién sino Pinzas diría semejante cosa? También me daba la impresión… de que desde la llegada de Brenda cualquier mínimo detalle era importante, cualquier tono estaba cargado de trascendencia, cualquier palabra albergaba un significado oculto. ¿Me estaba poniendo histérico?

—Sí —dijo Christine con voz pausada.

—¿Tú crees que Susette Armstrong de verdad se tomó esa sobredosis de cloral a propósito? —prosiguió Pinzas.

Yo no daba crédito. Dado que no estaba lo bastante cerca de Pinzas como para asesinarla, miré a Brenda. Pero ella no daba muestras de haberla oído. Estaba mirando fijamente a Christine.

—No —dijo Christine; yo no entendía cómo podía estar segura, pero no me cabía duda alguna de que así era, por la autoridad con la que hablaba—. Susette no tenía intención de morir. Y, sin embargo, estaba condenada, aunque jamás llegó a sospecharlo. Tenía una enfermedad incurable que la habría matado en un par de meses. Nadie lo sabía, salvo Anthony y yo. Y ella ya detestaba a Anthony. Pensaba cambiar su testamento al día siguiente, no dejarle nada. Me lo dijo ella misma. Yo estaba furiosa. Anthony, que había pasado toda la vida ayudando a aquellos que sufrían, volvería a la pobreza y a las penalidades, ahora que su consulta había quedado arruinada por los caprichos de Susette. Yo amaba a Anthony desde que lo conocí. Él no lo sabía…, pero Susette sí. Que no os quepa duda. Lo usaba para pincharme. Claro que daba igual… Yo sabía que él nunca me querría. Pero tenía la oportunidad de hacer algo por él, y eso hice. Fui yo quien le dio a Susette la sobredosis de cloral. Lo amaba lo suficiente como para eso… Y como para *esto.*

Alguien gritó. Nunca llegué a saber si fue Brenda o no. La tía Alma, que nunca se alteraba por nada, estaba hecha un ovillo en su sillón, histérica. La Gatita, temblando con toda su rechoncha figura, se aferraba a su senador, cuyo rostro tontorrón y amable se había vuelto gris, completamente gris. Min Ingram se había dejado caer de rodillas y el juez había juntado las manos con fuerza para que no le temblaran. Estaba moviendo los labios y pude distinguir la palabra «Dios». En cuanto a Pinzas y el resto de su grupo, ya no eran jovencitos glamurosos, sino tan solo niños aterrorizados.

Yo estaba mareado, muy muy mareado. *Porque no había nadie en el asiento de roble y ninguno de nosotros conocía ni había oído*

hablar jamás de la joven a la que yo había llamado Christine.

En ese momento se abrió la puerta del salón y entró Anthony, chorreando. Brenda se lanzó a sus brazos ávidamente, sin reparar en su ropa empapada.

—Anthony… Anthony, perdóname —sollozó.

En el rostro cansado de Anthony apareció algo que me alegré de ver.

—¿Te has asustado, querida? —dijo con ternura—. Siento llegar tan tarde. No había ningún peligro. Me he quedado esperando una respuesta a mi telegrama a Los Ángeles. Verás, esta mañana me enteré de que Christine Latham murió anoche en un accidente. Era la prima segunda y enfermera de Susette… Una chica estupenda, muy leal. Yo le tenía mucho cariño. Siento que te hayas preocupado tanto, querida.

El armario prohibido

Frances Garfield



· 1940 ·

Traducido por

Paula Álvarez López

Frances Garfield

· 1908-2000 ·

Frances Garfield fue el seudónimo literario de Francis Marita Obrist, originaria de Kansas, quien se convirtió en Mrs. Manly Wade Wellman en junio de 1930. Vivieron felizmente casados durante casi cincuenta y seis años, hasta la muerte de Manly en 1986. Obrist estudió música y canto y, durante su primera etapa profesional, ejerció como profesora de piano y voz. Se planteó la posibilidad de una carrera sobre las tablas, pero cambió de opinión después de cruzarse con un productor que, según recordaba, fue «muy maleducado». Manly llevaba publicando ficción desde 1927 y, aunque la feliz pareja vivía en Wichita, Kansas, decidió mudarse a Nueva York para estar más cerca de los círculos editoriales. Se estableció con rapidez, y Obrist se mudó con él poco después. Su hijo, Wade, nació en noviembre de 1939. Para entonces, Obrist había comenzado a publicar su propia ficción. Debutó con «The High Places», una historia sobre un avión embrujado, en el número de abril de 1939 de *Weird Tales.* Publicó tres relatos más; el que sigue fue el último de ellos, en la edición de enero de 1940. Posteriormente se dedicó por completo a criar a su hijo y no volvió a escribir hasta 1979, cuando Stephen Jones logró atraerla de nuevo a la escritura invitándola a colaborar con un relato original en su revista *Fantasy Tales,* lanzada en 1977 en homenaje a *Weird Tales.*

Durante la siguiente década, Frances continuó colaborando con revistas de pequeñas editoriales, pero su inspiración se fue desvaneciendo tras la muerte de su marido. Francis Marita Obrist publicó un total de once relatos, una producción modesta, pero todos ellos inolvidables, como el que leemos a continuación.

El armario prohibido

Tras subir jadeando los dos tramos de escalera y dejar mi maleta en el suelo, vi al padre O'Neil aguardando en el umbral de mi nuevo apartamento. Era la viva imagen del típico clérigo regordete y apurado.

—El apartamento no está listo aún, señorita Hampton —protestó—. No la esperábamos hasta mañana, ¿sabe?

—Sí, pero tomé un tren más temprano —respondí—, y el mozo está subiendo mi baúl.

El padre O'Neil me miró pensativo. Su redondez apacible, combinada con el atuendo negro y la calidez de su carácter, me recordaba a una de esas viejas estufas que podían encontrarse en las estaciones de trenes. Aunque en ese momento su rostro se mostraba serio, había en él un rubor alegre, como el acogedor resplandor de una llama amiga.

—Bueno, pase usted —dijo al fin—. No la puedo tener esperando en el umbral de su propia casa —y logró esbozar una sonrisa—. Prometí cuidarla y así lo haré. Estoy al cargo de este lugar. Imagino que quizá le resulte un tanto extraño.

—Oh, en absoluto —me apresuré a decir, aunque por dentro me devoraba la curiosidad de saber por qué un sacerdote hacía las veces de casero.

Todo fue gracias a Lola Knesbec, mi antigua profesora de inglés en el internado. Sabía que yo soñaba con vivir y escribir en Nueva York y que buscaba un alojamiento modesto pero digno. Su viejo amigo, el padre O'Neil, alquilaba apartamentos en una casa antiquísima, en los límites de Greenwich Village. Intercambiamos cartas, revisaron cuidadosamente mis referencias económicas y personales…, y allí estaba yo, encantada y desconcertada a partes iguales por aquella situación.

Entré, y por poco no pude contener un grito de entusiasmo.

—¿Le gusta, señorita Hampton? —preguntó el padre O'Neil.

—¡Es una maravilla! —le aseguré, y era verdad.

Aquello no era un decorado barato que pretendiera simular un vulgar sueño bohemio de un estudio en el Village, con divanes acolchados, tapices batik y colores discordantes; tampoco una imitación de Park Avenue con alfombras seudorientales y tapizados ampulosos. El enorme salón estaba empapelado en un tono marrón gamuza que llegaba hasta el alto techo, en el que había una pesada moldura tallada. La chimenea —auténtica, no una de esas portátiles de utilería— tenía una repisa de mármol blanco. El mobiliario, de maderas macizas y cojines de cuero, ofrecía una comodidad perdurable, alejada de las modas. Un espejo de cuerpo entero colgaba frente a la puerta de entrada. Las ventanas, situadas a buena altura en la pared frontal, estaban provistas de contraventanas interiores de arce barnizado. A una habitación como esa bien podría haber acudido Washington Irving a tomar el té para hablar de jinetes sin cabeza con una anfitriona vestida de crinolina; y, al otro lado de las contraventanas entornadas, quizá paseara y tiritara un hombre hermoso y desdichado, vestido con un traje de nanquín del todo inadecuado para la estación, hambriento de un almuerzo que no podía permitirse: Edgar Allan Poe.

—La señorita Knesbec estaba segura de que le encantaría —sonrió el sacerdote.

De pie junto a una ventana alta, la luz grisácea del cielo otoñal lo bañaba de rodillas para arriba. Las pantorrillas, más oscuras, parecían hundirse, fundiéndose con las sombras del suelo. Sacó una rechoncha pipa de brezo, ya cargada.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—Por favor —dije.

Y entonces recordé que tenía algo más que decirle, algo relacionado con una historia extraña y fascinante que Lola Knesbec había insinuado.

—Tengo entendido que esta casa perteneció a Guilford Golt —comenté, y aguardé una reacción.

Esta no tardó en llegar y fue aún más intrigante de lo que esperaba. El rostro del padre O'Neil perdió algo de su color, y la mano que sostenía la pipa pareció temblar.

—¿Qué sabe usted de Guilford Golt? —preguntó con brusquedad.

—Solo que fue un excéntrico erudito de mediados del siglo XIX —respondí—. La señorita Knesbec nos contó en clase que sirvió de inspiración a Fitz-James O'Brien para escribir aquella historia sobre el hechicero que daba vida a juguetes maléficos, y a Nathaniel Hawthorne para el alquimista de *La marca de nacimiento…*

—La señorita Knesbec tenía razón —dijo el padre O'Neil—. Aunque aquellos relatos no le hacen justicia a la oscuridad de Guilford Golt.

—¿Y esta casa no le pertenecía antiguamente? —insistí.

—Sí —asintió el sacerdote—. Aquí llevó a cabo muchos experimentos… que la ley nunca juzgó, porque quienes la ejercen no creen en esas cosas. Pero tanto él como sus obras fueron terribles…, funestos. Un grupo de vecinos lo visitó una noche con intenciones muy vengativas. Su figura se había vuelto demasiado temible,

incluso para la extraña y tolerante ciudad que era Nueva York por aquel entonces. Pero, al amanecer, había desaparecido.

»Dudo que lograran asustarlo —prosiguió con gravedad el padre O'Neil—. Era de aquellos que ya habían ido más allá del miedo. Pero sí…, fue expulsado. No dejó herederos. Y esta casa permaneció cerrada hasta hace poco, cuando nosotros, la Iglesia, como fideicomisarios, fuimos encargados de darle un uso provechoso. Así que ahora alquilamos apartamentos aquí…, tomando ciertas precauciones.

Al pronunciar esa última palabra, sus ojos se desviaron, casi a pesar suyo, hacia una puerta gris situada al fondo de la sala. Luego cambió a un tono más animado:

—He preparado la chimenea. ¿Quiere que la encienda?

—Por favor —le dije mientras me quitaba el abrigo.

Aquella puerta gris a la que había dirigido involuntariamente la mirada debía de ser un armario. Me dirigí hacia ella y traté de correr el pestillo, pero la puerta no cedió. Un enorme arcón de madera oscura, que en un primer momento parecía confundirse entre las sombras, estaba encajado contra la parte inferior de la puerta.

—Espera, no abras esa puerta, hija mía —exclamó de pronto el padre O'Neil. Se había agachado para encender el fuego, pero ahora, moviéndose con una rapidez sorprendente para ser un hombrecillo tan redondo, ya estaba a mi lado. Su rostro afable mostraba preocupación.

—No, claro que no, si usted me lo pide —respondí, algo desconcertada.

Volvió a sonreír, en un claro intento por tranquilizarme.

—Ese armario no debe abrirse nunca. De hecho, vamos a sellarlo; así quedará clausurado para siempre y podremos olvidarnos de él.

—En cualquier caso, dudo que pudiera apartar ese arcón —

respondí con una sonrisa.

—Ni lo intente.

Atravesé la estancia hasta el dormitorio y dejé mi abrigo sobre una recia cama antigua de nogal.

—Ahora, a trabajar —dije al regresar al salón—. Como de costumbre, voy muy apurada.

—Entonces me marcho. Yo también tengo trabajo —dijo el padre O'Neil, llevándose la pipa a la boca y tomando su sombrero negro de ala ancha—. Volveré más tarde, si no le importa. Vendrán unos albañiles. Espero que no le molesten… ni interrumpan su escritura.

—No se preocupe, de verdad —lo tranquilicé—. No se preocupe en absoluto. ¿Le gustaría tomar el té conmigo, sobre las cuatro? —añadí, en un impulso—. Presiento que estamos destinados a ser amigos.

—Gracias, será un placer —respondió, y se despidió con una sonrisa.

Apenas se hubo marchado, llegó el mozo con mi baúl y mi maleta. Me puse de inmediato a colocar mis escasas pertenencias y, tan pronto como pude, me senté a trabajar.

No era precisamente un encargo inspirador: un panegírico sobre un empresario, titulado por quien me lo había encargado —su devota viuda— como *Truman Murdock: un hombre de verdad.* Aun así, me propuse hacerlo lo mejor posible, buscando el equilibrio entre el gusto canonizante de los herederos del difunto y mi propia idea de lo que debía ser una biografía.

Había planeado, al menos, un buen primer capítulo: una genealogía tan imaginativa como extravagante. Su apellido sugería a un audaz seguidor de Roderick Dhu, y hasta pensaba incluir unos versos de Walter Scott. El apellido de su madre era Blake…, tal vez por algún lejano parentesco con William Blake, o incluso con aquel

sir Percy Blake que, según se dice, posó para Frans Hals como el *Caballero sonriente.* Todo aquello podría transformarse en un texto atractivo y darle al libro un comienzo prometedor. Me senté ante la máquina de escribir y comencé a golpear las teclas, página tras página, con ritmo pausado. «Cada uno de nosotros —parafraseaba algo leído en el *Reader's Digest*— es un gran vehículo en el que cabalgan todos los fantasmas de sus antepasados…»

¿Qué ha sido eso que se ha movido detrás de mí?

Me giré de golpe. Allí no había ningún ser viviente; solo la habitación, los muebles, la chimenea, donde las llamas se habían apagado hasta quedar reducidas a un puñado de ascuas rojizas, y la puerta gris del armario, bloqueada por aquel oscuro arcón. De nuevo aquel ruido… ¿o lo había imaginado?

Me levanté, crucé la habitación y me detuve justo al lado del armario prohibido, aguzando el oído.

Silencio. Tal vez me había equivocado, sugestionada por la novedad del lugar, por el aire enigmático del padre O'Neil. ¿Quién —y en qué libro soporífero— decía que una mente llena de imaginación es mala para los nervios? De pie junto al armario, lamenté que el padre O'Neil hubiese sido tan tajante y, al mismo tiempo, tan misterioso respecto a mantenerlo cerrado. La curiosidad me podía, como nos pasa a todas las mujeres en estos casos desde los tiempos de la esposa de Barbazul.

Me detuve a examinar aquel arcón que hacía de barricada. Pesado, oscuro, con toscos relieves, parecía recién salido de la bodega de un barco pirata…, aunque no cabía duda de que era una imitación moderna. La cerradura, por ejemplo, era automática y nueva. No logré levantar la tapa.

La puerta del armario, en cambio, no estaba cerrada con llave. De

hecho, ni siquiera tenía cerradura: solo un pestillo de hierro macizo, pintado del mismo gris apagado que el resto del panel. Ya lo había levantado antes.

Al observar con detenimiento, descubrí una marca sobre la pintura, justo encima del pestillo: sin duda, una línea producida por un arañazo cuando la pintura aún estaba fresca. Era una cruz…, no, era algo más que una cruz. En el extremo superior de la barra vertical se curvaba un trazo, como una hoz. Recordé haberlo visto de niña, y que una vieja cocinera irlandesa lo llamaba el símbolo de «Señor, ten piedad». ¿Qué hacía ese símbolo aquí?

Pensé de nuevo en Guilford Golt. La leyenda, apenas esbozada por Lola Knesbec y ahora también por el padre O'Neil, parecía pintarlo como un creyente —si no un practicante— de magia negra.

¿Tenía ese armario algo que ver con aquella historia? Y, si así era, ¿por qué no se sacaba aquella verdad a la luz, en lugar de sellarse para siempre? Ese impulso detectivesco, que sin duda habita el alma de todo ser humano, comenzó a cobrar cada vez más fuerza. Y una insistencia latente.

Me agaché, agarré el asa lateral del arcón y traté de arrastrarlo. ¿Quién habría sido capaz de resistirse a tal impulso? Pero su peso me desconcertó, me dejó perpleja por un momento. En mitad del esfuerzo, lo solté y me incorporé con un súbito sentimiento de culpa. Entonces, un sonido agudo y metálico invadió la habitación.

El teléfono. Ni siquiera me había percatado de que hubiese uno. Sonó de nuevo, y otra vez, mientras yo me acercaba. El timbre áspero del aparato logró irritarme por un instante, y levanté el auricular con un cortante:

—¿Hola?

—¿Hola? —respondió una voz aguda y lánguida, difícil de clasificar como masculina o femenina, joven o vieja—. Quisiera encargar una

tonelada de carbón.

—Se ha equivocado de número —respondí.

—Pero si compré carbón ahí el año pasado —protestó aquella voz —. ¿No es el 3-0036 de Chelsea?

Lo era, como me confirmó una ojeada al pie del aparato; no pude sino repetir que no tenía carbón en venta.

—Usted antes vendía carbón —insistió la voz, con un tono de reproche.

—Debe de haber algún error —respondí, sintiéndome de pronto como si estuviera eludiendo un deber—. Esto es un domicilio particular. —Y colgué.

«Dichosos teléfonos —pensé con furia—, siempre interrumpiendo mi trabajo…» Pero en realidad no estaba trabajando. Estaba a punto de descubrir qué había en ese armario. Volví junto al arcón. Sentía que debía enfrentarme al problema. El padre O'Neil no habría querido que abriera esa puerta, pero tenía que demostrarme a mí misma que no le temía a aquel ruidito de arañazos…, si es que realmente se había producido. Además, necesitaba espacio para guardar mis cosas.

De nuevo, me incliné, lo agarré con fuerza y esta vez conseguí arrastrarlo, torcido, apartándolo de su sitio.

Y de nuevo, un sonido…, agudo ahora, casi melodioso. Fluía hacia la habitación, llenándola, pero venía de fuera.

Intrigada y perpleja, me apresuré hacia la ventana. Estaba entreabierta, así que la subí del todo y me asomé.

Aquel sonido estridente y musical provenía de una pequeña flauta de hojalata, y el anciano envuelto en harapos que la tocaba lograba extraer una melodía reconocible de aquel instrumento barato y desgastado. Tocaba *Annie Laurie,* pero, mientras me asomaba para

verlo, cambió a *Bonnie Doon.*

Entonces me vio y dejó de tocar de inmediato. Apartó la flauta de sus labios y alzó la vista hacia mi ventana.

—¡Por favor, buena mujer! —gritó, con una súplica casi dulce en la voz.

Mi monedero estaba justo en el alféizar, así que lo abrí con rapidez y saqué a tientas seis monedas de cobre. Se las arrojé. Las monedas cayeron como una llovizna alrededor de mi cantor, que se agachó de inmediato y las recogió deprisa con sus manos ansiosas, que parecían garras. En señal de agradecimiento, se quitó la gorra más sucia que he visto en mi vida, me regaló un breve y alegre trino con su flauta y se alejó pesadamente.

Esta había sido una disuasión más agradable de mi intento por descubrir el secreto del armario… Fruncí el ceño. ¿Acaso la Providencia estaba orquestando aquellas llamadas y melodías para impedir que desobedeciera la voluntad del padre O'Neil?

Me permití coquetear con esa idea por un momento y luego me dije que era fruto de una conciencia innecesariamente culpable. Me dirigí con determinación hacia el arcón, aferré de nuevo el asa y lo aparté con un poderoso tirón. Incorporándome, presioné el pestillo y abrí la puerta del armario.

Clavé la mirada en una negrura absoluta, una caverna amplia y sin forma, hecha de la más pura oscuridad. Como si no existieran lados, paredes, fondo ni aristas en aquel escondrijo; como si se tratara, en cambio, de un inmenso valle sin luz. Pero allí, muy cerca de mí, tan cerca que debía de rozar la puerta cuando estaba cerrada, colgaba algo.

Una prenda vieja, fue mi primer pensamiento. Estaba a punto de entrar y examinarla cuando la parte interior de la puerta abierta atrajo mi mirada. Estaba cubierta de palabras, trazadas con una

caligrafía tosca y gruesa, como si las hubieran escrito con un instrumento burdo… o incluso con un dedo humano. Me pregunté qué clase de tinta podría haberse vuelto de aquel marrón rojizo y oxidado, y comencé a leer:

> Me encierran aquí para que muera. Creen que así se librarán de mí, pero viviré. La vida, de algún modo, seguirá siendo mía para siempre. La podredumbre de mi carne y de mis huesos no hará más que liberar mi espíritu.
>
> Escribo esto con mi propia sangre. No me han dejado nada más. No he terminado con este mundo. Cuandoquiera que esta prisión sea abierta…

Aquello despertó mi curiosidad e incluso me divirtió. ¿Sería esta la extraña leyenda que el padre O'Neil conocía sobre el lugar y que no había querido contarme por lo terrible que le parecía? El simple hecho de que el mensaje estuviera escrito con sangre humana era suficiente para que no me lo tomara en serio. Pura teatralidad, como esas historias de terror baratas que se venden en cualquier parte. Tendría que reprocharle que me creyera tan ingenua y crédula. Di un paso atrás, aún sonriendo, y entonces me pareció observar un leve temblor en aquello que colgaba, con aspecto de tela, dentro de aquel oscuro armario.

Me volví para mirar de nuevo. Tenía un tejido vaporoso y calado alrededor, como de encaje o de red. No era una prenda, después de todo; probablemente se tratara de una cortina gris y mugrienta, guardada allí y olvidada…

Pero ¿acaso una cortina se sostiene erguida, con el ancho y la altura de una figura humana, sin gancho ni barra que la sujete por arriba? ¿Acaso una cortina muestra en lo alto una redondez informe, como una cabeza mal moldeada, con dos cavidades negruzcas que

parecen burlarse de ti como si de ojos se tratara? ¿Acaso una cortina alza lentamente un par de jirones deshilachados, que se mueven como brazos flacos, que tantean y gesticulan?

¿Acaso una cortina se desprende de su lugar y avanza hacia ti, como si quisiera atraparte?

Me eché hacia atrás, con la cara súbitamente helada y seca, y las piernas sin fuerza, como si hubieran perdido sus huesos de repente y se hubiesen vaciado de vida. Aquella cosa salió de su escondite en las sombras, deteniéndose apenas un instante en el umbral. Pude verla con claridad. No, no era una cortina…, ni siquiera era una tela. Era una masa nebulosa, como un cúmulo de pelusa, polvo y humo que se agitaba en cada una de sus partículas y, sin embargo, mantenía la vaga forma de un ser humano…, como si de la parodia espectral de un cuerpo se tratase. Las manchas negras que le hacían de ojos se entornaron, como si hasta aquella luz gris le resultara demasiado intensa. Y entonces salió flotando hacia el espacio abierto, rodeó el baúl y se apresuró hacia mí.

Sus brazos se alzaron hasta quedar a la altura de su rostro. Vi, con horror y una creciente repulsión, que sus manos no tenían dedos: eran manoplas polvorientas que se abrían y se extendían, tratando de agarrarme. Levanté las mías, dispuesta a defenderme. Sentía que mi corazón se había convertido en un puño gigantesco que me golpeaba con fuerza para liberarse de mis costillas. Porque, de un modo inexplicable, por una especie de telepatía sobrenatural, supe lo que aquella criatura quería.

Pretendía vestirse conmigo, ponerse mi cuerpo como un ser humano se pone una prenda, cubrirse con mi carne para llevar a cabo sus fechorías. Esta era la criatura que había estado encerrada durante tanto tiempo y que ahora descargaba sobre mí toda su ira y

su voluntad; aquel que una vez fue Guilford Golt, el hechicero, se había convertido en un engendro más poderoso y terrible por obra de la propia muerte.

Algo impedía mi huida. Intenté gritar al sentir su contacto, pero solo logré exhalar un suspiro. La pared, que se encontraba junto a mi escritorio, me presionaba los omóplatos. Tenía al alcance mi diccionario, que había comprado la semana pasada por un dólar en una librería de segunda mano. Lo agarré y se lo lancé con todas mis fuerzas. Le dio de lleno en la mejilla, o donde debía de estar su mejilla. El libro no hizo ruido, no se detuvo. Le atravesó la cara y pasó de largo, volando hasta perderse en la negrura que se escondía en la infinidad de aquel armario.

Allí donde lo había golpeado quedó un desgarrón irregular. A través de él, se veía la pared. La figura no se detuvo ni vaciló. Se acercaba, y su presencia ejercía un peso aplastante: era su sed de amenaza, llena de determinación.

Ahora sus brazos se abrían, dispuestos a inmovilizarme contra la pared. Intenté apartarme. Demasiado tarde. Estaba atrapada en el ángulo que había entre la mesa y la pared. Su cabeza desgarrada y enmohecida pareció arrugarse debajo de los ojos, como si sonriera, pese a no tener boca.

La ventana… ¿Podría alcanzarla, abrirla, gritar pidiendo ayuda? ¿Saltar? También era demasiado tarde para eso. Sus manos hechas de pelusa se alzaban frente a mi rostro, tanteando mi cuello. Una espesa nube de polvo me llenó la nariz y la garganta. Una oleada de frío me sacudió como un golpe, mis párpados languidecieron, pesados, y mi cabeza se inclinó hacia un lado sobre mis hombros, como si no estuviera sujeta y no lograra sostenerse. Su cabeza redonda y las manchas apagadas que parecían conformar sus ojos se encontraban ya a pocos centímetros de mi cara. No podía gritar.

Pero, de pronto, la criatura retrocedió, sacudiéndose como yo había hecho. Algo la había sobresaltado. ¡Eso era! Un ruido acudía de nuevo a rescatarme.

En la puerta sonó un golpe fuerte y decidido. Poco después, una voz:

—¿Señorita Hampton?

Era el padre O'Neil. Y aquella cosa lo reconoció. Sabía quién era. No dudé ni un instante de que se sentía intimidada por él. Lo temía, igual que cualquier otra criatura más terrible temería aquello que un sacerdote es capaz de hacer… Se retiró con rapidez, casi desplomándose, siguiendo su propio rastro de vuelta por la habitación.

De pronto, podía respirar de nuevo y mantenerme en pie, erguida, sin tener que apoyarme en la pared.

—Señorita Hampton, ¿puedo entrar? —preguntó de nuevo el padre O'Neil.

La forma grisácea y vaporosa ya había alcanzado la puerta del armario y se hundía dentro con una prisa abatida, como si se derrumbara al buscar refugio allí. Se recogió sobre sí misma, haciéndose pequeña y oscura para confundirse con las sombras. Conseguí reunir fuerzas para ir tras ella, me lancé sobre el arcón que había arrastrado y caí contra la puerta, cerrándola con el peso de mi cuerpo.

Mis dedos tantearon el pestillo, lo levantaron y lo dejaron caer en su sitio.

—Pa… padre O'Neil —al fin recuperé la voz—. Sí, pase.

Y la puerta de mi apartamento se abrió. Aún recostada contra la del armario, me volví para saludar a aquel bendito, a aquel más que bienvenido visitante, con su corpulencia afable, su sotana negra y su rostro sonrosado y radiante.

—Me temo que llego unos minutos antes para la hora del té —empezó a decir, pero se interrumpió al verme—. Vaya, señorita Hampton. ¿Qué hace usted en esa puerta?

Se apresuró a cruzar la habitación hacia mí.

Me aparté, rodeé el baúl una vez más y me quedé frente a él.

—¿No iría usted de verdad a abrir el armario? —me reprendió con sincera preocupación.

Negué con la cabeza, en silencio y con absoluta honestidad. Ni todo el oro de los editores, ni los elogios de los críticos, ni el favor de los lectores me tentarían jamás a volver a poner la mano sobre ese pestillo.

El padre O'Neil se inclinó. Con un empujón rápido y firme, devolvió el baúl a su lugar, a su puesto de centinela ante aquella puerta.

—Una vez más, le ruego que no se atreva nunca a mirar dentro de ese armario, señorita Hampton —me dijo con solemnidad al incorporarse de nuevo—. Los albañiles estarán aquí en menos de una hora. Mientras tanto, me veo obligado a pedirle que me lo prometa.

—Se lo prometo —le aseguré con un fervor ronco.

El padre O'Neil sonrió con aprobación y me ayudó a preparar las cosas para el té. Mis manos, entumecidas como si me hubieran inyectado algún narcótico, no podían dejar de temblar. Y él se dio cuenta.

—Lamento haberla asustado, hija mía —se disculpó con suavidad —. Pero es importante…, extremadamente importante…, que la puerta de ese armario permanezca cerrada para siempre. —Me miró con aire calculador—. Por un momento sentí la tentación de contárselo todo…, pero dudo que pudiera creerse una historia así.

Asentí en silencio. Sabía demasiado, conocía demasiado como

para volver a recuperar la paz por completo. Había sentido el aliento y había visto el rostro de un peligro más terrible que cualquiera de las cosas mundanas que solo suponen una amenaza para la carne. Un peligro que había sido conjurado. El padre O'Neil me había salvado, sin saber siquiera lo cerca que había estado de la más espantosa calamidad.

Tomé una decisión repentina. En aquel momento, contaba con el respeto y la amistad del sacerdote, y él creía que me protegía guardando silencio. ¿Para qué inquietarlo, para qué preocuparlo, diciéndole que había llegado a conocer con mis propios ojos y mi propia carne la historia de aquel horror, que había sido de nuevo encerrado? ¿Para qué sacudir ese valor tan firme, ese dominio tan absoluto de aquella terrible situación? Además, aquel recuerdo comenzaba a difuminarse, convirtiéndose, como por obra de una bendición, en lo que parecía un mal sueño.

—No —respondí, tan alegremente como pude—. Probablemente no me lo habría creído.

Bajo tierra

Allison V. Harding



· 1949 ·

Traducido por

Carmen Torres y Laura Naranjo

Allison V. Harding

La identidad de Allison V. Harding lleva mucho tiempo siendo un misterio, a pesar de que fue la colaboradora femenina que más relatos escribió para *Weird Tales,* con treinta y seis historias publicadas. Estas van desde «The Unfriendly World», aparecida en julio de 1943 y que trata sobre un hombre que teme dormir porque, cuando lo hace, entra en un mundo letal, hasta «Scope», publicada en enero de 1951, en la que se narra la historia de un científico que inventa un telescopio con el que es capaz de ver hasta los confines del universo y que presencia algo inaudito. También publicó seis relatos en la revista hermana *Short Stories,* pero ninguna de estas ediciones proporcionaba información personal sobre ella, y tampoco colaboró con ninguna otra publicación.

El misterio se prolongó hasta que el historiador de ciencia ficción Sam Moskowitz obtuvo los derechos de compra de *Weird Tales* del editor Leo Margulies. Margulies había adquirido en 1957 los derechos de *Weird Tales* y los de *Short Stories* con la intención de resucitar ambas publicaciones. Sin embargo, las revistas de ficción especializadas habían entrado en declive a finales de la década de 1950, tras el colapso de las antiguas revistas *pulp.* El retorno de *Short Stories* solo duró dos años, y Margulies retrasó la reaparición de *Weird Tales* hasta el cincuenta aniversario de la revista, en 1973. Por desgracia, este primer intento de relanzamiento solo produjo

cuatro números. Moskowitz era el editor en esa etapa y, gracias a ello, tuvo acceso a los archivos originales de *Weird Tales* y de *Short Stories.* Fue así como identificó que Allison V. Harding era el seudónimo de Jean Milligan, y una búsqueda en documentos públicos revela que una tal Jean Milligan (1919-2004) llegó a Nueva York desde Connecticut en la década de 1940 y estuvo trabajando como secretaria. En 1952 se casó con Lamont Buchanan, que había sido editor adjunto de *Weird Tales* entre 1942 y 1949, años que coinciden con la publicación de los relatos de Harding. Lamentablemente, los archivos originales fueron destruidos tras la muerte de Moskowitz en 1997, por lo que toda la información clave se ha perdido.

Es posible que Buchanan conociera a Milligan a través de los envíos de relatos de la autora y que de ahí surgiera un romance. Parece ser que Milligan creó el alias de Allison V. Harding, pero ¿fue ella la única autora de los relatos o escribió Buchanan alguno de ellos? ¿Hubo colaboraciones puntuales o escribieron juntos todas sus historias? Lo desconocemos, por lo que parte del misterio sigue sin resolverse. Lo que sí sabemos es que ella, él o ellos contribuyeron con algunos de los relatos más memorables de la última década de la revista.

Bajo tierra

Traía una suave lluvia de verano que invitaba a quedarse a cubierto, pero, como la madre de Jamie se encontraba fuera, de visita, el pequeño había aprovechado que su padre estaba leyendo en la biblioteca y que la cocinera horneaba algo en la cocina para salir corriendo por la puerta trasera, cruzar el césped y bajar por el sendero que conducía al prado.

El doctor Holland se hallaba sentado en su sillón de cuero favorito, leyendo solo a medias, pues estaba más interesado en mirar por la ventana. Hacía suficiente calor como para estar en mangas de camisa; se alegraba de que esa tarde no pareciera haber pacientes que requiriesen su atención, porque, al igual que los gorriones de fuera, sentía cierta reticencia a trajinar por ahí con aquel calor y aquella humedad.

No se oía nada, excepto el suave siseo de la lluvia al impactar en la tierra ardiente, aún recalentada por el abrasador sol de la mañana. Ningún otro sonido, salvo el alegre ruido que Amanda producía de vez en cuando en la cocina al batir la masa para el pastel. Amanda era una de esas joyas rurales que se encuentran en los pueblos pequeños. Acudía siempre que se la necesitaba y hacía justo lo que había que hacer, como en esta ocasión, por ejemplo, en que la esposa de Albert Holland había viajado hasta el otro extremo del estado para pasar dos semanas con los suyos.

Era agradable estar allí sentado sin hacer nada: la revista médica que descansaba en su mano contenía un artículo interesante, pero no tenía por qué leerlo esa tarde. Se preguntó distraído qué tipo de pastel estaría preparando Amanda. Esperaba que fuese uno de esos blancos y esponjosos con glaseado de chocolate y relleno de gelatina.

Y fue justo entonces cuando oyó a Jamie dando gritos y llamándolo a voces. El sonido de su vocecilla procedía del exterior y aumentaba en volumen a medida que sus pequeñas piernas lo acercaban a la casa.

Jamie tenía un secreto. Era el mayor secreto que había guardado jamás. Demasiado grande para que su cuerpo menudo, ataviado con el llamativo disfraz de vaquero de las últimas navidades, fuera capaz de contenerlo. Después de mirar y remirar para asegurarse, se había alejado corriendo campo a través y había subido la colina del prado, salvado el murete de piedra y cruzado el césped chapoteando en los charcos. Antes de llegar a casa, ya iba llamando a su padre, que había salido a su encuentro por la puerta trasera.

—¡Jovencito, entra ahora mismo y límpiate los pies!

—¡Papá! —exclamó Jamie, sin aliento.

Su padre lo condujo a la biblioteca.

—¡Jamie, sabes perfectamente que, de haber estado aquí tu madre, no te habría permitido salir a jugar a los indios con esta lluvia!

—¡Papá…!

—Jovencito, ninguno de los dos saldrá bien parado si, cuando mamá regrese, te pilla con un buen resfriado. Será mejor que subas y te cambies. Deja que toque esos zapatos y esos calcetines.

—Pero ¡papá! *¡Papá…!*

—Como me temía, ¡empapados! ¡Venga, arriba, andando!

—¡Pero es que ahí fuera, en el campo, hay un hombre tendido en el suelo que se me ha quedado mirando, papá!

—No me metas en tus juegos de indios, Jamie.

—Es verdad, papá, verdad verdadera… ¡Ven a ver!

El crío, cuya voz había ido *in crescendo,* tiró de la mano de su padre.

—Sube a tu habitación, jovencito, y quítate ese disfraz. Si te pones unas botas de agua y un chubasquero, iré contigo. ¿Qué has dicho que era? ¿Un jefe indio?

—No es un jefe indio, papá. ¡Es un hombre tumbado en un hoyo en el suelo!

—¡Si quieres que salga y te ayude a atrapar a Buffalo Bill, sube y haz lo que te he dicho!

El crío se alejó dando zapatazos. Un rato después, padre e hijo cruzaban el césped, salvaban la cerca de piedra y se adentraban en los campos que se extendían al otro lado. La llovizna había cesado, pero la niebla había ocupado su lugar y se aferraba al prado con sus dedos grises.

—No tires tanto, Jamie. ¿No ves que hay que acercarse con sigilo? ¡No quiero que me atraviese una flecha, socio!

La emoción de Jamie aumentó cuando alcanzaron el otro extremo del prado. Allí, entre una roca y el tocón de un árbol, se detuvo, miró al suelo y luego alzó la vista hasta su padre con rostro contrariado.

—¡El señor Topo estaba ahí, papá, justo ahí! —exclamó señalando el lugar.

Se distinguía un poco de tierra recién removida, con la parte superior aún embarrada por la lluvia, como si el propio Jamie u otra

persona hubiera utilizado una pala. El doctor Holland hurgó en ella con la punta de la bota. No había nada.

—Supongo que los indios lo han encontrado antes que nosotros, Jamie. ¡O tal vez se lo ha llevado un puma!

—¡Pero es que estaba justo ahí, papá!

El médico soltó una risotada y rodeó a su hijo con el brazo.

—Venga, volvamos a casa, jovencito.

Le gustaba que el niño tuviera imaginación. Para él, era señal de inteligencia, y a un padre nunca le desagrada advertir eso en su prole.

Esa noche, durante la cena, Jamie parecía inusualmente taciturno, y el doctor Holland pensó que quizá antes no le había dado la debida importancia al tema, así que, para complacer a su hijo, volvió a sacarlo a colación.

—¿Por qué has llamado «señor Topo» a esa criatura, Jamie?

—Porque estaba en la tierra…, como atrapado, papá.

Por las mañanas, el doctor se las apañaba para preparar el desayuno. «No soy muy buen cocinero, Helen», le había confesado a su esposa. Pero ella se había reído y le había contestado: «¡Bueno, con Amanda preparando dos comidas al día, seguro que no os morís de hambre!».

Esa mañana, tenía previsto ir a recoger a la cocinera para que más tarde obrara su magia en los fogones.

El doctor Holland estaba enfrascado con los platos del desayuno cuando Jamie irrumpió en la cocina a la carrera.

—¡Es el señor Topo otra vez! —exclamó soltando todo el aire de golpe.

—Jamie…, ¡mira, estás poniéndolo todo perdido de tierra! A mí no me importa, pero ya sabes que tu madre te tiene dicho que no

hagas eso, y luego Amanda tendrá que limpiarlo. Será mejor que lo hagamos nosotros.

—¡Rápido, papá! —El niño tiraba ya del delantal del doctor Holland —. ¡Rápido, antes de que el señor Topo se vaya!

El médico, impelido más por la urgencia de su pequeño que por su propia voluntad, volvió a salir por la puerta trasera y cruzó el césped. Esta vez, mucho más cerca de la casa, justo al otro lado del murete de piedra, había un agujero —qué raro, no había reparado antes en él; su hijo se estaba convirtiendo en todo un experto con la pala— y dentro… El doctor Holland se detuvo tan bruscamente que el crío, que iba adelantado de su mano, trastabilló hacia atrás por el tirón.

—¿Ves, papá? ¡Mira, es el señor Topo, como te había dicho!

El hoyo quedaba a dos pasos de distancia, y el doctor Holland los dio mientras apartaba instintivamente a su hijo un poco hacia atrás.

Lo que había en el hoyo era… un hombre… ¡o lo había sido! Iba vestido con chaqueta, camisa y pantalones corrientes de color marrón, y llevaba zapatos. Su piel también mostraba cierto tono terroso, y de las fosas nasales, los oídos y las comisuras de la boca le salía tierra.

Tenía los ojos abiertos y miraba fijamente hacia el cielo —pues yacía bocarriba—, y, cuando el doctor Holland se arrodilló junto a él, se percató de la mueca de sus labios. El hombre, quienquiera que fuese, no debía de haber sido muy atractivo en vida, y aquel mohín malicioso otorgaba a su rostro una expresión desagradable.

El médico le agarró la muñeca. Al levantarla para buscarle el pulso, cayó tierra de entre los dedos. Tal y como esperaba, no había pulso. Introdujo una mano bajo la chaqueta del hombre y le palpó la región del corazón. No detectó el más mínimo latido.

Se levantó y, apremiando a su hijo por delante de él, regresó rápidamente a casa.

—¿Ves, papá? ¡Te dije lo del señor Topo! ¡Sale de la tierra!

—Escucha, hijo, he de hacer unos recados y quiero que te quedes aquí.

Entonces, ¡ayer sí que había habido alguien allí! Jamie debió de confundirse y llevarlo en la dirección equivocada.

El doctor Holland debía ir a pasar visita a la señora Foster, cuya artritis crónica y cuyo temperamento irritable requerían de una meticulosa atención por su parte. Pensó en avisar a Ed Quinlan, que era su vecino más próximo. Quinlan, además de ser el secretario municipal, era el ayudante del *sheriff* del distrito. Sin embargo, la curiosidad profesional de Holland le hizo ir a buscar su pequeño maletín médico y dirigirse nuevamente hacia aquella tumba al final del prado, desenvolviendo su estetoscopio mientras caminaba.

Estaba bastante seguro…, bueno, seguro al cien por cien, de que el hombre estaba muerto. Aquello era toda una conmoción… Su hijo, por supuesto, no se había percatado del terrible alcance de aquel espantoso asunto. Caminó con brío —más tarde, calculó que no habría parado en casa más de cinco minutos— y, aun así… Aun así, cuando regresó y se detuvo en el lugar en cuestión, ¡aquella cosa, el señor Topo, había desaparecido!

—¡Imposible! —masculló el doctor Holland.

Aquel era el lugar, de eso no cabía duda. La tierra estaba suelta; se arrodilló y la rastrilló con los dedos. ¡No había nada! *¡Nada!* Volvió a ponerse en pie y echó un vistazo a su alrededor, medio temeroso de encontrar al hombre que él había creído —no, que había certificado— muerto alejándose como si nada de su tumba terrenal. ¡No había nadie hasta donde alcanzaba la vista!

Enrolló su estetoscopio con aire pensativo y regresó a casa. Se

figuró que debía de tratarse de algún tipo de broma de mal gusto que estarían gastándole unos desconocidos, como cuando unos estudiantes de secundaria le trastearon la tubería del bebedero para pájaros y, en lugar del habitual y delicado hilo de agua que los animales agradecían, había salido un chorro como el de una manguera de incendios.

Sin embargo, allí había habido un cuerpo y estaba muerto. Eso significaba que o bien se encontraba ante la profanación de una tumba, o bien ante un cadáver procedente de una morgue o de un laboratorio clínico.

Ordenó a Jamie que se quedara en casa («Sin peros que valgan, y no te atrevas a desobedecerme») hasta que él regresara.

Hizo su visita a la señora Foster tan rápido como pudo, recogió a Amanda y condujo de vuelta a toda velocidad para encontrar a su hijo jugando tranquilamente con sus soldaditos de plomo en el suelo de la biblioteca.

Un par de veces aquel día, el doctor Holland fue al lugar al otro lado del murete donde la tierra estaba suelta. También se adentró en el campo al que Jamie lo había llevado el día anterior. No había nada que ver, salvo lo que parecía un trozo de tierra excavada.

No se volvió a mencionar el asunto hasta esa noche, cuando Jamie sacó el tema justo antes de que lo mandara a la cama.

—¿Adónde va el señor Topo, papá?

¡Buena pregunta! Si daban por hecho que el señor Topo existía, este no podía esfumarse del mapa sin más. Si daban por hecho que el señor Topo no existía, ¡entonces el doctor Holland debía llevar a su hijo de inmediato a un oculista y acudir él mismo a un psiquiatra!

Durante varios días, el doctor Holland estuvo cavilando sobre el tema mientras llevaba a cabo sus tareas médicas y ejercía de padre

en casa, y encontró más de una excusa para darse una vuelta por el jardín, saltar el murete de piedra y adentrarse en los prados del otro lado.

En pocos días, los agujeros donde había aparecido el señor Topo perdieron su frescura, dejaron de parecer recién excavados y fueron reclamados de nuevo por el amplio seno de la tierra.

Una noche, justo antes de acostarse, Jamie dijo:

—¡Hoy el señor Topo me ha invitado a dar un paseo, papá!

A Holland casi se le cae el limpiapipas de las manos. Intentó mantener la voz firme, pues, en el silencio que había rodeado el tema durante varios días, era como si aquella horrible pesadilla hubiera desaparecido. Al médico le costó conservar la calma en su voz.

—¿Dónde estaba, Jamie? ¿Dónde estaba el señor Topo?

El crío señaló con un vago gesto del brazo e insistió:

—Me pidió que diera un paseo con él, papá. Por abajo, dijo.

—¡Jamie! —Aquello había llegado demasiado lejos—. Quiero que me digas cuándo viste al señor Topo por primera vez.

—Cuando te dije. Aquel día que estaba lloviendo.

—Y, Jamie…, no me mientas, ¿de acuerdo?… ¿Él te *habla?*

—Claro, papá.

Holland se levantó. Había que zanjar aquel asunto de una vez por todas. No podía seguir ignorándolo con la esperanza de que, después de todo, no fuera más que un producto de su imaginación.

—Vamos a ver al señor Topo ahora mismo, hijo.

—¡Pero es que no puedes! ¡Se ha ido! ¡Desapareció delante de mis propios ojos!

—¿Por dónde? Lo seguiremos.

El niño frunció el ceño, como si, incluso para su joven y crédula mente, aquel hecho fuera inusual.

—Simplemente desapareció… Como si se lo hubiera tragado la tierra. Dijo que volvería.

El médico le pidió a su hijo que le indicara el lugar de la última aparición del señor Topo y luego mandó a su pequeño de seis años a la cama. Más tarde, él mismo fue a investigar y allí, en el punto que su hijo había descrito, halló marcas de tierra recién removida. Era un auténtico dilema decidir qué hacer al respecto. Su mente científica y ordenada lo impelía a buscar una solución lógica y definida, pero no encontraba ninguna.

Aquello —fuera lo que fuese, y parecía ser un hombre— debía ser investigado por las autoridades. El primer paso en ese proceso, sin embargo, era encontrar al señor Topo y evitar que siguiera esfumándose.

Albert Holland pasó veinticuatro horas trazando un plan, hasta que se le ocurrió que debía hablar con su vecino, Ed Quinlan, el ayudante del *sheriff* que vivía al otro lado del largo prado que se extendía por detrás de su casa y bajaba por la colina. Quinlan, viudo y con un hijo de la edad de Jamie, era un buen hombre. Siempre había agradecido que Holland lo hubiese atendido sin mencionar honorarios cuando los Quinlan pasaron por una mala racha tiempo atrás. Y lo demostraba. Pero, más allá de eso, era un tipo campechano y realista, cuya mayor virtud no era precisamente la imaginación —aunque no era tonto ni mucho menos—, por lo que aportaría un enfoque sensato a la situación, además del peso de su cargo en el condado.

Holland pensaba ir a visitarlo aquella misma tarde, y ya estaba a punto de salir tras haber acostado a Jamie cuando sonó la aldaba de la puerta. Dio la casualidad de que era Quinlan.

—¡Hola, Ed! —lo saludó afectuosamente el médico.

—Buenas tardes, doctor. Lamento molestarle.

—En absoluto. Pase.

Holland notó de inmediato que el hombre parecía inquieto. Su rostro ancho y rubicundo denotaba preocupación, y sus gruesas manos aferraban el sombrero panamá un poco deslucido con el que siempre iba tocado.

—¿Su esposa sigue fuera, doctor?

—Sí, otra semana más, Ed.

Hablaron de esto y de lo otro brevemente, hasta que Ed fue al grano.

—Doctor, si su pequeño ya está en la cama, me pregunto si podría acompañarme un momento a casa. Ha ocurrido algo extraño.

Holland esperó, sintiendo cómo su desasosiego iba en aumento.

—Se trata de Eddie, mi hijo, doctor. No se lo va a creer. Se ha encontrado un cuerpo tirado por ahí…, en el prado que hay detrás de nuestra casa. Creí que el chaval me estaba tomando el pelo…, ya sabe usted cómo son estos críos. Se ha pasado toda la tarde dándome la tabarra. Hasta que he ido con él hace un momento, doctor. Lo he visto con mis propios ojos. Todo cubierto de tierra, con una especie de sonrisa maliciosa en la cara. Era el tipo más espeluznante que he visto en mi vida, doctor. Lo he palpado. No desprendía más calor que una piedra. Parecía muerto, eso seguro, aunque no me queda claro que se haya cometido un crimen.

Quinlan hizo una pausa, respiró hondo, jugueteó con su sombrero y volvió a clavar sus preocupados ojos en el médico.

—¿Podría acompañarme?

—Por supuesto, Ed.

Quinlan se apresuró a agregar:

—Creo que lo vi moverse. Ya estaba oscureciendo un poco. Envié

a Eddie a casa a por una linterna. Para serle sincero, no veía del todo bien. Pero, doctor, estaba tendido bocarriba, le salía tierra de la boca y, cuando volví a mirar, juraría que se había dado la vuelta. Y todavía conservaba aquella mueca en la cara, como si hubiera muerto sonriendo (solo que no era una sonrisa agradable) o, si no estaba muerto del todo, como si estuviera disfrutando del momento.

El hombre continuó parloteando mientras seguía al médico hasta el recibidor, de cuyo guardarropa Holland fue a coger su linterna.

—Iré con usted, Ed.

—Pero he aquí el problema, doctor. —Ed lo agarró del brazo justo en la puerta, antes de que se adentraran en la oscura noche de verano—. Lo he perdido. Debí de apartar la vista hacia la penumbra a la espera de que Eddie regresara con la linterna o algo así, porque, cuando me giré, había desaparecido. Como si nunca hubiera estado allí… ¡Salvo que yo sé que había estado, porque la tierra estaba revuelta como la de una tumba recién cavada!

Los dos hombres echaron a andar; la linterna, que cabeceaba en la mano de Holland, iluminaba el camino a través de la exuberante campiña del mes de julio. La noche los envolvía, y se había hecho el silencio entre ellos —el agente de la ley y el hombre de ciencia—, pues cada uno iba sumido en sus pensamientos y su desconcierto, hasta que finalmente detuvieron sus pasos y se quedaron juntos, muy juntos, en el punto al que habían llegado guiados por el sentido de la orientación de Quinlan y que ahora iluminaba el haz de luz de la linterna.

La voz de Ed sonó apagada bajo el manto negro de la noche cuando exhaló y dijo:

—Ahí es donde estaba. Justo ahí, doctor.

Y Albert Holland se quedó allí plantado mirando el suelo, aquella

escena tan familiar, que iluminó con el haz de la linterna, pues poco más podía hacer. Ambos estaban pensando qué decir, pero al final fue Quinlan el que habló.

—Supongo que cree que me he vuelto loco, doctor.

Al oír eso, el médico le puso una mano en el brazo.

—No, Ed, no lo creo. No se ha vuelto loco. Está claro que ha visto algo.

Y a punto estuvo de añadir: «Yo también lo vi, Ed. Aquí, en el prado, y luego más cerca de mi casa. Jamie me llamó justo como Eddie lo ha llamado a usted. Hemos visto algo, de eso no cabe duda. Qué era, solo Dios lo sabe, y yo soy médico y se supone que debería conocer la diferencia entre la vida y la muerte».

Pero no dijo nada, pues Quinlan seguía hablando:

—… asegura que habló con él… Figúrese, doctor, un cadáver hablándole… E invitó a Eddie a dar un paseo, aunque no podía tratarse de un cadáver si se dio la vuelta, ¿verdad? La gente no puede hacer esas cosas… No si realmente están muertos, ¿no cree, doctor?

El tono del ayudante del *sheriff* sonaba ahora lastimero.

Holland volvió a ponerle la mano en el hombro, esta vez con más urgencia.

—Ed, dice que envió a Eddie a casa antes de venir a la mía, ¿no es cierto?

—¡Sí…, sí, claro!

Entonces, ambos comenzaron a caminar casi al unísono hacia la pequeña casita de campo de Quinlan, justo al rebasar la colina, y, mientras avanzaban, aunque no intercambiaron palabra alguna, sus pasos se aceleraron.

La noche lo había provocado, se dijo Holland, la noche que infunde miedo incluso en el hombre más incrédulo, el más prosaico,

el menos imaginativo… ¡Pero tenían motivos para sentirse así, pues la experiencia que los dos padres habían compartido con sus dos pequeños era —por expresarlo de algún modo— extraordinaria!

Había una luz encendida en la planta baja de la casa de Quinlan. La vislumbraban en la penumbra y crecía a medida que se aproximaban a ella a paso ligero. Quinlan, cuyo tono de voz se había tornado ahora tenso, empezó a llamar a su hijo a voces.

—¡Eddie! Eddie, hijo, ¿estás ahí? ¡Soy papá!

Y, desde la silueta de la casa que se adivinaba al frente, en la negrura de la noche, la voz del niño respondió:

—¡Papá! ¿Eres tú? ¿Has estado en el prado hablando con *él*?

No hubo necesidad de responder. Los pasos apresurados de los dos hombres se ralentizaron casi en el acto. La crisis, no declarada entre ellos, pero augurada por ambos, se había disipado. Quinlan se giró hacia el médico.

—Gracias, doctor. Muchas gracias por venir.

Los dos hombres se estrecharon la mano en la oscuridad con cierto fervor. Luego se despidieron para tomar caminos diferentes: Quinlan hacia su casa y el doctor Holland de regreso a la suya, al otro lado del prado, envuelto en el manto negro de la noche.

Holland se quedó despierto hasta muy tarde, reflexionando sobre la cadena de acontecimientos que se habían convertido ahora en algo más que los delirios de una o dos personas. Quinlan era su antítesis, su opuesto y su antídoto, y, aun así, aquel hombre sencillo y de buen corazón había visto algo. La posibilidad de que aquello fuera una broma de mal gusto era bastante remota. Objeciones aparte, aunque el médico del pueblo fuera menos inmune, la gente no iba por ahí gastándole ese tipo de bromas a un ayudante del *sheriff.* No, allí fuera *había algo…, alguien.* Un hombre, o lo que una vez había

sido un hombre, pues lo parecía e iba vestido como tal.

Holland era muy consciente de que se daban casos de diagnósticos erróneos. Se había declarado muertas a personas que en realidad no lo estaban. Existían enfermedades, afecciones y estados que se asemejaban a la muerte y que, sin embargo, no lo eran. La catatonia, por ejemplo, era una de ellas. No obstante, más allá de su razonamiento, más allá de sus especulaciones y de sus intentos de analizar cada posibilidad y luego descartarla apelando a la lógica, estaba convencido, como médico, de que el hombre que había visto —ese al que Jamie tan acertadamente había llamado «señor Topo»— no pertenecía al mundo de los vivos.

Deseó que Helen estuviera allí, no solo porque se le daba bien escuchar —y él necesitaba a alguien así a quien relatarle los hechos y sus suposiciones—, sino porque también solía aportar buenas ideas. Los insectos nocturnos guardaban silencio y por el este empezaba a rayar un resquicio de luz cuando el médico finalmente se retiró a su dormitorio.

Para explicarle a Jamie que no debía andar correteando como un niño pequeño por el prado, tuvo que inventarse una historia sobre unos indios que merodeaban por la zona.

El crío se lo quedó mirando fijamente, con más sabiduría de la que, pensó el médico, debería tener un niño de su edad.

Holland prosiguió con su rutina diaria, contando los días que faltaban —seis, cinco, cuatro, tres— hasta que su esposa Helen regresara. No podía, en conciencia, confinar a su hijo en casa, pues necesitaba una razón más poderosa que la de unos indios imaginarios. Además, el peligro para su pequeño rubito no estaba demostrado; quizá solo residía en la mente de un padre preocupado.

Con el paso de los días, el médico acabó por reprenderse un poco. Había llegado a molestarle la sensación de incomodidad que

experimentaba cada vez que tenía que sacar del garaje su cupé con el emblema de médico en la matrícula trasera para acudir a una visita o hacer un recado. Aun así, se sentía inquieto cuando dejaba a Jamie solo.

Pero el mero paso del tiempo dio alas a la esperanza —que casi se convirtió en certeza— de que quienquiera que fuese lo que andaba como un topo de acá para allá había regresado al lugar de donde procedía o había quedado atrapado para siempre en alguna oscura rendija bajo la superficie de la tierra, lejos de los ojos de los hombres.

Un día, Holland se encontró con Quinlan en el pueblo, y ambos estaban de buen ánimo.

No dijeron nada, pero estaba claro: «Yo no lo he visto y tú tampoco, o lo habríamos mencionado». Ese acuerdo tácito quedó entre los dos hombres, que se despidieron con gran afabilidad.

La noche antes del dichoso día en que Helen tenía previsto su regreso, el teléfono de Holland sonó. Jamie ya estaba arriba, supuestamente dormido en la habitación que daba al este, decorada con un alegre papel pintado, y hacía rato que Holland había llevado a Amanda a casa, explicándole con detenimiento que la necesitarían «al día siguiente por la tarde», pues Helen regresaría a tiempo para la cena y sería bueno tenerle preparado algo especial para darle la bienvenida.

—Hola, doctor. —Era Quinlan cuando Holland levantó el auricular —. ¡Eddie lo ha vuelto a ver!

La mano del doctor se tensó sobre el aparato.

—Allá atrás, en el bosque. Jura que se mueve y que le habla. Quería que Eddie diera un paseo con él.

Holland trató de mantener la voz serena.

—¿Qué piensa hacer al respecto, Ed?

—Mañana… —añadió Quinlan, como si lo hubiera estado meditando— reuniré a una cuadrilla de hombres y averiguaremos quién o qué es. ¡Tal vez solo se trate de un borracho!

Con suerte, sería eso.

—Creo que deberíamos hacer algo, Ed —dijo el médico con determinación—. ¡Esto no puede seguir así!

Y, tras esas palabras, los dos hombres colgaron. Holland regresó a la biblioteca, donde se sentó acompañado de nuevo por aquella sensación de inquietud. En los últimos días, había tenido tiempo y ocasión de examinar con detenimiento los archivos de la secretaría del condado y los periódicos. No se hacía mención alguna a desapariciones inexplicables ni a otros incidentes en la zona que pudieran justificar la existencia de aquella cosa errante que vagaba por la campiña estival. Y, si algo resulta imposible en la sociedad actual, es desaparecer o que te maten o aniquilen de algún modo sin atraer una atención considerable.

Sí, ¿quién había oído hablar de un cadáver o de un cuerpo sin reclamar? Por más que lo intentara, Holland no podía apartar de su mente la inquietante idea de que aquello no encajaba con lo habitual y, por lo tanto, no seguía las leyes del común de los mortales.

En realidad, pasaban pocos minutos de las siete de la mañana siguiente cuando Holland oyó el golpeteo de la aldaba de su puerta, pero parecía mucho más temprano. La lluvia y la niebla que cubrían los campos habían retrasado la llegada del día. Jamie acababa de dar señales de haberse despertado en su habitación cuando su padre bajó a trompicones las escaleras murmurando por lo bajo.

Y entonces, antes de posar la mano en el gran picaporte que abriría la puerta, un presentimiento se apoderó de él, le agarrotó el brazo y le recorrió la espalda con dedos fríos y húmedos.

El médico abrió la puerta y Quinlan emergió de la grisura matutina, azotado por la tormenta, con un bulto en los brazos, el rostro mudo y los ojos desorbitados. Parecía ofrecer a Holland lo que llevaba acunado, y este, al verlo, se convirtió de inmediato en el médico que era.

—Déjemelo, Ed. Ya lo cojo yo —dijo con dulzura, aunque supo al primer vistazo que no había esperanza.

El pequeño Eddie estaba lleno de tierra por todas partes: tierra en los ojos, la boca y los oídos, que la lluvia había convertido en barro. Era evidente que el chiquillo había muerto asfixiado, pero no por unas manos aferradas a su garganta, sino por haberse adentrado en las profundidades de la tierra y haber quedado allí enterrado.

A Holland le vino a la mente lo que Quinlan le había contado por teléfono la noche anterior, lo que su propio hijo había mencionado la última vez que aquella cosa había rondado por allí… ¿Qué era? ¿Que el señor Topo lo había invitado a dar un paseo por allí *abajo*?

Mientras el médico pensaba, Quinlan hablaba con la voz entrecortada, tratando de mantener la compostura con la determinación de un hombre fuerte, torcido y quebrado ahora por la peor de las tragedias.

—Estoy seguro de que el crío estaba metido en la cama cuando hablé anoche con usted, doctor, pero en algún momento de la madrugada o esta mañana temprano debió de salir… Dios sabe por qué… ¡Salvo que ese diablo tenga un poder, que produzca una especie de fascinación! Yo me levanto temprano, como bien sabrá, y esta mañana no encontraba a Eddie por ninguna parte. Salí a buscarlo… y encontré uno de esos hoyos no lejos de casa. Ya sabe…, como los que habíamos visto. Vi las huellas del pequeño Eddie alrededor del agujero, sí, como si se hubiera adentrado en él…

»Entonces cogí una pala, doctor, y cavé más rápido de lo que

ningún hombre haya cavado jamás… Y, después de ahondar un buen trecho en ese agujero…, lo encontré… así. Pero ni siquiera pudo decir «hola, papá», no quedaba aliento en su interior.

Quinlan se desplomó en una silla, sollozando ahora, con la cabeza entre sus poderosas manos, temblando como un niño aterrorizado.

—Ed —dijo Holland con voz queda y compasiva—. Ed, sígame al consultorio.

El médico tomó la delantera, con el cuerpo de Eddie en brazos, y Quinlan lo siguió con diligencia, aunque tambaleante. Jamie era un niño sensible. Lo último que Holland quería era que se asomara por entre los barrotes de la barandilla y viera la escena del recibidor. Además, el propio Quinlan necesitaba medicación.

El doctor colocó el cuerpo de Eddie con cuidado sobre la mesa de examen, confirmó con su estetoscopio lo que ya sabía —que no quedaba el más mínimo soplo de vida en aquel cuerpo saturado de tierra— y, a continuación, preparó un fuerte sedante para el desafortunado padre.

—Se ha ido, ¿verdad, doctor?

—Me temo que sí, Ed. Es una tragedia… ¡Una verdadera tragedia! Y sé que cualquier palabra de consuelo que le diga sonará torpe e inadecuada.

Quinlan permaneció un rato sentado sin mediar palabra, dando vueltas y vueltas con sus fuertes dedos al vaso que contenía el sedante. Se lo bebió de un trago y, al cabo de unos instantes, se puso en pie.

—Bueno…, gracias, doctor. Si me permite, me llevo a mi hijo. Lo llevaré a casa y luego a la funeraria. Quiero hacerlo rápido, doctor… ¡Porque voy a ir tras ese demonio de la tierra! Voy a reunir a los hombres. ¿Vendrá con nosotros, doctor?

—Sabe que sí, Ed. Iré a su casa un poco más tarde.

—¿Tiene un hacha, doctor? ¡Tráigala! —El ayudante del *sheriff* esbozó una mueca de rabia que dejó sus dientes al descubierto—. ¡Vamos a atrapar a ese malnacido!

—Ed…, ¿no quiere que vaya con usted o que lleve a Eddie al pueblo yo mismo?

Quinlan negó con la cabeza, lleno de determinación.

—Lo hecho hecho está, doctor. ¡Ahora tenemos que ir a por el culpable de esto!

Acto seguido, salió con Eddie acunado de nuevo en sus brazos, y, cuando la creciente luz de la mañana tocó su rostro, esta reveló una expresión endurecida, donde la profunda tristeza, la conmoción y la desesperanza habían sido remplazadas por algo más saludable en un hombre.

Holland fue entonces a por Jamie y se armó de valor cuando el niño le preguntó:

—Papá, ¿qué hacía aquí el señor Quinlan?

—Tenía un problema muy grave, hijo —respondió el médico con tacto—. Ha venido a pedirme consejo. ¿Te apetece venir conmigo al pueblo a recoger a Amanda?

Durante el trayecto en coche, las nubes se fueron disipando rápidamente y el sol salió para secar y calentar el mundo húmedo de la temprana mañana. Holland conducía por puro hábito, con la cabeza en otra parte. Le devolvió el saludo a Amanda como un autómata. No mencionó el tema, pero su hijo ya lo miraba con curiosidad.

Esa era una de las maldiciones de la imaginación. Amanda era una anciana, la mejor horneando tartas y haciendo hojaldres de manzana, siempre dispuesta a servirlos y llena de afecto por ellos como si fueran de su familia, pero demasiado mayor para entenderlo

si le decía: «Mira, Amanda, ha sucedido algo terrible en el vecindario. Hay un hombre suelto…, un muerto, y acaba de matar a un niño. Debemos ser cautos… No sabemos de dónde vendrá el peligro. A lo mejor no ocurre nada, pero ¡nunca se sabe!».

No podía hablarle así. Y menos delante de su hijo.

Regresaron a casa y Amanda reparó enseguida en que el médico no había desayunado. Insistió en prepararle algo. Holland comió con desgana. Después debía ir a casa de Quinlan, como había prometido. Los hombres se reunirían allí para su sombría tarea.

Jamie, que observaba a su padre tomarse una taza de café mientras se bebía su vaso de leche, le dijo:

—Esta mañana voy a ir a jugar con Eddie. ¡Vamos a volar la nueva cometa, papá!

A Albert Holland se le hizo un nudo en la garganta.

—No, Jamie, hoy no.

—Pero ¡papá…!

¿Qué podía decirle? ¿Qué podía decirle? Desde luego no: «Jamie, tengo algo que contarte… Amanda es demasiado mayor y tú eres demasiado joven para entender el porqué de todo esto, pero la verdad es que Eddie está… ¡muerto! Un cadáver lo arrastró hasta un agujero y lo asfixió en el prado donde los dos habéis jugado tantas veces…, donde ibais a jugar esta mañana con tu cometa. Está muerto, Jamie. No sirve de nada que vayas a buscarlo».

¿Cómo iba a decirle eso? ¿Qué podía decirle? Y, mientras tanto, Jamie seguía allí sentado con su cabecita rubia, preguntándose por qué.

—Papá, vamos a…

La mente despierta del niño buscaba respuestas al silencio de su padre.

—¿Está enfermo?

(No podía negar que era hijo de un médico.)

—¡Será eso! —exclamó el pequeño con más seguridad—. ¡Ha pillado el sarampión!

No, Jamie, eso ocurrió el invierno pasado y no se contrae dos veces, pero aún recuerdas que tu madre y yo no te dejamos ir porque Eddie tenía sarampión. Esta vez, Jamie, es algo peor…, muchísimo peor que el sarampión.

—¿Es algo que se pega, papá? ¿Sarampión?

—No.

No, Jamie, no es sarampión, no es algo que se pegue… No. ¡O tal vez sí! Tal vez por eso estoy más aterrado de lo que jamás me atrevería a confesarte. Por eso, dentro de un instante, voy a coger el hacha del cobertizo para reunirme con Quinlan y el resto de los hombres.

En cambio, lo que dijo fue:

—No, Jamie, esta mañana no puedes ir a su casa. Encuentra algo que hacer por aquí. ¡Y no me desobedezcas! Voy a pedirle a Amanda que te vigile, ¿me oyes?

Albert Holland se encaminó hacia la casa de Quinlan, hacha en mano; salvó el bajo murete de piedra y se adentró en el prado en dirección a la colina. El sol ya había salido, resaltando la suavidad y la paz características de mediados de verano. El fértil verdor le relajaba la vista y hacía que los pensamientos desagradables de su mente de médico parecieran increíbles e inverosímiles. Que tales cosas pudieran haber ocurrido bajo el azul del cielo y el brillo del sol en aquella apacible tierra era del todo inconcebible.

Y, sin embargo, un poco más adelante, vio las cuadrillas de hombres alrededor de la casa de Quinlan. Desde lejos no eran más que hombres bajos y altos, robustos y delgados. Aquí y allá, el sol

destellaba en el cañón de algún arma. Sin embargo, a medida que se acercaba, fue reconociendo sus rostros: el dependiente de la farmacia, varios jóvenes del cuerpo voluntario de bomberos, el subdirector de la oficina de correos y otros. Lo saludaron con un gesto de la cabeza y él les correspondió. Todos tenían algo en común, y ese algo era de naturaleza nefasta y sombría.

Los hombres se hicieron sugerencias y se espetaron órdenes unos a otros. Finalmente, emprendieron la marcha, se adentraron en la vastedad del prado provistos de palas, hachas, garrotes y armas, y se pusieron a punzar la tierra, a pincharla como si hubiera sido ella quien había cometido aquel horrible crimen.

A Quinlan se le veía de acá para allá, lleno de una furia terrible que resultaba incluso peor porque era silente y solo se manifestaba en su inagotable energía.

Las horas pasaron y los hombres recorrieron los campos, cruzaron los arroyos y se abrieron paso entre la maleza. Hacía rato que habían picado y cavado en los hoyos que Quinlan y el doctor Holland conocían. El mediodía dio paso a la tarde. El sol se deslizó hacia el borde de las colinas del oeste, y Holland, tras consultar su reloj, supo que debía volver a casa y prepararlo todo para la llegada de Helen.

El agotamiento, después de tanto caminar y buscar, llegó acompañado de una sensación de futilidad. ¿Qué habían hecho? ¿Qué podían hacer? ¿Qué esperaban aquellos hombres que habían pisoteado la tierra con las botas aquí y allá y que la habían abierto con sus herramientas de acero? ¿Que algo emergiera sin más y dijera «¡aquí estoy!»?

Los hombres volvían por relevos a la casa de Quinlan, donde las mujeres mantenían cacillos con café en el fuego. Holland dejó allí su hacha y emprendió el camino de regreso a casa. Sabía que, tarde o

temprano, darían con aquella criatura…, fuera quien fuera o lo que fuera. Y pensó, con la lógica propia de un médico, que era bueno que Quinlan dirigiera la búsqueda en aquel momento de tan profundo dolor.

El doctor llegó a casa y entró, dejando que la puerta mosquitera se cerrara de un golpetazo a su espalda. El trajín de Amanda en la cocina lo condujo hasta allí. La mujer estaba «preparando algo especial» para la cena, cuando Helen volvería a estar con ellos.

—¿Dónde está Jamie? —preguntó él en voz alta. Amanda era un poco dura de oído y había que gritarle.

—Por ahí anda, jugando con su disfraz de vaquero. —Describió un semicírculo con su viejo brazo—. Doctor Albert… —siempre lo llamaba así—, doctor Albert, ¡está hecho un desastre! ¿Qué ha estado haciendo?

Holland se echó un vistazo a sí mismo. Cinco o seis horas de caminata entre matorrales examinando hoyos en la tierra lo habían dejado hecho unos zorros. Tendría que asearse. Miró por la ventana de la cocina.

—¿Dónde ha dicho que estaba Jamie?

—Por ahí —repitió—. Lo he visto no hace mucho… Bueno, quizás haga cosa de una hora o así. Decía que estaba con un amigo. Un tal señor no sé cuántos que había venido a verlo.

Holland se quedó petrificado.

—¿El señor… el señor *Topo*? —Su voz sonó mucho más fuerte de lo necesario.

—¡El mismo! Sabía que sonaba como un animal. Qué apodo más curioso, ¿verdad, doctor Albert? Ha dicho que su amigo lo había invitado…, ese tal señor Topo…, a dar un paseo por allá abajo. Debía de referirse al prado, doctor Albert.

Pero Holland ya se había marchado. Había salido disparado por la puerta, corriendo y mirando en todas direcciones, mientras sentía que una garra le aprisionaba el corazón, que se lo oprimía…

Dejó atrás la casa, el césped y el murete de piedra y, una vez en el bosque, en la dirección opuesta al prado, lo encontró: ¡un hoyo nuevo, igual que los otros!

Holland se lanzó sobre él y empezó a escarbar con las botas y con sus propias manos. Deseaba disponer de algo más, pero no había tiempo para volver a por herramientas. Apartó la tierra a puñados y con los pies, tan rápido como pudo. Y, poco a poco, fue apareciendo un pedazo de fieltro… que luego sostuvo en sus manos temblorosas y cubiertas de tierra. Era un sombrero…, un sombrero de vaquero infantil… ¡del disfraz de Jamie!

El doctor redobló sus esfuerzos, cavando frenéticamente a cuatro patas, arañando la tierra. Al final encontró lo que sabía que estaba allí y, sacudiendo la tierra que lo cubría y que se aferraba a él, lo sacó y lo colocó en el borde del hoyo que había excavado con sus propias manos… Un bulto como el que Quinlan le había llevado la noche anterior, del mismo tamaño…, igualmente vano y sin vida.

Holland emitió un sonido inhumano, como el de un animal, y, como un animal, siguió cavando, ahondando y horadando, pues solo le quedaba una cosa por hacer. Debía detenerlo. Los ancianos que ya no sabían soñar ni creer, como Amanda, y los muy jóvenes que creían en todo, como Jamie, habían propiciado aquella situación aun sin ser conscientes de ello.

El médico continuó sin descanso: un hombre en un hoyo de tierra en la campiña verde. Y debieron de haber pasado horas cuando Amanda, extrañada, salió a buscarlo y oyó los ruidos procedentes de aquel lugar en el bosque. Entonces fue a por algunos hombres de la cuadrilla de Quinlan, que lo encontraron tal cual en un agujero

increíblemente profundo que él mismo había cavado y en cuyo borde se encontraba, cubierto de tierra, el pequeño cuerpo sin vida de su hijo.

Fue el propio Quinlan quien sacó a Albert Holland de allí y quien más tarde, junto con Helen, que acababa de regresar a casa, intentó apaciguar y consolar al médico. La conmoción de Helen al toparse con aquella terrible tragedia que había sacudido a su familia tan solo superaba un ápice la alarmante condición de su esposo.

Porque el doctor Holland ya no era un hombre de ciencia, ya no era un médico, sino una criatura que chillaba, gritaba y lloraba, y de cuya boca salía tierra al hablar. Mandaron llamar a otro médico a la sede del condado para que acudiera de inmediato, pero, dadas las millas de distancia, Holland tuvo tiempo de decir una y otra vez que no deberían haberlo sacado del hoyo, pues al menos en dos o tres ocasiones había alcanzado al señor Topo allí abajo. Había sentido una pierna enfundada en un pantalón, un brazo, un torso, y la alimaña se había retorcido y escapado de él como un gusano en la tierra. ¡Sí! ¡Y le había lanzado una sonrisa maliciosa!

—¡Habla y se mueve! —vociferaba Holland una y otra vez.

A veces, sumido en el horror, gritaba tan fuerte que espantaba a los pájaros que moraban en el crepúsculo de la tarde de julio, e incluso la pobre y vieja Amanda, medio sorda, que permanecía alejada en otra parte de la casa con su bondadoso rostro surcado por las lágrimas por si podía ayudar en algo, se llevaba las manos marchitas a los oídos para no escuchar aquellos terribles alaridos.

Sin embargo, los gritos de Albert Holland no llegaron tan lejos como debían. Más tarde, aunque no mucho más, en el otro extremo de la campiña verde que se sumía ya en el frescor del atardecer, una niña rubia llamada Janice —una niña que creía en los cuentos de

hadas, que creía en todo— corría a toda velocidad por la hierba esponjosa, gritando a los cuatro vientos, sin poder contener su gran secreto:

—¡Mamá! ¡Papá! ¿A que no sabéis lo que he encontrado?

Brenda

Margaret St. Clair



· 1954 ·

Traducido por

Soledad Cortés González

Margaret St. Clair

· 1911-1995 ·

Margaret St. Clair publicó diez historias en *Weird Tales,* concentradas en sus últimos cuatro años —la primera fue «The Family», de enero de 1950—, aunque una carta suya publicada en el número de junio de 1934 revela que llevaba leyendo la revista desde los doce años, es decir, desde sus inicios. Sus primeros intentos de publicar sus relatos fueron infructuosos, hasta que contrató a un agente literario y su carrera dio un giro: pronto empezó a aparecer en revistas de ciencia ficción y fantasía. Su primera historia publicada fue «Rocket to Limbo» (*Fantastic Adventures*, noviembre de 1946), en la que una mujer piensa cuál será la mejor manera de deshacerse de su marido.

Su vida era bastante ajetreada: viajaba, estudiaba y, después de casarse, cambió su amor por la jardinería por la gerencia de una guardería. También criaba perros salchicha. Sus intereses abarcaban la astrología y la brujería, y hay siempre un elemento ritual o evocativo de una transformación en sus historias de *Weird Tales*.

Aquel primer relato, «The Family», habla de la importancia del sacrificio en el seno de una extraña familia que recuerda a los Addams. «The Island of the Hands» (septiembre de 1952), que se incluyó en el volumen *Reinas del Abismo,* trata la idea de la transformación. St. Clair se deleitaba con el concepto de lo distinto, y lamentó mucho que *Weird Tales* dejara de publicarse, aunque para

aquel entonces ya se había convertido en Idris Seabright y estaba escribiendo historias para *The Magazine of Fantasy & Science Fiction* con un estilo muy particular.

Continuó escribiendo a lo largo de los cincuenta y principios de los sesenta, pero, aunque vivió hasta 1995, su trabajo se quedó metafóricamente congelado en este periodo. Ramsey Campbell publicó una colección representativa de su obra en *The Hole in the Moon and Other Tales* (2019).

Brenda

Brenda Alden era producto de una de esas formas de crianza asépticas, ligeramente sádicas, que ya están un poco pasadas de moda. A los padres de los niños que veraneaban en Moss Island les caía bien y ponían sus buenas formas y su tono educado como ejemplo para sus hijos. Los niños, por su parte, guardaban las distancias, porque notaban que era irritable y fácil de enojar. Era alta para su edad, y desgarbada, con el pelo rubio y lacio. Siempre llevaba pantalones anchos.

El lunes empezó como cualquier otro día. Desayunó, le dijeron que quitara los codos de la mesa y ayudó a fregar los platos. Luego le dijeron que saliera a jugar. Paseó despacio hasta el bosquecillo.

Los árboles de Moss Island eran grupos reducidos de abedules y otros algo más densos de coníferas. Había sitios en los que Brenda, si se esforzaba, podía imaginarse que estaba en un bosque de verdad, y eso le gustaba. En la cara oeste de la isla había una hondonada ancha y profunda que, según decían, había sido una cantera. Nadie mencionaba nunca qué se había sacado de allí.

Fue un poco antes del mediodía cuando Brenda notó aquel olor a podrido. Era una podredumbre intensa, agria, casi sofocante, y, cuando le llegó a la nariz, Brenda hizo una mueca de desagrado. Pero después de un momento se relajó. Inhaló por la nariz con

avidez. Decidió averiguar de dónde provenía aquel olor. A veces le gustaba oler y ver cosas podridas. Empezó a caminar mientras olfateaba. El olor se intensificaba y se debilitaba sucesivamente. Estaba a punto de darse por vencida y regresar (hacía calor bajo el sol en las arboledas, donde no corría el aire) cuando vio al hombre.

No era un vagabundo, tampoco un veraneante. Brenda se dio cuenta enseguida de que no era como ningún otro hombre que hubiera visto antes. Su piel no era negra ni marrón, sino de un gris que recordaba a la tinta; su cuerpo era amorfo e irregular, como si hubiera sido creado a partir de los restos de jabón y grasa que se acumulan en el fregadero. Llevaba un pájaro muerto en su mano desnuda. El olor a podrido emanaba de él.

Brenda lo miró. El corazón le latía muy rápido. Durante un instante, el miedo casi la paralizó. Se quedó quieta, conteniendo el aliento y humedeciéndose los labios. Entonces él extendió un brazo en su dirección. Ella se dio la vuelta y echó a correr.

Oyó el ruido y olió el olor mientras él la perseguía a trompicones. Le dolía el pecho. Notaba una punzada en el costado. Se tropezó con una raíz, cayó de rodillas y volvió a levantarse. Corrió y corrió. Solo cuando estuvo demasiado cansada para continuar se atrevió a mirar hacia atrás.

Él estaba más lejos de lo que había esperado, pero seguía avanzando. Brenda se detuvo un momento, resoplando, con su estrecha figura llenándose y vaciándose de aire. Todavía había unos quince metros entre ellos. Pestañeó. Entonces sus labios esbozaron una leve sonrisa. Giró a la derecha, en dirección a la cantera, y echó a correr de nuevo, aunque esta vez con más calma.

Había un matorral de roble venenoso; lo esquivó. Se paró a recoger una piña, luego otra, se las metió en la cintura del pantalón

y continuó su trote. Él todavía la seguía. La luz parecía dañarle los ojos; llevaba la cabeza inclinada hacia delante, casi contra el pecho. Entonces llegaron al borde de la cantera y Brenda tuvo que poner en marcha su plan.

Ya no tenía miedo (o, si lo tenía, era mucho menos). El cansancio había teñido sus pálidas mejillas de un rojo poco habitual. Tiró con cuidado una de las piñas por la ladera empinada de la cantera, para que cayera justo a medio camino y rodara hasta el fondo. La segunda la tiró con más fuerza: aterrizó mucho más lejos que la primera y se deslizó hacia el fondo con un ruido de piedras y tierra desprendida. Entonces, rápida y silenciosamente, Brenda corrió hacia la izquierda y se escondió detrás de un árbol.

El ruido de las piñas al caer no había sido muy distinto al que haría alguien que fuera corriendo por el borde de la cantera y cayera rodando hasta el fondo. El perseguidor de Brenda se detuvo, giró la cabeza a ciegas de un lado a otro y pareció olfatear el aire. Ella notó una intensa punzada de ansiedad. Estaba casi segura de que no podría atraparla, incluso aunque volviera a perseguirla. Pero, ay, era tan…

Una de las piñas se deslizó unos metros más abajo. Él pareció oírla. Entonces saltó por el borde, en su busca.

El corazón de Brenda sacudía el pecho plano de su camisa. Esperó y escuchó cómo el hombre del olor putrefacto caía y tropezaba con las rocas del fondo de la cantera, a la caza. Tardó mucho en abandonar la búsqueda. Pero al fin llegó el momento que Brenda había estado esperando. Él se detuvo y empezó a intentar trepar por las paredes de la cantera.

Cayó hacia atrás. Brenda se asomó, tensa y expectante. Le brillaban los ojos. Él volvió a intentarlo. Una vez más, se deslizó

colina abajo.

La niña se dio cuenta, mucho antes que él, de que estaba atrapado en el fondo de la cantera. No paraba de trepar por los lados con torpeza, agarrándose a las piedras sueltas y deslizándose de nuevo hacia atrás. Pero sus miembros amorfos eran completamente inútiles y hacían movimientos incómodos. Siempre acababa cayendo.

Al final se dio por vencido y se quedó quieto. Agachó la cabeza. No emitió ningún sonido. Pero aquel fuerte olor a podrido seguía emanando de él.

Brenda se levantó y caminó hacia él. Sus labios pálidos dibujaban una sonrisa.

—¡Hola! —lo llamó desde el borde de la cantera—. ¡Hola! No puedes salir, ¿verdad?

Pareció percatarse de la burla en su voz a través de sus sentidos embotados. Levantó su cabeza grisácea. Hubo un destello de dientes, muy blancos en contraste con el gris. Pero no podía salir. Después de un instante, Brenda se echó a reír.

Saboreó su secreto el resto del día. La regañaron por llegar tarde a comer; su padre dijo que necesitaba disciplina. Ella no se molestó. Esa noche durmió profundamente.

A la mañana siguiente, temprano, fue a ver a Charles. Charles era un año mayor que ella y la toleraba mejor que nadie en la Moss Island. Una vez le había dado una muda de piel de serpiente. Ella la había guardado en el cajón de las servilletas.

Ese día estaba fabricando una cámara de niebla con alcohol, un frasco y un trozo de hielo. Brenda se agachó junto a él y lo observó. Al cabo de unos cinco minutos, dijo:

—Yo me sé algo más divertido que eso.

—¿El qué? —preguntó Charles, sin levantar la vista de su

experimento.

—Algo que he encontrado. Algo divertido. Aterrador. Raro.

El intercambio continuó de esta manera. Brenda daba pistas; Charles mostraba algo de interés. Finalmente ella dijo:

—Ven a verlo, Chet. Nunca has visto nada igual. Vamos. —Le puso una mano en el brazo.

Hasta ese momento, Charles había estado dispuesto a acompañarla. La cámara de niebla no estaba yendo bien, y no le desagradaba especialmente aquella niña. Pero la sequedad y la tensión de su tacto, el tacto de una persona que nunca ha dado o recibido un contacto físico placentero, le repelió. Se apartó de su mano.

—No quiero verlo. Seguro que no es nada. Será cualquier basura. No me interesa —dijo.

—¡Pero te va a gustar! Por favor, ven a verlo.

—Ya te he dicho que no me interesa. No voy a ir. ¿No te enteras? Vete ya.

Cuando usaba ese tono, Brenda sabía que era inútil discutir. Se levantó y se fue.

Después de comer, tuvo que ayudar a su padre con la barbacoa que estaba construyendo. Mientras cavaba y mezclaba cemento, el hombre de la cantera ocupaba todos sus pensamientos. ¿Seguiría atascado en el fondo o estaría dando tumbos otra vez, buscándola? ¿O intentando trepar fuera de la cantera? Nunca lo conseguiría, por mucho que lo intentara. Pero, si se quedaba allí mucho tiempo, seguro que otros niños lo encontrarían. ¿Se asustarían más que ella? No lo sabía. No era capaz de imaginar lo que pasaría entonces.

Cuando su padre dio por terminado el trabajo del día, ella se tumbó en la hamaca. Le dolían las manos y la espalda, pero no conseguía relajarse. Finalmente, aunque era casi la hora de cenar, se

levantó y caminó hasta la cantera.

Él seguía allí. Brenda dejó escapar un suspiro de alivio. El olor amargo y podrido seguía en el aire. Debió de hacer ruido, porque él levantó la cabeza y volvió a dejarla caer sobre su pecho. No hizo ningún otro movimiento.

Charles no iba a venir a verlo. Así que… Brenda buscó a su alrededor. Más adelante, al borde de la cantera, a unos seis metros de donde ella estaba, vio dos largas tablas de madera. Las midió a ojo.

Había unos nueve metros hasta el fondo de la cantera. Las tablas no eran lo suficientemente largas. Pero la zona de tierra y piedras sueltas no llegaba hasta arriba; una vez que el hombre de la hondonada las superara, podría salir. Charles le había dicho que lo que había encontrado no era nada. Solo basura. Brenda empezó a mover las tablas.

Le dolían las manos, aunque las tablas no pesaban mucho. En unos quince minutos, había formado una estrecha pasarela desde el fondo de la cantera hasta casi el borde. Él, el hombre, no había hecho un movimiento mientras ella trabajaba, ni siquiera la había mirado. Pero, bajo su camisa, el cuerpo delgado de Brenda temblaba y sudaba. Había tenido que acercarse a él más de lo que pretendía para colocar la segunda tabla.

Dio un paso atrás. El hombre de la cantera no se movió. Brenda sintió por un momento una desesperación ansiosa. ¿Es que no iba a hacer nada, después de lo que le había costado aquello?

—¡Venga! —dijo en voz baja, y luego, más alto—: ¡Vamos!

El sol empezaba a ponerse por el oeste. Las sombras se alargaban. El hombre inclinó la cabeza hacia un lado y hacia el otro, como si la progresiva ausencia de luz le hubiera otorgado mayores capacidades. Entonces se dirigió a la pasarela.

Brenda esperó hasta que sus torpes pies llegaron a la segunda de las tablas. No podía aguantar más. Se dio la vuelta bruscamente y corrió a casa tan rápido como pudo. No sabía si él la había seguido.

Brenda no fue al bosque al día siguiente. Se quedó en casa hasta que su madre la envió a ayudar a su padre, que la mandó de vuelta diciendo que había llegado un punto del proyecto en el que solo iba a molestar. Brenda fue a la cocina y se preparó un sándwich y un vaso de leche. Cuando volvió, encontró a su madre en la terraza, pálida y asustada, hablando con su padre. Brenda apoyó la cabeza en la puerta para escuchar.

—No puede haber sido un vagabundo —estaba diciendo su madre —. Elizabeth dice que no se han llevado nada. Ha insistido en eso. Solo han tocado el pollo asado. Y ni siquiera se lo han comido, solo estaba destrozado. —Dudó—. Dijo que estaba cubierto de manchas grises y pegajosas.

—Elizabeth exagera —respondió el padre de Brenda, y le dio un golpe impaciente al mortero que estaba alisando—. ¿Quién piensa ella que fue, si no un vagabundo? ¿Quién se va a colar en una cocina? Solo viven seis familias en Moss Island.

—No creo que tenga una idea clara. Ay, Rick, tendrías que haberla escuchado. No paraba de hablar de ese horrible olor. Dijo que iba a llamar a todas las familias para avisarlas. Parecía asustada.

—Estaría histérica —respondió él con desdén; sus ojos se posaron en Brenda, que estaba de pie contra la puerta—. Vete a tu cuarto, Brenda —dijo bruscamente—. Y quédate allí. No quiero que andes escuchando detrás de las puertas.

—Sí, padre.

Brenda no rechistó. Tenía miedo. ¿Recordaría Charles los comentarios de ayer, los conectaría con el asalto a la cocina de la

señora Emsden (el hombre de la cantera tendría hambre, aunque no se había comido el pollo) y se lo diría a alguien? ¿O pasaría algo peor, algo que ella no era capaz de imaginar?

Deambuló inquieta por su habitación. La cama estaba hecha; no había nada más que hacer. Podía oír las voces de sus padres con claridad, con alguna palabra elevándose de vez en cuando por encima de otra. Por primera vez, sintió curiosidad por el hombre de la cantera, por quién sería.

Sacó su diario y lo abrió. Pero no podía escribir nada; la libreta no tenía candado y sabía que su madre la leía. Nunca escribía nada importante en ella.

Miró con odio las páginas escritas. Le habría gustado arrancarlas y tirarlas a la papelera. Pero su madre se daría cuenta y le preguntaría por qué había destrozado aquel cuaderno tan bonito. No…

Buscó por su cuarto hasta encontrar una cajita de notas. Usando la tapa de la caja como apoyo, escribió cuidadosamente sobre la superficie de una de las finas hojas grises: EL HOMBRE.

Dudó. Luego escribió: «I. ¿De dónde ha salido?».

Lamió el lápiz. La idea era difícil de expresar con palabras. Pero quería verla escrita en papel. Empezó a escribir, lo borró, volvió a empezar. Finalmente escribió: «Creó que no es de Moss Island. Creo que llegó aquella noche del mes pasado en la que la marea estuvo muy baja. Creo que vino por acci… —lo borró— por error».

Brenda pasó a la siguiente pregunta. «¿Por qué se queda en la isla?», escribió. Ya estaba escribiendo más rápido. «Creo que porque no puede nadar. El agua lo…» Paró, consciente de que la palabra exacta que buscaba no estaba en su vocabulario. Finalmente escribió: «Lo desharía».

Sacó otro papelito. Encima escribió: «EL HOMBRE, página 2». Mordió la punta del lápiz, sopesando sus ideas. Luego escribió:

«¿Qué clase de hombre es? Creo que no es como los demás. No es como nosotros. Es otro tipo de hombre».

Escribió estas últimas palabras despacio. Ahora le estaba llegando la inspiración. Garabateó: «No es como nosotros porque le gusta comer cosas muertas. Cosas que llevan muertas muy… —borró— mucho tiempo. Creo que por eso vino a la isla. Para cazar. Es viejo. Lleva siendo así mucho tiempo».

Soltó el lápiz. Parecía haber terminado. Su madre debía de haber salido: ya no se oían las voces de sus padres, y en la casa reinaba el silencio. Fuera podía oír el golpeteo ahogado de la paleta de su padre mientras alisaba el cemento.

Hubo una larga pausa. Brenda se quedó quieta. Luego volvió a coger el lápiz y escribió al final del papel, muy rápido: «Creo que él me ayudaría a nacer».

Miró lo que había escrito. Luego tomó los dos papeles y se los llevó al baño. Los rompió en trocitos y los tiró por el retrete.

Esa noche cenaron en silencio. La madre de Brenda intentó decir algo sobre Elizabeth Emsden, pero se calló al advertir el ceño fruncido del padre. Brenda ayudó a fregar los platos. Justo antes de irse a la cama, se coló en el cuarto de sus padres y quitó el seguro de las ventanas.

Le costó quedarse dormida, pero, cuando lo consiguió, se sumió en un sueño profundo. Bien entrada la noche, unas voces la despertaron. Salió al rellano y escuchó; el corazón le latía cada vez más rápido.

El olor a podrido le llegaba en olas intensas y amargas. La casa parecía mecerse con él. Brenda se agarró a la barandilla. Así que había venido, el hombre, su hombre, desde la cantera. Se alegró.

Se escuchaba hablar al padre de Brenda.

—La verdad es que el olor es increíble —dijo con voz distraída. Y luego, a la madre de Brenda—. Flora, llama a Elizabeth y dile que venga Jim. Date prisa. No sé cuánto tiempo podré contenerlo con esto. Dile que Jim traiga el arma.

—Sí. —Flora Alden soltó una risita—. Y tú decías que Elizabeth estaba histérica… Por Dios, Rick, baja la voz. No quiero que Brenda se despierte y vea esto. No creo que… no creo que pudiera superarlo. —Se dirigió al teléfono.

Brenda abrió los ojos de par en par. ¿De verdad sus padres eran tan buenos con ella? ¿Les preocupaba que se asustara? Bajó uno o dos escalones con cuidado y se sentó en uno de ellos. Si la veían, podía decir que la habían despertado sus voces. Asomó la cabeza por el pasamanos.

Su padre estaba en el pasillo, con el hombre de la cantera paralizado ante la intensa luz de una linterna. Él (vaya, sí que era valiente) no paraba de intentar moverse y de frotarse los ojos para evitar la luz. Hacía pequeños gestos apresurados. Pero su padre lo seguía con la linterna sin piedad, jugando con él, a pesar del temblor de su mano.

La madre de Brenda regresó de hablar por teléfono.

—Ya viene —informó—. No cree que el rifle ayude mucho. Tiene otro plan.

Jim Emsden tardó lo suficiente como para que Brenda empezara a tiritar y deseara haberse puesto una bata. Bostezó, nerviosa, y se apretó más contra el pasamanos. Pero en ningún momento levantó la mirada de la escena del vestíbulo.

Emsden entró por la puerta lateral. Llevaba un abrigo sobre el pijama. Contuvo el aliento al ver aquella cosa gris y amorfa bajo la luz de la linterna.

—Sí, es el mismo hombre —dijo con su voz profunda—. Está claro. El olor es inconfundible. He traído el rifle, Rick, pero tengo la sensación de que no va a servir. No contra esa cosa. Elizabeth lo vio, ya sabes. Te voy a enseñar a qué me refiero. Mantenlo bajo la luz.

Se llevó la carabina al hombro, apretó el gatillo y disparó. El ruido del disparo ahogó el grito de Brenda. Pero el hombre de la cantera no dio señales de haber recibido el impacto. Ni siquiera se movió. Era como si la bala se hubiera hundido en el barro.

—¿Ves? —señaló Emsden—. No sirve de nada.

Flora Alden se reía con suavidad. La luz de la linterna se movió en círculos contra la oscuridad.

—¿Qué hacemos, Jim? —preguntó Rick—. No sabía que estas cosas podían pasar. ¿Qué vamos a hacer? Creo que voy a vomitar.

—Tranquilo, Rick. Sabemos que hay algo que sí le asusta. Sea lo que sea esta cosa. El fuego.

Sacó unos trapos y una botella de queroseno. Con ayuda de la antorcha improvisada, lo sacaron de la casa. Cada vez que ralentizaba el paso e intentaba girarse hacia ellos, con la cabeza agachada y enseñando los dientes brillantes, le acercaban los trapos ardiendo a la cara.

No tuvo más remedio que ceder terreno. Brenda se mordisqueaba la muñeca de la emoción. Escuchó la voz más aguda de su padre decir: «Pero ¿qué vamos a hacer con él, Jim? No podemos dejarlo fuera de la casa», y la voz más profunda de Emsden, más difícil de discernir, responder: «… matarlo, pero podemos hacer que se calle». Y luego una sucesión confusa de voces que terminaron con la palabra «cantera». No alcanzó a oír más.

Al día siguiente, había un ambiente de cansancio y derrota en la casa. La madre de Brenda ejecutaba las tareas domésticas de forma mecánica, con el rostro pálido, casi sin dirigirle la palabra a su hija.

Su padre no había vuelto a casa hasta casi el amanecer, y se había marchado de nuevo al cabo de unas horas. No fue hasta el atardecer cuando Brenda pudo escaparse para intentar averiguar qué había pasado con el hombre.

Fue directa a la cantera. Cuando llegó, miró a su alrededor, sorprendida. Las paredes seguían siendo empinadas y rectas, pero alguien había apilado un montón de rocas en el centro. Los hombres de Moss Island debían de haber estado trabajando todo el día para poder amontonar tantas rocas.

Se deslizó por un lado y escaló la montaña de rocas del centro. ¿Qué le habría pasado al hombre? ¿Estaba debajo de aquel montón de rocas? Trató de escuchar. No se oía nada. Al cabo de unos minutos, se sentó y pegó una oreja a las rocas. Todavía estaban calientes por el sol.

Aguzó el oído. Solo escuchaba los latidos de su propio corazón. Y entonces, muy lejanos, unos crujidos bajo las rocas, como los que hacen las suaves patas de los topos.

Después de eso, las cosas cambiaron. El padre de Brenda puso la casa a la venta, pero nadie quería comprarla. Él y Jim Emsden pasaron un par de días apilando más rocas en la cantera. Luego tuvo que volver a la oficina, pues se le habían terminado las vacaciones. Solo podía volver a la isla los fines de semana. Todo el mundo, incluida Brenda, pareció olvidar lo que había bajo la montaña de rocas de la cantera. La madre de Brenda empezó a quejarse de que la niña se portaba cada vez peor, de que ya no obedecía como antes.

Los niños que antes la rechazaban empezaron a buscarla. Iban a su casa en cuanto terminaban de desayunar, preguntando por Brenda, y ella se iba con ellos, haciendo oídos sordos a todo lo que

pudiera decir su madre.

Su nueva energía parecía inagotable. Las actividades físicas que antes rechazaba la atraían sin remedio. Escalaba, buceaba y hacía acrobacias, dominadas y volteretas. Los otros niños la observaban con admiración y aplaudían. Por primera vez en su vida, saboreó las mieles del liderazgo.

Si eso hubiera sido todo, solo los padres de Brenda habrían protestado. Pero llevaba a sus seguidores a cometer travesura tras travesura. Eran actos destructivos, gratuitos, incontrolables. Hacia el final del verano, todo el mundo en Moss Island decía que Brenda Alden necesitaba disciplina. Sus padres se quejaban amargamente de que era imposible controlarla. La enviaron al colegio antes de tiempo.

Allí pasó lo mismo que durante el verano. Los compañeros de Brenda la seguían sin rechistar. Los profesores la castigaban y amenazaban. Sus notas bajaron por primera vez en su vida. Estuvo a punto de ser expulsada.

El año pasó. Llegó la primavera, luego el verano. Los Alden, temiendo más problemas, dejaron a Brenda en el colegio cuando terminó el curso. No volvió a Moss Island hasta finales de julio.

Los últimos meses habían cambiado físicamente a Brenda. Su cuerpo delgado se había redondeado y se había vuelto más femenino. Bajo su camisa (todavía llevaba pantalones anchos y camisa), sus pechos habían empezado a crecer y a elevarse. Parecía haber superado su etapa de marimacho. Sus padres se felicitaron.

No volvió inmediatamente al montículo de la cantera. Pensó muchas veces en ir. Pero sentía una dulce reticencia, casi como un rechazo agradable. Podía esperar. Ya estaban a mediados de agosto cuando fue a visitarlo.

Hacía calor. Respiraba con dificultad tras su paseo por el bosque. Se dejó caer delicadamente por uno de los lados de la cantera, se detuvo para tomar aliento y subió el montículo deslizándose a grandes zancadas. Cuando llegó a la cima, se sentó.

¿Flotaba allí, en el aire caliente, un ligero olor a podrido? Inhaló, insegura. Luego, como había hecho el año anterior, pegó una oreja a las rocas.

Solo había silencio. ¿Estaba…? No, él no podía morir.

—Hola —lo llamó suavemente, con los labios contra las rocas—. Hola. He vuelto. Soy yo.

Escuchó los arañazos muy lejos, luego más cerca. Pero había demasiadas rocas. Brenda suspiró.

—Pobrecito —dijo, arrepentida—. Tú también quieres nacer, ¿verdad? Y no puedes salir. Qué mal.

Los arañazos persistieron. Brenda, al cabo de un momento, se estiró sobre las rocas. El sol pegaba fuerte y el calor de las piedras palpitaba contra su cuerpo. Se quedó allí tumbada mucho rato, felizmente adormecida, mientras escuchaba los ruidos bajo el montículo.

El sol empezó a caer. El frío del atardecer la despertó. Se irguió.

Reinaba el más absoluto silencio. No se escuchaba a los pájaros. Los únicos sonidos provenían del montículo.

Brenda se inclinó muy rápido hacia delante y el pelo le cayó sobre la cara.

—Te quiero —le dijo suavemente a la roca—. Siempre te querré. No le tienes miedo a nada, ni siquiera a mi padre. No podría querer a nadie más.

Se puso de pie. Los arañazos habían alcanzado su punto álgido. Se rio. Luego emitió un suspiro largo y sostenido.

—Ten paciencia —dijo—. Algún día te dejaré salir. Hay muchas

piedras, pero las moveré. Te lo prometo. Entonces podrás hacerme mujer. Estaré viva por primera vez. Te amaré. Naceremos juntos, tú y yo.

Seres alados

Evangeline Walton



· 2011 ·

(publicado póstumamente)

Traducido por

Núria Molines Galarza

Evangeline Walton

· 1907-1996 ·

Evangeline Walton es más conocida por sus sagas basadas en las historias del Mabinogion, que empezaron con *The Virgin and the Swine* (1936). También escribió una novela de brujería, *Witch House,* publicada en Arkham House (1945). Cabría esperar que hubiese escrito varios relatos para *Weird Tales,* pero el medio le parecía difícil. «Mi cerebro no funciona así, no hay más», le dijo al librero Ben Abramson. Por ello, solo publicó uno, «At the End of the Corridor» (mayo de 1950), sobre un arqueólogo que acaba entrando en la tumba que no debía. Pero fácilmente podría haber escrito más. El siguiente cuento que envió a la revista fue rechazado por ser «demasiado sangriento» y languideció entre sus papeles hasta que fue descubierto por el investigador y editor Douglas Anderson, quien consiguió incluirlo, en 2011, en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction,* así como en una compilación de su prosa breve, *Above Ker-Is and Other Stories* (2012).

No era la primera vez que se redescubría a Walton. Aunque su primer libro de la saga del Mabinogion fue publicado en 1936, las subsiguientes novelas quedaron inéditas. Si bien una editorial británica había previsto sacarlas a la luz, la guerra puso fin a esos planes. Cuando el primer tomo, rebautizado con el título *The Island of the Mighty* (1970), volvió a editarse en Ballantine Books, en su

serie de fantasía adulta a cargo de Lin Carter, los editores no solo descubrieron que Walton seguía viva, sino que existían tres libros más que formaban parte de la saga, que pronto publicaron: *The Children of Llyr* (1971), *The Song of Rhiannon* (1972) y *Prince of Annwn* (1974). Otra novela temprana, *She Walks in Darkness,* vio la luz en 2013. La autora también escribió una novela histórica, *The Cross and the Sword* (1956), sobre la invasión vikinga de Gran Bretaña, y una serie sobre Teseo, el héroe de la antigua Grecia, de la que solo se ha publicado el primer volumen, *The Sword is Forged* (1983). Todavía quedan obras de Walton por redescubrir.

Seres alados

29 *de mayo.* Bert Madden, Ronnie Lingard y yo huimos a través de las Lefka Ori. Solo Dios sabe qué será de nosotros; les hemos perdido la pista a los demás y no hay esperanzas de que vengan a socorrernos. Nadie vendrá a buscarnos salvo los alemanes; nadie puede venir a buscarnos. Desde que fracasó el intento de recuperar el aeródromo de Maleme, sabemos que Creta está perdida.

Podríamos avanzar más deprisa si no fuera por Ronnie. Es un muchacho británico, aviador; lo dejaron atrás, hospitalizado, cuando se ordenó la retirada de lo que quedaba de nuestra diezmada fuerza aérea (no más de una decena de aviones, creo). Es un chico flaco, rubio, todavía adolescente, estoy seguro, aunque nos dejó caer que tiene veinte años. Aparentar más edad le hace sentirse digno; yo sé cómo son los muchachos. Cojea, tiene una pierna herida, y Bert y yo nos turnamos para ayudarlo a caminar. Bert intenta hacer más de lo que le toca; es un hombre gigantesco, fornido y corpulento, un ganadero del oeste de Queensland. Y aunque yo, John Ogilvy, no era más que un director de escuela antes de la guerra de Nueva Guinea, escuálido, civilizado y poco acostumbrado al trabajo físico, soy tan duro como él. Igual de capaz de ayudar al muchacho.

Mientras todavía sea posible ayudarlo. Aún queda nieve en las Lefka Ori. Los vientos cortan como cuchillos y las rocas desnudas

que nos envuelven se alzan afiladas y puntiagudas. Rocas que un hombre con dos piernas sanas apenas sería capaz de escalar. Llevamos un día sin advertir ningún signo de que aquí viva alguien, de que haya otros seres vivos. Al principio no nos importó; era estupendo dejar de ver y de oír los Stukas, las bombas y las balas que habían estado cayendo sobre nosotros como una mortífera y feroz granizada. Cosas diminutas que, en un instante, podían convertir a un hombre en un muñón de carne mutilada y gritona. O bien no dejar ni rastro de él; solo una carcasa silenciosa y sangrienta.

Pero ahora empezamos a tener miedo. Necesitamos descansar; hemos parado. Así, por primera vez en días, escribo este diario; es más fácil escribir que intentar tener las manos quietas. Pero no nos podemos quedar aquí: no hay ni un palmo seco, nada que nos sirva de refugio en ninguna parte. Bert ya ha ayudado dos veces a Ronnie a moverse. El muchacho no quiere; solo quiere quedarse quieto. Pero si se queda así mucho rato, el calor corporal (¡qué extraño pensar en el calor corporal!) funde la nieve de las rocas.

El chico no es fuerte como Bert y yo. Acabará con una pulmonía si nos quedamos aquí. Y necesitamos comida; no hemos probado bocado desde hace más de cuarenta y ocho horas. No podemos estar mucho más sin comer. Un hombre solo puede aguantar así cierto tiempo…

Nos acaba de sobrevolar un pájaro. Qué extraño que la imagen de un ave —la sombra oscura de sus alas sobre la nieve— tenga el poder de convertir a tres hombres hechos y derechos en un manojo de nervios. Pero los tres nos hemos agachado y nos hemos tapado la cara, y Ronnie ha gritado; yo he dejado caer el cuaderno. Cualquier cosa que vuele todavía nos hace pensar en un Stuka. Y este pájaro era muy grande y oscuro.

Ha regresado. Da vueltas sobre nosotros, como si sintiera curiosidad. Por un instante, sus ojos oscuros, pequeños y brillantes se cruzaron con los míos; eran más inteligentes, más siniestros de lo que jamás pensé que podrían ser los ojos de un pájaro. No sé de qué especie es; nunca he visto un ave así, ni en persona ni en fotografías. Pero ahora no nos podemos asustar: sabemos que no es un avión. Sin embargo, hay algo en el susurro de sus alas, en esa sombra oscura que se mueve sobre la nieve…

De repente Bert se ha dado la vuelta y ha disparado al pájaro, que seguía dando vueltas sobre nosotros. He visto el destello del revólver en su mano. El tiro, que ha reverberado entre los picos rocosos, ha sido ensordecedor. Pero no parece que el pájaro se haya asustado. Se ha limitado a dar otra vuelta en el aire, ocioso y ligero. Indemne; impasible.

Bert se ha levantado de un salto, con la cara desencajada de rabia y miedo.

—¡Maldito seas! —ha gritado—. ¡Ya te pillaremos, ya! ¡No nos vas a pillar tú a nosotros!

Y le ha vaciado el revólver, o eso me ha parecido, y no conozco mejor tirador que Bert.

Pero ahí seguía el pájaro, dando vueltas en el cielo, tranquilo, grácil, volando raso. No ha caído ni una sola pluma.

Ronnie se ha reído.

—Si alguien va a comer aquí, va a ser él. No nosotros.

Eso es lo que tememos, por supuesto. Esa es la razón por la que nuestros nervios no se han calmado al darnos cuenta de que no nos sobrevolaba un avión. Es ese peligro atávico, más antiguo que los aviones. El destino que, a lo largo de los siglos, les ha acaecido a desdichados viajeros que atraviesan desiertos, a moribundos en el campo de batalla. El susurro de un aleteo y de un pico que desgarra.

Se me ha escapado una risa, pero no ha sido alegre. He dicho:

—Calla, Ronnie. La cosa no pinta tan mal todavía. Siéntate, Bert.

Bert se ha sentado. Su tez morena, curtida, tenía un aire extrañamente pálido; un tono como amarillento, un gris moteado. Se ha lamido los labios.

—No lo entiendo —ha dicho—. Tendría que haberle dado. Tendría que haberle dado varias veces.

—Estará sordo —le he contestado, frunciendo el ceño—. Nunca he visto un pájaro tan manso que no salga volando al oír un disparo.

Nos hemos quedado en silencio un momento, digiriéndolo. Digiriendo esa cuestión antinatural, esa cuestión que me ha inquietado desde el inicio. Luego Bert ha maldecido.

—¡Ese… ese bicho no es una mascota! —ha exclamado con vehemencia—. No quiero ni pensar en quién podría tenerlo de mascota.

Y, al oír esas últimas palabras, todos nos hemos echado a temblar, no sé por qué.

—Parece que nos esté vigilando —ha dicho Ronnie—. Mirad.

Y lo hemos mirado. Lo estamos mirando. El pájaro no se aleja. Desde hace un cuarto de hora, viene y se va volando, viene y se va, sobrevuela las dos grandes cumbres nevadas que se ciernen sobre nosotros. A veces vuela más bajo, otras alza el vuelo, pero siempre me da la sensación de que se va acercando cada vez más, de que cada vez está un poco más cerca. No creo que sea buena idea observarlo. Sus movimientos son como una especie de danza extraña y fascinante. Aun así, no me gusta apartar la mirada. Volverle la espalda…

Pronto se pondrá el sol. Ya no dispondremos de buena visibilidad para tenerlo localizado.

En las cumbres occidentales ya se dibuja un reborde de fuego. Y,

al percatarme de ello, me ha parecido que sus ojos pequeños y brillantes volvían a cruzarse con los míos; relucientes como una gema, negros como la noche, diminutos pasillos de pulido azabache que descienden y descienden hacia una inescrutable oscuridad.

Quizá Bert también los ha visto, pues me ha agarrado del brazo.

—¡Johnny, trae el arma! No me quedan balas. ¡Se nos va a hacer de noche dentro de nada!

Pero he negado con la cabeza y le he dicho, despacio:

—¿De qué serviría?

Ronnie hablaba como en sueños. Tenía los ojos fijos en el pájaro.

—Yo no intentaría hacerle daño. Creo que igual quiere ayudarnos. Guiarnos a alguna parte, como en las historias antiguas.

Bert se ha reído con ganas. Yo me he quedado callado. Conozco las historias a las que Ronnie se refiere, cuentos de hadas que habrá escuchado no hace tanto tiempo, sentado en el regazo de su madre o de su aya; el viejo tropo de la Bestia Benéfica o el Ave Auxiliadora. Pero yo nunca he creído en esas historias, no sé. Y esa imperturbable criatura de la oscuridad no es lo que yo llamaría una «criatura auxiliadora».

Pero es cierto que el patrón de sus movimientos está cambiando. Vuela más lejos, más hacia el norte. Y luego, cada vez que albergamos la esperanza de que ya no va a volver, se detiene y regresa y se queda suspendido en el aire un instante. Luego vuelve volando hacia nosotros, veloz y directo como una flecha, y se detiene, volando en círculos bajos, justo por encima de nuestras cabezas. La última vez que lo ha hecho, Bert ha gritado y se ha encogido, tapándose los ojos con las manos.

Crepúsculo. Ha vuelto a suceder. Y esta vez peor. La criatura se ha precipitado sobre nosotros casi como si fuera un bombardero de los que se lanzan en picado. Sus alborotadas alas y su afilado y brillante

pico casi nos arañan la cara a Bert y a mí. Sus ojos pequeños y brillantes despedían un fulgor carmesí al clavarse en los nuestros; exigían, mandaban. Pero solo ha dibujado un círculo suave sobre la cabeza de Ronnie. Cariñosamente.

Se ha vuelto a ir volando hacia el norte. Pero volverá. El pájaro quiere que lo sigamos. Pero nos estamos quedando sin luz. ¿Nos arriesgaremos a un verdadero ataque en la oscuridad? De ningún modo podemos quedarnos aquí, a menos que queramos que Ronnie se congele. Al fin y al cabo, no creo que nos lleve a un lugar peor que este.

5 de junio. Casi me da la risa leyendo la última entrada del diario. ¡Qué malas pasadas les hacen a veces los nervios a los hombres hambrientos y enfermos y desestabilizados por la conmoción de acontecimientos que nadie debería presenciar! Sin duda, vimos un pájaro que se habría quedado sordo por el estruendo de los Stuka o por otra causa natural. Sin duda, su incapacidad para sobresaltarse ante los disparos nos inquietó e hizo volar nuestra imaginación. Ciertamente, fue la pura suerte, no un ave, la que nos guio hasta el remanso de paz de esta casita en las alturas. De hecho, solo Ronnie dice haber visto algún pájaro durante la última mitad de aquella terrible travesía nocturna. Bert y yo, enfermos, tambaleándonos, sujetando a nuestro compañero lo mejor que podíamos, solo vimos las nubes bajas que nos rodeaban; la neblina a través de la que, a veces, relucían dos puntitos rojos y brillantes, como ojos.

Pero todas las angustias, reales e imaginadas, ahora parecen haber quedado lejos. Ya no hay que temer que los alemanes nos encuentren en este rinconcito encaramado en las nubes. Está lo bastante alto para ser el nido de un pájaro, custodiado por laderas prácticamente infranqueables de roca y hielo. Las dos mujeres que

viven aquí arriba también parecen aves; tienen la misma ligereza de movimientos, la misma voz aguda y dulce, los mismos ojos oscuros y brillantes.

Aretoúla, la más joven, tiene un perfil que bien podría haber sido tallado en una antigua moneda griega. Su abuela tiene los mismos rasgos delicados, pero la nariz aguileña, por lo que recuerda un poco a un ave de presa. Del mismo modo que sus manos morenas, delgadas y arrugadas a veces recuerdan a unas garras. Pero imagino que, hace cuarenta años, su cuerpo se movía y se contoneaba con el mismo brío cantarín que el de Aretoúla.

Nos tratan muy bien. No paran de alimentarnos; continuamente nos traen tentadoras bandejitas de comida, pues saben que nuestro estómago encogido no podría digerir mucho a la vez. No paran de disculparse por la mala calidad de su comida. No son conscientes de lo bien que nos saben su pan y su miel y sus olivas tras días de batalla, de huida y de miedo. Cuando intentamos decírselo, la anciana se limita a negar con la cabeza y a decir, casi feroz, con un voraz destello en sus ojos negros: «¡No hay carne!».

Es natural, sobre todo a su edad, que tenga ansia, necesidad de carne. Cuando esté un poco mejor, saldré a poner trampas, como hacía cuando era un muchacho en Nueva Guinea. Tenemos que darle carne; ella ya ha hecho mucho por nosotros.

Aretoúla nunca parece hambrienta. Ella se limita a sostener las bandejitas y sonríe y dice con dulzura: «Mire la dulce miel, *kirie.* La miel y el buen pan y las fuertes olivas. El *kirios* tiene que comer, comer todo lo que pueda, y recuperarse y volver a estar fuerte. Recuperado y gordo y fuerte».

Tiene sonrisas para todos; se le hunden los hoyuelos que enmarcan su encantadora boca del mismo modo que el sol descubre los pétalos de una flor que se despliega. Pero las sonrisas de sus

ojos son más cálidas y profundas para Ronnie. A veces hacen que su mirada oscura se vuelva verdaderamente suave, le quitan la dureza del brillo. Nunca me había dado cuenta, hasta esta última semana, de que los ojos brillantes siempre son duros.

Pero ahora estoy hablando como el poeta que siempre he querido ser. El poeta que pocos maestros de escuela llegan a ser. Aretoúla convierte a cualquier hombre en poeta. Solo espero que no convierta a Ronnie en un necio enfermo de amor. Sería una verdadera lástima pagar la hospitalidad de la anciana *kira* Stamata con cualquier tipo de dolor. Es una pena que las mujeres hablen tan bien nuestro idioma, pues yo soy el único de los tres que habla griego. Quizá la gente joven no necesite una lengua común.

Aquí arriba están muy solas. No parece que haya vecinos que las visiten, cosa que tal vez no sea extraño, teniendo en cuenta que su casa está a una altura prácticamente inaccesible. Pero no deja de ser raro que nadie venga nunca por aquí.

Bert lo comentó una vez con la anciana; yo no lo habría hecho. La mujer se miró las manos y contestó con tristeza:

—La gente piensa que damos mal fario. Mi marido murió cuando éramos jóvenes y me dejó con una criatura, una niña. Y esa niña, la madre de Aretoúla, también perdió pronto a su marido. A la gente le da miedo venir por aquí, no sea que se les pegue nuestra mala suerte.

Un pensamiento extraño. El mal fario como una presencia oscura, oculta, que se cierne sobre la casa dispuesta a extender sus largos e invisibles brazos para agarrar a cualquiera que entre allí. Y qué cruel que esa superstición aísle a dos mujeres.

Bert y yo nos mostramos torpemente empáticos. Le dijimos a la anciana *kira* Stamata que, cuando la guerra terminara, debería marcharse con Aretoúla a alguna ciudad o algún pueblecito de

abajo. Un lugar donde ambas pudieran vivir más cerca de otras mujeres, donde la muchacha pudiera conocer a hombres jóvenes.

Pero la señora negó con la cabeza.

—No. Aquí nací y aquí moriré. Igual que mi padre y mi madre, igual que mis cuatro hermanos. Mis cuatro hermanos tan altos y fuertes. Y luego mi marido y el marido de mi hija.

—Es duro para la muchacha. Nunca va a ninguna parte, nunca conoce a gente joven —dijo Bert.

La anciana sonrió. Una sonrisa amplia y repentina; le había hecho tanta gracia aquello que se le encendieron los ojos oscuros, pequeños y brillantes, los pocos dientes amarillentos que aún asomaban bajo la nariz protuberante y aguileña, con un brillo rojo de una maldad extraña. Como una avaricia secreta y satisfecha.

—Si Aretoúla ha de conocer a un muchacho, el muchacho vendrá.

6 de junio. Me temo que Aretoúla piensa que el muchacho en cuestión ya ha venido. Y Ronnie también. Anoche los oí susurrar, algo retirados, en la ladera de la montaña. Aún se veían vestigios de nieve entre sus pies, pero a su alrededor —tan claro y fragante que hasta un vejete prosaico y reseco como yo podía percibirlo— flotaba el aliento de la primavera. Estaban abrazados y él apoyaba la cabeza en la cabellera oscura de ella. Lo oí decir:

—Tiene que haber un párroco al que podamos traer aquí, Aretoúla. Que vayan mis amigos a buscarlo, aunque yo no pueda con esta dichosa pierna. No sé por qué no se me cura.

Es cierto que la pierna de Ronnie es el único de nuestros males que el descanso no ha curado. Está más cojo que cuando bajamos por las montañas. Pero no cabe duda de que fue la desesperación lo que le dio fuerzas para llegar hasta aquí.

Se oyó la voz de Aretoúla, tierna, aterciopelada como una caricia:

—La pierna se te curará. Todos os recuperaréis. Espera, Ronnie mío, espera y ya. Espera conmigo.

—No puedo esperar mucho más, Aretoúla. No por ti. Los compañeros estarán encantados de ir a buscar al cura. Y no correrán peligro. Los cretenses son de buena casta, no traicionan a los aliados.

Aretoúla se echó a reír y frotó su mejilla contra la suya.

—¡Bobo! Tesoro mío, ¡no tienes que esperar! No por Aretoúla. Aretoúla es tuya. Tanto como podría hacerla tuya un cura. Pero no vamos a pedirles a tus camaradas que arriesguen la vida por estos pasos de montaña que no conocen. Tal vez haya alemanes.

Él, terco, dijo en voz baja:

—No puedo, Aretoúla. ¿Qué pensaría tu abuela? No puedo aprovecharme de ti y de ella de esta manera, no después de todo lo que habéis hecho por nosotros.

Aretoúla retiró la cabeza y lo miró directamente. Incluso desde donde yo estaba, desde la esquina de la cabaña, vi cómo brillaban las estrellas, reflejadas en sus ojos.

—Mira, Ronnie mío, mi abuela lo entenderá. No me queda más remedio que contarte cosas tristes, cosas que esperaba que no fueran a importunarnos todavía. Aquí no vendrá ningún cura, por mucho que vayan a buscarlo tus camaradas. La gente piensa que este lugar está maldito.

—Pero… ¿por qué? ¿Cómo?

—Vosotros no lo entenderíais; sois ingleses y no sois supersticiosos. No sabéis que mi bisabuela murió tras perder el juicio por completo e intentar matar a mi abuela. Decía que era una *striga,* que había asesinado a sus hermanos, pues ciertamente tres hermanos de mi abuela habían muerto de una enfermedad que los había ido apagando, y la pena perturbó la mente de mi anciana

bisabuela, y recordó una leyenda de nuestro pueblo, una leyenda muy muy antigua. Según cuenta esa leyenda, a veces nace una niña con un ansia voraz que no es humana. Y también con otros dones… Vamos, una *striga.*

»Sí, y ella habría matado a mi abuela, a su propia hija. Lo único que su marido y el hijo que le quedaba pudieron hacer, aunque eran hombres fuertes, fue apartarla de su única hija. Y aquella noche mi bisabuela murió, delirando. Y pronto ellos murieron también, de la misma enfermedad que había alcanzado a los demás. Pero las palabras de los delirios de mi pobre bisabuela pervivieron y mi abuela se quedó sola. Ningún vecino, pues por aquel entonces teníamos vecinos aquí en la montaña, ponía un pie en esta casa; ningún familiar la acogió bajo su techo. Todos la odiaban y la temían; todos la rechazaban. Hasta que llegó el día en que llegó mi abuelo. Venía de otro pueblo, de otro valle; era alto, fuerte y risueño, como lo habían sido los hermanos de mi abuela. Y se rio de aquellos cuentos y la amó. Todo podría haber sido diferente si hubiese vivido, o si mi padre hubiese vivido. Pero la maldición mora en esta casa, como un pájaro negro que jamás dejará de rondar este lugar. Ningún hombre se casará jamás con Aretoúla.

—Yo sí…, algún día. —El joven tenía el rostro exaltado—. Te sacaré de aquí. Nos iremos a Inglaterra. Allí la gente es civilizada y no les hace estas cosas a las mujeres. Estaremos juntos para siempre.

La abrazó y apoyó la cabeza en la de la muchacha. Ella pegó la boca a la suya y lo ciñó con fuerza; parecía como si se fuera a fundir con él, como si se le fuese a derretir el cuerpo, como una nube, para ser uno con el suyo.

Entonces intervine.

—Buenas noches —dije como si nada antes de girar la esquina.

Ronnie se retiró sobresaltado de los brazos de Aretoúla. Me quedé con ellos hasta que ella se metió adentro y, más tarde, cuando Ronnie ya estaba durmiendo, saqué a Bert de casa y hablé con él.

—Bert, tenemos que irnos. Aquí las cosas se están poniendo serias; los chiquillos se están enamorando.

Se lo conté todo; todo salvo las pesadillas fantasiosas de la madre de *kira* Stamata. Bert, como mucha gente de Queensland, conoce bien a los aborígenes y, aunque finja reírse de sus tenebrosas creencias y prácticas, las lleva grabadas en la mente. Temía impresionarlo demasiado.

Al final, no lo impresioné lo suficiente. Se echó a reír.

—Yo, por mí, dejaría que los chiquillos se diviertan, Johnny. Estamos en guerra; puede que sea lo único que tengan en esta vida. Pero supongo que te sale el director de escuela que llevas dentro, que a ti te gusta que todo sea correcto y respetable. Aunque lo mismo sí que es buena idea largarnos de aquí. Cuanto más nos quedemos, menos oportunidades tendremos de que nos recojan nuestros barcos; puede que ya hayan zarpado todos.

Me sorprendió tanto que fui honesto de una manera nada diplomática. Nada diplomática porque, de un modo repentino y desesperado, quería marcharme de allí.

—Sabes perfectamente que ya no cabe esa posibilidad, Bert. Todos los ingleses que queden en esta isla se han quedado varados, sin una mísera oportunidad de salir de aquí, salvo en un barco de pesca cretense.

Bert me miró avergonzado.

—Ya lo sé. Pero, por muy bien que se hayan portado con nosotros y todo eso, yo quiero irme de aquí lo antes posible, Johnny. La vieja me hace sentir incómodo, no puedo evitarlo. Me recuerda a alguien… O a algo que he visto en otra parte. ¿Y a santo de qué

hablan inglés tan bien si nunca han bajado de esta montaña, teniendo en cuenta que en esta casa no hay un solo libro, ni siquiera una Biblia en griego?

—Sandeces, Bert —le dije, malhumorado—. Hablas como si sospecharas algo. Sabes que el padre de Aretoúla estuvo en América, era un hombre culto y progresista, bastante diferente a los campesinos supersticiosos de por aquí. *Kira* Stamata nos lo ha contado. Él debió de enseñarle inglés.

—Puede ser. Pero es raro que lo hable tan bien —respondió Bert porfiadamente— y que lo recuerde después de tantos años. Y me extraña que estuviera al tanto de todas las novedades de la guerra hasta que subimos y que ahora no sepa nada. Aquí no sube nadie; se supone que nadie ha subido desde hace la tira de años. ¿De dónde sacaban las noticias entonces y qué ha hecho que ya no lleguen? Eso si han dejado de llegar… Yo no acuso a nadie, pero es que no me gusta el panorama. Es demasiado raro.

Me reí de él; es imposible dudar del carácter amistoso de estas buenas mujeres. Pero algunos de los argumentos de Bert eran razonables y estaban bien planteados. Más razonables de lo que habría esperado de él. Me alegro muchísimo de no haberle contado las partes disparatadas de la historia de Aretoúla. Por la mañana, le preguntaremos a su abuela por los pasos de montaña, por la mejor manera de marcharnos.

7 de junio. Nuestras anfitrionas estaban dolidas y apenadas, como ya me temía. Dicen que Ronnie no tiene la pierna como para viajar, y me temo que es muy cierto. Nos preguntan si acaso no somos felices con ellas, si acaso no nos sentimos a salvo. Si acaso no han hecho todo cuanto podían por nosotros. Y claro que sí. El problema es que tengo miedo de que, si nos quedamos, Aretoúla haga

demasiado. Puede que encuentre la ocasión para hablar con *kira* Stamata antes de que acabe el día para alertarla de ese peligro. En todo caso, está claro que no podremos marcharnos hasta mañana.

Medianoche. He tenido unos sueños terribles; casi podría pensar que me estoy volviendo loco. Puede que haya sido por no haber tenido ocasión de hablar en privado con *kira* Stamata; quizá por eso estoy inquieto y soy incapaz de dormir profundamente, aunque tenía mucho sueño cuando me metí en la cama. Todos estábamos muy cansados, pues, para celebrar nuestra última noche, la anciana había sacado su última botella de vino, un vino que había preparado con sus propias manos, siguiendo una antigua receta familiar. Un vino extraño que sabía a miel. Y a algo más, algo que no sabría identificar.

Se nos ha subido a la cabeza y a todos nos ha parecido buena idea irnos pronto a la cama; recuerdo vagamente haber pensado que sería lo mejor, en cualquier caso, si queríamos ponernos en marcha temprano. Pero me he levantado en plena noche con repentinos sudores de miedo, aunque no sé qué me ha despertado.

Entonces lo he vuelto a oír: el crujido de una puerta, la puerta de la habitación interior, donde duermen las mujeres. Estaban entrando en nuestro cuarto y, al percatarme de que eran ellas, el corazón me ha dado un vuelco de alivio y luego se me ha parado.

Aretoúla llevaba una antorcha y en la mano de su abuela había un cuchillo. Un cuchillo largo y fino. La hoja brillaba con el fuego de la antorcha, roja en los ojos ávidos de ambas mujeres.

Aretoúla ha dicho con voz queda:

—Todo bien, abuela. Duermen.

La anciana no ha respondido enseguida. Se ha adentrado un poco más en la habitación, abriéndose paso con la cabeza algo inclinada. Como un pájaro cuando sale a cazar. Su cuello se veía largo, más

largo que el de una mujer. La nariz aguileña era como un pico; los ojos pequeños y brillantes relumbraban de ansia. ¡En ese instante la he reconocido! ¡Era el pájaro que nos había sobrevolado en las montañas, el pájaro que había danzado y nos había amenazado mientras se ponía el sol!

Se ha acercado y se ha quedado mirándonos. Y, aunque me he esforzado con cada músculo para levantarme, aunque la garganta se me ha hinchado con un grito, ¡no he podido! Estaba paralizado; hasta los labios los tenía petrificados.

Aretoúla ha dicho, nerviosa:

—No tocará al joven, ¿verdad, abuela? Usted conservó al abuelo un tiempo hasta que se comió sus entrañas; madre conservó a padre un tiempo antes de que las dos se comieran sus entrañas. Yo también quiero mi tiempo de amor.

La anciana ha gruñido.

—Sí, pequeña, no temas. Primero el grande, que será el más enjundioso y el más sabroso. Venga, trae el caldero.

Aretoúla se inclinó y levantó el caldero, que estaba junto a la lumbre. Un caldero que a menudo había visto borbotear; una antigua joya de cobre. Ahora brillaba a la luz de la antorcha.

Kira Stamata se ha acercado un paso más. Estaba justo encima de nosotros, de Bert…

He intentado gritar, he intentado moverme con tanto ahínco como jamás lo haya intentado un hombre. Pero me habría costado lo mismo tratar de levantar un muro de piedra que mi propio cuerpo.

He visto el destello del cuchillo, veloz y brillante como un rayo, cuando la anciana ha bajado el brazo. He visto cómo le abría el pecho a Bert; he oído a Bert gruñir y he visto su cuerpo convulsionar hasta quedarse rígido. Se ha oído otro gruñido hueco. Y luego ha yacido quieto, silencioso, con un lazo de un rojo intenso que parecía

extenderse entre su garganta y el pecho.

Pero no se ha quedado así mucho tiempo. La anciana, que seguía inclinada sobre él, ha vuelto a clavarle el cuchillo en la herida, lo ha girado… y ha metido la mano… Creo que ahí me he desmayado.

Después de eso solo recuerdo imágenes fugaces. La he visto volver a incorporarse con el corazón de Bert en la mano; el corazón de Bert rojo, sangriento. He oído que le decía a Aretoúla que avivara las ascuas de la lumbre. Más tarde, ha vuelto a despertarme del embrujo de la inconsciencia el olor a carne quemada.

Pero no voy a contar lo que he visto después de aquello. No puedo. Solo diré una cosa: en cierto momento, Ronnie se ha revuelto y ha gimoteado en sueños, y Aretoúla se ha acercado a él y le ha puesto la mano suavemente en la cara, con una expresión tan tierna como la de una joven madre.

—Duerme, tesoro —ha murmurado con voz suave y cantarina—. Duerme.

Y se ha dormido. Gracias a Dios, sigue durmiendo.

Antes de regresar a la habitación de la que venían, se han vuelto a inclinar sobre Bert. Lo han acariciado con sus delgadas manos. Se han reído con una risa dulce, estridente, como de pájaro.

—¡Cuídate, cuídate, oh, esponja seca, del agua que corre!

Y luego creo que me he vuelto a desmayar. Y, un poco después, cuando me he despertado, Bert respiraba tranquilamente. No tenía ni un solo rasguño en el pecho. Pero no me atrevo a volver a dormirme, no me atrevo a volver a soñar. Me quedaré sentado el resto de la noche.

8 de junio. Hurtaré unos minutos para escribir en el diario antes de marcharnos. Para escribir algo cuerdo y sensato tras los delirios de la pasada noche. Fue un sueño, un sueño horrible y fantasioso.

Sin embargo, esta mañana Bert estaba un poco pálido; no parece él, siempre tan vigoroso y lleno de coraje. No se ha unido a las risas ni ha participado en la conversación en la mesa del desayuno, como suele hacer. Ojalá *kira* Stamata no estuviera puliendo la olla de cobre. Puliéndola con esmero, como si la hubiera usado. Me pregunto por qué Aretoúla está tan contenta y por qué se ríe tanto; me figuraba que estaría triste por la partida de Ronnie.

Pero me llaman. Bert me llama. Es la hora.

De noche otra vez. Hemos vuelto a la cabaña de *kira* Stamata. Y con «hemos» me refiero a Ronnie y a mí. Bert está muerto.

Hemos caminado toda la mañana, hemos descendido por las empinadas sendas montañosas que *kira* Stamata nos había indicado. Y Bert no paraba de decir que tenía hambre, que notaba una extraña sensación de vacío. «Como si estuviera hueco por dentro», decía. Él, siempre tan fuerte, tenía tantas ganas de descansar como Ronnie cuando hemos parado a mediodía.

No nos hemos atrevido a comer mucho; no sabíamos cuánto nos tendría que durar la comida que nos había dado la anciana. Pero Bert estaba muerto de hambre. Después de comer, se ha levantado y ha caminado hacia un arroyuelo que discurría espumoso por la montaña, no muy lejos de nosotros.

—No es que yo sea mucho de beber agua, pero igual me llena un poco la tripa. No sé qué leches me pasa, la verdad. El vino de la vieja seguro que me ha dado una resaca rara.

Ha bebido. Yo estaba a su lado; he visto la nuez moverse al tragar agua. Y entonces lo he oído ahogar un grito; he visto el lazo rojo desplegarse de nuevo por su pecho. Se ha caído en plancha al torrente de agua. Ronnie y yo lo hemos sacado juntos.

Ronnie cree que ha sido cosa de una hemorragia, de una lesión causada por la fatiga de nuestras caminatas, por haber retomado

tan pronto la marcha. Tenía un poco de sangre en la boca; Ronnie cree que se le habrá caído de ahí al pecho, donde no hay herida alguna. Pero no había mucha sangre. No puedo dejar de pensar en una esponja seca, recién escurrida…

Y mientras arrastrábamos el cuerpo a la orilla, a Ronnie le ha fallado la pierna. He tenido que volver a la cabaña a avisar a las mujeres para que me ayudaran. Con Ronnie, con el cadáver de Bert. Así que aquí estamos de nuevo… Casi digo «de nuevo donde sucedió todo».

Pero no hay peligro. No puede haber ningún peligro. Lo que vi anoche fue un sueño. La enfermedad y la muerte de Bert han sido una coincidencia. No pienso insultar, ni siquiera en mis pensamientos, a dos mujeres que han sido amables conmigo, que han arriesgado su vida para ayudarme, como todos los cretenses en estos tiempos arriesgan sus vidas al ayudar a los soldados aliados. No permitiré que se me vaya la cabeza.

No recordaré la sangre rebosando por los bordes de una olla de cobre…

15 de agosto. He dejado pasar las semanas como si estuviera en un trance; ni siquiera he escrito en este diario. Estuve enfermo unos días y *kira* Stamata me cuidó con tanta ternura como si fuese mi madre. Ronnie y Aretoúla a veces entraban de puntillas, cogidos de la mano, y me sonreían… Son felices. Puede que Bert tuviera razón, no hay que ponerle trabas a la felicidad. Puede que sea lo único que tengan en la vida estos jovenzuelos unidos por la guerra.

No duermo bien. *Kira* Stamata se ha dado cuenta y me prepara brebajes de hierbas. Intento tirarlos cuando no mira, pues, en cierto modo, me da miedo dormirme. Lleno de imaginaciones locas e irracionales, sin la cordura que tengo de día.

Pero la anciana me vigila con demasiada atención; cada vez me resulta más difícil encontrar la ocasión de deshacerme del brebaje. Supongo que cree que no me gusta el sabor y tiene ese empeño femenino de ayudarme contra mi voluntad. A menudo tengo que dejarme vencer por el sueño del mismo modo que uno se deja caer ante un precipicio: precipitándose ciegamente hacia el ciego terror, hacia el olvido.

16 de agosto. Es de día otra vez. La mañana, hermosa y soleada, reconfortante como un pan recién hecho. La mañana muestra lo insensatos que son los terrores nocturnos, las macabras sombras que deja la niñez en la mente de todo hombre. La risa de Ronnie y Aretoúla entra por la ventana; una risa jovial, reconfortante. La de Aretoúla es tan tierna como la de cualquier mujer, aunque nunca pierde esa nota dulce y estridente que es algo salvaje; la nota que suena a pájaro…

¡Ahí! Ronnie la ha cazado y se están besando. Sus labios están demasiado ocupados para reírse. Demasiado ocupados en esa dulzura. Aretoúla le engarza el cuello con fuerza, con esa fuerza voraz que muestra a veces. Lo ama.

No sé por qué tengo miedo, incluso de noche. Como Bert no sabía nada, no se despertó. Y no llegaré a ver a Ronnie pasar por eso. Antes se me llevarán a mí, porque Aretoúla todavía lo ama. Y cuando llegue su turno, él tampoco sabrá nada. No sufriremos; en el campo de batalla hay muertes mucho peores.

Y sin embargo…

Voy a arrancar esta página. Es de locos, un delirio tan grande como el de la bisabuela de Aretoúla.

17 de agosto. Hoy *kira* Stamata ha dicho que se encontraba mal y

nos ha enviado a Ronnie y a mí a la montaña, a buscar cierta hierba con la que quería prepararse un remedio. Aretoúla, ha dicho, tiene que quedarse con ella. Ronnie y yo nos hemos aventurado lejos, pero no hemos sido capaces de encontrar ninguna planta que se pareciera a la muestra que nos había dado.

Cuando hemos vuelto, se percibía cierta tensión entre las dos mujeres. *Kira* Stamata parecía tranquila, pero Aretoúla estaba blanca y tenía los ojos rojos, como si hubiese llorado. Ha estado muy callada toda la tarde. Ronnie está muy preocupado; se alarmaría más si Aretoúla se hiciera un corte en un dedo que si él se rompiera el brazo. Seguro que no es nada importante; riñas de mujeres. Pasa incluso con las mejores. Sin embargo, se me crispan los nervios ante cualquier tensión, como un caballo de carreras al oír el chasquido del látigo. Los noto tensarse; noto que el miedo los recorre, igual que la electricidad recorre los cables.

Algo bueno: cuando *kira* Stamata me ha dado mi brebaje para dormir, se ha olvidado de vigilarme. Miraba fijamente a Aretoúla, que no le quitaba ojo a Ronnie, así que he podido tirar disimuladamente la medicina en los rescoldos.

Al cabo de un instante, se ha acordado de mí. Me ha mirado y ha sonreído:

—¿Ya te la has tomado? Bien. Dormirás bien, soldado. Tienes que dormir muy bien y ponerte fuerte, muy fuerte. Ya llevamos demasiado tiempo preocupadas por ti, soldado. Demasiado tiempo.

18 de agosto. Puede que esta sea la última entrada que escriba en este diario. Creo que así será.

Ayer por la noche no dormí. Cerré los ojos y me quedé quieto; respiré de manera regular, como he aprendido a hacer, cuando *kira* Stamata se inclinó sobre mí. La veía como una sombra a través de

mis párpados, como la sombra de un buitre negro…

Pero quizá luego me quedé dormido. Porque lo siguiente que recuerdo es la voz de Aretoúla:

—Abuela, mire, tengo el cuchillo. Comamos, comamos y bebamos esta noche.

Se me abrieron los ojos; vi el destello del cuchillo en su mano. Y los cerré otra vez; la debilidad se apoderó de mí. De nuevo, fui incapaz de moverme.

Luego oí a la anciana reírse; una risa aguda, un cacareo.

—Comerás, nieta mía, comerás.

Sentí el gélido escalofrío del metal cuando Aretoúla lo acercó suavemente a mi garganta.

—Seguro que, por esta vez, con él nos bastará, abuela. Comamos de él, comamos y bebamos de él esta noche. Deje que le enseñe lo bien que puedo cortarle la garganta. Nunca he matado; he comido, sí, he festejado, pero nunca he matado.

Kira Stamata volvió a reírse, esta vez más fuerte; una risotada áspera y aguda, como un graznido.

—¿Tú te crees que así me demuestras tu fortaleza, chiquilla? ¿Te crees que me alimentaré de ese enclenque, que es incapaz de recuperar las fuerzas, por mucho que lo cuido? ¡No! Este va a morir solamente para que nos podamos librar de él. De tu amor es de quien nos alimentaremos, niña. Esta noche o mañana por la noche, como prefieras.

Hubo un momento de silencio. Y entonces Aretoúla dijo, afanosa:

—Él tampoco es muy fuerte. Está herido y es flacucho, igual que este.

No movió el cuchillo de mi garganta.

—Pero es joven y está sano, niña, lo bastante sano para complacerte. Lo has hecho feliz, lo has hecho fuerte. Y ya lleva aquí

bastante tiempo; tengo hambre.

Aretoúla no respondió enseguida. Por un instante, me apretó más el cuchillo contra el cuello. Luego lo apartó. Despacio, lo noté; reacia. Entonces se oyó de nuevo el cacareo burlón de su abuela.

—¡Uy! ¿No te apetece tu primera presa, niña? ¿Vas a dejarlo vivir?

Aretoúla dijo, enfurruñada:

—Me ha prometido una noche más. Y si mi Ronnie ve a este hombre muerto mañana, se pondrá triste. No pensará solo en mí. Mañana por la noche, antes del alba, lo mataré; los mataré a los dos, si lo desea. Pero esta noche no.

Entonces se fue. Volvió a la habitación que ahora comparte con Ronnie. *Kira* Stamata se volvió a dormir; oí su respiración profunda y regular. Pensé en acercarme a hurtadillas a su camastro, donde duerme ovillada junto a la lumbre. Pensé en retorcerle el cuello flaco y flácido.

¡Qué pena que su padre y su hermano no dejaran a su madre matarla, desterrar del mundo la monstruosidad que ella misma había alumbrado! Pero la salvaron, la salvaron para que se convirtiera en su propia destrucción, ¡y ahora en la nuestra! Sin duda, pensaron, pobres insensatos, que estaban protegiendo la inocencia; seguro que entonces era joven y encantadora, como Aretoúla.

¡Como Aretoúla!

Dos veces me acerqué a hurtadillas a la bruja. Pero cada vez se despertó y revolvió en la cama; cada vez volví corriendo a la mía. Sin duda, sus sentidos son agudos como los de un pájaro.

Durante el resto de la noche durmió plácidamente, y yo seguí pensando. Pensando y temiendo, odiando y temblando, intentando trazar un plan.

Al final, cuando ya casi iba a romper el alba, se me ha ocurrido una idea. Como un fogonazo de luz blanca.

Tal vez no funcione. Creo que es poco probable que funcione. Pero quizá logremos morir al aire libre.

Al alba, me he levantado y he salido de la casa. He caminado y he caminado. He remontado la montaña, hasta la cima y más allá.

Desde esta roca de la cumbre en la que estoy escribiendo, diviso la cornisa donde se erige la cabaña; ese nido de buitres que pensamos que era nuestra salvación, el paraíso. Ahí está, negro bajo la bermeja luz de la mañana, todavía en sombra. Una sombra menos negra que lo que hay en su interior.

Si Ronnie no me sigue, volveré esta noche. Estaré al acecho e intentaré sorprenderlas; haré lo que haría cualquier hombre. Pero Ronnie me seguirá. Se preocupará y saldrá en mi busca. Y entonces, con mis dos piernas sanas, no me resultará difícil sacarle ventaja en todo momento. Con suerte —¡con muchísima suerte!— puede que lo lleve a una persecución que nos haga caer en manos alemanas. Ahora mismo, un campo de prisioneros me parece el paraíso.

Pero ¿me seguirá hasta tan lejos? ¿O volverá… con Aretoúla? Si le intento contar lo que sé, me tomará por loco.

Ya viene. Lo veo perfectamente allí abajo, al sol de la mañana. Asciende la montaña, haciendo visera con la mano mientras mira en derredor, buscándome…

Cinco de la tarde. Estoy muy cansado. Llevo todo el día jugando con Ronnie al escondite, en esta versión horripilante en las montañas. Sin comida, sin más descanso del que sé que es necesario. Pues si a Ronnie le falla la pierna, se acabó. Se acabó este juego en el que nos jugamos la vida.

El muchacho debe de pensar que estoy loco. Perturbado después de todo lo que hemos pasado, de mi larga y moderada fiebre, de la conmoción por la muerte de Bert. Pero sigue yéndome a la zaga con una terquedad ciega y dulce; no desertará ni abandonará a un

camarada.

Ahora está descansando en una cornisa, a unos trescientos pies más abajo. No le quedan fuerzas, creo, para escalar esta roca, donde debe de saber que me escondo, pues me he movido y he dejado que me vea. Deseo desesperadamente atisbar alguna casa, alguna señal de humanidad. Pero no hay nada. Los picos se ciernen sobre nosotros como enemigos, oscuros e implacables, con esta luz que va mermando. Grandes masas de roca puntiaguda y yerma; en el mejor de los casos, indiferentes, ajenas a los hombres.

¿Qué sucederá cuando caiga la noche? Pero no era de noche antes, cuando…

¡Dios, no me atrevo a pensar en eso! ¡Ojalá pudiéramos quedarnos solos, en la oscuridad y entre las rocas, y no hallar más peligros que los que la naturaleza nos depara en estas terribles y desoladas alturas!

Se está poniendo el sol. Las nubes que hay sobre las cimas son rojas como el fuego, rojas como la sangre. El cielo mismo relumbra como una vasta sábana de luz blanca. Ni sombra de oscuridad en ninguna parte.

¡No, no! Veo dos sombras, allá al norte. Dos sombras negras que mancillan la blancura rojiza y brillante de los cielos. Se acercan. Cada vez son más grandes… ¡Se me encoge el corazón, siento un nudo de terror en el pecho!

¡Pájaros!

Más tarde. Se acabó. Todo ha sido muy rápido. Se acercaron y volaron bajo y en círculos sobre la cabeza de Ronnie. Yo intentaba bajar como podía mientras los pájaros se acercaban. No sé qué pensaba que podría hacer; sabía que el muchacho no se creería nada de lo que yo le dijera.

Llegué a tiempo para verle la cara mientras esas criaturas volaban

en círculos sobre él. Para ver su expresión de sorpresa inicial convertirse en una sonrisa. Una sonrisa muy dulce, confiada, infantil.

—¿Dos esta vez? ¡Pero bueno! ¿Qué pasa? ¿Queréis que vuelva… con ella?

Por un instante, se ha quedado mirando la extraña urdimbre que dibujaban, el patrón que parecían trazar sus alas negras en el aire, sobre su cabeza. Y entonces, poco a poco, con los ojos todavía fijos en los pájaros, se ha levantado como un hombre en trance que no se moviera por voluntad propia.

Ha dado media vuelta, ha vuelto por donde había venido.

Entonces he salido de mi escondite. He saltado y lo he llamado a gritos, desesperado, angustiado.

—¡Ronnie! ¡Ronnie!

Ha dudado. Se ha vuelto de nuevo y me ha mirado, en sus ojos se libraba una extraña batalla: desconcierto y cariño y reconocimiento, todo luchaba contra un extraño encantamiento que lo hacía moverse como un autómata, incapaz de controlar sus movimientos.

He vuelto a llamarlo:

—¡Ronnie! ¡Ronnie!

Ha dado un paso titubeante hacia mí; luego otro y otro.

—¡Johnny, John, amigo! —ha dicho.

Y entonces los pájaros han caído en picado sobre nosotros. Con un chillido terrible de rabia, uno de ellos se ha abalanzado sobre mí; su pico largo y reluciente apuntaba a mis ojos. He visto los suyos y los he reconocido por su roja ferocidad: ¡los ojos de Aretoúla!

Me he tapado la cara con las manos y he sentido su salvaje pico desgarrándomelas, hundiéndose en el músculo, en la carne, en el hueso. He sentido sus garras cortándome el pecho como cuchillos, mientras sus grandes alas me golpeaban los hombros y la cabeza.

He oído a Ronnie gritar de terror; luego otro grito, un grito largo y

terrible de dolor. Entonces he sabido que el otro pájaro había ido a por él.

He olvidado mi propio peligro. He bajado una mano y he mirado.

El pájaro estaba agarrado a su pecho y a su garganta. Tenía sus largas garras clavadas en el pecho de la camisa y en la carne de debajo, y el pico hundido en su garganta. Ronnie se tambaleaba, daba traspiés, intentaba quitárselo de encima, pero ese pico le serraba la piel, más y más hondo…

Entonces he oído otro grito, el más terrible de todos. El sonido más fiero de rabia y odio que sin duda ha salido jamás de una garganta, ya sea de la de un humano, de una bestia o de un demonio.

El pájaro que me había estado atacando me ha soltado. Ha alzado el vuelo, un misil negro, un torbellino, ¡directo al gaznate del otro pájaro!

Ha cerrado el pico justo bajo el otro pico, que seguía clavado en la garganta de Ronnie; lo ha hundido en las plumas negras que había justo bajo esa cabeza salvaje de ojos rojos. Y el pájaro ha soltado a Ronnie. El muchacho ha dado unos pasos atrás, tambaleándose, con la sangre manando de la garganta y el pecho, y ha caído.

He corrido a su lado. He intentado restañarle las heridas mientras la batalla arreciaba sobre nosotros.

Y no solo ahí, sino sobre la cornisa y en las alturas; por momentos se separaban y se clavaban los ojos, esos ojos rojos, y luego volvían a abalanzarse el uno sobre el otro, con gritos locos y salvajes. A veces peleaban justo por encima de nuestras cabezas, por lo que nos caían encima plumas ensangrentadas, y yo le tapaba la cara a Ronnie y me tapaba los ojos. A veces se iban volando muy lejos, como una madeja negra, como un único torbellino furibundo de oscuridad, terrible y autodestructivo, y los perdíamos de vista y

esperábamos que se hubieran marchado.

Pero volvían. Siempre volvíamos a oír esos gritos estridentes y mortíferos, veíamos el batir de las alas negras y enfurecidas.

Se arremolinaban batallando en las profundidades que se divisaban desde la cornisa, chillando y picando, clavando y desgarrando, golpeándose con las alas.

Y entonces uno ha caído. Se ha hundido despacio, suavemente, como una bola que se precipita en las profundidades.

El otro se ha tambaleado en el aire y luego ha regresado volando hacia nosotros, batiendo sus anchas alas negras contra el cielo reluciente.

Me he ovillado sobre Ronnie, tapándole la cabeza con el cuerpo, echando un vistazo entre los dedos con los que me tapaba la cara.

¿Quién había ganado?… ¿Quién?

El pájaro ha llegado a la cornisa. Se ha quedado suspendido en el aire, a unos seis pies. Le veía bastante bien la cabeza entre la mancha oscura de sus grandes alas extendidas. Y los ojitos negros, rojizos, estaban vidriosos y extrañamente empañados; ya no parecían amenazantes. El pico estaba rojo, rojo como las heridas que le cubrían el cuerpo.

Ha echado un vistazo hacia abajo, como si buscara algo que no encontraba: la cara de Ronnie, que mi cuerpo tapaba. Y entonces ha cerrado los ojos y ha caído.

Cuando ha golpeado el suelo, la tierra ha temblado y ha ondeado como el agua. El ave se ha estremecido y ha crecido y se ha transformado con una extraña convulsión. Y entonces, allá donde el sol moribundo había brillado sobre las plumas negras de un pájaro, ha iluminado el pelo negro de una mujer. Ahí estaba Aretoúla, pálida y herida y ensangrentada, con la boca más roja que las heridas que desfiguraban su hermoso rostro.

Con un grito espantoso, Ronnie se ha desembarazado de mí. Ha corrido hacia ella. Al acercarse él, Aretoúla ha levantado sus delgados y ensangrentados dedos y ha intentado limpiarse la sangre de la boca. Parecía avergonzada.

Cuando Ronnie ha caído de rodillas a su lado, ella le ha sonreído y, de nuevo, su boca era encantadora y tierna, una boca de mujer.

—Yo… te amaba, Ronnie. No podía dejar que te matara… A la hora de la verdad… Yo era… más mujer que *striga.*

Él solo ha podido ahogar un grito y repetir, mientras la abrazaba: «¡Aretoúla, Aretoúla!». No entendía nada.

Me he acercado a ellos y ella me ha mirado.

—Johnny… ¿Tengo la boca… normal? ¿No es fea? Me gustaría que él me recordara… hermosa. Tan hermosa como… cualquier muchacha inglesa.

Me he arrodillado y le he limpiado lo que le quedaba de la sangre de su abuela en la boca. Ronnie la ha besado, sollozando. Su mirada, apenadísima, parecía confusa.

Ha dicho suavemente, a modo de explicación:

—Mi abuela te habría matado, Ronnie. Mató a Bert. Y ahora la he matado… por ti. Y… me estoy muriendo. Pero hay un pueblo… Allá…, al otro lado de ese pico…, al oeste.

Ha intentado levantar la mano, pero no ha podido. Se la he tenido que levantar yo; con gran esfuerzo, ha señalado con un dedo tembloroso.

—Allí… os esconderán. De los alemanes. Están… limpios. No hay… *strigas.* Ni ninguna… mujer que te vaya a querer tanto como… yo.

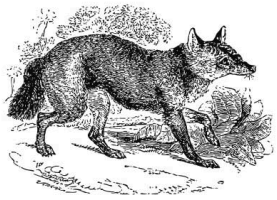
Ahí se han detenido sus palabras y el aliento se le ha atascado en la garganta. No ha vuelto a hablar.

Lleva muerta desde que ha salido la luna. Ronnie y yo hemos cavado su tumba. No bajaremos al abismo a buscar a la otra; que

las aves de presa, las bestias de su sangre, se encarguen de limpiar sus huesos. Esta noche descansaremos aquí; seguiremos por la mañana. Camino al pueblo. Camino a un nuevo día.

Foxy's Hollow

Leah Bodine Drake



· 1953 ·

Traducido por

María Aragón Ramírez

Leah Bodine Drake

· 1904-1964 ·

Leah Bodine Drake fue una de las colaboradoras más prolíficas, casi exclusivamente de poesía, de la revista *pulp* estadounidense *Weird Tales.* Su primer poema, «In the Shadows*»,* se publicó en el número de octubre de 1935, junto con una carta en la que expresaba su apoyo a las portadas de Margaret Brundage. Esta colaboración se matuvo hasta su vigésimo cuarto y último poema, «Out!*»* (marzo de 1954). Cuando *Weird Tales* dejó de publicarse, continuó en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction,* hasta que falleció de cáncer en 1964, justo antes de su sesenta cumpleaños. En 1950, August Derleth publicó bajo la editorial Arkham House, aunque a expensas de Drake, su primer libro de poemas, *A Hornbook for Witches,* que se ha convertido en uno de los libros más peculiares de su catálogo.

Drake fue crítica musical (era una fanática del jazz) y de cine, así como una gran coleccionista de libros infantiles. Solo dos de sus relatos se publicaron en *Weird Tales,* y uno más, el siguiente, en la efímera revista *Fantasy Fiction.* Recientemente, David Schultz ha reunido una antología de sus obras titulada *The Song of the Sun* (2020).

Foxy's Hollow

Un lluvioso día de otoño, Burke Bennet había salido de cacería cuando su yegua saltó una valla de la peor forma posible e hizo caer a su jinete desde una altura de dos metros.

Cuando intentó levantarse, se percató de que se había hecho un esguince en el tobillo y de que la yegua no aparecía por ningún lado.

«Ah, estupendo», pensó Burke. «Sencillamente estupendo.»

No sabía dónde estaba y, de haberlo sabido, tampoco sabría llegar, ni siquiera caminando, hasta Bewley Hall, donde se alojaba. ¿Por qué no se había quedado en esa zona en lugar de galopar a toda velocidad por un territorio desconocido?

Burke Bennet era un joven estadounidense de complexión robusta, rostro colorado y malos modales, que escribía un tipo particular de ficción sobre jóvenes de piel bronceada que conocían a bellas muchachas en la playa. Los corredores de apuestas y los usureros lo adoraban, y él era todo un experto con las mujeres, aunque no tenía intención de casarse con ninguna. Lord Bewley, que coleccionaba americanos, irlandeses y jarras Toby, lo había invitado a cazar en un lugar de Inglaterra que Burke no conocía muy bien, y allí estaba, en pleno Hawkshire, con el tobillo lesionado. Sentado en el barro y maldiciendo con vehemencia, vio una frondosa hondonada cercana de la que ascendían remolinos de humo lentamente. Para

Burke, que no tenía madera de *boy scout,* el humo en un bosque solo podía tener una explicación: una casa. Se levantó dolorido y fue cojeando hacia los árboles.

Al acercarse, comprobó que tenía razón. Efectivamente, allí había una casa: un gran entramado de madera con aleros inclinados, ventanas abuhardilladas y pequeñas vidrieras. Estaba rodeada de un jardín geométrico con un cenador de rosas, tejos negros y aligustres podados en forma de barcos y pavos reales. Burke pensó por un momento que había algo raro en ella. Entonces se dio cuenta de lo que era. Aunque todo el día había estado nublado, ahora el sol resplandecía con fuerza sobre las doradas hayas y los brillantes acebos. «Debe de haberse despejado de pronto», pensó Burke por un instante.

La casa disponía de una gran cantidad de pequeñas chimeneas retorcidas, dos de las cuales se alzaban a cada lado del edificio principal como las orejas de un animal. Era de lo más peculiar.

¡Toc, toc!, llamó golpeando con la aldaba de latón, que consistía en una cabeza de zorro sonriente. Nadie respondió. Burke no se había imaginado capaz de blasfemar así. Le dio una patada a la puerta, que se abrió de par en par, y entró. Había un recibidor de techo bajo, decorado con el típico estilo de las casas de campo inglesas: muebles buenos, pesados y anticuados, látigos de caza cruzados sobre las paredes bajo máscaras de zorro, una nutria disecada (muy polvorienta) en un aparador y la chimenea encendida. «¡Eh! ¿Hay alguien?», vociferó Burke. No había nadie, así que se acomodó frente al fuego, se quitó las botas y decidió esperar. Lo más probable era que apareciera alguien en algún momento.

El día llegó a su fin y cayó el crepúsculo. Burke estaba casi dormido cuando escuchó un ruido procedente de la puerta delantera. La puerta se abrió y se cerró de golpe, y una voz

femenina dijo en voz alta: «¡Ja! ¡Les he vuelto a ganar!».

Burke le lanzó una mirada a la dueña de aquella voz y se olvidó de su tobillo. Era una chica delgada, pelirroja, tan bella como cualquier protagonista de sus novelas. Solo que, en lugar de un bañador, llevaba puesto un traje de *tweed* bermejo y respiraba agitada, lo que hacía que su pecho se moviera de un modo interesante. No parecía sorprendida de ver a Burke y, mientras se acercaba al fuego, comentó tranquilamente:

—¡Qué carrera! ¡Ha sido increíble, aunque ese último camachuelo ha sido mi salvación! No te levantes, por favor… Sé que te has lastimado el pie —añadió—. Soy Clarinda Foxer.

Preguntándose cómo sabía lo de su tobillo, Burke se presentó y comenzó a hablar.

—Me veo obligado a recurrir a su hospitalidad, señorita Foxer, hasta que pueda contactar con Bewley Hall para que alguien venga a recogerme.

En realidad, no tenía pensado irse todavía y usó el encanto que había desarmado a las rubias condesas húngaras. Le complació comprobar que con ella también funcionaba pues la joven dijo:

—¡Oh! ¡No tan rápido! ¡Hace años que no disfruto de la compañía de un apuesto caballero y no voy a dejarte escapar tan pronto! El viejo Bewley puede esperar un poco. Me gustas, aunque hayas venido con ellos, ¡malditos sean!

—¿Ha estado viendo la cacería? —preguntó Burke.

La chica soltó una carcajada brusca.

—¡Viendo, dice! Yo soy el zorro.

«Ja, ja, qué risa», pensó Burke. «Te crees muy graciosa, ¿eh?». En voz alta dijo:

—Bueno, es otra forma de ver trabajar a los perros de caza,

supongo.

A su anfitriona aquello le pareció inexplicablemente gracioso, pues estalló en carcajadas cortas y sonoras. Burke se unió y de inmediato se hicieron amigos. La señorita Foxer trajo una botella de champán y un poco de pollo frío. Burke se superó a sí mismo en encanto y en todo lo demás, y no pasó mucho tiempo antes de que hicieran el amor y de que Clarinda (llegados a este punto, ya se llamaban «Clarinda» y «Burke», como bien podían) le contara que se encontraban en Foxy's Hollow.[9] En un principio, la propiedad se había llamado «Faux Air», el apellido de su familia, que había emigrado desde Francia hacía ya mucho tiempo.

—Faux Air… ¿Eso no significa una especie de ilusión? —preguntó Burke.

Clarinda le advirtió que no se metiera en asuntos personales y le mordió el cuello juguetonamente.

Cuando amaneció, Burke dijo que no se sentía en condiciones de caminar con el tobillo en ese estado, a lo que ella respondió que no debía y que mejor se quedara allí hasta que se sintiera mejor. Burke se preguntó en voz alta, sin fuerzas, qué pensaría su anfitrión de su ausencia, y Clarinda contestó que probablemente sospecharía lo peor. Burke tenía demasiado sueño como para averiguarlo. A media mañana, la señorita Foxer le dijo que iba a salir un rato y que había tarta fría de conejo en el armario zapatero de la entrada, por si le apetecía. Burke se pasó todo el día holgazaneando en la casa, preguntándose dónde estarían los criados, si es que había. Examinó los retratos de los antiguos Foxer de pelo rojizo y observó detenidamente las firmas para averiguar si los había pintado alguien notable. Hurgó en el comedor y calculó cuánto se podría sacar por la vajilla si fuera necesario. Finalmente, se resignó a leer algunos de los poemas de su anfitriona, que, después de saber que era escritor,

los había sacado de una vieja caja de sombreros para que los leyera. Eran horribles.

Clarinda llegó sobre las tres de la tarde, empapada en sudor y con ramitas en el pelo. Se sentó en una silla y dijo enérgicamente:

—Hoy he visto a algunos amigos tuyos. ¡Seguro que se están preguntando dónde te has metido! Los sábados cazan en esta zona, ¿sabes?

—Madre de Dios, ¡casi me olvido de Bewley! ¿Qué les has dicho, cariño?

—¡¿Decirles?! ¡No puedo hablar con nadie cuando estoy fuera! Ya te lo he dicho, Burke. Soy un zorro.

—Claro, es verdad —asintió el estadounidense—. Vale…, eres un zorro. ¿Cómo he podido olvidarlo?

(«¿Estará chiflada esta chica? ¡Aun así, es una auténtica belleza!»)

—De verdad que lo soy —insistió la anfitriona, y lo miró de repente, tan alerta que Burke prácticamente esperaba que se le levantaran las orejas—. Puede que sea difícil de creer, pero, maldita sea, ¡soy un zorro desde 1789! Llevo casi doscientos años corriendo delante de los perros de caza, del viejo Bewley y de sus antepasados y, aunque a veces han estado muy cerca, todavía no me han pillado, y no lo harán mientras pueda volver a esta casa. Aunque a ellos no les parezca una casa… —añadió de manera extraña.

—¿Por qué no cazan un zorro de verdad?

(La conversación era una locura, pero tenía su encanto.)

—¿Cómo que por qué? ¡Claro que lo hacen! Son muchos los zorros que no han conseguido escapar como yo. Amigos míos, además. —Suspiró—. Pobres desgraciados.

—Bueno, ¿y por qué dejas que te persigan? Podrías esconderte aquí. —Si quería continuar con esta conversación de chiflados, Burke era la persona indicada.

Clarinda se sacó una espina del pulgar derecho.

—Son las normas. Verás, cielo, es mi condena. Tengo que dejar que me persigan, y a mí me divierte —se rio tontamente—. Yo les robo sus gallinas.

Se puso solemne.

—Verás, Burke, de pequeña me aficioné a la brujería. En mi familia lo llevamos en la sangre. Me lie con un hechicero de Sligo, un muchacho de grandes ojos negros. Tuvimos una pequeña discusión una noche de aquelarre. Él se empeñó en que yo le había dado una patada mientras bailábamos (quizá tuviera razón). Vete a saber, yo estaba como una cuba. En cualquier caso, ¡estaba cabreadísimo! Ya se sabe, el humor de los irlandeses morenos. Me transformó en zorro por mi pelo rojo y por mi nombre,[10] claramente. —Se quedó mirando el fuego con aire soñador—. En el fondo era un pobre romántico.

Cuando se dio cuenta de que era un zorro, se escondió en el bosque. Le avergonzaba que tanto los sirvientes como su padre pudieran verla. Se pasaba las noches dando vueltas alrededor de la casa, y el viejo señor Foxer le sacaba faisanes muertos y pequeños animales hasta que se acostumbró a su naturaleza zorruna. Sin embargo, él falleció al poco tiempo.

—Le arruiné la caza, ¿entiendes? No tenía forma de saber si estaba cazando a su propia hija. Era una situación terriblemente incómoda.

Después pareció que los sirvientes se empezaron a marchar, Faux Air se quedó vacía y ella se mudó allí. Pero los campesinos estaban convencidos de que la casa estaba encantada y, un día, la quemaron…

—*¿Cómo?* —vociferó entonces Burke. Por un momento, se quedó

estupefacto. ¡Parecía tan seria!

—¡Ah, sí! Decían que era un lugar muy calamitoso —continuó alegremente—. Así que simplemente llevé lo que había sido la casa a otra dimensión, con todos sus bártulos. Siempre puedo regresar, de manera temporal, por varias razones. —Se inclinó hacia Burke, sonrió y le dio unas palmaditas en la rodilla—. Y ser un zorro no ha estado nada mal. La caza me sirve para hacer ejercicio y he seguido de cerca las modas actuales y demás, merodeando a hurtadillas por Bewley Hall los fines de semana. Bewley se rodea de una pandilla muy estilosa y, claramente, el hechicero me permite mantener mi forma mientras estoy aquí. Son las normas, ¿sabes? Incluso me vigila para asegurarse de que no sufra ningún daño. Siempre ha sido un poco pasteloso conmigo.

—¿Después de doscientos años sigue merodeando por ahí? ¡Menudo hechicero!

—¡Sí! Y es de los buenos… Es un tipo sociable también. Le gusta la cacería y todo lo relacionado con ella.

—Cariño, estás como una cabra, pero me encantas —dijo Burke. (¡Estaba tarada, sin duda! Aunque podría incluir algo de esto en una de sus historias.)

Loca o no, Clarinda era una obra maestra, por lo que se quedó en Foxy's Hollow. Los días transcurrían casi de la misma manera. Cuando ella no estaba fuera, en la zona de caza, dormían juntos frente al fuego. Al anochecer, su acompañante se despertaba y se animaba como si nada. A continuación, bebían champán y partían fúrculas, jugaban al *piquet,* debatían sobre los tipos de perros de caza o hacían el amor. Después, Clarinda se escapaba durante horas. Al día siguiente, cenaban pollo.

Al cabo de una semana en Foxy's Hollow (según sus propios cálculos), Burke empezó a percibir cosas. Aunque durante el día se

sentía tan somnoliento como Clarinda, pasaba menos tiempo que ella en la cama y, mientras merodeaba por aquella sigilosa casa, se iba dando cuenta de curiosos fenómenos. Primero: las pequeñas vidrieras, pintadas en morado, rojo y ámbar, emitían una luz peculiar en la habitación, exactamente igual que en los bosques otoñales cuando brilla el sol. Segundo: a pesar de que nadie iba a la casa y ni su anfitriona ni él movían un solo dedo para limpiar, las camas se hacían diariamente y los platos se fregaban. Tercero: uno de los retratos de los Foxer, el de una joven mujer con un vestido de seda lila con parches, mostraba un notable parecido con Clarinda y databa de 1786. Cuarto: por más libertad que tuviera para moverse *dentro* de la casa, no parecía capaz de abrir ninguna de las puertas para *salir*, si bien su dueña entraba y salía cuando quería. Quinto: la nariz de la propietaria era realmente puntiaguda y sus dientes eran muy blancos y afilados, capaces de romper huesos de ganso. Y esa maldita risa de zorro… «¿Podría ser que…? ¿Sería de verdad un…?», empezó a preguntarse Burke.

Una noche vivió una experiencia perturbadora. Se levantó por una razón totalmente natural y le dio por mirar por la ventana de la habitación. En lugar del jardín geométrico, con sus arbustos bien podados y el césped de color marrón otoñal, vio algo distinto. No había césped, solo hojas mojadas, zarzas y maleza por todas partes. Los pavos reales de los aligustres eran indistinguibles y, sin duda, había muchos más acebos y tejos de lo que pensaba. ¿Qué hacía ese montón de rocas donde deberían estar los establos?

Burke se fue pensativo a la cama.

A la mañana siguiente, vio a Clarinda, que había llegado al alba, hecha un ovillo entre una maraña de pelo rojo. Tenía un aspecto particularmente zorruno. «Me largo de aquí», se dijo Burke.

Pero no lo hizo. No quería admitirlo, pero el pobre muchacho

estaba embelesado. Las puertas no se abrían para dejarlo salir. Parecía que esas curiosas y diminutas ventanas se hubieran pegado rápidamente. Evidentemente, no había teléfono. Daba la impresión de que estaba verdaderamente atrapado en una cuarta dimensión o lo que fuera, ja, ja, ja, con esa espantosa muñeca, esa bruja, ese… ese… *¡Zorro!* Burke empezó a dedicar su tiempo a merodear por la casa para encontrar una salida mientras su acompañante dormía o estaba fuera.

Un día, la partida de caza apareció de nuevo por allí, de modo que Clarinda se marchó al mediodía —«para vérselas otra vez con esos cabrones», le había dicho a Burke—, y este se puso a deambular desesperado. No obstante, primero cerró la puerta por si ella regresaba de repente, murmurando con amargura: «Puedo encerrarme, pero no huir».

De pronto escuchó unos horribles aullidos y ladridos que se aproximaban, seguidos de un violento arañazo en la puerta. Sabía qué había sido: Clarinda. Se oyó un frenético chillido y graznidos de zorro. También sabía qué había sido eso. Era Clarinda, que gritaba: «¡Burke, déjame entrar, date prisa!».

Burke se quedó un momento con la mandíbula apretada, escuchando el ruido. Acto seguido, se dirigió a la puerta y echó el anticuado cerrojo. Ahora la puerta estaba cerrada y asegurada.

—Intenta entrar ahora, señorita Foxer —dijo apretando los dientes.

Se oyeron más arañazos y forcejeos, seguidos de un auténtico pandemonio de ruidos: ladridos de perro, cascos y la nota aguda y ronca de un cuerno. Luego algo de alboroto y una ovación. Después, los sonidos se alejaron. Todo quedó en silencio.

Demasiado en silencio. A Burke le entró frío y se sintió un poco mareado. Creyó oír una vocecilla por encima de él cada vez más

tenue, que le decía: «¡Muy bien, Burke Bennet!». Entonces las paredes de la vivienda temblaron y desaparecieron. Se encontraba en una hondonada boscosa, repleta de hojas mojadas y de zarzas. No había ninguna casa; solo escombros, una multitud de acebos, hayas y aligustres entre la maleza, pero ni rastro de casa.

A su espalda, vio un agujero en las piedras de lo que podría haber sido el sótano, casi oculto por las ortigas y las enredaderas. Delante quedaban algunos huesos y pelaje rojizo, o pelo, manchados de sangre. El agujero se había tapado cuidadosamente con piedras desde el interior.

Burke se estremeció. ¡Menudo sueño había tenido! ¡Debía de haberse golpeado cuando se cayó por la mañana! Y todavía seguía en pleno Hawkshire, con su maldito tobillo… Escuchó el sonido de unos cascos y levantó la vista. Un hombre con una cazadora grande lo estaba mirando. Burke, con un suspiro de alivio, reconoció a uno de los huéspedes de lord Bewley.

—¡Gillegan! ¡Qué alegría verte! —Burke levantó la mano para saludarlo. Sintió un desagradable calambre. Se miró la mano.

Pero ¿qué mano? Era una zarpa. Se miró a sí mismo. Era un gran zorro rojo.

Oyó a Gillegan silbar y el creciente estruendo de todo un grupo de perros de caza que se acercaba a ellos, ladrando felizmente.

Levantó la vista. Gilligan le sonreía con malicia. Sus ojos eran negros y brillantes.

—Empieza a correr —dijo el hechicero irlandés.

Un llanto infantil

Dorothea Gibbons



· 1953 ·

Traducido por

Violeta Marcos Fernández

Dorothea Gibbons

Existe un enigma en torno a Dorothea Gibbons. Publicó tres relatos en el último año de *Weird Tales* y se ha sugerido que podría tratarse de Stella Gibbons (1902-1989), autora de *La hija de Robert Poste* (1932), ya que su nombre completo era Stella Dorothea Gibbons. Es cierto que Stella Gibbons escribió varios relatos sobrenaturales, la mayoría compilados en *The Roaring Tower* (1937), pero su última colección, *Beside the Pearly Water* (1954), publicada tras los relatos que aparecieron en *Weird Tales,* no contiene ninguno de ellos. Además, Reggie Oliver, su sobrino y biógrafo, no los menciona. Aunque los tres relatos transcurren en Inglaterra, nos inclinamos a pensar que son dos escritoras distintas, pero, dado que los registros de compra de la revista han sido destruidos, tal vez nunca lo sepamos.

Un llanto infantil

Había vuelto a ocurrir. En el laberinto difuso del duermevela, Tamar Forrest pensó que se trataba de un sueño, fruto de la inquieta imaginación de una mente exhausta. Pero ahora era diferente, pues estaba totalmente despierta y atenta a los sonidos de la noche. El suave viento apenas movía el cúmulo de hojas junto a la ventana, un búho ululaba en los bosques contiguos al jardín y se oían los chirridos que las casas antiguas emiten por las noches.

Pero, entre aquellos tenues sonidos, este otro se oyó de nuevo y le atravesó el cerebro pese a ser tan sutil. Débilmente, a lo lejos, se oía un llanto infantil. Tamar se incorporó en la cama, con todos los sentidos en alerta, mientras buscaba a tientas el interruptor de la lámpara, pero, cuando la luz inundó su habitación, el llanto había cesado.

Tamar creía conocer cada habitación de la casa, cada armario, y el único ser vivo que había allí aparte de ella era su West Highland terrier, Flora, que estaba tumbada en la cama con los ojos fijos en la puerta.

Volvió a oírse otra vez, y Flora gruñó suavemente. Una sensación de frío penetró en el corazón de Tamar, pues sin duda alguien o algo debía de estar atrapado en la casa, a juzgar por el tono insistente y desgarrador del llanto.

Sin embargo, de nada sirvió registrar la casa. Tamar inspeccionó cada habitación, cada armario y cada esquina. Su linterna recorría en vano el polvo y el abandono, pero no pudo encontrar ningún signo de humanidad y tuvo que reconocerse a sí misma que estaba asustada.

Volvió a la cama.

—Debe de ser un búho en el bosque —dijo en voz alta—. A veces su ulular parece el llanto de un niño.

Pero esto no la reconfortó, y se hundió en un sueño intranquilo.

—La casa está en mal estado, pero tengo intención de hacer reparaciones hasta que sea habitable. Aunque admito que me va a resultar muy difícil, tal como están las cosas ahora mismo.

La voz de Tamar sonó lúgubre en la habitación desolada, totalmente vacía excepto por el polvo, las telarañas y los cálidos rayos de sol que caían oblicuamente sobre el suelo sucio. Fuera, el jardín estaba seco, descuidado y abandonado.

El hombre, que estaba mirando por la ventana, se giró.

—Le romperá el corazón —dijo con desagrado—, como me ha ocurrido a mí.

Tamar se rio.

—Mi corazón está bastante curtido —le contestó—. Hará falta algo más que Abegale para romperlo.

El rostro sombrío que tenía delante hizo amago de sonreír y, por un instante, algo parecido al aprecio asomó en los ojos del hombre. Se encendió un cigarrillo y tiró la cerilla por la ventana antes de responder.

—Le vendí Abegale porque estaba sin blanca y… por otros motivos. Por qué una joven atractiva como usted quiere vivir en esta vieja casa me trae sin cuidado. —Su voz era un tanto inexpresiva—.

No es de mi incumbencia —añadió—. Y ahora más le vale hacerme preguntas sobre la casa, que asumo que es el motivo por el que me ha convocado hoy aquí.

—Hay muchas cosas que quiero saber —dijo Tamar, libreta en mano—, entre otras, me interesa la propia Abegale, su historia. Quiero que la casa esté alegre para que yo pueda invitar a personas que no lo estén —terminó con valentía, sonrojándose ante la mirada burlona del hombre.

Este arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón.

—Nunca tendrá éxito en Abegale, nunca —dijo él—. Refórmela, llénela de amigos amantes de las fiestas y las copas. Es la única esperanza para esta casa. No le dé tiempo para pensar o recordar…

—¿Recordar qué? —exclamó Tamar bruscamente.

El hombre se dio la vuelta, como si estuviera harto de la conversación.

—Nada, nada en concreto. ¿Hay algo más que quiera saber?

—Quiero saberlo todo, señor Montfichet —dijo Tamar.

Pero, cinco minutos más tarde, Simon Montfichet se marchaba de Abegale, alejándose camino abajo en el calor sofocante mientras Tamar lo observaba con el ceño fruncido. Se apartó el pelo de la frente acalorada y observó su libreta abierta por la primera página, vacía.

Los calurosos días de agosto se aproximaban a septiembre, pero el tiempo aún no daba señales de tregua. Los fontaneros y los decoradores llegaron y llenaron el ambiente con el ruido del martilleo; Tamar midió y cosió, y las espaciosas habitaciones de Abegale se fueron poblando de muebles antiguos y formidables. No obstante, a pesar de la aparente entereza que Tamar mostraba ante sí misma y ante los demás, algo completamente ajeno a sus asuntos

personales la perturbaba.

Simon Montfichet la encontró una noche sentada en una silla junto a la ventana abierta, con las manos inertes sobre el regazo y la perrita a su lado.

—¿Está durmiendo mejor? —preguntó de forma abrupta, que era su forma habitual de hablar—. El otro día me contó que se desvela a menudo.

—No muy bien —respondió con un suspiro—. El calor no ayuda.

—Hace algunas semanas también me contó la ridícula historia de que oía el llanto de un niño en la casa y me la volvió a mencionar hace un par de días —dijo Simon, irritado—. ¿La imaginación sigue jugándole malas pasadas?

Tamar se volvió hacia él con una furia que la sorprendió.

—No me quiso contar nada sobre Abegale, nada sobre lo que yo quería saber: su historia, las cosas que usted podría contarme y que no vienen en las guías. Me lo podría haber contado y no quiso. ¿Por qué?

Simon miró sus mejillas encendidas y sus ojos furiosos con una expresión extraña, pero se limitó a decir:

—Usted sabe tanto de la historia de Abegale como yo. En cuanto a las experiencias personales que tuve cuando vivía aquí, no creo que espere que se las cuente. Sabe que estuve casado y que mi mujer murió aquí. Debo admitir que su curiosidad me parece un tanto vulgar.

Sus palabras cortantes la hirieron, y se mordió el labio.

—Le aseguro que mi curiosidad no es en absoluto vulgar, como ha dicho usted tan acertadamente —respondió con frialdad—. Sus asuntos me traen sin cuidado, señor Montfichet. Por supuesto, siento mucho los problemas que tuvo aquí, pero en la casa hay algo, algo que no entiendo. No dejo de pensar en ello y no puedo dormir,

porque lo oigo. Mis oídos están siempre a la escucha; me apena mucho oír a una criatura llorar. ¡Es terrible!

Simon exclamó irritado:

—¡Por el amor de Dios! —dijo—. Mire, usted debe de estar terriblemente alterada o algo por el estilo. ¿Suele ponerse así? Quiero decir, ¿le suelen atormentar estupideces, cosas que no son reales?

Un sutil tono de preocupación había coloreado su voz, pero Tamar no se dio cuenta porque estaba llorando. Lloraba con valentía, dejando que las lágrimas cayeran por su cara sin enjugárselas.

—¡Mire! ¿Ve lo que ha hecho? —dijo enfadada—. Nunca pensé que ningún hombre, ni ninguna mujer, pudiera hacerme llorar de nuevo.

—¡Dios mío! —exclamó Simon Montfichet, y se dio la vuelta bruscamente para marcharse.

Durante todo el día siguiente, el calor fue más intenso que nunca. No soplaba ni una brizna de viento que meciese los árboles cansados, y las flores del verano tardío languidecían, demasiado agotadas como para levantar sus cabezas hacia el sol ardiente. Las avispas y las moscas zumbaban sin cesar contra las ventanas y desde los manzanos sobrecargados la fruta caía al suelo con estrépito. Parecía caer con una frecuencia exasperante, y Tamar, que esperaba la llegada de cada golpe seco, hacía una mueca de dolor cuando ocurría. «Habría que recoger las manzanas», pensó febrilmente, pero la determinación para encargarse de ello la había abandonado.

La luz de la tarde se deslizaba ya en la habitación sofocante y Tamar seguía allí sentada, con la cara empapada en sudor, aunque tenía las manos frías y pegajosas. Las sombras se perfilaban detrás

de las sillas y las mesas. Los refinados colores de las alfombras y las telas de cretona se tornaban grises y, a medida que se desvanecía la luz, crecían el calor y el silencio.

La pequeña Flora había trepado junto a Tamar para lamerle las manos cuando, a través del calor, llegó un sonido débil y lejano. Lúgubre y amenazador, parecía venir de más allá del bosque. Enseguida, un estruendo desgarró el ambiente, un rugido que sonaba cada vez más cerca, y un soplo de viento estremeció la casa, apoderándose de Abegale y sacudiendo sus viejas vigas hasta que los ladrillos y las losas castañetearon como los dientes de un rostro anciano. Enormes gotas de lluvia azotaban los cristales de las ventanas con el ruido de mil piedras de granizo, y un terrible estruendo en el exterior hizo que Tamar se pusiera en pie. Al parecer, la rama de un árbol había golpeado un lateral de la casa.

Con un ruido más fuerte que el de un trueno, algo golpeó el suelo de la habitación y, en la extraña penumbra, Tamar vio que un viejo armario de esquina había sido arrancado de sus sujeciones y yacía bocabajo en una nube de polvo y escombros.

Un extraño letargo se adueñó de Tamar, a pesar de la incesante lluvia y del rugido del trueno. La luz dio paso a una oscuridad iluminada por los destellos verdosos del relámpago, y el polvo se asentó silenciosamente en cada superficie de la habitación. Aunque no había comido nada en todo el día, no tenía hambre ni sed; solo sentía miedo y una tristeza profunda y penetrante, mientras esperaba el sonido que sabía que oiría.

El ruido de la tormenta creció y la vieja casa se rindió ante ella. En su interior, el viento producía sonidos: las tablas chirriaron con el ruido de pisadas ligeras; el ondear de una cortina podría haber sido el vestido de una mujer que cruzara la sala a toda prisa, aterrorizada. ¿De qué tenía miedo y qué la perseguía? Entonces, al

disminuir el sonido, llegó aquello que Tamar había estado tratando de escuchar, y de golpe entró en un estado de puro terror.

Desde arriba, a lo lejos, cerca del tejado, llegó un llanto débil y agudo. Tamar soltó un alarido, pero el rugido ensordecedor de un trueno ahogó el sonido, de modo que apenas se dio cuenta de que había sido ella, y gritó algo sin saber lo que decía.

Salió corriendo de la habitación, gritando todavía. Abrió violentamente la puerta de la casa y, tras coger en brazos a la perrita, que estaba atemorizada a su lado, salió tambaleándose al camino de entrada. El aguacero le azotó la cara como un látigo y la sinuosa blancura del húmedo camino ante ella destellaba con gotas de lluvia a la aterradora luz del relámpago. El trueno rugía sobre su cabeza y los fogonazos de luz desgarraban el cielo en profundas heridas. El dulce olor de la tierra agradecida y sedienta la rodeaba, pero Tamar no prestaba atención a nada. Corrió con la perrita en brazos, dejando Abegale a sus espaldas, anciana y rendida ante la tormenta.

La lluvia y el pelo mojado le tapaban los ojos y le impedían ver, por lo que, sin darse cuenta, chocó con algo que la agarró firmemente. Un relámpago reveló de quién se trataba.

—¡Simon! ¡Simon! —dijo Tamar entre sollozos, y sus brazos mojados, que sujetaban a la pobre y empapada Flora, se alzaron hacia él.

Al poco tiempo, Abegale recuperó una relativa normalidad. Simon encendió un fuego, buscó ropa seca y sacó whisky para Tamar y una toalla para Flora. Lentamente, la tormenta fue amainando.

—Será mejor que te cambies junto al fuego mientras voy a buscar unos troncos —dijo—. Adelante, no te preocupes, tardaré un rato. Voy a hacer un poco de café… Sí, ya sé lo que vas a decir, pero

tengo ojos y puedo buscarlo yo mismo. Menos mal que he encontrado estas velas, porque se ha ido la luz.

Cuando Simon volvió con unas tazas de café humeante, se encontró a Tamar envuelta en su ropa seca, restregando a Flora con una toalla grande, pero con la mirada fija en el armario que yacía en el suelo y en los clavos oxidados que sobresalían de su parte trasera como garras rudimentarias, cuyo diseño no se usaba desde hacía unos doscientos años. El polvo lo cubría todo y se lo veía serpentear por la habitación cuando la llama de la vela lo iluminaba.

—Bueno —dijo Simon, inclinándose hacia delante para arrojar otro tronco a las llamas—, ahora que os he salvado a ti y a Flora de morir ahogadas, creo que debemos hablar el uno con el otro, no limitarnos a decir cosas, como hemos hecho hasta el momento. —Su voz era diferente, muy amable.

Tamar aguantó la respiración.

—¿Has oído el llanto? —le preguntó ella rápidamente. Simon la miró con extrañeza y se concentró en llenar su pipa—. Llora por las noches —Tamar insistió, con las manos entrelazadas—. A veces también llora de día. Esta noche ha ocurrido durante la tormenta; por eso he salido corriendo de la casa. Estoy avergonzada, pero ha sido terrible. Es como si estuviera triste, es un llanto de soledad y abandono.

Un repentino soplo de viento abrió las altas puertas que daban al jardín, dejando que las hojas mojadas entrasen como pequeñas criaturas que buscaran resguardarse de la lluvia.

Entonces lo oyeron en la planta de arriba: un hilillo de voz quejumbroso y débil que les heló la sangre.

Tamar soltó un sollozo tembloroso y Simon se acercó y la abrazó.

—No lo escuches —le urgió—. No lo escuches. No puede hacerte daño, no puede y… no querría.

La estrechó con fuerza entre sus brazos y volvió a oírse aquel llanto, pero más tenue esta vez, hasta que se deshizo en el aire. La lluvia silbaba contra la ventana y un tronco cayó chisporroteando en la chimenea. Simon se agachó para recolocarlo y volvió a atraer a Tamar junto a él.

—Estate quieta y escucha —dijo, y en su voz había algo de la hosca urgencia que Tamar recordaba tan bien—. Debería haberte dicho algo antes, pero intenté convencerme de que eran imaginaciones tuyas. En parte, es una historia extraña, y más de uno pensaría que estoy loco por darle importancia. Nunca he querido creer en este tipo de leyendas, pero la guerra me ha enseñado algo sobre las cosas que no se pueden explicar y no me queda más remedio que preguntarme si lo que te voy a contar es, cuando menos, posible.

—Cuéntamelo, Simon —dijo Tamar.

—Los Montfichet han sido, en su mayoría, una estirpe perversa —dijo Simon—. Hace varios cientos de años, tenían la mala reputación de dedicarse a robar, violar e incluso practicar la brujería. Últimamente no han llegado a esos extremos, pero suele haber un par de canallas en cada generación. No sé en qué categoría me pondrías —añadió sombríamente.

Soltó un profundo suspiro y abrazó a Tamar con más fuerza aún.

—Hay una historia… sobre una niña —dijo, escogiendo sus palabras con dificultad—. Odio contarla, pues la aborrezco profundamente. Me temo que era una niña delicada y no tenía unos padres bondadosos. Su madre no era buena y su padre era perverso. Ocurrió hace unos doscientos años y la pobre niña había perdido algo, o eso dice la historia, algún tipo de juguete, me imagino, y nadie lo buscaba.

»La niña murió y siempre se ha hablado de una niña que llora. Yo

no la había oído hasta que me casé, y entonces pensé que era producto de mi imaginación. Desde que viví una explosión en alta mar el Día D, me volví asustadizo. Pero odiaba aquella historia y odiaba creer que oía un llanto, sobre todo porque mi mujer iba a tener un bebé. Ella no lo quería y nunca llegó a oír el llanto, estoy seguro; de lo contrario, la habría sacado de aquí. Avice, mi mujer, murió. Creo que odiaba a los niños. —Simon carraspeó—. A mí sí me gustan; yo quería el bebé. No sé muy bien qué tiene que ver esta parte de la historia con la niña de hace doscientos años, solo que creo que el llanto ha empeorado desde que Avice vivió aquí. Ella intentó deshacerse del bebé, por eso murió. En el pueblo había una mujer espantosa que había sido enfermera, una horrible mujer demacrada que ese otoño solía recorrer los bosques húmedos con una jauría de perros lobo tan rastreros como ella. Me la encontré en un claro que había junto a la casa justo después de que Avice muriera. El médico me había preguntado por qué estaba tan enferma y yo acusé a esta mujer de ser la causante. Ella lo negó, por supuesto, pero yo sabía que era cierto y que ella tenía miedo. Puedo ver la lluvia caer por su largo rostro viperino y a esos malditos perros lobo gruñendo a mis talones. Adoro a los perros, pero esos eran terribles. Parecía que había llegado más maldad a Abegale, cuando ya había tanta.

—¿No puedes olvidarte de esa mujer y de la maldad, Simon? —preguntó Tamar con delicadeza.

—Siempre he querido tener un hijo —respondió duramente—, y Avice me lo arrebató.

—La amargura nunca trae nada bueno —dijo Tamar con delicadeza.

Simon apretó su boca contra la de ella.

—Así son las cosas conmigo —dijo como si se sintiera exhausto—.

He intentado que no sea así, porque soy un hombre severo y muy resentido, y creerás que quiero casarme contigo porque has comprado Abegale. Eso no es cierto; te quiero a ti, no a Abegale. La odio.

A la luz titilante de las velas, la cara blanca y los dulces ojos marrones de Flora los observaban; la perrita apoyaba sus patas delanteras en la rodilla de Tamar y sujetaba algo entre los dientes.

Tamar lo cogió y se lo tendió a Simon.

—Es una muñeca, ¿no? —dijo con asombro—. Debe de ser muy antigua. ¡El armario! Debieron de haberla metido detrás del armario hace muchos años y, al caerse, se habrá salido. Y ahora Flora la ha encontrado.

La extraña muñeca pintada descansaba sobre la gran mano de Simon y le sonreía con una expresión estridente. Aunque los toscos colores estaban emborronados y desgastados, supieron que ese era el juguete que se había perdido hacía doscientos años, por el que una niña había llorado en una casa malvada en la que no le importaba a nadie.

También supieron, cada uno en el fondo de su corazón, que, al haber encontrado la querida muñeca, habían logrado consolar a la niña, que no volvería a llorar. Los dos construirían algo bueno y magnífico donde antes había habitado la maldad de Abegale.

Espejito, espejito

Tanith Lee



· 1994 ·

Traducido por

Núria Molines Galarza

Tanith Lee

· 1947-2015 ·

Tanith Lee nació demasiado tarde para participar en las tiradas originales de *Weird Tales,* pero sí que lo hizo en las subsiguientes resurrecciones de la revista, empezando por «When the Clock Strikes», en el primero de los números editados por Lin Carter en 1981. En total, publicó veintiocho relatos en la revista y hubo dos números especiales dedicados a ella, el del verano de 1988 y el de la primavera de 1994.

Tuvo una infancia itinerante a causa del trabajo de sus padres, pero fue una lectora voraz y, poco a poco, superó su dislexia. En 1968, un amigo le publicó un librito, *The Betrothed;* ese año publicó también «Eustace» en *The Ninth Pan Book of Horror Stories,* editado por Herbert van Thal. Estas obras no son representativas de su producción más tardía, entre la que también figura literatura infantil, como *Princess Hynchatti and Some Other Surprises* (1972), si bien destacan especialmente las extensas historias de fantasía exótica, como *The Birthgrave* (1975) y sus secuelas. Fue una autora muy prolífica, con más de cien libros publicados; en su mayoría, de terror y fantasía intensos y hechizantes. Estuvo nominada a muchos premios y ganó otros tantos, entre ellos, el World Fantasy Award en dos ocasiones, el World Horror Grand Master Award en 2009 y el World Fantasy Lifetime Achievement Award en 2013. Tras su

fallecimiento, su marido publicó *The Weird Tales of Tanith Lee* (2017), donde se encuentran todas sus contribuciones a la revista.

Espejito, espejito

A principios de invierno, una vampira empezó a visitarnos. Lo terrible del asunto es que mi madre, que era sensata y adorable y buena, estaba loca por ella. No había transcurrido ni una semana y ya la llamaba «Miriam», y pasaban las encapotadas tardes sentadas frente a frente sobre el largo diván, recostada la una sobre la otra, como dos tulipanes oscuros en un jarrón.

Las dos vestían de negro: mi madre porque seguía de luto por mi padre, aunque hacía cinco años que había muerto; la vampira porque, presumiblemente, prefería lo sombrío, del mismo modo que le gustaban la noche y los días invernales cuando el sol se escondía tras una nube. Los vestidos de Miriam la vampira eran largos, de cintura ceñida y volantes. Sus sombreros eran negros, con un velo sujeto al cabello con un gran broche de rubí. Cuando entraba en casa, se quitaba el broche y se descubría la cabeza, y entonces jugaba con el broche como si fuera una baya roja o una gota de sangre congelada. Era excéntrica y no se recogía el pelo como mi madre. A Miriam le caía la melena hasta la cintura, negra como la nube que tapaba el sol. Era extremadamente hermosa, de una belleza terrible, con el rostro blanquísimo y muy suave, sin una sola arruga; como la cara de una niña convertida en estatua de mármol. Tenía los ojos negros y velados, pero lo bastante grandes para

tildarlos de hermosos también. Sus labios eran de un rosa pálido, como el de una almendra garrapiñada cuyo color se ha apagado en la oscuridad.

Todos los niños y niñas de la manzana sabíamos que Miriam era una vampira. Lo supimos en cuanto la vimos. Era por la manera en que se materializaba de la nada en cuanto desaparecía el sol, y por cómo volvía a volatilizarse al asomar la luz. Era también por la manera en que caminaba, toda vestida de negro, y por el odio con el que nos miraba, como si fuéramos flores que quisiera arrancar. Los adultos se volvían para mirarla, pero sin tener ni idea de lo que era. Nosotros sabíamos que, tristemente, en algún momento también nos mudaríamos a ese reino donde seríamos medio ciegos y medio sordos. Era el impuesto que habíamos de pagar para dejar de ser medio ignorantes. En cuanto hubiésemos aprendido a hablar del todo, a controlar el lenguaje, nuestros otros sentidos quedarían mutilados.

Pero, por ahora, veíamos a la vampira y la reconocíamos. Sabíamos que solo era cuestión de tiempo. Y entonces, como en un juego macabro, fue a mi verja a la que se acercó y fueron nuestros estrechos y ajedrezados escalones los que subió. Fue a la puerta de mi madre a la que llamó y fue mi madre la que se enamoró de ella a primera vista y la que la dejó pasar.

No tengo ni idea de qué excusa se inventó Miriam para entrar en casa. Quizá dijese que estaba buscando a un pariente perdido. Poco importó, la verdad. Al cabo de minutos, de segundos, había ganado. Y yo, que volvía de jugar por ahí, me la encontré en el diván, con el sombrero a su lado, haciendo girar el broche entre los dedos de una mano y alzando un cigarrillo humeante en una larga boquilla de hueso con la otra.

Mi madre me la presentó con un apellido extranjero que no asimilé

y que he olvidado. En todo caso, no tardaría en ser «Miriam».

Pronto me acostumbré también a esas singulares tardes, grises como si ya anocheciera, en las que entraba en casa y me encontraba a mi querida madre en las garras de la vampira, en el largo diván, ante las altas ventanas y las largas y fruncidas cortinas.

—Mira, está aquí Miriam.

Y veía la mesa llena de delicados pastelitos y jarras de limonada casera, y la tetera de lacado mate, si bien mi madre nunca conseguía que Miriam probara nada de aquello, por más que se lo rogara.

—Miriam, estás muy flaca. Y se acerca el invierno… Tengo que intentar cebarte un poquito, querida.

Cuando los plúmbeos ojos de Miriam se posaban en mí, volvía a aparecer esa leve chispa de odio. Qué fácil sería arrancarme cual flor. Cuando la vampira observaba a mi madre, su expresión era inexpugnable y opaca. Sin embargo, mi madre parecía ver en ella una magia irresistible. Hubo un tiempo en el que a mí también me había mirado así a los ojos, pero ese tiempo ya pasó.

Había otra razón por la que la vampira había venido a nuestra casa, más allá de la naturaleza adorable y maravillosa de mi madre.

Del mismo modo que tenía que evitar el sol y las cosas sagradas, el vino de misa, las hostias y la cruz, Miriam también debía evitar los espejos. Y en nuestra casa no había ni uno. El día que mi padre murió de neumonía, mi madre los veló todos y, más tarde, se deshizo de ellos como si se tratara de criados pérfidos que habían asistido, impasibles y fríos, a la batalla final de su marido, así como a su derrota. Tal vez siguiendo la misma lógica, había cerrado bajo llave, en un cajón del buró, todos los tesoros de mi padre, cosas que yo ni sabía qué eran, como si quisiera evitar a toda costa que alguien las viera.

Para Miriam, como es natural, una casa sin espejos, que se negaría a ofrecer su reflejo y, por ende, a delatarla, era un hallazgo afortunado. ¿Cómo lo habría sabido? Aunque, a decir verdad, todo en ella era misterioso y turbio. Por ejemplo, ¿de dónde venía cuando llegaba el crepúsculo? ¿Adónde se marchaba después? Probablemente, iba y venía de un cementerio, pero ninguno nos habíamos atrevido a seguirla. El mismo frufrú de su falda nos advertía de que era mala idea.

—Venga, Miriam —decía mi madre, adorándola—, venga, prueba un poquito de la tarta de frambuesas. La he hecho esta misma mañana.

Pero la vampira no tocaba la tarta; se limitaba a fumar sus pálidos cigarrillos en su boquilla color marfil y a juguetear con la extraña fruta del broche de rubí.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que ya no pudiera retrasarlo más, hasta que ya no pudiera extender más aquellos exquisitos preliminares y atrajera a mi madre a sus brazos, con el frufrú que acompañaba sus movimientos, y perforase su cuello humano para beberse su sangre?

Cada noche, cuando le daba a mi madre un beso de buenas noches antes del viaje al país de los sueños, le examinaba el cuello con detenimiento. Una vez se hizo un rasguño con un prendedor que no se ponía mucho y se me paró el corazón. Pero la marca no era la de unos dientes.

No había intentado decirle la verdad, pues sabía con total certeza que, a pesar de su sensatez, debido a la ceguera y la sordera de la edad adulta, no oiría ni entendería lo que yo le dijera. Y, si descubría que yo era enemiga de Miriam, tal vez nos separase. Probablemente, mi presencia en la estancia o la posibilidad de que asomara por allí explicaba, en parte, que la vampira se hubiese refrenado y no le

hubiese dado todavía el beso de la muerte.

Con los monosílabos propios de nuestra ignorancia y falta de lenguaje, hablaba del asunto con otros niños. ¿Qué podía hacer?

—Ojalá hubiera un espejo —dijo Dorothy. Entonces inclinó la cabeza y confesó—: Una vez, la vampira vino a nuestra casa. La vi en el recibidor, donde está el viejo espejo de la abuela, de color verde, como un estanque. Y mi madre miró hacia el espejo. Yo no alcanzaba a ver, solo mi madre, pero ella pestañeó un par de veces, como si se le hubiera metido algo en los ojos, y entonces le dijo a la vampira: «Lo siento, no puedo ayudarla». Y cerró la puerta.

Dorothy y yo nos dimos cuenta de que su madre, al estar medio ciega, no había comprendido lo que había atisbado: la invisibilidad de Miriam en una superficie reflectante. Sin embargo, se le había activado cierto instinto de supervivencia.

A mí me parecía que mi madre era especial, que no ver a Miriam en un espejo haría que se cayese del guindo, porque una vez había visto un hada en el parque cuando tenía diecisiete años. Con voz solemne, me había hablado de las antenitas de muérdago y de las diminutas alas de aquella criatura, por lo que deduzco que tenía mejor vista que la mayoría de los adultos. El problema era que Miriam la había embrujado.

Pero ¿cómo llevar a la vampira ante un espejo y hacer que mi madre viese lo que sucedía?

En cierta manera, tal vez fuese fácil, pues, cuando Miriam estaba en casa, mi madre apenas me prestaba atención. Podría haberme comido todas las tartas de la mesa. Pero, por otro lado, la vampira era sutilmente consciente de mi presencia, como sucede cuando ronda cerca un animal que no nos gusta que merodee por la habitación.

Dorothy vino corriendo por su jardín, grande y antiguo. Era una

mañana soleada e invernal, pero, a eso de las dos del mediodía, las nubes del este se habían tragado el sol, convirtiendo su brillo dorado en un velo de plata.

Dorothy llevaba en la mano un neblinoso aperitivo de aquel sol plateado.

—Mi espejito de conchas; es lo único que tengo —me dijo.

Estuvimos analizando el espejo, bajando la mirada para ver nuestro reflejo, desconcertadas al vernos tan diferentes de lo que sabíamos que éramos.

—Tiene un cordel —le dije.

—Sí, lo cuelgo de la pared. Así, cuando siento a mi muñeca en el cofre, le veo la cara.

Dorothy y su muñeca se estaban sacrificando por mí. Cogí el espejito con cuidado. Era del tamaño de una calabaza pequeña, y las conchas que decoraban el marco apenas tapaban la superficie. No obstante, también era ligero; lo colgaría del cordel.

Me lo llevé corriendo a casa. Mi madre estaba entretenida en la cocina, tamizando harina y deshuesando ciruelos damascenos, pues, por supuesto, notaba que la oscuridad se acercaba y, con ella, Miriam.

Deambulé por la estancia en la que la vampira se acomodaría y busqué el lugar donde colocar el espejo. Normalmente, seguro que detectaría el objeto enseguida, pero yo tenía la sensación de que, a estas alturas, estaba tan absorta en mi madre, en su pulcro aroma, en su colonia y en su pelo cepillado, en su piel delicada y en sus arruguitas junto a la boca y los ojos, finas como antenas de hada, que su astucia vampírica estaba algo embotada. Solo necesitaba encontrar un lugar que ella evitara; tal vez así no se diese cuenta.

Al final fue sencillo. La parte de la estancia de la que Miriam se apartaba de manera instintiva era, como es natural, la de las dos

alargadas ventanas. La vampira acostumbraba a sentarse en el diván, dándoles la espalda, y no miraba en esa dirección ni aunque mi madre se acercara a ellas. Mi madre también se había acostumbrado a consentirla con respecto a esa aversión suya. Cuando percibía que Miriam estaba al caer, cerraba los cortinajes amarillos; hoy ya estaban en posición.

Fui al piso de arriba y cogí un imperdible del cuenco de cerámica de mi madre. Volví a bajar, me subí a una silla y enganché el espejito a la cortina amarilla de la segunda ventana. Sucedió algo afortunado. Los pliegues amarillos se reflejaron en el espejo, como un sol de mantequilla en un estanque. No era fácil detectarlo. Me bajé, me fui a la otra punta de la habitación y me quedé en mi posición habitual, justo al otro lado de la mesa donde estaban los pasteles y el té. Me pareció que Miriam, sentada a la derecha del diván, como de costumbre, quedaría reflejada en el espejo. Salvo que no se vería nada.

A medida que el sol fue poniéndose y las nubes fueron levantándose hasta cubrirlo como un banco de niebla, la luz murió en las ventanas y el espejo también se ensombreció.

Desde la cocina llegaba un aroma fantástico a tarta, pero yo tenía el estómago cerrado de esperanza y rabia.

A las dos, cuando mi madre sacó los pasteles del horno, las nubes habían engullido el sol y el gris atardecer echaba su aliento sobre el día en toda la manzana. Al principio, el sol se filtraba pálido como un limón, y luego se derritió del todo. Mientras lo contemplaba desde la ventana de mi dormitorio, vi la silueta negra de la vampira remontar la calle. Los volantes de la orilla de la falda negra se arremolinaban por sus esbeltos tobillos como si fueran perritos y, en el sombrero, el broche rojo relumbraba como un rescoldo.

Bajé corriendo y, mientras me apostaba tras la mesa, llamaron a la

puerta.

Mi madre fue a abrir; limpia, empolvada y dulce, con peinetas adornándole el pelo.

—Ay, Miriam —suspiró—. Ay, Miriam, qué alegría verte.

La vampira se deslizó por la habitación, como había hecho tantas veces, y, también como tantas veces, sus ojos muertos relucieron al posarse en mí; con esa lengua pálida que tenía, se lamió el labio, pensando, supongo, cuándo podría hacerme desaparecer y tirarme a la basura. Qué irritante debía de ser para ella que yo estuviera siempre por allí danzando. Cuánto le habría gustado cortarme la cabeza y acabar conmigo. Su odio era tan descomunal, tan tupido, que era incapaz de detectarme, igual que tampoco captaba mi agitación.

Se quitó el broche de rubí y dejó caer su horripilante sombrero. Se encendió un cigarrillo en la boquilla de hueso. Pero no se sentó.

Yo no iba a permitir que mi mirada se desviara hacia las cortinas. Todavía no. No podía darle una pista. En vez de eso, forcé la vista para observar sus negros zapatos de hebilla y su falda de volantes como perritos falderos.

Mi madre entró con unos pasteles dorados y una tetera humeante. Lo dejó todo sobre la mesa y luego trajo también el decantador de jerez de vidrio esmerilado.

—¿Algo para entrar en calor, Miriam?

Pero la vampira negó suavemente con la cabeza. ¿Qué podría hacerla entrar en calor, salvo *eso*?

—Parece que hace mucho desde la última vez que nos vimos, querida —dijo mi madre, y se sentó en el diván, a la izquierda.

Yo no pensaba mirar hacia el espejito de la cortina. Fijé los ojos en el broche de rubí que Miriam hacía girar entre los dedos, mientras sostenía el hueso humeante con la otra mano.

Miró a mi madre y, seducida, la vampira también tomó asiento.

Entonces miré directamente al espejo.

Lo que vi fue tan absurdo, tan terrorífico, que me produjo una reacción espontánea e inesperada.

Había olvidado, o nunca había pensado, que, aunque Miriam no se reflejara en ninguna superficie, su ropa seguía siendo corpórea.

Así, contemplé su vestido negro y encorsetado sentado en el diván, erguido como una vara. En el aire chispeaba la joya que no dejaba de hacer girar y luego, cerca del puño negro del vestido, una boquilla amarfilada y un cigarrillo, sostenido a la altura del vacío sin cabeza donde terminaba el cuello del vestido; brillaba de repente y, de la nada, salía un torrente de humo, como una nube.

Nunca en mi vida había sentido ni he vuelto a sentir algo así, pero en aquel instante se me heló la sangre. Se me quedó fría como el agua de deshielo en un río a medianoche.

Grité.

Por el rabillo del ojo, vi que mi madre levantaba la cabeza. No vi qué hizo Miriam, pero, en el espejo, su ropa no se movió.

Mi madre me reprendió, pero yo era incapaz de responder. Tenía los ojos como platos, fijos, pegados a la imagen del espejo, al vestido sin cabeza de aquella mujer invisible que fumaba.

Mi madre se me acercó. Noté que se arrodillaba, que clavaba los ojos en mí. Quería gritarle que se volviese, que mirase allí, que mirase *allí,* pero me había quedado muda y parecía incapaz de moverme.

Mi madre se levantó abruptamente.

—Qué cosas tienen los niños —dijo, tranquilamente.

Esas terribles palabras me aflojaron los brazos y las piernas, y me caí al suelo. Aún llegué a mirar en derredor y vi a mi madre acercarse al buró. Estaba abriendo el cajón donde guardaba los

tesoros de mi padre.

—Pero mira —dijo mi madre, deslizando la mano y sacando algo —, hay una cosita que quiero enseñarte, querida.

De la mano de mi madre colgaba un crucifijo de oro que brillaba y ardía con más fuerza que los rescoldos del rubí o del cigarrillo.

La vampira se sobresaltó. Cogió el sombrero al vuelo y se puso el broche; casi pareció que se lo hubiera enganchado directamente en el cráneo.

—Vaya, ¿se te ha hecho tarde? Qué pena.

Mi madre acompañó a Miriam a la puerta. La vampira la abrió y se desvaneció como una nube de humo; quizá ya se estaba volatilizando.

Mi madre cerró la puerta. Todavía sostenía el crucifijo y, poco a poco, posó su mirada en mí.

—Tontita, ¿cómo no me lo has dicho? ¿Pensabas que no te creería?

Farfullé algo.

—¿O es que justo lo has visto ahora, de repente? —preguntó mi madre.

—¡El espejo! —grité.

—¿Qué espejo? —preguntó mi madre.

Tartamudeando, le dije que seguro que me entendía, que seguro que había visto el espejo en la cortina —aunque ¿cómo?—, porque, si no, ¿cómo había descubierto lo que era Miriam?

—Ah, sí, claro —me contestó con total tranquilidad—, claro que lo he visto. Su vestido sin cuerpo. Pero no ha sido en el espejo. —Me quedé boquiabierta ante sus milagrosas capacidades. Me sonrió y dijo, con un leve temblor en la voz—: He visto el reflejo en tus ojos.

Fuentes de los relatos

Todos los relatos de esta antología son de dominio público salvo que se indique lo contrario. Se ha hecho todo lo posible por localizar a los propietarios. Los editores se disculpan por cualquier posible error u omisión, y agradecerán que se les notifique para corregirlos en futuras reimpresiones. A continuación ofrecemos información relativa a la publicación original de cada uno de los relatos.

«El señor de las ratas», de Greye La Spina © 1942: publicado por primera vez en *Weird Tales* en marzo de 1942.

«El corazón marchito», de G. G. Pendarves: publicado por primera vez en *Weird Tales* en noviembre de 1939.

«Leonora», de Everil Worrell © 1942: publicado por primera vez en *Weird Tales* en enero de 1927.

«Oda a Pegaso», de Maria Moravsky © 1926: publicado por primera vez en *Weird Tales* en noviembre de 1926.

«Mami», de Mary Elizabeth Counselman © 1939: publicado por primera vez en *Weird Tales* en abril de 1939.

«Daemon», de C. L. Moore © 1946: publicado por primera vez en *Famous Fantastic Mysteries* en octubre de 1946.

«Más que una sombra», de Dorothy Quick © 1954: publicado por

primera vez en *Weird Tales* en julio de 1954.

«En Smoky Island», de L. M. Montgomery: publicado por primera vez en *Weird Tales* en agosto de 1935.

«El armario prohibido», de Frances Garfield © 1939: publicado por primera vez en *Weird Tales* en enero de 1940.

«Bajo tierra», de Allison V. Harding: publicado por primera vez en *Weird Tales* en noviembre de 1949.

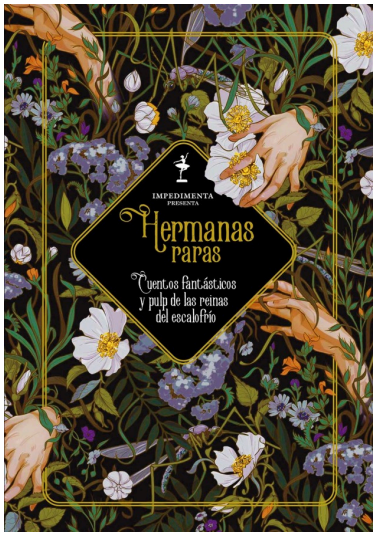
«Brenda», de Margaret St. Clair © 1954: publicado por primera vez en *Weird Tales* en marzo de 1954.

«Seres alados», de Evangeline Walton © 2011: publicado por primera vez en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction,* noviembre/diciembre de 2011.

«Foxy's Hollow», de Leah Bodine Drake © 1953: publicado por primera vez en *Fantasy Fiction* en agosto de 1953.

«Un llanto infantil», de Dorothea Gibbons: publicado por primera vez en *Weird Tales* en noviembre de 1953.

«Espejito, espejito», de Tanith Lee © 1994: publicado por primera vez en *Weird Tales* en primavera de 1994.



Brujas, vampiras, mujeres que se funden con sus deseos más oscuros, madres monstruosas, hijas vengativas, damas con el alma podrida y jovencitas que ríen mientras todo arde… Llega *Hermanas raras*, una deliciosa antología de cuentos firmados por las grandes reinas del *pulp*, seleccionados con mano experta por Mike Ashley para la British Library. Catorce autoras —de la célebre Margaret St. Clair a la enigmática Allison V. Harding, pasando por Tanith Lee, la baronesa Greye La Spina o incluso Lucy Maud Montgomery en su noche más gótica— firman estos relatos turbios, sugestivos y altamente adictivos, nacidos en las páginas de *Weird Tales* y otras revistas míticas del siglo xx.

Tesoros recuperados del subsuelo del horror, el suspense y la ciencia ficción, estas historias están habitadas por ratas que piensan, niños con secretos atroces, amantes espectrales, figuras que se duplican en el espejo y presencias que te observan desde la alacena… con mucha paciencia. Son quince cuentos que arañan, que ríen entre

dientes, que brillan de pura malicia y que nos recuerdan que las mujeres siempre han sabido jugar —y reinar— en los márgenes de lo raro.

CITAS

«Esta cuidada antología rescata a las mujeres que, desde las sombras del *pulp*, escribieron con una fuerza y originalidad que desafiaban las convenciones de su tiempo. *Hermanas raras* no es solo una colección de relatos inquietantes y magníficos; es una reivindicación necesaria del lugar de las autoras en la historia de la literatura de género.» —*The Guardian*

«Más que una simple antología *pulp, Hermanas raras* revela la maestría silenciada de autoras que definieron —y desafiaron— el género desde sus márgenes. Una reivindicación elegante y oportuna.» —*The New York Times*

Título original: Weird Sisters: *Tales from the Queens of the Pulp Era*
Primera edición en Impedimenta: noviembre de 2025

Publicado por primera vez en 2025 por The British Library
96 Euston Road
London NW1 2DB
Selección, introducción y notas © Mike Ashley, 2025
Copyright de la edición original © 2025 The British Library Board
«Daimon» © All Fiction Field Inc, 1946. Renovado en 1974 por C. L. Moore.
«Brenda» © Margaret St. Clair, 1953. Renovado en 1981 por Margaret St. Clair.
Reproducido con permiso de McIntosh & Otis, Inc.
«Seres alados» © 2011, Debra L. Hammond como heredera de Evangeline Walton Ensley.
Reproducido con permiso de la propietaria del copyright.
«Espejito, espejito» © 1994, reproducido con permiso de los herederos de Tanith Lee.

Se ha hecho todo lo posible por localizar a los propietarios y obtener su permiso para utilizar el material sujeto a derechos de autor. Los editores se disculpan por cualquier posible error u omisión, y agradecerán que se les notifique para corregirlos en futuras reediciones o reimpresiones.

Ilustración de cubierta: Equipo de diseño de Impedimenta.

Copyright de las traducciones: © Carmen Torres y Laura Naranjo, 2025, por «El señor de las ratas», «Daimon» y «Bajo tierra»; © Núria Molines Galarza, 2025, por «El corazón marchito», «Seres alados» y «Espejito, espejito»; © Paula Álvarez López, 2025, por «Leonora» y «El armario prohibido»; © Julia Velasco Espejo, 2025, por «Oda a Pegaso» y «Más que una sombra»; © Soledad Cortés González, 2025, por «Mami» y «Brenda»; © Isabel Márquez Méndez, 2025, por «En Smoky Island»; © María Aragón Ramírez, 2025, por «Foxy's Hollow», y © Violeta Marcos Fernández, 2025, por «Un llanto infantil».

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2025
Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

ISBN: 979-13-87641-39-9

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[1] Con esta expresión se quiere recalcar que su nacimiento fue fruto de las plegarias de sus padres, como en el caso de Samuel en el Viejo Testamento (Libro de Samuel 1, 10-11 o Samuel 1, 20), pues su madre, Ana, rezó con fervor para concebirlo a cambio de dedicar su vida a Dios. *(Todas las notas son de las traductoras.)*

[2] Se refiere al poema romántico «Lochinvar», de sir Walter Scott, balada en la que se narra la valiente hazaña del caballero Lochinvar, que rescata en plena boda a Ellen, su enamorada, cuando estaba a punto de casarse con otro hombre.

[3] Voz francesa para «carta de amor».

[4] Del himno «Abide With Me», del clérigo anglicano Henry Francis Lyte.

[5] El historiador medieval Jean Froissart (1337-1405) habla en sus crónicas del lord de Corasse, quien se valía de un espíritu llamado Orthon para recibir noticias de todos los rincones del mundo.

[6] Las palabras que aparecen en cursiva están en portugués en el original.

[7] Se refiere a Lord Byron, quien, en su poema «The Isles of Greece», escrito en 1819 y publicado en 1821, utiliza esta expresión para referirse a la poeta griega.

[8] Oración tradicional escocesa: *From ghoulies and ghaisties and lang-legged beasties / And things that go bump in the night / Good Lord, deliver us.*

[9] Literalmente, «hondonada del zorro».

[10] La palabra inglesa *fox* significa «zorro».

Índice

Hermanas raras
Introducción
Hermanas raras
El señor de las ratas. Greye La Spina
El corazón marchito. G. G. Pendarves
Leonora. Everil Worrell
Oda a Pegaso. Maria Moravsky
Mami. Mary Elizabeth Counselman
Daimon. C. L. Moore
Más que una sombra. Dorothy Quick
En Smoky Island. L. M. Montgomery
El armario prohibido. Frances Garfield
Bajo tierra. Allison V. Harding
Brenda. Margaret St. Clair
Seres alados. Evangeline Walton
Foxy's Hollow. Leah Bodine Drake
Un llanto infantil. Dorothea Gibbons
Espejito, espejito. Tanith Lee
Fuentes de los relatos

Sobre este libro

Créditos

Notas